

CLASE II. DEL TIEMPO. (C,G,S)*

SERMON CLXXXIV. En el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El misterio de la Encarnación oculto a los sabios del mundo. El nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en el cual la Verdad brotó de la tierra, y el día de día nació en nuestro día, ha llegado hoy para ser celebrado con su retorno anual: regocijémonos y alegrémonos en él. Pues lo que nos ha proporcionado la humildad de tan alta sublimidad, lo tiene la fe de los cristianos, pero está alejado de los corazones de los impíos; porque Dios ha ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las ha revelado a los pequeños (Mat. XI, 25). Que los humildes, por tanto, abracen la humildad de Dios: para que en esta gran ayuda, como en el jumento de su debilidad, lleguen a la altura de Dios. Pero aquellos sabios y prudentes, mientras buscan las cosas altas de Dios y no creen en las humildes, al pasar por alto estas, y por ello no llegar a aquellas; vacíos y ligeros, inflados y altivos, han quedado suspendidos como entre el cielo y la tierra en un medio ventoso. Son sabios y prudentes, pero de este mundo, no de aquel por el cual fue hecho el mundo. Pues si tuvieran la verdadera sabiduría, que es de Dios y es Dios, entenderían que Dios pudo asumir carne, sin poder transformarse en carne: entenderían que asumió lo que no era, y permaneció lo que era; y que vino a nosotros en hombre, sin apartarse del Padre; y que perseveró siendo lo que es, y nos apareció siendo lo que somos; y que al cuerpo infantil le fue dada la potencia, y no le fue sustraída a la mole mundana. La obra de aquel que permanece con el Padre es el universo entero, la obra de aquel que vino a nosotros es el parto de la Virgen. La Virgen madre dio testimonio de su majestad, tan virgen antes de la concepción como virgen después del parto; hallada embarazada por el varón, no hecha: encinta de un varón, sin varón: más feliz y admirable por la fecundidad añadida, sin perder la integridad. Este gran milagro prefieren ellos creerlo ficticio, antes que hecho. Así, en Cristo hombre y Dios, al no poder creer lo humano, lo desprecian; al no poder despreciar lo divino, no creen. Para nosotros, cuanto más despreciable para ellos, tanto más grato sea en la humildad de Dios el cuerpo humano: y cuanto más imposible para ellos, tanto más divino sea en el nacimiento del hombre el parto de la virgen.

CAPÍTULO II.

2. El nacimiento de Cristo, causa de alegría para todos. Por tanto, celebremos el Nacimiento del Señor con la frecuencia y festividad debida. Regocijense los hombres, regocijense las mujeres: Cristo, varón, ha nacido, de mujer ha nacido; y ambos sexos han sido honrados. Que pase, pues, al segundo hombre, quien en el primero había sido condenado. La muerte nos la persuadió una mujer: la vida nos la dio a luz una mujer. Nació la semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3), por la cual se limpiara la carne de pecado. No se culpe, pues, a la carne, sino que viva la naturaleza, muera la culpa: porque sin culpa nació aquel en quien el que estaba en culpa renace. Regocijense, niños santos, que habéis elegido seguir principalmente a Cristo, que no buscasteis matrimonios. No vino a vosotros por matrimonio, a quien encontrasteis para seguir; para que os concediera despreciar por lo que vinisteis. Vosotros vinisteis por bodas carnales, sin las cuales él vino a bodas espirituales: y os dio despreciar las bodas, a quienes principalmente llamó a las bodas. Por tanto, no buscasteis de donde nacisteis; porque amasteis más que los demás a aquel que no nació así. Regocijense, vírgenes santas: una Virgen os dio a luz, a quien sin corrupción os desposáis; que ni concibiendo, ni pariendo podéis perder lo que amáis. Regocijense, justos: es el Nacimiento del Justificador. Regocijense, débiles y enfermos: es el Nacimiento del Salvador. Regocijense, cautivos: es el Nacimiento del Redentor. Regocijense, siervos: es el Nacimiento

del Señor. Regocíjense, libres: es el Nacimiento del Libertador. Regocíjense todos los cristianos: es el Nacimiento de Cristo.

3. Doble nacimiento de Cristo. Admirable en el Dios infante. Este, nacido de madre, recomendó este día a los siglos, quien nacido del Padre creó todos los siglos. Ni aquel nacimiento pudo tener madre alguna, ni este buscó padre humano. En efecto, Cristo nació tanto de padre como de madre; y sin padre, y sin madre: de padre Dios, de madre hombre; sin madre Dios, sin padre hombre. ¿Quién narrará, pues, su generación (Is. LIII, 8): ya sea aquella sin tiempo, ya sea esta sin semilla; aquella sin inicio, esta sin ejemplo; aquella que nunca no fue, esta que ni antes ni después fue; aquella que no tiene fin, esta que tiene inicio donde fin?

CAPÍTULO III.

Con razón, pues, los Profetas anunciaron que nacería, y los cielos y los Ángeles que había nacido. Yacía en el pesebre conteniendo el mundo: y era infante y Verbo. A quien los cielos no contienen, el seno de una mujer lo llevaba. Ella gobernaba a nuestro rey; en quien estamos, ella lo llevaba; nuestro pan ella lo amamantaba. ¡Oh manifiesta debilidad, y admirable humildad, en la que así se ocultó toda la divinidad! A la madre a quien se sometía la infancia, la gobernaba la potencia; y a cuyos pechos mamaba, la alimentaba con la verdad. Que perfeccione en nosotros sus dones, quien no desdeñó asumir también nuestros principios: y él mismo nos haga hijos de Dios, quien por nosotros quiso hacerse hijo del hombre.

SERMON CLXXXV. En el Nacimiento del Señor, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Con la encarnación del Verbo, la Verdad brotó de la tierra. Se dice Nacimiento del Señor, cuando la Sabiduría de Dios se mostró infante, y el Verbo de Dios sin palabras emitió la voz de la carne. Sin embargo, esa divinidad oculta, fue significada a los Magos con el testimonio del cielo, y anunciada a los pastores con la voz angélica. Celebramos, pues, con solemne aniversario este día, en el cual se cumplió la profecía que dice: La Verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Sal. LXXXIV, 12). La Verdad que está en el seno del Padre, brotó de la tierra, para que estuviera también en el seno de la madre. La Verdad por la cual el mundo es contenido, brotó de la tierra, para que fuera llevada por manos femeninas. La Verdad por la cual la bienaventuranza de los Ángeles es alimentada incorruptiblemente, brotó de la tierra, para que fuera amamantada por pechos carnales. La Verdad a la que el cielo no basta, brotó de la tierra, para que fuera puesta en un pesebre. ¿Por el bien de quién vino tanta sublimidad en tanta humildad? Sin duda, no por el suyo; sino, si creemos, por el nuestro. Despierta, hombre: por ti Dios se hizo hombre. Levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14). Por ti, digo, Dios se hizo hombre. En la eternidad habrías muerto, si en el tiempo no hubiera nacido. Nunca habrías sido liberado de la carne de pecado, si no hubiera asumido la semejanza de carne de pecado. La miseria perpetua te habría poseído, si no hubiera ocurrido esta misericordia. No habrías revivido, si no hubiera convenido a tu muerte. Habrías desfallecido, si no hubiera socorrido. Habrías perecido, si no hubiera venido.

CAPÍTULO II.

2. La justicia traída a nosotros por la encarnación de Cristo. Celebramos con alegría la venida de nuestra salvación y redención. Celebramos el día festivo, en el cual el gran y eterno día

vino del gran y eterno día a este nuestro tan breve día temporal. Este nos ha sido hecho justicia, y santificación, y redención: para que, como está escrito, Quien se gloria, gloriése en el Señor (I Cor. I, 30 y 31). Para que no fuéramos semejantes a la soberbia de los judíos, que ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 3): por eso, cuando dijo, La Verdad brotó de la tierra; añadió enseguida, y la justicia miró desde el cielo: para que la debilidad mortal no se la arrogara, para que no dijera que era suya, y creyendo que el hombre se justifica a sí mismo, es decir, que se hace justo por sí mismo, rechazara la justicia de Dios. La Verdad, pues, brotó de la tierra: Cristo, que dijo, Yo soy la verdad (Juan XIV, 6), nació de una virgen. Y la justicia miró desde el cielo: porque creyendo en aquel que nació, no el hombre por sí mismo, sino por Dios es justificado. La Verdad brotó de la tierra: porque el Verbo se hizo carne (Id. I, 14). Y la justicia miró desde el cielo: porque todo buen regalo y todo don perfecto descende de lo alto (Santiago I, 17). La Verdad brotó de la tierra, carne de María. Y la justicia miró desde el cielo: porque el hombre no puede recibir nada, si no le es dado del cielo (Juan III, 27).

CAPÍTULO III.

3. La gloria de Dios en la justificación gratuita de los hombres. Justificados, pues, por la fe, tengamos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos acceso a esta gracia en la cual estamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (Rom. V, 1, 2). A estas cosas, hermanos, que reconocéis conmigo, me deleita añadir algunas pocas palabras apostólicas a las pocas palabras de este salmo, y encontrar consonancia. Justificados por la fe, tengamos paz para con Dios: porque la justicia y la paz se besaron mutuamente. Por nuestro Señor Jesucristo: porque la Verdad brotó de la tierra. Por quien también tenemos acceso a esta gracia en la cual estamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. No dijo, De nuestra gloria; sino, de la gloria de Dios: porque la justicia no procedió de nosotros, sino que miró desde el cielo. Por tanto, quien se gloria, no se glorie en sí mismo, sino en el Señor. De aquí también, al Señor nacido de la Virgen, cuyo día de Nacimiento celebramos hoy, se hizo el pregón de la voz angélica: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Pues en la tierra, ¿de dónde la paz, sino porque la Verdad brotó de la tierra, es decir, Cristo nació de la carne? Y él mismo es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efes. II, 14): para que fuéramos hombres de buena voluntad, suavemente unidos por los lazos de la unidad. En esta gracia, pues, regocijémonos, para que nuestra gloria sea el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12): donde no nos gloriemos en nosotros, sino en el Señor. De aquí se dijo, Mi gloria, y el que exalta mi cabeza (Sal. III, 4). Pues, ¿qué mayor gracia de Dios pudo iluminarnos, que teniendo un Hijo unigénito, lo hiciera hijo del hombre, y así, recíprocamente, al hijo del hombre, lo hiciera hijo de Dios? Busca mérito, busca causa, busca justicia; y ve si encuentras algo que no sea gracia.

SERMON CLXXXVI. En el Nacimiento del Señor, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo nacido del parto de una virgen. Con la encarnación, Dios no dejó de ser. Regocijémonos, hermanos: alégrense y exulten las naciones. Este día no nos lo consagró este sol visible, sino su Creador invisible; cuando él, hecho visible por nosotros, por quien también fue creado el mismo invisible, fue dado a luz por la Virgen Madre con entrañas fecundas y genitales íntegros. Virgen concibiendo, virgen pariendo, virgen encinta, virgen fecunda, virgen perpetua. ¿Por qué te maravillas de esto, oh hombre? Así debía nacer Dios, cuando se dignó ser hombre. Tal la hizo a ella, quien fue hecho de ella. Pues antes de ser, era:

y porque era omnipotente, pudo hacerse permaneciendo lo que era. Se hizo madre para sí mismo, estando con el Padre: y cuando fue hecho de la madre, permaneció en el Padre. ¿Cómo dejaría de ser Dios, cuando comenzó a ser hombre, quien concedió a su madre no dejar de ser virgen, cuando dio a luz? Por tanto, que el Verbo se hizo carne, no significa que el Verbo pereciendo cedió a la carne; sino que la carne se acercó al Verbo, para que no pereciera: para que así como el hombre es alma y carne, así fuera Cristo Dios y hombre. El mismo Dios que hombre, y quien Dios el mismo hombre: no por confusión de naturaleza, sino por unidad de persona. En efecto, quien es Hijo de Dios coeterno al engendrante siempre del Padre, el mismo comenzó a ser hijo del hombre de la Virgen. Y así, a la divinidad del Hijo se añadió la humanidad; y sin embargo, no se hizo cuaternidad de personas, sino que permanece la trinidad.

CAPÍTULO II.

2. El Verbo no cambiado se hizo el mismo hijo de Dios y del hombre. Regla de fe, símbolo. No os dejes engañar, pues, por la opinión de algunos menos atentos a la regla de fe y a los oráculos de las Escrituras divinas. Dicen, en efecto: Quien es hijo del hombre, se hizo Hijo de Dios; pero quien es Hijo de Dios, no se hizo hijo del hombre. Para decir esto, atendieron a lo que es verdad; pero no pudieron expresar la verdad. Pues, ¿qué atendieron, sino que la naturaleza humana pudo cambiarse a mejor, pero la divina no pudo cambiarse a peor? Esto es verdad: pero aun así, es decir, sin que la divinidad se cambiara a peor, el Verbo se hizo carne. Pues no dice el Evangelio, La carne se hizo Verbo; sino que dice, El Verbo se hizo carne. Pero el Verbo es Dios; porque el Verbo era Dios (Juan I, 14). ¿Y qué es carne, sino hombre? Pues no sin alma en Cristo la carne del hombre. Por eso dice, Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). Si, pues, el Verbo es Dios, y el hombre carne, ¿qué es otra cosa, El Verbo se hizo carne; sino, Quien era Dios, se hizo hombre? Y por tanto, quien era Hijo de Dios, para nacer de la virgen María, hecho hijo del hombre al asumir la forma de siervo, permaneciendo lo que era, asumiendo lo que no era: comenzando a ser en lo que es menor que el Padre, y permaneciendo siempre en lo que él y el Padre son uno.

CAPÍTULO III.

3. El Hijo de Dios es el mismo hijo del hombre por la encarnación. Pues si aquel que siempre es Hijo de Dios, no es el mismo hecho hijo del hombre, ¿cómo dice el Apóstol: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre? Pues no otro, sino el mismo en forma de Dios igual al Padre, que es ciertamente el unigénito Hijo de Dios, se despojó a sí mismo, hecho a semejanza de los hombres. Ni otro, sino el mismo en forma de Dios igual al Padre, se humilló, no a otro, sino a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6, 7). Todo esto no lo hizo el Hijo de Dios, sino en esa forma en la que es hijo del hombre. También si aquel que siempre es Hijo de Dios, no es el mismo hecho hijo del hombre, ¿cómo dice el Apóstol a los Romanos: Separado para el Evangelio de Dios, que antes había prometido por sus Profetas en las Escrituras santas acerca de su Hijo, que fue hecho de la descendencia de David según la carne (Rom. I, 1-3)? He aquí el Hijo de Dios, que ciertamente siempre fue, hecho de la descendencia de David según la carne, que no era. También si aquel que es Hijo de Dios, no es el mismo hecho hijo del hombre, ¿cómo envió Dios a su Hijo hecho de mujer (Gál. IV, 4)? Con este nombre según la lengua hebrea no se niega el decoro virginal, sino que se muestra el sexo femenino. Pues, ¿quién fue enviado por el Padre, sino el unigénito Hijo de Dios? ¿Cómo, pues, hecho de mujer, sino porque el mismo que estaba con el Padre como Hijo de Dios, enviado fue hecho hijo del hombre? Nacido del Padre sin día de tiempo, nacido de la

madre en este día. Pues este día que creó, en el cual sería creado, eligió, así como fue hecho de la madre que hizo. Pues también el día mismo a partir del cual en adelante el día recibe incremento de luz, significa la obra de Cristo, por quien nuestro hombre interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16). Al eterno Creador en el tiempo creado, ese día debía ser natalicio, al cual la criatura temporal se adecuara.

SERMON CLXXXVII. En el Nacimiento del Señor, IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Admirable conveniencia de atributos disidentes en Cristo infante. Mi boca hablará la alabanza del Señor: de ese Señor, por quien fueron hechas todas las cosas, y quien fue hecho entre todas las cosas: quien es revelador del Padre, creador de la madre: Hijo de Dios del Padre sin madre, hijo del hombre de madre sin padre: gran día de los Ángeles, pequeño en el día de los hombres: Verbo Dios antes de todos los tiempos, Verbo carne en el tiempo oportuno: creador del sol, creado bajo el sol: ordenando todos los siglos desde el seno del Padre, consagrando el día de hoy desde el vientre de la madre: permaneciendo allí, procediendo de aquí: hacedor del cielo y la tierra, surgido bajo el cielo en la tierra: inefablemente sabio, sabiamente infante: llenando el mundo, yaciendo en el pesebre: gobernando las estrellas, amamantándose: tan grande en la forma de Dios, breve en la forma de siervo; que ni esa brevedad disminuyera aquella grandeza, ni aquella grandeza oprimiera esta brevedad. Pues no cuando asumió miembros humanos, abandonó las obras divinas: ni dejó de alcanzar de un extremo al otro con fortaleza, y disponer todas las cosas con suavidad (Sab. VIII, 1); cuando revestido de la debilidad de la carne, fue recibido en el útero virginal, no encerrado; para que ni a los Ángeles se les sustrajera el alimento de la sabiduría, y nosotros gustáramos cuán dulce es el Señor.

CAPÍTULO II.

2. El Verbo no se separó del Padre al encarnarse, como se muestra por similitud. ¿Por qué nos asombramos de esto en el Verbo de Dios, cuando esta palabra que pronunciamos fluye libremente a los sentidos, de modo que el oyente la recibe sin contenerla? Pues si no se recibiera, no instruiría a nadie; si se contuviera, no llegaría a otros. Y ciertamente, esta palabra se divide en palabras y sílabas; sin embargo, no tomáis de ella, como de un alimento del vientre, partículas individuales, sino que todos escucháis el todo, y cada uno lo comprende en su totalidad. No tememos, mientras hablamos, que al escucharla toda, uno la consuma y otro no pueda tener lo que tome; sino que queremos que estéis atentos, sin defraudar el oído y la mente de nadie, para que cada uno escuche todo y deje todo para que los demás lo escuchen. Y esto no se hace en tiempos alternos, de modo que cuando la palabra que se dice entra primero en ti, salga de ti para que pueda entrar en otro; sino que llega simultáneamente a todos, y todo llega a cada uno. Y si todo pudiera ser retenido en la memoria, así como todos vinisteis a escuchar todo, así con todo regresaríais individualmente. Cuánto más el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, y que permaneciendo en sí mismo renueva todas las cosas; que no está contenido en lugares, ni se extiende en tiempos, ni se varía en breves y largas moras, ni se teje con voces, ni se termina en silencio; cuánto más pudo este Verbo tan grande y tal fecundar el vientre de la madre al asumir un cuerpo, y no emigrar del seno del Padre; salir de aquí a los ojos humanos, iluminar desde allí las mentes angélicas; proceder aquí a la tierra, extender desde allí los cielos; hacerse hombre aquí, hacer hombres desde allí.

CAPÍTULO III.

3. El Verbo no cambió con la encarnación. Nadie, por tanto, crea que el Hijo de Dios se convirtió y cambió en hijo de hombre; sino que más bien creamos que, sin consumirse la sustancia divina y asumiendo perfectamente la sustancia humana, permaneciendo Hijo de Dios, se hizo hijo de hombre. Pues no porque se dijo: "El Verbo era Dios", y "El Verbo se hizo carne" (Juan 1, 1, 14); así el Verbo se hizo carne, como si dejara de ser Dios: cuando en esa misma carne en la que el Verbo se hizo carne, nació Emmanuel, "Dios con nosotros" (Mateo 1, 23). Así como la palabra que llevamos en el corazón se convierte en voz cuando la pronunciamos con la boca, sin embargo, no se transforma en esta, sino que, permaneciendo íntegra, se asume esta en la que procede, para que permanezca dentro lo que se entiende, y suene fuera lo que se escucha: sin embargo, se pronuncia en el sonido lo mismo que antes sonaba en el silencio; y así la palabra cuando se convierte en voz, no se transforma en voz; sino que permaneciendo en la luz de la mente, y asumiendo la voz de la carne, procede al oyente, y no abandona al pensador. No se piensa en silencio con la misma voz, que es griega, o latina, o de cualquier otra lengua; sino que antes de toda diversidad de lenguas, la misma cosa que se va a decir, aún desnuda de alguna manera en el lecho del corazón, se viste con la voz del hablante para que proceda de allí. Sin embargo, ambas cosas, tanto lo que se piensa entendiendo, como lo que suena hablando, son mutables y disímiles: ni aquello permanecerá cuando lo hayas olvidado; ni esto, cuando hayas callado: pero el Verbo del Señor permanece para siempre, e inmutablemente permanece.

CAPÍTULO IV.

4. El Verbo encarnado es Dios y hombre. Y cuando asumió carne en el tiempo, para proceder a nuestra vida temporal, no perdió la eternidad en la carne, sino que también otorgó inmortalidad a la carne. Así él, como esposo saliendo de su tálamo, se regocijó como un gigante para correr su camino (Salmo 18, 6). Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: sino que para hacerse por nosotros lo que no era, se anonadó a sí mismo; no perdiendo la forma de Dios, sino tomando la forma de siervo: y por esta, hecho a semejanza de los hombres; no en su propia sustancia, sino hallado en condición como hombre (Filipenses 2, 6-7). Pues todo lo que somos, ya sea en alma o en cuerpo, es nuestra naturaleza, su condición: nosotros, si no fuéramos esto, no seríamos; él, si no fuera esto, ciertamente sería Dios. Y cuando comenzó a ser lo que no era, se hizo hombre permaneciendo Dios: para que no se dijera verdaderamente solo una de estas cosas, sino ambas; y por lo que se hizo hombre, "Porque el Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28); y por lo que permaneció Dios, "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). Pues si el Verbo se transformara en carne, es decir, Dios en hombre, no sería verdad, sino "El Padre es mayor que yo"; porque Dios es mayor que el hombre: pero aquello sería falso, "Yo y el Padre somos uno"; porque no son uno Dios y hombre. Pero quizás podría decir: Yo y el Padre, no somos uno, sino que fuimos uno. Pues lo que era y dejó de ser, ciertamente no es, sino que fue. Ahora bien, tanto por la verdadera forma de siervo, que había asumido, dijo verdaderamente, "El Padre es mayor que yo"; y por la verdadera forma de Dios, en la que permanecía, dijo verdaderamente, "Yo y el Padre somos uno". Por tanto, se anonadó ante los hombres, no haciéndose lo que no era, para no ser lo que era: sino ocultando lo que era, y mostrando lo que se había hecho. Por tanto, porque la Virgen concibió y dio a luz un hijo, por la manifiesta forma de siervo, "Un niño nos ha nacido" (Isaías 9, 6). Pero porque el Verbo de Dios que permanece para siempre, se hizo carne para habitar entre nosotros, por la forma de Dios oculta, pero permaneciendo, como anunció Gabriel, llamamos su nombre Emmanuel. Pues se hizo hombre, permaneciendo Dios, para que también se le llame correctamente hijo del hombre "Dios con nosotros": no un Dios, otro hombre. Regocíjese, pues, el mundo en los

creyentes, para quienes vino a salvar por quien fue hecho el mundo. Creador de María, nacido de María: hijo de David, Señor de David: semilla de Abraham, que es antes de Abraham: hacedor de la tierra, hecho en la tierra: creador del cielo, creado bajo el cielo. Él es el día que hizo el Señor, y el día de nuestro corazón él mismo es el Señor. Caminemos en su luz, regocijémonos y alegrémonos en él.

SERMON CLXXXVIII. En el Natalicio del Señor, V.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Verbo de Dios no puede ser explicado por el hombre. Al Hijo de Dios, tal como es junto al Padre, igual a él y coeterno, en quien fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, el Verbo de Dios y Dios, la vida y la luz de los hombres, si intentamos alabarlos; no es de extrañar que ningún pensamiento humano, ninguna palabra sea suficiente. Pues, ¿cómo podría nuestra lengua alabar dignamente a quien nuestro corazón aún no puede ver, donde ha creado el ojo con el que puede ser visto, si se purifica la iniquidad, si se sana la debilidad, y se hacen bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8)? No es de extrañar, digo, que no encontremos con qué palabras decir un Verbo, en el que se dijo que existiéramos, quienes de él algo dijéramos. Pues estas palabras pensadas y pronunciadas las forma nuestra mente, pero por aquel Verbo ella misma es formada. Ni el hombre hace las palabras de la manera en que él mismo fue hecho por el Verbo: porque ni el Padre engendró al único Verbo de la manera en que hizo todas las cosas por el Verbo. Pues Dios engendró a Dios; pero al mismo tiempo engendrando y engendrado es un solo Dios. Pero Dios hizo el mundo; el mundo pasa, y Dios permanece. Y así como las cosas que fueron hechas, ciertamente no se hicieron a sí mismas: así por nadie fue hecho, por quien todas las cosas pudieron ser hechas. No es de extrañar, por tanto, si el hombre hecho entre todas las cosas, no explica con palabras el Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas.

CAPÍTULO II.

2. El Verbo eterno nació en el tiempo por nuestra causa. Por tanto, prestemos un poco de atención con nuestros oídos y mentes, si acaso podemos decir algo adecuado y digno, no de lo que "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios": sino de lo que "el Verbo se hizo carne": si acaso se diga por nosotros por lo que "habitó entre nosotros" (Juan 1, 1, 14); si acaso allí pueda ser decible, donde quiso ser visible. Pues por esto celebramos este día, en el que se dignó nacer de una virgen: generación suya que hizo narrable de alguna manera por los hombres. En aquella eternidad, en la que Dios nació de Dios, "¿Quién contará su generación?" (Isaías 53, 8). Allí no hay tal día que se celebre solemnemente. Pues no pasa con el ciclo anual para regresar; sino que permanece sin ocaso, porque no comenzó con un orto. Por tanto, aquel único Verbo de Dios, aquella vida, aquella luz de los hombres, es ciertamente un día eterno: pero este en el que se unió a la carne humana, se hizo como un esposo saliendo de su tálamo, ahora es de hoy, mañana se convierte en ayer. Sin embargo, el de hoy nacido de una virgen recomienda al eterno, porque el eterno nacido de una virgen consagró al de hoy. ¿Qué alabanzas, pues, diremos a la caridad de Dios, qué gracias daremos? Que nos amó tanto, que por nosotros se hizo en el tiempo, por quien fueron hechos los tiempos; y menor en edad que muchos de sus siervos en el mundo, más antiguo que el mismo mundo en eternidad; se hizo hombre quien hizo al hombre, fue creado de la madre que creó, fue llevado en las manos que formó, succionó los pechos que llenó, en el pesebre lloró sin palabras la infancia del Verbo, sin el cual la elocuencia humana es muda.

CAPÍTULO III.

3. El Verbo infante, maestro de humildad. Mira, oh hombre, lo que Dios se hizo por ti: reconoce la doctrina de tanta humildad, incluso en el maestro que aún no habla. Tú, en otro tiempo en el paraíso, fuiste tan elocuente que pusiste nombres a toda alma viviente (Génesis 2, 19-20): pero por ti, tu Creador yacía infante, y ni siquiera llamaba a su madre por su nombre. Tú te perdiste en la vasta propiedad de los fructíferos bosques, al descuidar la obediencia: él, obediente, vino a la más estrecha morada mortal, para buscar al muerto muriendo. Tú, siendo hombre, quisiste ser Dios, para perecer (Génesis 3): él, siendo Dios, quiso ser hombre, para encontrar lo que había perecido. Tanto te oprimió la soberbia humana, que no pudo levantarte sino la humildad divina.

4. María dio a luz a Cristo sin daño a su virginidad. Celebremos, pues, con gozo el día en que María dio a luz al Salvador, desposada con el creador del matrimonio, virgen con el príncipe de las vírgenes; dada al esposo, y madre no del esposo; virgen antes del matrimonio, virgen en el matrimonio; virgen embarazada, virgen lactante. Pues al Santo Hijo omnipotente de la Madre no le quitó la virginidad al nacer, la cual eligió al nacer. Pues la fecundidad es buena en el matrimonio: pero mejor es la integridad en la santidad. Cristo, por tanto, que pudo otorgar ambos como Dios (pues el mismo hombre es el mismo Dios), nunca daría a su Madre el bien que los cónyuges aman, para quitarle el mejor por el cual las vírgenes desprecian ser madres. Por tanto, la santa Iglesia virgen celebra hoy el parto de la Virgen. A esta le dice el Apóstol: "Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo" (2 Corintios 11, 2). ¿De dónde una virgen casta en tantos pueblos de ambos sexos, en tantos no solo niños y vírgenes, sino también padres y madres casados? ¿De dónde, digo, una virgen casta, sino en la integridad de la fe, la esperanza y la caridad? Por tanto, Cristo, que iba a hacer la virginidad de la Iglesia en el corazón, primero la conservó en el cuerpo de María. Pues en el matrimonio humano, la mujer es entregada al esposo para que ya no sea virgen: pero la Iglesia no podría ser virgen, si no encontrara al hijo de la virgen como esposo al que se entregara.

SERMON CLXXXIX. En el Natalicio del Señor, VI.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo, día del día. Santificó para nosotros, hermanos, este día, el día que hizo todos los días. De quien canta el Salmo: "Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, y bendecid su nombre: bendecid de día en día su salvación" (Salmo 95, 1-2). ¿Quién es el día del día, sino el Hijo del Padre, luz de luz? Pero aquel día engendró este día, que nació de la Virgen hoy. Por tanto, aquel día no tiene orto, no tiene ocaso. Digo día al Padre Dios. ¿Qué es el día, sino luz? No de los ojos carnales, no luz común con los animales; sino luz que ilumina a los ángeles, luz para ver la cual se purifican los corazones. Pasa esta noche en la que ahora vivimos, en la que se nos encienden las lámparas de las Escrituras: y vendrá aquello que se canta en el Salmo: "Por la mañana estaré ante ti, y te contemplaré" (Salmo 5, 5).

CAPÍTULO II.

2. Admirable nacimiento de Cristo de la virgen. Justicia traída por el nacimiento de Cristo. Por tanto, aquel día, el Verbo de Dios, día que ilumina a los ángeles, día que ilumina en aquella patria de la que estamos ausentes, se vistió de carne, y nació de María virgen. Nació maravillosamente. ¿Qué más maravilloso que el parto de una virgen? Concibe, y es virgen; da

a luz, y es virgen. Fue creado de aquella a quien creó: le trajo fecundidad, no corrompió su integridad. ¿De dónde María? De Adán. ¿De dónde Adán? De la tierra. Si María de Adán, y Adán de la tierra; entonces también María es tierra. Pero si María es tierra, reconozcamos lo que cantamos: "La verdad brotó de la tierra". ¿Qué beneficio nos otorgó? "La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo" (Salmo 85, 12). Pues los judíos, como dice el Apóstol, "ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios". ¿De dónde puede el hombre ser justo? ¿De sí mismo? ¿Quién pobre se da pan a sí mismo? ¿Quién desnudo se cubre, si no recibe vestimenta? ¿De dónde la justicia? ¿Qué justicia sin fe? Pues "el justo vivirá por la fe" (Romanos 1, 17). Quien sin fe se dice justo, miente. Pues miente en quien no hay fe; si quiere decir la verdad, conviértase a la verdad. Pues la verdad estaba lejos, que brotó de la tierra. Dormías, vino a ti: te oprimía un sueño pesado, te despertó: te hizo camino por sí mismo, para no perderte. Por tanto, "La verdad brotó de la tierra", porque Cristo nació de una virgen: "la justicia miró desde el cielo", para que por la justicia los hombres recapacitaran, quienes por la injusticia se volvieron insensatos.

CAPÍTULO III.

3. Beneficio de la regeneración por la generación humana de Cristo. Éramos mortales, estábamos oprimidos por los pecados, llevábamos nuestras penas. Todo hombre cuando nace, comienza desde la miseria. No busques a un profeta: interroga al que nace, mira al que llora. Cuando esta era la indignación de Dios en la tierra, ¿qué dignación se hizo de repente? "La verdad brotó de la tierra". Creó todas las cosas, fue creado entre todas las cosas. Hizo el día, vino en el día. El Señor Cristo eternamente sin principio junto al Padre, tiene también un Natalicio. En el principio el Verbo, que si no tuviera generación humana, no podríamos llegar a la regeneración divina, nació para que renaciéramos. Cristo nació, nadie dude en renacer: fue generado, no regenerado. ¿A quién le era necesaria la regeneración, sino a quien su generación fue condenada? Hágase, pues, en nuestros corazones su misericordia. Lo llevó su madre en el vientre: llevémoslo también nosotros en el corazón. La virgen quedó embarazada con la encarnación de Cristo: que nuestros pechos se embaracen con la fe de Cristo. La virgen dio a luz al Salvador: que nuestra alma dé a luz la salvación, demos a luz también la alabanza. No seamos estériles: nuestras almas sean fecundas para Dios.

CAPÍTULO IV.

4. Doble generación de Cristo. Generación de Cristo del Padre sin madre, y de la madre sin padre: ambas admirables. La primera, eterna; la segunda, temporal. Nació eterno del eterno. ¿Qué te asombra? Es Dios. Sea la consideración de la divinidad; y perece la causa de la admiración. Pase la admiración, ascienda la alabanza: esté presente la fe, cree lo que se hizo. ¿No se humilló bastante Dios por ti? Quien era Dios, se hizo. Era agosto el albergue, envuelto en pañales, fue puesto en un pesebre, ¿quién no se admiraría? Aquel que llena el mundo, no encontró lugar en el albergue. Puesto en el pesebre, se hizo nuestro alimento. Acérquense al pesebre dos animales, dos pueblos. Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor (Isaías 1, 3). No te avergüences de ser bestia de Dios: llevarás a Cristo, noerrarás; caminas por el camino, él se sienta sobre ti. Que el Señor se siente sobre nosotros, y nos dirija a donde quiera: seamos su bestia, vayamos a Jerusalén. Con él sentado no somos oprimidos, sino elevados: con él guiándonos, no erraremos, por él vayamos a él; para que con el niño nacido hoy nos regocijemos eternamente.

SERMON CXC. En el Natalicio del Señor, VII.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El día en que Cristo nacería fue elegido por el misterio. Nuestro Señor Jesús, quien estaba con el Padre antes de nacer de su madre, no solo eligió a la virgen de la cual nacería, sino también el día en que nacería. Los hombres errantes a menudo eligen días, uno para plantar, otro para construir, otro para partir, y a veces incluso otro para casarse. Lo hacen con la esperanza de que algo nacido de ello sea nutrido felizmente. Sin embargo, nadie puede elegir el día en que nacerá. Pero Él pudo elegir ambos, quien pudo crear ambos. Y no eligió el día como lo hacen aquellos que vanamente suspenden el destino de los hombres de la disposición de las estrellas. No fue el día el que hizo feliz a quien nació; sino que Él hizo feliz el día en que se dignó nacer. Pues el día de su nacimiento tiene el misterio de su luz. Así dice el Apóstol: La noche ha pasado, el día se ha acercado: desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz, como caminemos honestamente en el día (Rom. XIII, 12, 13). Reconozcamos el día y seamos día. Pues éramos noche cuando vivíamos sin fe. Y como esa misma infidelidad que cubría al mundo entero como una noche debía disminuir con el crecimiento de la fe; por eso, en el día del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, la noche comienza a sufrir pérdidas y el día a ganar aumentos. Celebremos, pues, hermanos, este día solemne; no como los infieles por este sol, sino por aquel que hizo este sol. Porque el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), para que por nosotros pudiera estar bajo el sol. En carne, ciertamente bajo el sol; pero en majestad sobre todo el mundo, en el cual creó el sol. Ahora, incluso en carne, está sobre este sol, al que adoran como a Dios aquellos que, ciegos de mente, no ven el verdadero sol de justicia.

CAPÍTULO II.

2. Dos nacimientos de Cristo. Por qué quiso nacer de una mujer. Celebremos, cristianos, este día, no de su nacimiento divino, sino humano, en el que se hizo semejante a nosotros; para que, hecho visible el invisible, pasemos de lo visible a lo invisible. Debemos retener con fe católica que hay dos nacimientos del Señor: uno divino, otro humano; aquel sin tiempo, este en el tiempo. Ambos son maravillosos: aquel sin madre, este sin padre. Si no comprendemos este, ¿cuándo explicaremos aquel? ¿Quién comprende la novedad nueva, inusitada, única en el mundo, increíble hecha creíble, y creída increíblemente en todo el mundo, que una virgen concibiera, una virgen diera a luz, y permaneciera virgen al dar a luz? Lo que la razón humana no encuentra, la fe lo capta: y donde la razón humana falla, la fe prospera. ¿Quién dirá que el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, no pudo hacerse carne incluso sin madre, como hizo al primer hombre sin padre ni madre? Pero como Él creó ambos sexos, masculino y femenino, quiso honrar a ambos sexos al nacer, a quienes vino a liberar. Conocéis ciertamente la caída del primer hombre, porque la serpiente no se atrevió a hablar al hombre, sino que usó el ministerio femenino para derribarlo. A través del más débil, obtuvo al más fuerte: y quien penetró a través de uno, triunfó sobre ambos. Por eso, para que no pudiéramos horrorizar nuestra muerte en la mujer como un movimiento de justo dolor, y creerla condenada sin reparación; el Señor, viniendo a buscar lo que se había perdido, quiso honrar a ambos, porque ambos se habían perdido. En ningún sexo, por tanto, debemos hacer injuria al Creador: ambos fueron recomendados a la esperanza de salvación por el Nacimiento del Señor. El honor del sexo masculino está en la carne de Cristo: el honor del femenino está en la madre de Cristo. La astucia de la serpiente fue vencida por la gracia de Jesucristo.

CAPÍTULO III.

3. Cristo por nosotros niño en el pesebre. Que ambos sexos renazcan en aquel que hoy ha nacido, y celebren el día de hoy: en el cual no comenzó a ser el Señor Cristo, sino que, quien siempre estaba con el Padre, trajo a la luz la carne que tomó de su madre; trayendo fecundidad a la madre, sin quitarle la integridad. Es concebido, nace, es un niño. ¿Quién es este niño? Niño se dice porque no puede hablar, es decir, hablar. Por lo tanto, es niño y es Verbo. En carne calla, por los ángeles enseña. Se anuncia a los pastores el príncipe y pastor de los pastores: y yace en el pesebre como alimento de los fieles para los animales. Pues había sido predicho por el Profeta: El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor (Isaías I, 3). Por eso montó en un asno cuando entró en Jerusalén con alabanzas de la multitud que iba delante y detrás (Mateo XXI, 1-9). Y nosotros reconozcamos, acerquémonos al pesebre, comamos el alimento, llevemos al Señor y guía; para que, guiados por Él, lleguemos a la Jerusalén celestial. La natividad de Cristo de su madre es débil; pero de su Padre es majestuosa. Tiene en los días temporales un día temporal; pero Él es el día eterno del día eterno.

4. Celebración del nacimiento de Cristo. Con razón nos encendemos con los salmos suyos como con la voz de una trompeta celestial, donde escuchamos: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, y bendecid su nombre (Salmo XCV, 1 y 2). Reconozcamos, pues, y anunciemos día tras día, quien en carne nació en este día. Día Hijo del día Padre, Dios de Dios, luz de luz. Esto es lo que es salvación, de lo que en otro lugar se dice: Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros: para que conozcamos en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación (Salmo LXVI, 2, 3). Lo que dijo, en la tierra; lo repitió, en todas las naciones: y lo que dijo, tu camino; lo repitió, tu salvación. Recordamos que el mismo Señor dijo, Yo soy el camino (Juan XIV, 6). Y ahora, cuando se leía el Evangelio, escuchamos que Simeón, el anciano bienaventurado, recibió una respuesta divina de que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Y cuando tomó en sus manos al niño Cristo, y reconoció al pequeño grande: Ahora, Señor, despides a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz: porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II, 26, 29, 30). Bien, pues, anunciemos día tras día su salvación. Anunciemos entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas (Salmo XCV, 2 y 3). Yace en el pesebre, pero contiene el mundo: succiona los pechos, pero alimenta a los ángeles: está envuelto en pañales, pero nos viste de inmortalidad: es amamantado, pero es adorado: no encuentra lugar en la posada, pero se hace un templo en los corazones de los creyentes. Para que la debilidad se hiciera fuerte, la fortaleza se hizo débil. Por tanto, admiremos más que despreciemos su natividad carnal; y reconozcamos allí la humildad de tan grande altura por nosotros. De allí encendamos la caridad, para que lleguemos a su eternidad.

SERMO CXCI. En el Nacimiento del Señor, VIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El Verbo se encarnó para soportar lo indigno por los indignos. El Verbo del Padre, por el cual fueron hechos los tiempos, hecho carne, nos hizo su Natividad en el tiempo: y en su nacimiento humano quiso tener un día, sin cuyo mandato divino no se mueve ningún día. Él, con el Padre, precede todos los espacios de los siglos: Él, de la madre, en este día se introdujo en los cursos de los años. Hecho hombre, el hacedor del hombre: para que succionara los pechos, gobernando las estrellas; para que tuviera hambre el pan, para que tuviera sed la fuente, para que durmiera la luz, para que el camino se fatigara en el viaje, para que la verdad fuera acusada por falsos testigos, para que el juez de vivos y muertos fuera juzgado por un juez mortal, para que la justicia fuera condenada por los injustos, para que la disciplina fuera

azotada con látigos, para que el racimo fuera coronado con espinas, para que el fundamento fuera suspendido en el madero, para que la virtud fuera debilitada, para que la salvación fuera herida, para que la vida muriera. Para soportar estas y semejantes indignidades por nosotros, para liberar a los indignos; cuando ni Él hizo nada malo, quien por nosotros soportó tantos males, ni nosotros merecíamos algo bueno, quienes por Él recibimos tantos bienes: por estas cosas, pues, quien era antes de todos los siglos sin principio de días, el Hijo de Dios, se dignó ser en los últimos días el hijo del hombre; y quien nació del Padre, no hecho por el Padre, fue hecho en la madre que Él había hecho; para que de ella naciera aquí alguna vez, quien sin Él nunca y en ningún lugar podría haber sido.

2. Nacimiento de Cristo sin dañar la virginidad de la madre. Así se cumplió lo que el Salmo había predicho, La Verdad brotó de la tierra (Salmo LXXXIV, 12). María virgen antes de concebir, virgen después de dar a luz. Pues no sea que en esa tierra, es decir, en esa carne de donde brotó la verdad, pereciera la integridad. Ciertamente, después de su resurrección, cuando se pensaba que era un espíritu, no un cuerpo: Palpad, dijo, y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo (Lucas XXIV, 38). Y sin embargo, la solidez de ese cuerpo juvenil, sin que las puertas estuvieran abiertas, se presentó a los discípulos (Juan XX, 19). ¿Por qué, entonces, quien pudo entrar grande por puertas cerradas, no pudo también salir pequeño por miembros incorruptos? Pero ni esto ni aquello quieren creer los incrédulos. Por eso, más bien, la fe cree ambas cosas; porque la infidelidad no cree ninguna de las dos. Esa es, en efecto, la infidelidad, a la que nada en Cristo parece ser divino. Pero si la fe cree que Dios nació en carne, no duda que ambas cosas son posibles para Dios; que tanto el cuerpo de mayor edad se presentara a los que estaban dentro sin abrir la entrada de la casa, como que el esposo niño saliera de su tálamo, es decir, del útero virginal, sin dañar la virginidad de la madre (Salmo XVIII, 6).

CAPÍTULO II.

3. La Iglesia, virgen y madre en mente. Allí, en efecto, el unigénito Hijo de Dios se dignó unir a sí mismo la naturaleza humana, para asociar a sí mismo, cabeza inmaculada, la Iglesia inmaculada: a la que el apóstol Pablo llama virgen, no considerando solo a las vírgenes en cuerpo, sino deseando mentes incorruptas de todos. Porque os he desposado, dice, con un solo esposo, para presentaros como virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2). La Iglesia, pues, imitando a la madre de su Señor, ya que no pudo en cuerpo, sin embargo, es madre y virgen en mente. De ninguna manera, por tanto, Cristo quitó la virginidad a su madre al nacer, quien hizo virgen a su Iglesia al redimirla de la fornicación de los demonios. De cuya incorrupta virginidad nacieron santas vírgenes, que despreciando los matrimonios terrenales, elegisteis ser también vírgenes en carne, celebrad con gozo solemnemente hoy el parto de la Virgen. Pues Él nació de una mujer, quien no fue engendrado por un hombre en una mujer. Quien os trajo lo que amáis, no quitó a su madre lo que amáis. Quien sana en vosotras lo que heredasteis de Eva, no mancilló lo que amasteis en María.

CAPÍTULO III.

4. Virginidad de María a imitar. Aquella, pues, cuyos pasos seguís, no permaneció con un hombre para concebir, y permaneció virgen al dar a luz. Imitadla en lo que podáis; no en fecundidad, porque eso no podéis, manteniendo la virginidad. Solo ella pudo ambas cosas, de las cuales vosotras quisisteis tener una; porque lo perdéis si queréis tener ambas. Solo ella pudo ambas cosas, quien dio a luz al Todopoderoso, por quien pudo. Pues solo el único Hijo de Dios debía hacerse hijo del hombre de este único modo. Sin embargo, Cristo no es nada para vosotras, porque es el hijo de una sola virgen. Pues lo encontrasteis a Él, a quien no

podisteis dar a luz en carne, como esposo en el corazón: y tal esposo, a quien vuestra felicidad retiene como redentor, para que vuestra virginidad no tema como destructor. Pues quien no quitó la virginidad a su madre ni con el parto corporal, mucho más la preserva en vosotras con el abrazo espiritual. Ni por eso os consideréis estériles, porque permanecéis vírgenes. Pues esa misma pía integridad de la carne, pertenece a la fecundidad de la mente. Haced lo que dice el Apóstol: ya que no pensáis en las cosas del mundo, cómo agradar a los maridos; pensad en las cosas de Dios, cómo agradarle en todo (I Cor. VII, 32-34); para que no tengáis el útero fecundo de hijos, sino el alma fecunda de virtudes. Finalmente, hablo a todos, digo a todos; a toda la virgen casta, que el Apóstol desposó con Cristo, con esta voz convoco. Lo que admiráis en la carne de María, hacedlo en los recintos del alma. Quien cree con el corazón para justicia, concibe a Cristo: quien confiesa con la boca para salvación (Rom. X, 10), da a luz a Cristo. Así, en vuestras mentes, que abunde la fecundidad y persevere la virginidad.

SERMO CXCI. En el Nacimiento del Señor, IX.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La encarnación del Hijo de Dios por los hombres, cuán admirable. Hoy la Verdad brotó de la tierra (Salmo LXXXIV, 12), Cristo nació de la carne. Regocijaos solemnemente, y recordados por el día de hoy, pensad en el día eterno, deseando con firme esperanza los dones eternos; presumid de ser hijos de Dios con el poder recibido. Por vosotros, el hacedor de los tiempos se hizo temporal, por vosotros apareció en carne el Creador del mundo, por vosotros fue creado el Creador. ¿Por qué aún, mortales, os deleitáis con cosas mortales, y tratáis de retener una vida fugitiva, si fuera posible? Una esperanza mucho más clara ha brillado en la tierra, para que se prometa vida celestial a las cosas terrenales. Para que esto se creyera, se otorgó una cosa más increíble. Haciendo dioses a quienes eran hombres, se hizo hombre quien era Dios: sin perder lo que era, quiso hacerse lo que había hecho. Él hizo que fuera, porque añadió al hombre a Dios, no perdió a Dios en el hombre. Admiramos el parto de la virgen, y tratamos de persuadir a los incrédulos de este nuevo modo de nacer, que en un útero no sembrado surgió el germen de la prole, y de la unión de la carne, las entrañas inmunes produjeron al hijo del hombre, cuyo padre no fue hombre: que la integridad de la virginidad permaneció cerrada en la concepción, e incorrupta en el parto. Esta es una potencia admirable, pero más admirable es la misericordia, que aquel que pudo nacer así, quiso nacer. Pues ya era único para el Padre, quien nació único para la madre: y Él mismo fue hecho en la madre, quien se hizo madre para sí mismo; eterno con el Padre, nacido hoy de la madre: después de la madre hecho de la madre, antes de todo del Padre no hecho: sin quien el Padre nunca fue, sin quien la madre nunca hubiera sido.

CAPÍTULO II.

2. Razones de alegría para vírgenes, viudas y casadas por el nacimiento de Cristo. La Iglesia, madre y virgen. Regocijaos, vírgenes de Cristo, vuestra consorte es la madre de Cristo. No pudisteis dar a luz a Cristo, pero por Cristo no quisisteis dar a luz. Quien no nació de vosotras, nació para vosotras. Sin embargo, si recordáis su palabra, como debéis recordarla; también vosotras sois sus madres, porque hacéis la voluntad de su Padre. Pues Él dijo: Quien hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, hermana y madre (Mateo XII, 50). Regocijaos, viudas de Cristo: quien hizo fecunda la virginidad, a Él le habéis prometido la santidad de la continencia. Regocijaos también, castidad nupcial, todos los que vivís fielmente con vuestros cónyuges: lo que perdisteis en el cuerpo, guardadlo en el corazón. Donde ya no puede haber integridad de carne por el concubinato, que haya virginidad de

conciencia en la fe, según la cual toda la Iglesia es virgen. En María, la pía virginidad dio a luz a Cristo: en Ana, la viudez reconoció al pequeño Cristo en su vejez: en Isabel, la castidad conyugal y la fecundidad anciana sirvieron a Cristo. Todos los grados de los miembros fieles contribuyeron a la cabeza lo que su gracia pudo contribuir. Por tanto, porque la verdad y la paz y la justicia son Cristo, concebidle con fe, dadle a luz con obras; para que lo que hizo el útero de María en la carne de Cristo, lo haga vuestro corazón en la ley de Cristo. ¿Cómo no pertenecéis al parto de la Virgen, cuando sois miembros de Cristo? María dio a luz a vuestra cabeza, vosotros sois la Iglesia. Pues ella también es madre y virgen: madre por las entrañas de la caridad, virgen por la integridad de la fe y la piedad. Da a luz a los pueblos, pero son miembros de uno, de quien ella misma es cuerpo y esposa, llevando también en esto la semejanza de aquella virgen, porque en muchos es madre de la unidad.

CAPÍTULO III.

3. Verdad de la tierra, justicia del cielo. El día más corto del año, ¿por qué nació Cristo? Todos, por tanto, unánimes, con mentes castas y afectos santos, celebremos el día del Nacimiento del Señor: en el cual día, como hemos comenzado este sermón, la Verdad de la tierra ha surgido. Pues ya también se ha cumplido lo que sigue en el mismo salmo. Porque aquel que ha surgido de la tierra, es decir, nacido de la carne, porque vino del cielo y está sobre todos (Juan III, 31); sin duda, cuando ascendió al Padre, también la justicia del cielo miró. Esta justicia la encomienda él mismo con sus palabras, prometiendo el Espíritu Santo: Él, dice, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, ciertamente, porque no creyeron en mí; de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis (Juan XVI, 8-10). Esta es la justicia que miró desde el cielo. Porque desde el extremo del cielo es su salida, y su recorrido hasta el extremo del cielo. Para que nadie desprecie la verdad, porque ha surgido de la tierra, ya que como un esposo salió de su tálamo, es decir, del vientre virginal, donde la Palabra de Dios se unió a la criatura humana en un matrimonio inefable: para que nadie, por tanto, desprecie esto, y aunque nacido de manera maravillosa, y maravilloso en palabras y hechos, sin embargo, debido a la semejanza de la carne del pecado, no crea que Cristo es más que un hombre: cuando se dijo, Como un esposo saliendo de su tálamo, se alegró como un gigante para correr su camino; inmediatamente se añadió, Desde el extremo del cielo es su salida (Salmo XVIII, 6, 7). Lo que escuchas, La Verdad de la tierra ha surgido, es dignación, no condición; es misericordia, no miseria. La Verdad para surgir de la tierra, descendió del cielo: el esposo para salir de su tálamo, su salida es desde el extremo del cielo. Por eso nació hoy, el día en que no hay día más corto en la tierra, del cual, sin embargo, los días toman su incremento. Aquel que se inclinó y nos levantó, eligió el día más pequeño, pero del cual la luz crece: con su tal venida, nos exhorta también en silencio como con el sonido de un gran clamor, para que quien se hizo pobre por nosotros, aprendamos a ser ricos en él; quien por nosotros tomó la forma de siervo, recibamos en él la libertad; quien por nosotros surgió de la tierra, poseamos en él el cielo. SERMO CXCI. En el Nacimiento del Señor, X.

1. La voz de los ángeles, por la cual el Señor Jesucristo, nacido del parto de la Virgen, fue anunciado a los pastores, la hemos escuchado cuando se leía el Evangelio: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Voz festiva y de júbilo, no para una sola mujer, cuyo vientre dio a luz a un hijo; sino para el género humano, al cual la Virgen dio a luz al Salvador. Pues era digno, y esto era absolutamente apropiado, que para aquella que había dado a luz al Señor del cielo y de la tierra, y después de dar a luz permaneció íntegra, no fueran las mujeres con solemnidades humanas, sino los ángeles con alabanzas divinas, quienes celebraran el nacimiento. Digamos, por tanto, también nosotros, y con cuanta exultación podamos digamos, que no anunciamos a los pastores de los rebaños

que él ha nacido, sino que celebramos su Natividad con sus ovejas: digamos, digo, también nosotros con corazón fiel, con voz devota, Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Y estas palabras divinas, estas alabanzas a Dios, este gozo angelical, meditémoslo con cuanta consideración podamos, con fe, esperanza y caridad. Pues como creemos, esperamos y deseamos, también nosotros seremos gloria a Dios en las alturas, cuando con el cuerpo resucitado espiritual seamos arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo: si ahora, mientras estamos en la tierra, buscamos la paz con buena voluntad. En las alturas, ciertamente, está la vida, porque allí está la región de los vivientes; y allí los días buenos, donde el Señor es el mismo, y sus años no fallan. Pero quien quiera la vida, y ame ver días buenos, refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien: y así sea un hombre de buena voluntad. Y busque la paz, y sígala (Salmo XXXIII, 13-15): porque en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

2. Pero si dices, oh hombre, He aquí que el querer está presente en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien; y te deleitas en la ley de Dios según el hombre interior, pero ves otra ley en tus miembros que lucha contra la ley de tu mente, y te lleva cautivo a la ley del pecado que está en tus miembros: persiste en la buena voluntad, y clama lo que sigue, ¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor (Romanos VII, 18-25). Porque él es la paz en la tierra para los hombres de buena voluntad, después de la guerra en la que la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis (Gálatas V, 17): porque él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efesios II, 14). Persista, por tanto, la buena voluntad contra las malas concupiscencias, y persistiendo implora la ayuda de la gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor. Se le opone la ley de los miembros carnales, y he aquí que ya también es llevado cautivo: implora ayuda, no confíe en sus propias fuerzas; y al menos cansado, no se niegue a confesar. Porque vendrá aquel que dijo a aquellos que ya veía creyendo en él: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31 y 32). Vendrá y la verdad nos liberará de este cuerpo de muerte. Por eso la Verdad, cuya Natividad celebramos, ha surgido de la tierra (Salmo LXXXIV, 12), para que haya paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Porque ¿quién es capaz de querer y poder, si no nos ayuda inspirando para que podamos, quien al llamarnos nos concedió que quisiéramos? Porque en todas partes su misericordia nos ha precedido, para que fuéramos llamados cuando no queríamos, y para que obtengamos poder para lo que queremos. Digámosle, por tanto: He jurado, y he decidido guardar los juicios de tu justicia. He decidido, y porque lo has mandado, he prometido obediencia: pero porque veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros; he sido humillado en todo, Señor, vivifícame según tu palabra. He aquí que el querer está presente en mí: por tanto, aprueba, Señor, las ofrendas voluntarias de mi boca (Salmo CXVIII, 106-108); para que haya paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Digamos estas cosas, y si alguna otra cosa sugiere la piedad, instruida por lecturas santas: para que no celebremos en vano la festividad del Señor nacido de la Virgen, comenzando con buena voluntad, siendo perfeccionados con la plenitud de la caridad; que se difunde en nuestros corazones, no por nosotros mismos, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5).

SERMO CXCV. En el Nacimiento del Señor, XI.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Doble natividad de Cristo. Día de la natividad de Cristo y de Juan. Escuchad, hijos de la luz, adoptados en el reino de Dios; hermanos amadísimos, escuchad; escuchad, y exultad,

justos, en el Señor, para que os convenga la alabanza recta (Salmo XXXII, 1). Escuchad lo que sabéis, recordad lo que habéis oído, amad lo que creéis, predicad lo que amáis. Así como celebramos este día anual, así esperad el sermón debido a este día. Nació Cristo, Dios del Padre, hombre de la madre. De la inmortalidad del Padre, de la virginidad de la madre. Del Padre sin madre, de la madre sin padre. Del Padre sin tiempo, de la madre sin semilla. Del Padre principio de vida, de la madre fin de muerte. Del Padre ordenando todo día, de la madre consagrando este día.

CAPÍTULO II.

Porque envió primero al hombre Juan, que nacería cuando los días comenzaran a disminuir: y él mismo nació cuando los días comenzaran a crecer, para que de esto se prefigurara lo que dijo el mismo Juan, Es necesario que él crezca, y yo disminuya (Juan III, 30). Porque la vida humana debe disminuir en sí misma, crecer en Cristo; para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que por todos murió y resucitó (II Cor. V, 15): y diga cada uno de nosotros lo que dice el Apóstol, Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gálatas II, 20). Porque es necesario que él crezca, y yo disminuya.

2. La palabra de los ángeles en los cielos, y el alimento de los hombres en el pesebre. Lo alaban dignamente todos sus ángeles, cuyo alimento eterno es, vivificándolos con una nutrición incorruptible; porque es la Palabra de Dios, por cuya vida viven, por cuya eternidad siempre viven, por cuya bondad siempre viven bienaventurados. Ellos lo alaban dignamente, Dios con Dios, y dan gloria a Dios en las alturas. Pero nosotros, su pueblo y ovejas de sus manos (Salmo XCIV, 7), por la medida de nuestra debilidad, merezcamos la paz por la buena voluntad reconciliada. Porque la voz de los ángeles es verdaderamente la de hoy, que exultando derramaron cuando nos nació el Salvador: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Por tanto, ellos lo alaban adecuadamente, alabémoslo también nosotros obedientemente. Ellos son sus mensajeros, nosotros sus ovejas. Llenó en el cielo su mesa, llenó en la tierra nuestro pesebre. Porque la plenitud de su mesa es, porque en el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. La plenitud de nuestro pesebre es, porque la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el creador de los ángeles se hizo hombre. Ellos lo alaban viviendo, nosotros creyendo: ellos disfrutando, nosotros pidiendo: ellos captando, nosotros buscando: ellos entrando, nosotros llamando.

CAPÍTULO III.

3. Nos saciaremos con la visión de la Palabra después de esta vida. Porque ¿quién de los hombres conocerá todos los tesoros de sabiduría y ciencia ocultos en Cristo, y escondidos en la pobreza de su carne? Porque por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza fuéramos enriquecidos (II Cor. VIII, 9). Porque al asumir la mortalidad, y consumir la muerte, se mostró en pobreza: pero prometió riquezas diferidas, no perdió las que tenía. ¡Cuán grande es la multitud de su dulzura, que escondió para los que le temen, pero la perfecciona para los que esperan en él (Salmo XXX, 20)! Porque en parte conocemos, hasta que venga lo perfecto. Para que seamos idóneos para recibirlo, él, igual al Padre en la forma de Dios, hecho semejante a nosotros en la forma de siervo, nos reforma a la semejanza de Dios: y hecho hijo del hombre, el único Hijo de Dios, hace a muchos hijos de los hombres hijos de Dios; y a los siervos nutridos por la forma visible de siervo, los perfecciona libres para ver la forma de Dios. Porque somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Y sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos

tal como es (I Juan III, 2). Porque ¿cuáles son esos tesoros de sabiduría y ciencia, cuáles son esas riquezas divinas, sino que nos bastan? ¿Y cuál es esa multitud de dulzura, sino que nos sacia? Muéstranos, por tanto, al Padre, y nos basta (Juan XIV, 8). Y en cierto salmo, uno de nosotros, o en nosotros, o por nosotros, le dice: Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Salmo XVI, 15). Pero él y el Padre son uno (Juan X, 30): y quien lo ve a él, ve también al Padre (Juan XIV, 9). Por tanto, el Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria (Salmo XXIII, 10). Al convertirnos, nos mostrará su rostro; y seremos salvos (Salmo LXXIX, 4), y seremos saciados, y nos bastará.

CAPÍTULO IV.

4. Conclusión. Diga, por tanto, nuestro corazón: Busqué tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré; no apartes tu rostro de mí (Salmo XXVI, 8, 9). Y él responda a nuestro corazón: Quien me ama, guarda mis mandamientos; y quien me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Ciertamente lo veían con los ojos aquellos a quienes decía esto, y oían el sonido de su voz con los oídos, y pensaban en un hombre con el corazón humano: pero lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, él mismo prometía mostrarse a los que lo aman (I Cor. II, 9). Lo que hasta que suceda, hasta que nos muestre lo que nos basta, hasta que bebamos de la fuente de vida y nos saciemos; mientras caminamos por la fe peregrinando lejos de él, mientras tenemos hambre y sed de justicia, y deseamos con un ardor inefable la belleza de la forma de Dios, celebremos con devoto servicio el Nacimiento de la forma de siervo. Aún no podemos contemplar lo que fue engendrado antes del lucero de la mañana del Padre, celebremos lo que nació en las horas nocturnas de la virgen. Aún no comprendemos, lo que permanece antes del sol es su nombre (Salmo LXXI, 17), reconozcamos en el sol puesto su tabernáculo. Aún no contemplamos al Único permaneciendo en su Padre, recordemos al esposo saliendo de su tálamo (Salmo XVIII, 6). Aún no somos idóneos para el banquete de nuestro Padre, reconozcamos el pesebre de nuestro Señor Jesucristo.

SERMO CXCV. En el Nacimiento del Señor, XII.

1. Doble natividad de Cristo, ambas inenarrables. El Hijo de Dios y al mismo tiempo hijo del hombre, nuestro Señor Jesucristo, nacido del Padre sin madre, creó todo día; nacido de la madre sin padre, consagró este día; en su natividad divina invisible, en su natividad humana visible, ambas maravillosas. Por tanto, lo que el profeta predijo de él, ¿quién narrará su generación (Isaías LIII, 8)? es difícil juzgar de cuál se dijo más bien; si de aquella donde nunca no nacido tiene al Padre coeterno, o de esta donde alguna vez nacido, en la que iba a ser, ya había hecho a la madre: si de aquella donde siempre ha nacido, quien siempre era; porque ¿quién narrará cómo nació la luz de la luz, y ambas son una sola luz? ¿cómo nació Dios de Dios, y no creció el número de dioses? ¿cómo se dice como de un hecho pasado que nació, cuando el tiempo en esa natividad no pasó, para que fuera pasado; ni precedió, para que fuera futuro; ni fue presente, como si aún se hiciera, y no estuviera perfecto? ¿Quién, por tanto, narrará esta generación; cuando lo que se ha de narrar permanece por encima de los tiempos, pero el discurso del narrador pasa en el tiempo? ¿Quién narrará también esta generación de la virgen, cuyo concepto en la carne no se hizo carnalmente, cuyo nacimiento de la carne trajo abundancia a la que nutría, no quitó la integridad a la que daba a luz? Por tanto, ¿quién narrará cualquiera de ellas, o ambas generaciones suyas?

2. Cristo hijo de la virgen, esposo de la virgen. Este es nuestro Señor Dios, este es el mediador entre Dios y los hombres, nuestro Salvador, quien nacido del Padre creó también a la madre; creado de la madre glorificó también al Padre: sin parto femenino único para el

Padre, sin unión viril único para la madre. Este es hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3), hijo de la santa María, esposo de la santa Iglesia, a la cual hizo semejante a su madre: pues también nos la hizo madre, y la guarda virgen para sí. A esta, en efecto, dice el Apóstol: Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2). De la cual dice nuevamente, nuestra madre no es esclava, sino libre, cuyos hijos son más numerosos que los de la que tiene marido (Gálatas IV, 26 y 27). Por tanto, también la Iglesia, como María, tiene perpetua integridad, y fecundidad incorrupta. Porque lo que aquella mereció en la carne, esta lo guardó en la mente: salvo que aquella dio a luz a uno, esta da a luz a muchos, para ser reunidos en uno por uno.

3. ¿Por qué vino Cristo en la carne? Este es, por tanto, el día en que vino al mundo, por quien fue hecho el mundo; en el cual se hizo presente en la carne, nunca ausente en virtud: porque estaba en este mundo, y vino a los suyos. Estaba en el mundo, pero el mundo lo ocultaba: porque la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 10, 11, 5). Vino, por tanto, en la carne, para purificar los vicios de la carne. Vino a la tierra medicinal, de donde curaría nuestros ojos interiores, que nuestra tierra exterior había cegado: para que, sanados ellos, que antes éramos tinieblas, seamos luz en el Señor (Efesios V, 8); y ya no luz en las tinieblas brillando presente a los ausentes, sino que aparezca cierta a los que la ven. Para esto salió el esposo de su tálamo, y se alegró como un gigante para correr su camino (Salmo XVIII, 6). Hermoso como esposo, fuerte como gigante, amable y terrible, severo y sereno, hermoso para los buenos, áspero para los malos, permaneciendo en el seno del Padre, llenó el vientre de la madre. En cuyo tálamo, es decir, en el vientre de la Virgen, la naturaleza divina se unió a la humana: donde la Palabra se hizo carne por nosotros, para que saliendo de la madre, habitara entre nosotros (Juan I, 14); para que precediendo al Padre, donde habitemos nos prepare. Celebremos, por tanto, este día con alegría solemnemente; y deseemos fielmente el día eterno, por aquel que para nosotros eterno nació en el tiempo.

SERMO CXCVI. En el Nacimiento del Señor, XIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las natiuidades de Cristo son dos. El Hijo, sin principio, siempre engendrado por el Padre. El día de hoy, la festividad del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, ha brillado para nosotros. El día del nacimiento, en el que nació el día. Y por eso hoy, porque desde hoy el día crece. Las natiuidades de nuestro Señor Jesucristo son dos; una divina, otra humana: ambas maravillosas; aquella sin madre mujer, esta sin padre hombre. Lo que dice el santo profeta Isaías, ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 8) puede referirse a ambas generaciones. ¿Quién narrará dignamente al Dios que engendra? ¿Quién narrará dignamente el parto de la virgen? Aquella sin día, esta en un día cierto: ambas sin estimación humana, y con gran admiración. Considerad aquella primera generación: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). ¿De quién es el Verbo? Del mismo Padre. ¿Qué Verbo? El mismo Hijo. Nunca el Padre sin el Hijo. Y sin embargo, quien nunca estuvo sin el Hijo, engendró al Hijo. Y lo engendró, y no comenzó. Al engendrado sin principio no hay principio. Y sin embargo, Hijo, y sin embargo engendrado. Dirá el hombre: ¿Cómo engendrado, y no tiene principio? Si es engendrado, tiene principio: si no tiene principio, ¿cómo es engendrado? ¿Cómo, no lo sé. Preguntas al hombre cómo es engendrado Dios? Con tu pregunta me afliges; pero llamo al Profeta: ¿Quién contará su generación? Ven conmigo a esta generación humana, ven conmigo a esta, en la que se vació a sí mismo tomando forma de siervo: si acaso podemos comprenderla, si acaso podemos hablar algo de ella. Pues, ¿quién puede comprender, Él que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como

algo a qué aferrarse? ¿Quién puede comprender esto? ¿Quién puede pensarlo dignamente? ¿Qué mente se atreve a investigarlo? ¿Qué lengua se atreve a pronunciarlo? ¿Qué pensamiento puede comprenderlo? Por ahora dejemos esto: es mucho para nosotros. Pero para que no sea mucho para nosotros, se vació a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres (Filipenses 2, 6-7). ¿Dónde? En la virgen María. Hablemos de eso, si acaso podemos. El ángel anuncia, la virgen escucha, cree, y concibe. Fe en la mente, Cristo en el vientre. La virgen concibió, maravillense: la virgen dio a luz, maravillense más: después del parto, la virgen permaneció. ¿Quién contará, entonces, esta generación?

CAPÍTULO II.

2. Tres vidas, conyugal, viudal y virginal, atestiguan a Cristo. Digo lo que os deleita, carísimos. Hay tres vidas en la Iglesia de los miembros de Cristo: conyugal, viudal y virginal. Porque esas vidas, esas castidades habrían de estar en los santos miembros de Cristo; todas estas tres vidas atestiguaron a Cristo. La primera, la conyugal: cuando María virgen concibió, Isabel, esposa de Zacarías, también había concebido; llevaba en su vientre al precursor de este Juez. Vino a ella la santa María, como a saludar a su pariente. El niño saltó en el vientre de Isabel. Él saltó, ella profetizó. Tienes el testimonio de la castidad conyugal. ¿Dónde está la viudal? En Ana. Acabáis de escuchar cuando se leía el Evangelio, que era una santa profetisa viuda de ochenta y cuatro años, que había vivido siete años con su marido; frecuentando el templo del Señor, sirviendo en oraciones noche y día. Y esa viuda reconoció a Cristo. Vio al pequeño, reconoció al grande. Y ella también atestiguó. Tienes en ella la vida viudal. En María, la virginal (Lucas 1 y 2). Que cada uno elija de estas tres la que quiera. Quien quiera estar fuera de estas, no dispone estar en los miembros de Cristo. No digan las casadas: Nosotras no pertenecemos a Cristo. Las santas mujeres tuvieron maridos. No se ensalcen las vírgenes. Cuanto más grandes son, humíllense en todo (Eclesiástico 3, 20). Todos los ejemplos de salvación están propuestos ante nuestros ojos. Nadie se desvíe. Nadie sin esposa: mejor sin esposa. Si buscas la castidad conyugal, tienes a Susana: si la viudal, tienes a Ana: si la virginal, tienes a María.

CAPÍTULO III.

3. Dios por nuestra causa niño. El Señor Jesús quiso ser hombre por nosotros. No menospreciemos la misericordia: la Sabiduría yace en la tierra. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Oh alimento y pan de los Ángeles: de ti se llenan los Ángeles, de ti se sacian, y no se hastían; de ti viven, de ti saborean, de ti son bienaventurados. ¿Dónde estás por mí? En un albergue estrecho, en pañales, en un pesebre. ¿Por quién? Quien gobierna las estrellas, succiona pechos: llena a los Ángeles, habla en el seno del Padre, calla en el seno de la madre. Pero hablará a la edad conveniente, llenará el Evangelio para nosotros. Por nosotros sufrirá, por nosotros morirá, resucitará como ejemplo de nuestra recompensa, ascenderá al cielo ante los ojos de los discípulos, vendrá del cielo para el juicio. He aquí quien yacía en el pesebre, se disminuyó, pero no se perdió: tomó lo que no era, pero permaneció lo que era. He aquí tenemos al niño Cristo, crezcamos con él.

CAPÍTULO IV.

4. La solemnidad supersticiosa de las Calendas de Enero. Que esto sea suficiente para vuestra Caridad. Porque veo a muchos aquí por la solemnidad, debo hablar. Las Calendas de Enero están por venir. Todos sois cristianos; con la ayuda de Dios, la ciudad es cristiana. Hay dos tipos de personas aquí, cristianos y judíos. No se hagan las cosas que Dios odia: por juego la iniquidad, por broma la maldad. No se hagan jueces los hombres, para que no caigan en

manos del verdadero Juez. Escuchad, sois cristianos, sois miembros de Cristo. Pensad en lo que sois, pensad en cuánto habéis sido comprados. Finalmente, si queréis saber lo que hacéis: lo digo a aquellos que lo hacen. No lo toméis como una ofensa personal, a quienes esto desagrada: lo digo a quienes lo hacen, y a quienes les agrada. ¿Queréis saber lo que hacéis, y qué tristeza nos causáis? ¿Lo hacen los judíos? Al menos avergüéncense, para que no se haga. En el natalicio de Juan, es decir, seis meses antes (pues tantos meses hay entre el precursor y el Juez), por la solemnidad supersticiosa pagana, los cristianos venían al mar y allí se bautizaban. Estaba ausente: pero, como supe, por la disciplina de los presbíteros cristianos, algunos recibieron una disciplina digna y eclesiástica. Los hombres murmuraron al respecto, y algunos dijeron: ¿Cuánto costaba que se nos advirtiera? Si se nos hubiera advertido antes, no lo habríamos hecho. Los presbíteros debieron advertirnos, no lo habríamos hecho. He aquí el obispo advierte; advierto, predico, denuncio. Escuchad al obispo ordenando, escuchad al obispo advirtiéndolo, escuchad al obispo rogando, escuchad al obispo conjurando. Conjuro por aquel que hoy ha nacido: conjuro, obligo, que nadie lo haga. Yo me absuelvo. Es mejor que se me escuche advirtiéndolo, que sentirme triste.

SERMON CXC VII. De las Calendas de Enero, contra los Paganos

FRAGMENTOS.

1. Porque se revela la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad. ¿De quiénes, sino de judíos y gentiles? Pero para que no se diga, ¿Por qué sobre la impiedad de los gentiles? ¿Acaso los gentiles nunca recibieron la Ley y se convirtieron en transgresores? Correctamente se revela la ira de Dios sobre los judíos, a quienes se les dio la Ley, y no quisieron observarla: pero a los gentiles no se les dio. Mirad, hermanos, y comprended cómo muestra a todos culpables, y a todos necesitados de salvación y de la misericordia de Dios. Porque se revela la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen la verdad con injusticia. Ved cómo no dijo, No tienen la verdad: sino, La verdad, dice, la detienen con injusticia. Y como si preguntaras diciendo, ¿Cómo pueden tener la verdad, quienes no recibieron la Ley? sigue, Porque lo que de Dios se conoce, les es manifiesto. ¿Y cómo pudo ser manifiesto en ellos lo que de Dios se conoce, quienes no recibieron la Ley? Sigue, y dice: Porque lo invisible de él, desde la creación del mundo, se ve, siendo entendido por medio de las cosas hechas; su eterno poder y divinidad. Sin duda entendemos, se ve siendo entendido. ¿Por qué habría de atender a las obras, y no buscar al artífice? Atiendes a la tierra fructífera, atiendes al mar lleno de sus animales, atiendes al aire lleno de aves, atiendes al cielo resplandeciente de estrellas, y demás, y no buscas al artífice de tan gran obra? Pero me dices: Veo estas cosas, a él no lo veo. Para ver estas cosas te dio ojos del cuerpo, para verlo a él te dio la mente. Pues tampoco ves el alma del hombre. Así como, por los movimientos y administración del cuerpo, entiendes el alma que no ves: así, por la administración de todo el mundo, y por el gobierno de las mismas almas, entiende al Creador. Pero es poco entender. Pues ellos entendieron; y mira lo que dice el Apóstol: Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. ¿Por qué mérito, sino por la soberbia? Pues mira lo que sigue: Diciendo ser sabios, se hicieron necios. No debían atribuirse lo que él había dado, ni jactarse de lo que no tenían de sí mismos, sino de él. Lo que debía ser devuelto a él, para que, al mantener lo que podían ver, fueran sanados por aquel que les dio para que vieran. Pues si hicieran esto, guardarían la humildad, y podrían ser purificados, y adherirse a aquella beatísima contemplación. Pero como había soberbia en ellos, se interpuso el falso y engañoso y soberbio, que les prometió que por ciertas partes de soberbia serían purificadas sus almas, y los hizo adoradores de demonios. De ahí todos los ritos sagrados que celebran los paganos, que dicen valer para la purificación de sus almas. Y

escucha al Apóstol diciendo esto a continuación, porque como recompensa de la soberbia recibieron esto; porque no glorificaron a Dios como debe ser glorificado. Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible. Ya son ídolos. Y estos son de todos los griegos y otras naciones, que tienen semejanza de hombres. Pues no hay mayor y más supersticiosa idolatría que la de los egipcios: pues Egipto inundó el mundo con tales ficciones, como las que el Apóstol dice a continuación: cuando dijo, En semejanza de imagen de hombre corruptible; añadió, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. ¿Acaso, hermanos, en otros templos habéis visto una imagen con cabeza de perro o de toro, y otras figuras de animales irracionales? Estos son los ídolos de los egipcios. Pues el Apóstol abarcó ambos géneros: En semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por eso Dios los entregó a los deseos de sus corazones, a la inmundicia; para que deshonren sus cuerpos entre sí. Estos males de ellos, son por la impiedad de la soberbia. Estos pecados, porque son de la soberbia, no solo son pecados, sino también castigos. Pues cuando dice, Dios los entregó, ya es de la venganza de cierto pecado, para que hagan estas cosas. Que cambiaron la verdad de Dios en mentira. ¿Qué es, cambiaron la verdad de Dios en mentira? En semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Y para que nadie de ellos dijera, No adoro la imagen, sino lo que significan las imágenes; añadió de inmediato, Y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador (Romanos 1, 18-25). Entended prudentemente. O adoran la imagen, o la criatura. Quien adora la imagen, convierte la verdad de Dios en mentira. Pues el mar es verdad; Neptuno, sin embargo, es mentira hecha por el hombre, convertida la verdad de Dios en mentira: porque Dios hizo el mar; el hombre, sin embargo, la imagen de Neptuno. Así, Dios hizo el sol: el hombre, sin embargo, haciendo la imagen del sol, convirtió la verdad de Dios en mentira. Pero para que no digan, No adoro la imagen, sino que adoro el sol, por eso dijo, Adoraron a la criatura antes que al Creador.

2. Pero quizás alguien diga: Aunque él nació humildemente, quiso jactarse en la nobleza de sus discípulos. No eligió reyes, ni senadores, ni filósofos, ni oradores: sino que eligió plebeyos, pobres, indoctos, pescadores. Pedro pescador, Cipriano orador. Si no precediera fielmente el pescador, no seguiría humildemente el orador. Que nadie desprecie a sí mismo por ser insignificante: que tenga a Cristo, y su esperanza no será falsa, etc.

3. ¿Qué quería Simón, sino ser alabado en los milagros, exaltarse en la soberbia? Pues esta lo llevó a pensar que el don del Espíritu Santo se podía comprar con dinero (Hechos 8, 18-19). A cuya soberbia contrario el Apóstol, permaneciendo en humildad, ferviente en espíritu al mediodía, resplandeciente en prudencia, dice: Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento. Porque había dicho: Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento (1 Corintios 3, 7, 6). Y de nuevo: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (1 Corintios 1, 13). Mira cómo rechaza ser adorado en lugar de Cristo, y no quiere mostrarse a la alma fornicante en lugar del esposo. ¿No parece grande plantar y regar? Pero ni el que planta es algo, ni el que riega. ¿Cómo temió? No se dice algo a sí mismo para la salvación de aquellos que deseaba edificar en Cristo.

4. Ni el mismo Apóstol quiso que se pusiera la esperanza en él, sino en la verdad que anunciaba. Lo que se decía por él era mejor que él por quien se anunciaba. Aunque si nosotros, dice. Es poco, escucha lo que sigue: o un ángel, dice, del cielo os anunciara algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema (Gálatas 1, 8). Veía que un falso mediador podía transfigurarse en ángel de luz, y anunciar algo falso. Así como los hombres soberbios quieren ser adorados en lugar de Dios, atribuirse lo que pueden, ser nombrados, y si es posible, pasar a Cristo mismo en gloria: así el diablo y sus ángeles. Los donatistas tienen a

Donato como a Cristo. Si escuchan a algún pagano detractor de Cristo, quizás lo soporten pacientemente, más que si escuchan a alguien detractor de Donato.

5. Porque el mismo Cristo habla en sus santos, diciendo el Apóstol, ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (2 Corintios 13, 3). Y aunque dice, Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento; no porque se amara a sí mismo, sino porque quería que se amara a él en sí mismo: sin embargo, da testimonio de algunos, diciendo, Porque me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús (Gálatas 4, 14). En todos sus santos, pues, él mismo es quien debe ser amado, quien dice: Tuve hambre, y me disteis de comer (Mateo 25, 35). Pues no dijo, Les disteis a ellos: sino, Me disteis a mí. ¡Tan grande es la caridad de la cabeza hacia su cuerpo!

6. ¿Qué es Juno? Juno, dicen, es el aire. Ya antes nos invitaba a adorar el mar en la imagen de la tierra: ahora nos invita a adorar el aire. Estos son los elementos con los que este mundo consiste. Por eso el apóstol Pablo, proponiendo esto en su Epístola: Cuidaos, dice, que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según los elementos de este mundo (Colosenses 2, 8). Pues tocaba a aquellos que, como prudentes, exponen los ídolos. Por eso cuando decía filosofía; en el mismo lugar dice, según los elementos de este mundo: no como cualesquiera adoradores de imágenes, sino como más doctos intérpretes de signos, advirtiéndolo que deben ser evitados.

SERMON CXCVIII. De las Calendas de Enero, II.

1. Solemnidad de las Calendas de Enero. Advertimos a vuestra Caridad, hermanos, ya que os vemos reunidos hoy como en solemnidad, y congregados más frecuentemente que de costumbre en este día; que recordéis lo que acabáis de cantar, para que no sea la lengua ruidosa con el corazón mudo; sino que lo que habéis sonado con la voz a los oídos de los demás, claméis con afecto a los oídos de Dios. Pues esto cantabais: Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre las naciones, para que confesemos tu santo nombre (Salmo 105, 47). Y ahora, si la solemnidad de las naciones, que se celebra hoy en la alegría del mundo y de la carne, en el ruido de las canciones más vanas y vergonzosas, en banquetes y danzas indecentes, en la celebración de esa falsa festividad, si lo que hacen las naciones no os deleita, seréis reunidos de entre las naciones.

2. Nuestra separación de los Gentiles por la fe, esperanza y caridad cristianas. Vosotros ciertamente habéis cantado, y aún el sonido del divino cántico es reciente en vuestros oídos: Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre los Gentiles. ¿Quién puede ser reunido de entre los Gentiles, sino aquel que es salvado? Por tanto, quienes se mezclan con los Gentiles, no son salvos; pero son salvados aquellos que son reunidos de entre los Gentiles, por la salvación de la fe, la salvación de la esperanza, la salvación de la caridad más sincera, la salvación espiritual, la salvación de las promesas de Dios. Por tanto, quien cree, espera y ama, no debe ser llamado inmediatamente salvo. Importa, en efecto, qué cree, qué espera y qué ama. Nadie vive en cualquier vida sin estos tres afectos del alma: creer, esperar, amar. Si no crees lo que creen los Gentiles, no esperas lo que esperan los Gentiles, no amas lo que aman los Gentiles; eres reunido de entre los Gentiles, separado, es decir, apartado de los Gentiles. No te asuste la mezcla corporal en tan gran separación de la mente. ¿Qué hay más separado que creer ellos en demonios como dioses, y tú creer en el único y verdadero Dios? ¿Esperar ellos en las vanidades del mundo, y tú esperar la vida eterna con Cristo? ¿Amar ellos el mundo, y tú amar al creador del mundo? Por tanto, quien cree, espera y ama de manera diferente, que lo pruebe con su vida, que lo muestre con sus hechos. Vas a celebrar

las estrenas como un pagano, vas a jugar a los dados y a embriagarte: ¿cómo crees, esperas y amas de manera diferente? ¿Cómo cantas con frente libre: Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre los Gentiles? Pues eres separado de los Gentiles, mezclado corporalmente con los Gentiles, pero con vida diferente. Y cuán grande es esta separación, vedlo, si ahora lo hacéis, si ahora lo probáis. Ya nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, que por nosotros se hizo hombre, dio por nosotros un precio. Así que dio su propio precio: lo dio para redimir, para reunir de entre los Gentiles. Pero si te mezclas con los Gentiles, no quieres seguir a quien te redimió: te mezclas con los Gentiles en vida, hechos, corazón, creyendo tales cosas, esperando tales cosas, amando tales cosas: eres ingrato a tu Redentor, y no reconoces tu precio, la sangre del Cordero inmaculado. Para que sigas a tu Redentor, quien te redimió con su sangre, no te mezcles con los Gentiles en la semejanza de costumbres y hechos. Ellos dan estrenas, vosotros dad limosnas. Ellos se distraen con canciones de lujuria, vosotros distraeos con sermones de las Escrituras: ellos corren al teatro, vosotros a la iglesia: ellos se embriagan, vosotros ayunad. Si hoy no podéis ayunar, al menos comed con sobriedad. Si hacéis esto, habéis cantado bien: Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre los Gentiles.

3. Los cristianos se distinguen de los paganos por obras piadosas. Los dioses falsos se deleitan en las malas costumbres de sus adoradores. Así que muchos hoy lucharán en su corazón con la palabra que han escuchado. Pues hemos dicho: No deis estrenas, dad a los pobres. No es suficiente que deis solo eso, dad aún más. ¿No queréis dar más? Al menos dad eso. Pero me dices: Cuando doy estrenas, también recibo. ¿Qué, entonces, cuando das al pobre, no recibes nada? Ciertamente no creas esto, que creen los Gentiles; ciertamente no esperes esto, que esperan los Gentiles. Mira, si dices que no recibes nada cuando das al pobre, te has hecho parte de los Gentiles: en vano has cantado: Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre los Gentiles. No olvides aquella prescripción, donde se dice: Quien da a los pobres, nunca carecerá (Prov. XXVIII, 26). ¿Ya has olvidado lo que el Señor dirá a aquellos que dieron a los pobres: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino? y lo que se dirá a aquellos que no dieron: Echadlos al fuego eterno (Mat. XXV, 34, 41)? Ahora, quienes escucharon con gusto lo que se dijo, ciertamente están con aquellos que no escucharon con gusto. Ahora hablo a los verdaderos cristianos. Si creéis de manera diferente, esperáis de manera diferente, amáis de manera diferente; vivid de manera diferente, y demostrad vuestra fe, esperanza y caridad diferentes con costumbres diferentes. Escuchad al Apóstol advirtiéndolo: «No os unáis en yugo desigual con los infieles. ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué parte tiene el creyente con el infiel? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos?» (II Cor. VI, 14-16). Y en otro lugar dice: «Lo que sacrifican los Gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios. No quiero que os hagáis partícipes de los demonios» (I Cor. X, 20). Por tanto, los dioses de ellos se deleitan en sus costumbres. Pero aquel que dijo: No quiero que os hagáis partícipes de los demonios, quiso que se separaran de aquellos que servían a los demonios, en vida y costumbres. Pues esos demonios se deleitan en canciones de vanidad, se deleitan en espectáculos frívolos, y en las diversas indecencias de los teatros, en la locura del circo, en la crueldad del anfiteatro, en las contiendas animosas de aquellos que por hombres pestilentes sostienen disputas y contiendas hasta enemistades, por el mimo, por el histrión, por el pantomimo, por el auriga, por el cazador. Haciendo estas cosas, es como si ofrecieran incienso a los demonios desde sus corazones. Pues los espíritus seductores se alegran con los seducidos; y se alimentan de las malas costumbres y la vida turbia e infame de aquellos a quienes han seducido y engañado. «Vosotros, sin embargo,» como dice el Apóstol, «no habéis aprendido así a Cristo: si es que lo habéis oído, y habéis sido enseñados en él» (Efes. IV, 20, 21). No os hagáis, pues, partícipes de ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero

ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de luz» (Id. V, 7, 8): para que nosotros, que os predicamos la palabra del Señor, podamos con vosotros y por vosotros alegrarnos en aquella luz perpetua.

SERMO CXCIX. En la Epifanía del Señor, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo une a judíos y gentiles en sí mismo. Recientemente celebramos el día en que el Señor nació de los judíos: hoy celebramos el día en que fue adorado por los gentiles. Porque la salvación viene de los judíos (Juan IV, 22): pero esta salvación hasta los confines de la tierra (Isaías XLIX, 6). Pues en aquel día los pastores adoraron, hoy los Magos. A aquellos los ángeles, a estos la estrella les anunció. Ambos aprendieron del cielo, cuando vieron al rey del cielo en la tierra, para que hubiera gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno. Ya desde aquí el niño nacido y anunciado se muestra como aquella piedra angular, ya en el mismo principio de su nacimiento apareció. Comenzó ya a unir en sí mismo dos paredes de diferente origen, conduciendo a los pastores de Judea, a los Magos de Oriente: para que creara en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz; paz para los que están lejos, y paz para los que están cerca (Efes. II, 14-20). Por eso, aquellos que se acercaron de cerca en ese día, y estos que vinieron de lejos hoy, señalaron dos días para ser celebrados por los que vendrían después, pero ambos vieron una sola luz del mundo.

2. La fe de los Magos y la infidelidad de los judíos. Pero hoy debemos hablar de aquellos que fueron llevados por la fe desde tierras remotas a Cristo. Pues vinieron y lo buscaron, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos a adorarlo (Mat. II, 2). Anuncian e interrogan, creen y buscan; como significando a aquellos que caminan por la fe, y desean la visión. ¿No nacieron ya otros reyes de los judíos tantas veces en Judea? ¿Qué es lo que este es reconocido por extranjeros en el cielo, buscado en la tierra; resplandece en lo alto, se oculta en lo bajo? En Oriente los Magos ven la estrella, y en Judea entienden que ha nacido un rey. ¿Quién es este rey tan pequeño, tan grande; aún sin hablar en la tierra, ya proclamando edictos en los cielos? Sin embargo, para nosotros, a quienes quiso darse a conocer por sus santas Escrituras, quiso que incluso los mismos Magos, a quienes había dado una señal tan clara en el cielo, y a cuyos corazones había revelado que había nacido en Judea, creyeran en sus Profetas. Pues al buscar la ciudad en la que había nacido, a quien deseaban ver y adorar, tuvieron que preguntar a los príncipes de los judíos; para que ellos, de la santa Escritura, que llevaban en la boca, no en el corazón, infieles a los fieles de la gracia de la fe respondieran, mentirosos de sí mismos, veraces contra sí mismos. Pues, ¿qué les costaba, al escuchar que venían a adorar al Cristo cuya estrella habían visto, acompañarlos a Belén de Judea, que habían indicado por los Libros divinos, ver juntos, entender juntos, adorar juntos? Ahora bien, habiendo mostrado a otros la fuente de la vida, ellos mismos murieron de sequedad. Se convirtieron para ellos en piedras de millas: mostraron algo a los viajeros que caminaban, pero ellos mismos permanecieron necios e inmóviles. Los Magos buscaban para encontrar: Herodes buscaba para destruir: los judíos leían la ciudad del que nacía, no entendían el tiempo del que venía. Entre el amor piadoso de los Magos y el cruel temor de Herodes, ellos desaparecieron mostrando Belén: pero Cristo, que allí nació, no entonces buscado, sino visto después, no entonces infante, sino hablando después, iban a negar, no entonces infante, sino hablando después, iban a matar. Más feliz la ignorancia de los infantes, a quienes Herodes persiguió aterrorizado, que la ciencia de estos a quienes consultó perturbado. Aquellos pudieron sufrir por Cristo, a quien aún no podían

confesar: estos no siguieron la verdad del que enseñaba, de quien pudieron conocer la ciudad del que nacía.

CAPÍTULO II.

3. Error sobre los destinos estelares. La estrella condujo a los Magos propiamente al lugar donde estaba el Verbo de Dios infante. Aquí ya debe avergonzarse la necedad sacrílega, y cierta, por así decirlo, doctrina indocta, que por eso piensa que Cristo nació bajo el decreto de las estrellas, porque está escrito en el Evangelio que cuando nació, los Magos vieron su estrella en Oriente. Lo cual no sería cierto, ni siquiera si los hombres nacieran bajo tal decreto: porque no nacen como el Hijo de Dios por voluntad propia, sino por la condición de la naturaleza mortal. Ahora bien, tanto se aleja de la verdad que Cristo naciera bajo un destino estelar, que nadie que crea correctamente en Cristo cree que ningún hombre nazca así. Pero que los hombres vanos hablen de las cartas natales de los hombres lo que insensatamente opinan, nieguen la voluntad con la que pecan, inventen una necesidad con la que defienden los pecados; intenten fijar en el cielo las malas costumbres por las que son detestados en la tierra por los hombres, y mientan que emanan de los astros: sin embargo, que cada uno de ellos vea cómo no cree que su vida, sino su familia, deba ser gobernada por cualquier poder; ya que al sostener estas opiniones no se le permite azotar a sus siervos pecadores en casa, a menos que primero se vea obligado a blasfemar a sus dioses resplandecientes en el cielo. Sin embargo, estos no pueden pensar que Cristo nació bajo el decreto de las estrellas, ni siquiera según sus conjeturas vanísimas, y no realmente libros fatídicos, sino claramente falsídicos, porque al nacer él, los Magos vieron su estrella en Oriente. Pues aquí más bien Cristo no apareció bajo su dominio, sino como su Señor: porque aquella no mantuvo caminos siderales en el cielo, sino que mostró el camino a los hombres que buscaban a Cristo hasta el lugar donde había nacido. Por lo tanto, no fue ella quien hizo que Cristo viviera maravillosamente, sino que Cristo hizo que ella apareciera maravillosamente: ni ella decretó las maravillas de Cristo, sino que Cristo la mostró entre sus maravillas. Pues él, nacido de madre, mostró una nueva estrella en el cielo, quien nacido del Padre formó el cielo y la tierra. Al nacer él, una nueva luz fue revelada en la estrella, al morir él, una antigua luz fue velada en el sol. Al nacer él, los cielos resplandecieron con nuevo honor, al morir él, los infiernos temblaron con nuevo temor, al resucitar él, los discípulos ardieron con nuevo amor, al ascender él, los cielos se abrieron con nueva obediencia. Celebremos, pues, con devota solemnidad también este día, en el que los Magos de entre los Gentiles reconocieron y adoraron a Cristo (Mat. II, 1-11); como celebramos aquel día en el que los pastores de Judea vieron al Cristo nacido (Luc. II, 8-20). Pues el mismo Señor nuestro Dios eligió a los Apóstoles de Judea como pastores, por quienes reuniría a los pecadores salvados también de entre los Gentiles.

SERMO CC. En la Epifanía del Señor, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Solemnidad de la manifestación de Cristo. Los Magos vinieron de Oriente para adorar el nacimiento de la Virgen. Celebramos este día hoy, le rendimos la solemnidad y el sermón debidos. Para ellos, este día fue el primero que brilló, para nosotros ha regresado con la festividad anual. Ellos eran las primicias de los Gentiles, nosotros el pueblo de los Gentiles. A nosotros nos lo anunció la lengua de los Apóstoles, a ellos la estrella como lengua de los cielos: y a nosotros los mismos Apóstoles, como cielos, nos narraron la gloria de Dios (Sal. XVIII, 1). Pues, ¿por qué no reconocerlos como cielos, quienes se convirtieron en sede de Dios? como está escrito, El alma del justo es sede de la sabiduría (Sab. VII). Pues por estos

cielos aquel creador y habitante de los cielos tronó, por lo que el mundo tembló y he aquí que ya cree. Gran misterio. En el pesebre yacía entonces, y a los Magos de Oriente conducía. Se ocultaba en el establo, y se reconocía en el cielo; para que reconocido en el cielo se manifestara en el establo, y se llamara Epifanía este día, lo que en latín puede decirse manifestación: al mismo tiempo recomendando su grandeza y humildad, para que quien en el cielo abierto se mostraba con señales estelares, en el estrecho albergue buscado fuera encontrado; inválido con miembros infantiles, envuelto en pañales infantiles, fuera adorado por los Magos, temido por los malos.

2. El terror de Herodes. Pues el rey Herodes lo temió, al serle anunciado por los mismos Magos, cuando aún buscaban al niño, a quien ya conocían nacido con el cielo como testigo. ¿Qué será el tribunal del juez, cuando las cunas del infante aterraban a los reyes soberbios? Cuando ahora los reyes más prudentemente, no como Herodes, buscan matar; sino como los Magos, prefieren adorar, especialmente ahora a aquel que incluso la muerte que el enemigo deseaba infligir, también por los mismos enemigos soportó de los enemigos, y en su cuerpo muerto la muerte mató. Que ahora los reyes piadosamente teman al que ya está sentado a la diestra del Padre, a quien aquel rey impío temió aún lamiendo los pechos de su madre. Escuchen lo que está escrito: Y ahora, reyes, entended; sed instruidos, los que juzgáis la tierra: servid al Señor con temor, y exultad con temblor (Sal. II, 10 y 11). Pues aquel rey, vengador de los reyes impíos, y rector de los piadosos, no nació como nacen los reyes en el mundo; porque también él nació, cuyo reino no es de este mundo. La nobleza del que nace fue en la virginidad de la que pare; y la nobleza de la que pare, en la divinidad del que nace. De hecho, aunque ya tantos reyes de los judíos habían nacido y muerto, nunca ninguno de ellos fue buscado para ser adorado por los Magos: porque ninguno de ellos fue conocido por el cielo hablando.

CAPÍTULO II.

3. La ceguera de los judíos en la misma iluminación de los Magos. Las Escrituras dejadas entre los judíos para la fe de los Gentiles. Sin embargo, lo que no debe pasarse por alto, esta iluminación de los Magos fue un gran testimonio de la ceguera de los judíos. En su tierra estos buscaban, a quien aquellos no reconocían en la suya. Entre ellos estos encontraron al infante, a quien aquellos negaron enseñando. En estas tierras estos peregrinos de lejos adoraron al niño Cristo aún sin pronunciar palabras, donde aquellos ciudadanos crucificaron al joven haciendo milagros. Estos en pequeños miembros reconocieron a Dios; aquellos en grandes hechos no perdonaron ni como a un hombre: como si fuera más ver una nueva estrella brillando en su nacimiento, que ver el sol llorando en su muerte. Ahora bien, que la misma estrella, que condujo a los Magos al lugar donde estaba con su madre virgen el Dios infante, que ciertamente podía llevarlos también a la misma ciudad, sin embargo, se ocultó, y no les apareció en absoluto, hasta que preguntaron a los judíos sobre la ciudad en la que había nacido Cristo, para que ellos la nombraran según el testimonio de la Escritura divina, ellos dijeran, En Belén de Judea. Pues así está escrito: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel (Mat. II, 1-6): ¿qué otra cosa significó aquí la providencia divina, sino que las Escrituras divinas permanecerían solo entre los judíos, para que los Gentiles fueran instruidos, ellos cegados; que las llevaran no para la ayuda de su salvación, sino para el testimonio de nuestra salvación? Pues hoy, cuando presentamos las profecías sobre Cristo ya aclaradas por la luz de los hechos cumplidos, si acaso los paganos, a quienes queremos ganar, dijeran que no fueron predichas tanto antes, sino que después de los eventos, para que lo que se hizo pareciera profetizado, fueron inventadas por nosotros; recitamos los códigos de los judíos, para que se elimine la duda de los paganos: quienes ya estaban figurados en aquellos

Magos, a quienes los judíos instruían con palabras divinas sobre la ciudad en la que nació Cristo, y ellos ni lo buscaban ni lo reconocían.

CAPÍTULO III.

4. En Cristo, por la caridad, los judíos y los gentiles se unen. Ahora, pues, amadísimos, hijos de la gracia y herederos, mirad vuestra vocación, y manifestad a los judíos y a los gentiles a Cristo como la piedra angular con la más perseverante devoción. Pues fue manifestado en los mismos pañales de su infancia a los que estaban cerca y a los que estaban lejos; a los judíos en la cercanía de los pastores, a los gentiles en la lejanía de los magos. Aquellos el mismo día en que nació, estos se cree que llegaron a él hoy. Fue manifestado, pues, ni a aquellos doctos, ni a estos justos. Pues prevalece la ignorancia en la rusticidad de los pastores, y la impiedad en los sacrilegios de los magos. A ambos los unió a sí esa piedra angular: porque vino a elegir lo necio del mundo, para confundir a los sabios (I Cor. I, 27); y no a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 13); para que ninguno grande se enorgullezca, ninguno humilde desespere. Por eso, los escribas y fariseos, al considerarse demasiado doctos y demasiado justos, mostraron la ciudad de su nacimiento recitando las palabras proféticas, pero lo rechazaron como constructores. Pero como fue hecho cabeza de esquina (Sal. CXVII, 22), y lo que nació mostró, padeciendo lo cumplió; a él nos unamos con el otro muro que tiene las reliquias de Israel, que por la elección de la gracia han sido salvadas (Rom. XI, 5). Pues aquellos pastores prefiguraban a los que se unirían de cerca, para que también nosotros, cuya vocación desde lejos significaba la llegada de los magos, ya no seamos extranjeros y forasteros, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús la principal piedra angular: quien hizo de ambos uno (Efes. II, 11-22), para que en uno amemos la unidad, y para reunir las ramas que, aunque injertadas del acebuche, por soberbia se hicieron herejes al ser quebradas, tengamos una caridad infatigable, porque Dios es poderoso para injertarlas de nuevo (Rom. XI, 17-24).

SERMO CCI. En la Epifanía del Señor, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Manifestación de Cristo hecha a los gentiles. La estrella, lengua del cielo. Hace poquísimos días celebramos el Nacimiento del Señor: pero hoy celebramos con no menos debida solemnidad la manifestación, por la cual comenzó a manifestarse a los gentiles. Aquel día los pastores judíos vieron al nacido: hoy los magos venidos de Oriente lo adoraron. Pues había nacido aquella piedra angular, la paz de dos muros de la circuncisión y el prepucio, no viniendo de pequeña diversidad; para que en él se unieran, quien es nuestra paz, y de ambos hizo uno (Efes. II, 11-22). Esto fue prefigurado en los pastores de los judíos y en los magos de los gentiles. De ahí comenzó, lo que en todo el mundo fructificaría y crecería. Tengamos, pues, con espiritual alegría, estos dos días, de la Natividad y de la Manifestación de nuestro Señor. Los pastores judíos fueron llevados a él por el anuncio del ángel, los magos gentiles por la demostración de la estrella. Esta estrella confundió los vanos cálculos de los astrólogos y sus adivinaciones, cuando a los adoradores de las estrellas les mostró más bien al Creador del cielo y de la tierra para ser adorado. Pues él mismo declaró la nueva estrella al nacer, quien oscureció el antiguo sol al morir. Con aquella luz comenzó la fe de los gentiles; con aquellas tinieblas fue acusada la perfidia de los judíos. ¿Qué era aquella estrella, que nunca antes apareció entre los astros, ni después permaneció para ser mostrada? ¿Qué era, sino la magnífica lengua del cielo, que narraba la gloria de Dios, que clamaba con inusitado

resplandor el inusitado parto de la virgen, a la cual, después de no aparecer, sucedería el Evangelio en todo el orbe? ¿Qué dijeron finalmente los magos venidos? ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? ¿Qué es esto? ¿No habían nacido antes tantos reyes de los judíos? ¿Por qué desearon tanto conocer y adorar al rey de una nación ajena? Porque hemos visto, dicen, su estrella en el Oriente, y venimos a adorarlo (Mat. II, 2). ¿Acaso lo buscarían con tanta devoción, lo desearían con tanto afecto de piedad, si no reconocieran en él al rey de los judíos, que es también rey de los siglos?

CAPÍTULO II.

2. En Pilato y los magos se significan las naciones que se congregarán de Oriente y Occidente. De aquí también Pilato fue ciertamente inspirado por alguna aura de verdad, cuando en su pasión escribió el título, Rey de los judíos: que los judíos intentaron corregir falsamente. A los cuales él respondió, Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX, 19-22): porque estaba predicho en el Salmo, No destruyas la inscripción del título (Sal. LVI, 1). Consideremos, pues, este gran y admirable sacramento. Los magos eran de las naciones, el mismo Pilato también era de las naciones: aquellos vieron la estrella en el cielo, él escribió el título en la madera: sin embargo, ambos no buscaban ni reconocían al rey de las naciones, sino de los judíos. Los mismos judíos no siguieron la estrella, ni consintieron en el título. Ya se prefiguraba, pues, lo que después el mismo Señor dijo: Vendrán muchos de Oriente y Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: pero los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores (Mat. VIII, 11-12). Pues los magos vinieron de Oriente, Pilato vino de Occidente. Por lo cual aquellos atestiguaban al rey de los judíos naciente, este al moribundo: para que con Abraham, Isaac y Jacob, de quienes los judíos descendían, se sentaran en el reino de los cielos; no propagados de ellos por la carne, sino injertados en ellos por la fe: para que aquel de quien habla el Apóstol, el acebuche que sería injertado, ya se prefigurara (Rom. XI, 24). Por eso, pues, no el rey de las naciones, sino de los judíos era buscado o reconocido por las mismas naciones; porque el acebuche venía al olivo, no el olivo al acebuche. Sin embargo, las ramas serían quebradas, es decir, los judíos infieles, y a los magos que preguntaban dónde nacería Cristo, respondían, En Belén de Judea (Mat. II, 5); y a Pilato que les reprochaba que quisieran crucificar a su rey, se enfurecían con pertinacia. Así que los magos adoraron, los judíos mostrando el lugar del nacimiento de Cristo; porque en la Escritura, que los judíos recibieron, conocemos a Cristo. Pilato de las naciones se lavó las manos, mientras los judíos pedían la muerte de Cristo (Id. XXVII, 24); porque con la sangre que los judíos derramaron, lavamos nuestros pecados. Pero sobre el testimonio de Pilato por el título, en el que escribió que Cristo era rey de los judíos, hay otro lugar para discutir: que es el tiempo de la pasión.

CAPÍTULO III.

3. Los judíos, guardianes de las Escrituras para la salvación de los gentiles. Ahora bien, en cuanto a la manifestación de Cristo nacido, del día de cuya manifestación, que se llama Epifanía en griego, en la que comenzó a manifestarse a los gentiles cuando los magos lo adoraron, digamos lo poco que resta. Pues también y también deleita considerar, cómo cuando los magos preguntaban dónde nacería Cristo, los judíos respondieron: En Belén de Judea; pero no vinieron a él, sino que, al irse ellos, la misma estrella condujo a los magos al lugar donde estaba el niño; para mostrar que también podía mostrar la ciudad, pero se había retirado un poco para que los judíos pudieran ser interrogados. Pero los judíos fueron interrogados para mostrar que no llevaban los testimonios divinos para su propia salvación, sino para la de los gentiles y su reconocimiento. Por eso esa nación fue expulsada de su reino y dispersada por las tierras, para que fueran obligados a ser testigos en todas partes de la fe de

la que son enemigos. Pues, habiendo perdido el templo, el sacrificio, el sacerdocio y el mismo reino, guardan en pocas ceremonias antiguas el nombre y la raza; para que no se pierdan sin distinción al mezclarse con las naciones, y pierdan el testimonio de la verdad: como Caín recibiendo una señal, para que nadie lo mate, quien envidioso y soberbio mató a su justo hermano (Gen. IV, 1-15). Esto ciertamente también puede entenderse no incongruentemente en el salmo cincuenta y ocho, donde Cristo habla en persona de su cuerpo y dice: Mi Dios me ha mostrado en mis enemigos, no los mates, para que no olviden tu ley (Sal. LVIII, 12). Pues en esos enemigos de la fe cristiana se muestra a los gentiles cómo fue profetizado Cristo: no sea que, al ver que las profecías se cumplen con tanta manifestación, piensen que esas mismas Escrituras fueron inventadas por los cristianos, cuando se recitan las cosas predichas sobre Cristo, que se ven cumplidas. Por tanto, se presentan los códices por los judíos, y así Dios nos muestra en nuestros enemigos; a quienes no mata, es decir, no los destruye completamente de la tierra, para que no olviden su ley: que por eso, leyéndola, y observando algunas de sus partes aunque carnalmente, la recuerdan, para que tomen juicio para sí mismos, y nos den testimonio a nosotros.

SERMO CCII. En la Epifanía del Señor, IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Epifanía, manifestación de Cristo. La solemnidad conocida de este día en todo el mundo nos recuerda con un sermón anual lo que nos trae de festividad, lo que con repetición anual conmemora. Epifanía, en griego, puede decirse manifestación en latín. Pues en este día se dice que los magos adoraron al Señor; advertidos por la estrella que apareció, y conducidos por ella. Pues el día en que nació, vieron la estrella en Oriente; y reconocieron a quien indicaba que había nacido. Desde aquel día hasta este día llegaron, aterrorizaron al rey Herodes con el anuncio, y encontraron la ciudad de Belén, donde había nacido el Señor, con los judíos respondiendo de la Escritura profética. Luego, conducidos por la misma estrella, vinieron al mismo Señor, lo adoraron al ser mostrado; ofrecieron oro, incienso y mirra; regresaron por otro camino (Mat. II, 1-12). El Señor fue manifestado también el mismo día de su nacimiento a los pastores advertidos por el ángel; el mismo día también fue anunciado a aquellos en el lejano Oriente por la estrella: pero en este día fue adorado por ellos. Por tanto, toda la Iglesia de los gentiles ha recibido devotamente este día para celebrarlo: porque, ¿qué eran ya aquellos magos, sino las primicias de los gentiles? Los pastores israelitas, los magos gentiles: aquellos cerca, estos lejos: sin embargo, ambos corrieron hacia la piedra angular. "Viniendo, como dice el Apóstol, evangelizó la paz a nosotros que estábamos lejos, y la paz a los que estaban cerca. Porque él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno, y creó en sí mismo, en un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconcilió a ambos en un solo cuerpo a Dios, matando las enemistades en sí mismo" (Efes. II, 11-22).

CAPÍTULO II.

2. Primicias de los gentiles en los magos. Con razón los herejes donatistas nunca quisieron celebrar este día con nosotros: porque no aman la unidad, ni comunican con la Iglesia oriental, donde apareció aquella estrella. Pero nosotros celebremos la manifestación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en la que tomó las primicias de los gentiles, en la unidad de los gentiles. Pues entonces el niño, antes de saber llamar a padre o madre, como había sido profetizado de él, tomó el poder de Damasco, y los despojos de Samaria (Is. VIII, 4): es decir, antes de que por la carne humana pronunciara palabras humanas, tomó el poder de Damasco, aquello de lo que Damasco presumía. Pues en las riquezas aquella ciudad florecía según el mundo alguna vez. En las riquezas, sin embargo, el principado se ofrece con oro, que los

magos ofrecieron suplicantes a Cristo. Los despojos de Samaria eran los mismos que la habitaban. Pues Samaria se pone por la idolatría. Allí el pueblo de Israel, apartado del Señor, se volvió a adorar ídolos. Cristo, que iba a derrotar con la espada espiritual por todo el orbe el reino del diablo, tomó estos primeros despojos de la idolatría, para apartar a los magos convertidos de aquella peste de superstición, y en esta tierra, aún sin hablar por la lengua, hablara desde el cielo por la estrella; para que quién era, y a dónde, y por quiénes había venido, no con la voz de la carne, sino con el poder del Verbo, que se hizo carne, lo demostrara. Pues este Verbo, que en el principio era Dios con Dios, ya hecho carne, para habitar en nosotros, había venido a nosotros, y permanecía con el Padre; no abandonando a los habitantes celestiales, y recogiendo a los hombres hacia sí por los ángeles; y brillaba con inmutable verdad a los habitantes celestiales según el Verbo, y yacía en el pesebre por el estrecho albergue. Desde el cielo se mostraba por la estrella, y en la tierra mostraba que debía ser adorado. Y sin embargo, el niño tan poderoso, tan grande, pequeño por las enemistades de Herodes, huyó a Egipto llevado por sus padres: así, aún no hablando, pero ya hablando con sus hechos a sus miembros, y diciendo en silencio, Si os persiguen en una ciudad, huid a otra (Mat. X, 23). Pues llevaba la carne mortal, en la que nos prefiguraba, en la que también iba a morir por nosotros en el tiempo oportuno. Por eso, de aquellos magos no solo recibió oro para ser honrado, e incienso para ser adorado, sino también mirra para ser sepultado. Qué clase de personas serían también por su nombre, cuán inocentes, cuán humildes, lo mostró en los pequeños, que Herodes mató. Pues de los que penden toda la Ley y los Profetas, también aquel número de preceptos (Mat. XXII, 37-40) significó la edad de dos años de aquellos.

CAPÍTULO III.

3. Los judíos muestran a Cristo con sus ritos y Escrituras. Ahora bien, ¿quién no se siente intrigado por lo que significa que a la pregunta de los magos, dónde nacería Cristo, los judíos respondieron de la Escritura, y ellos mismos no adoraron con ellos? ¿No vemos esto también ahora, cuando de los mismos sacramentos, a los que se somete la dureza de ellos, no se muestra otra cosa que Cristo, en quien no quieren creer? ¿No es también cuando matan el cordero y comen la Pascua (Éx. XII, 9), que muestran a Cristo a los gentiles, a quien ellos mismos no adoran con los gentiles? Pues, ¿qué es aquello, que a menudo de los testimonios proféticos, en los que Cristo fue anunciado, y a los que dudan, no sea que los cristianos los hayan escrito, no como futuros, sino como hechos, apelamos a los códigos de los judíos, para confirmar las mentes de los que dudan? ¿No es también entonces que los judíos muestran a Cristo a los gentiles, a quien no quieren adorar con los gentiles?

4. La vida anterior no debe repetirse después del arrepentimiento. Nosotros, pues, amadísimos, de quienes aquellos magos eran primicias, nosotros herencia de Cristo hasta los confines de la tierra, por quienes la ceguera en parte ha sucedido en Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara (Rom. XI, 25), conocido el Señor y Salvador nuestro Jesucristo, quien por consolarnos entonces yacía en el estrecho albergue, ahora por elevarnos se sienta en el cielo; así lo anunciemos en esta tierra, en esta región de nuestra carne, para que no regresemos por donde vinimos, ni repitamos las huellas de nuestra anterior conversación. Esto es lo que también aquellos magos no regresaron por donde vinieron. Cambiado el camino, cambiada la vida. Y a nosotros los cielos nos han narrado la gloria de Dios (Sal. XVIII, 2); y a nosotros la verdad resplandeciente del Evangelio, como una estrella desde el cielo, nos ha conducido a adorar a Cristo; y a nosotros la profecía celebrada en la nación judía, como una indicación de los judíos que no caminan con nosotros, la hemos percibido con oído fiel; y a nosotros reconociendo y alabando a Cristo como rey y sacerdote y muerto por nosotros, lo hemos honrado como en oro, incienso y mirra: queda que evangelizándolo tomemos un nuevo camino, no regresemos por donde vinimos.

SERMO CCIII. En la Epifanía del Señor, V.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La festividad de la Epifanía con razón instituida. Epifanía, en el vocablo de la lengua griega, puede decirse manifestación en latín. En este día, pues, el Redentor de todas las naciones, manifestado, hizo una solemnidad para todas las naciones. Por tanto, cuya natividad celebramos hace pocos días, hoy celebramos su manifestación. Nuestro Señor Jesucristo, nacido hace trece días, se dice que fue adorado hoy por los magos. Porque el hecho está, lo dice la verdad del Evangelio: pero el día en que se hizo, lo proclama en todas partes la autoridad de tan ilustre solemnidad. Pues justo pareció, y verdaderamente justo es, que ya que aquellos magos fueron los primeros de las naciones en conocer al Señor Cristo, y aún no movidos por su palabra, siguieron la estrella que se les apareció y que hablaba visiblemente por el infante Verbo, como lengua del cielo (Mat. II, 1-12), para que las naciones reconocieran con gratitud el día de la salvación de sus primicias, y lo dedicaran al Señor Cristo con solemne servicio de acción de gracias. Las primicias de los judíos para la fe y revelación de Cristo estuvieron en aquellos pastores, que el mismo día en que nació, lo vieron viniendo de cerca. A aquellos los ángeles, a estos la estrella les anunció. A aquellos se les dijo, Gloria a Dios en las alturas (Luc. II, 14): en estos se cumplió, Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. XVIII, 2). Ambos ciertamente, como los inicios de dos muros que venían de diverso, de la circuncisión y del prepucio, corrieron hacia la piedra angular: para que fuera su paz, haciendo de ambos uno (Efes. II, 11-22).

CAPÍTULO II.

2. En los judíos la gracia es anterior, en los gentiles la humildad es mayor. Sin embargo, aquellos alabaron a Dios por haber visto a Cristo; pero estos también adoraron al Cristo visto. En aquellos la gracia es anterior, en estos la humildad es mayor. Quizás, pues, aquellos pastores, menos culpables, se regocijaban más alegremente por la salvación: pero estos magos, cargados de muchos pecados, buscaban más humildemente el perdón. Esta es la humildad que la Escritura divina recomienda más en aquellos que eran de las naciones que en los judíos. Pues de las naciones era aquel centurión, que habiendo recibido al Señor en todo su corazón, sin embargo, se dijo indigno de que entrara en su casa, ni quiso que su enfermo fuera visto por él, sino que fuera sanado por su mandato (Mat. VIII, 5-10). Así retenía interiormente presente en su corazón, cuya presencia en su techo revocaba honoríficamente. Finalmente, el Señor dijo, No he hallado tanta fe en Israel. Aquella cananea también era de las naciones, que cuando oyó del Señor que era un perro, y que no era digna de recibir el pan de los hijos, exigió las migajas como un perro: y por eso mereció no ser, porque no negó lo que era. Pues ella también oyó del Señor, Oh mujer, grande es tu fe (Id. XV, 21-28). La humildad en ella había hecho grande la fe; porque se había hecho pequeña a sí misma.

CAPÍTULO III.

3. La salvación de todas las naciones prefigurada. Vienen, pues, los pastores de cerca a ver, y los Magos de lejos vienen a adorar. Esta es la humildad por la cual el acebuche mereció ser injertado en el olivo, y el olivo dar contra la naturaleza (Rom. XI, 17); porque mereció cambiar la naturaleza por la gracia. Pues cuando con este acebuche el mundo entero se volvía silvestre y amargo, por la gracia de la inserción se enriqueció y resplandeció. Vienen, en efecto, desde el extremo de la tierra, según Jeremías, diciendo: "Verdaderamente mentira

heredaron nuestros padres" (Jer. XVI, 19). Y vienen, no de una sola parte del mundo, sino como dice el Evangelio según Lucas, "del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur", para sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Luc. XIII, 29). Así, todo el mundo es llamado a la fe por la gracia de la Trinidad desde las cuatro partes. Según este número, cuando se multiplican cuatro por tres, se consagra el número apostólico de doce; prefigurando la salvación de todo el mundo desde las cuatro partes del mundo, en la gracia de la Trinidad. Este número también lo significó aquel lienzo que fue mostrado a Pedro lleno de todos los animales (Act. X, 11), como de todas las naciones. Pues también él, suspendido por cuatro puntas del cielo, fue bajado tres veces y recogido; para que cuatro veces tres hicieran doce. Por eso, tal vez, después del Nacimiento del Señor, añadidos doce días, los Magos, primicias de las naciones, vinieron a ver y adorar a Cristo, y no solo merecieron recibir su propia salvación, sino también significar la salvación de todas las naciones. Celebremos, pues, devotamente también este día; y adoremos al Señor Jesús, a quien aquellas primicias nuestras adoraron yaciendo en el pesebre, nosotros lo adoremos habitando en el cielo. Pues ellos veneraron en él lo que sería en el futuro, lo que nosotros veneramos cumplido. Las primicias de las naciones adoraron al que mamaba de los pechos de su madre: las naciones adoran al que está sentado a la derecha de Dios Padre.

SERMO CCIV. En la Epifanía del Señor, VI.

1. Epifanía, manifestación de Cristo. Hace pocos días celebramos el Nacimiento del Señor: hoy celebramos la Epifanía; palabra griega que significa manifestación, y se refiere a lo que dice el Apóstol: "Sin duda, grande es el misterio de la piedad, que fue manifestado en la carne" (I Tim. III, 16). Ambos días, por tanto, pertenecen a la manifestación de Cristo. En aquel nació hombre de madre humana, quien sin principio era Dios con el Padre. Pero fue manifestado a la carne en la carne; porque la carne no podía verlo como era en espíritu. Y en aquel día, que se llama su Nacimiento, lo vieron los pastores de los judíos: pero en este día, que propiamente se llama Epifanía, es decir, manifestación, lo adoraron los Magos de las naciones. A aquellos se lo anunciaron los Ángeles, a estos la estrella. Los cielos habitan los Ángeles, y adornan las estrellas: por tanto, los cielos narraron la gloria de Dios a ambos (Sal. XVIII, 2).

2. Cristo, piedra angular para unir a judíos y gentiles. Para ambos nació la piedra angular; para que, como dice el Apóstol, "creara en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliara a ambos en un solo cuerpo con Dios por la cruz". ¿Qué es, pues, el ángulo, sino la unión de dos paredes que vienen de diferentes direcciones, y allí encuentran de algún modo el beso de la paz? Enemigos entre sí fueron la circuncisión y el prepucio, es decir, judíos y gentiles, por dos cosas diferentes y contrarias, de un lado el culto al único Dios verdadero, del otro el de muchos y falsos. Así que, cuando aquellos estaban cerca, y estos lejos, a ambos los atrajo hacia sí, quien "reconciliaba a ambos en un solo cuerpo con Dios", como el mismo apóstol añade, "por la cruz matando las enemistades en sí mismo. Y viniendo, evangelizó la paz a vosotros, que estabais lejos, y la paz a los que estaban cerca; porque por él ambos tenemos acceso en un solo espíritu al Padre" (Ef. II, 11-22). Ved si no mostró al Señor Jesús como la piedra angular, a la que ambos, viniendo de la diversidad de las enemistades, se acercaron, y en la que ambos concordaron, es decir, tanto los que de los judíos creyeron en él, como los que de los gentiles creyeron; como si se les dijera: Y vosotros de cerca, y vosotros de lejos, "acercaos a él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán" (Sal. XXXIII, 6). Pues está escrito: "He aquí que pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será confundido" (I Ped. II, 6). Los que oyeron y obedecieron, de aquí y de allá, ambos vinieron, mantuvieron la paz, terminaron las enemistades: las primicias de ambos fueron los pastores y los Magos. En ellos

comenzó el buey a reconocer a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor (Is. I, 3). De los judíos, el animal con cuernos, donde se preparaban los cuernos de la cruz para Cristo. De los gentiles, el animal con orejas, de donde estaba predicho: "El pueblo que no conocí, me sirvió, al oír con el oído me obedeció" (Sal. XVII, 45). Pues el dueño del buey y el señor del asno yacía en el pesebre, y a ambos les proporcionaba alimento común. Porque, pues, la paz había venido a los que estaban lejos, y la paz a los que estaban cerca; los pastores israelitas, como encontrados cerca, el día en que nació Cristo, vinieron a él, lo vieron y se regocijaron: pero los Magos gentiles, como encontrados lejos, después de tantos días desde aquel en que nació, hoy llegaron, encontraron y adoraron. Por tanto, era necesario que nosotros, es decir, la Iglesia que se congrega de los gentiles, uniera la celebración de este día, en que Cristo fue manifestado a las primicias de las naciones, a la celebración de aquel día, en que Cristo nació de los judíos, y guardara la memoria de tan gran sacramento con solemnidad duplicada.

3. De los judíos, unos reprobados, otros elegidos. Jacob bendecido y cojo. Cuando se consideran estos dos muros, uno de los judíos, otro de los gentiles, adhiriéndose a la piedra angular, guardando la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efe. IV, 3); no ofenda el ánimo la multitud de judíos reprobados, en los que fueron los constructores, es decir, queriendo ser doctores de la Ley: pero como dice el Apóstol, "no entendiendo ni lo que dicen, ni de lo que afirman" (I Tim. 1, 7). Pues por esta ceguera de mente, reprobaron la piedra, que fue hecha cabeza de ángulo (Sal. CXVII, 22). Pero no sería hecha cabeza de ángulo, si no ofreciera a los dos pueblos que vienen de diverso una unión pacífica, unida por la gracia. No se consideren, pues, en el muro israelita a los perseguidores y asesinos de Cristo, como si construyeran la ley y destruyeran la fe, reprobando la piedra angular y fabricando la ruina de la ciudad miserable. Ni se considere allí la multitud de judíos dispersos por las tierras, para testimonio de las Escrituras divinas, que ignorantes llevan por todas partes. En estos cojea Jacob, a quien se tocó y secó el muslo (Gen. XXXII, 25), para significar la multitud de su linaje cojeando de sus caminos. Pero en el muro santo, que de ellos se acercó a la paz de la piedra angular, se consideren aquellos en los que Jacob fue bendecido. Pues el mismo es bendecido y cojo: bendecido en los santificados, cojo en los reprobados. Se consideren en este muro aquellos cuya abundancia precedía y seguía al asno del Salvador, clamando: "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Mat. XXI, 9). Se consideren aquellos que de allí fueron elegidos discípulos, y hechos apóstoles. Se considere Esteban, llamado en lengua griega con el nombre de corona, y primero coronado con el martirio después de la resurrección del Señor. Se consideren también de esos mismos perseguidores tantos miles de creyentes, cuando vino el Espíritu Santo. Se consideren las Iglesias, de las que dice el Apóstol: "Pero era desconocido de vista para las Iglesias de Judea, que estaban en Cristo: solo oían que el que alguna vez nos perseguía, ahora evangeliza la fe que alguna vez devastaba; y en mí magnificaban a Dios" (Galat. 1, 22-24). De este modo se considere el muro israelita, y se una al muro que viene de los gentiles, que ahora es visible: y así la piedra angular, primero puesta en el pesebre, elevada hasta la cumbre del cielo, no se encuentra en vano predicha como Cristo el Señor.

SERMO CCV. En Cuaresma, I.

1. En tiempo de Cuaresma, se debe asumir la cruz de la mortificación del cuerpo. El cristiano debe colgar perpetuamente en la cruz. La cruz de toda nuestra vida. Iniciamos hoy la observancia de la Cuaresma, presentada con su solemne retorno: por lo cual también se os debe nuestra exhortación solemne; para que la palabra de Dios, ministrada por nuestro oficio, alimente en el corazón a los que ayunarán en el cuerpo; y así el hombre interior, fortalecido con su alimento, pueda llevar a cabo la mortificación del exterior, y sostenerla con más vigor. Pues conviene a nuestra devoción, que quienes vamos a celebrar la pasión del Señor

crucificado, ya cercana, también nos hagamos a nosotros mismos la cruz de reprimir las voluptuosidades carnales, como dice el Apóstol: "Pero los que son de Jesucristo, han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias" (Galat. V, 24). En esta cruz, durante toda esta vida, que se lleva en medio de tentaciones, debe colgar perpetuamente el cristiano. Pues no hay en esta vida tiempo para arrancar los clavos, de los que se dice en el Salmo: "Clava con tus clavos mi carne por tu temor" (Sal. CXVIII, 120). La carne son las concupiscencias carnales; los clavos son los preceptos de la justicia: con estos, el temor del Señor clava aquellas, que nos crucifica como ofrenda aceptable a él. Por lo cual también dice el Apóstol: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rom. XII, 1). Esta cruz, pues, en la que el siervo de Dios no solo no se avergüenza, sino que también se gloria diciendo: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo" (Galat. VI, 14): esta cruz, digo, no es de cuarenta días, sino de toda esta vida, que se significa con el número místico de estos cuarenta días; ya sea porque el hombre que va a llevar esta vida, como algunos afirman, se forma en el útero en cuarenta días; ya sea porque los cuatro Evangelios concuerdan con la Ley de diez, y cuatro veces diez señalan este número, y nos demuestran que en esta vida ambas Escrituras nos son necesarias; ya sea por cualquier otra causa más probable, que un entendimiento mejor y más claro pueda encontrar. Por lo cual Moisés, Elías y el mismo Señor ayunaron cuarenta días: para insinuarnos que tanto en Moisés como en Elías y en el mismo Cristo, es decir, en la Ley y los Profetas y en el mismo Evangelio, se trata con nosotros de no conformarnos ni adherirnos a este siglo, sino de crucificar al hombre viejo, no actuando en comilonas y borracheras, no en lechos y lujurias, no en contienda y envidia; sino de revestirnos del Señor Jesús; y no hacer provisión para la carne en sus concupiscencias (Rom. XIII, 13 y 14). Vive siempre así aquí, cristiano: si no quieres sumergir tus pasos en el lodo terrenal, no descendas de esta cruz. Pero si esto debe hacerse durante toda esta vida, cuánto más durante estos días de Cuaresma, en los que no solo se actúa, sino que también se significa esta vida.

2. Las obras piadosas deben ejercerse con más fervor durante el tiempo de Cuaresma. Durante otros días, pues, no se agraven vuestros corazones en glotonería y embriaguez (Luc. XXI, 34): pero durante estos días, también ayunad. Durante otros días, no toquéis adulterios, fornicaciones y todas las corrupciones ilícitas: pero durante estos días, también absteneos de los cónyuges. Lo que os quitáis ayunando, añadidlo con limosnas. El tiempo que se ocupaba en cumplir el deber conyugal, dedíquese a las súplicas. El cuerpo que se disolvía en afectos carnales, prostérnese en puras oraciones. Las manos que se entrelazaban en abrazos, extiéndanse en oraciones. Pero vosotros que también durante otros días ayunáis, durante estos aumentad lo que hacéis. Vosotros que durante otros días crucificáis el cuerpo con perpetua continencia, durante estos adheríos a vuestro Dios con oraciones más frecuentes e intensas. Todos unánimes, todos fieles con fidelidad, todos en esta peregrinación suspirando con el deseo de una sola patria, y ardiendo en amor. Ninguno envidie, ninguno se burle del don de Dios que él mismo no tiene. En los bienes espirituales, considera tuyo lo que amas en el hermano: considere suyo lo que ama en ti. Nadie bajo la apariencia de abstinencia, pretenda cambiar más bien que cortar las delicias; para buscar alimentos exquisitos, porque no come carne, y licores inusitados, porque no bebe vino: no sea que bajo el pretexto de domar la carne, más bien trate el negocio del placer. Los alimentos, en verdad, son puros para los puros: pero en nada es pura la lujuria.

3. Sobre todo, ayunad de pleitos. Sobre todo, hermanos, ayunad de pleitos y discordias. Recordad al profeta reprochando y clamando a algunos: "En los días de vuestro ayuno, se encuentran vuestras voluntades, porque todos los que están bajo vuestro yugo los estimuláis,

y los golpeáis con puños; se oye en clamor vuestra voz" (Is. LVIII, 3-5), y otras cosas semejantes. Después de recordar estas cosas, añadió: "No es este el ayuno que yo elegí, dice el Señor. Si queréis clamar, frecuentad aquel clamor, del que está escrito: 'Con mi voz clamé al Señor' (Sal. CXLI, 2). Pues aquel no es de pleito, sino de caridad; ni de carne, sino de corazón. No es tal aquel, del que se dice: 'Esperé que hiciera juicio, pero hizo iniquidad; y no justicia, sino clamor' (Is. V, 7). Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. VI. 37 y 38). Estas son las dos alas de la oración, con las que vuela a Dios: si lo que se comete, lo perdona al delincuente, y lo da al necesitado.

SERMO CCVI. En Cuaresma, II.

1. El tiempo de Cuaresma debe arder en obras de piedad y humildad. Con el retorno anual ha llegado el tiempo de Cuaresma, en el que se os debe nuestra exhortación: porque también vosotros debéis al Señor obras vuestras adecuadas al tiempo: las cuales, sin embargo, no pueden ser útiles al Señor, sino a vosotros. Oraciones, ayunos, limosnas y otros tiempos deben arder en el cristiano: sin embargo, también aquellos que en otros días son perezosos en estas cosas, debe esta solemnidad despertar; y aquellos que en otros días son diligentes en estas cosas, ahora deben ejercitarlas con más fervor. Pues el tiempo de nuestra humildad es la vida en este mundo, que estos días significan, con Cristo el Señor por nosotros, quien sufriendo una vez muriendo, o como si fuera a sufrir con el retorno de la solemnidad cada año. Pues lo que una vez se hizo en todo el tiempo, para que nuestra vida se renovara; se celebra cada año, para que se recuerde. Si, pues, con el afecto de la piedad más verdadera, durante todo el tiempo de esta peregrinación, en la que vivimos en medio de tentaciones, debemos ser humildes de corazón: cuánto más en estos días, en los que no solo vivimos esta vida de humildad, sino que también la significamos celebrando. La humildad de Cristo nos enseñó a ser humildes, porque cediendo a los impíos muriendo: la altura de Cristo nos hace excelsos, porque precediendo a los piadosos resucitando. Pues si hemos muerto con él, dice el Apóstol, también viviremos con él: si sufrimos, también reinaremos con él (II Tim. II, 11 y 12). Uno de estos ahora, como su pasión cercana; el otro después de Pascua, como su resurrección cumplida, lo celebramos con devoción debida. Pues después de los días de esta humildad, también el tiempo de nuestra altura, aunque aún no se nos permite actuar viéndolo; ya, sin embargo, nos deleita significarlo premeditando. Ahora, pues, gemimos más intensamente en oraciones: entonces nos regocijaremos más abundantemente en alabanzas.

2. La oración debe ser sostenida por el ayuno y la limosna. Dos tipos de limosnas. En el pobre se alimenta a Dios. Nadie es pobre en el otro tipo de limosna. Pero a nuestras oraciones, para que lleguen más fácilmente volando a Dios, añadamos las alas de la piedad con limosnas y ayunos. De aquí entiende el alma cristiana, cuánto debe estar alejada del fraude de la cosa ajena; cuando siente que es similar al fraude, si no da sus superfluos al necesitado. El Señor dice: "Dad y se os dará; perdonad y se os perdonará" (Luc. VI, 37 y 38). Estos dos tipos de limosnas, de dar y de perdonar, obremos con clemencia y fervor; quienes oramos al Señor para que se nos den los bienes, y no se nos retribuyan los males. Dad, dice, y se os dará. ¿Qué más verdadero, qué más justo; que quien se niega a dar, se defraude a sí mismo, y no reciba? Si el agricultor busca impudicamente la cosecha, donde sabe que no ha sembrado; cuánto más impudicamente busca al Dios rico que da, quien no quiso escuchar al hombre pobre que pedía. Pues en el pobre quiso ser alimentado, quien no tiene hambre. No despreciemos, pues, a nuestro Dios necesitado en el pobre, para que siendo necesitados seamos saciados en el rico. Tenemos necesitados, y necesitamos: demos, pues, para que recibamos. Sin embargo, ¿qué es lo que damos? Y por esto poco, visible, temporal y terrenal, ¿qué es lo que deseamos recibir? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9). Si él mismo no lo prometiera, hubiera sido impudente dar estas cosas, y

querer recibir aquellas: y no querer dar ni siquiera estas: que, sin embargo, ni siquiera estas tendríamos, si no fuera por él que exhorta a que demos. ¿Con qué rostro, pues, esperamos al dador en ambas cosas, si en las mínimas despreciamos al que manda? Perdonad, y se os perdonará. Esto es, Perdonad, y se os perdonará. El conserivo se reconcilie con el conserivo; para que el siervo no sea justamente castigado por el Señor. En este tipo de limosna, nadie es pobre. Puede hacer esto para vivir eternamente, incluso quien no tiene de qué vivir temporalmente. Se da gratis, se acumula dando, que no se consume, sino cuando no se distribuye. Por tanto, cuyas enemistades han perdurado hasta estos días, que se confundan y terminen. Que terminen, para que no terminen: que no se retengan, para que no retengan: que sean destruidas por el redentor, para que no destruyan al que las retiene.

3. Ayunos aceptables a Dios. Que vuestros ayunos no sean como aquellos que el profeta condena, diciendo: "No es este el ayuno que elegí", dice el Señor (Isaías 58, 5). Pues reprende los ayunos de los litigiosos: busca los de los piadosos. Reprende a los opresores: busca a los que liberan. Reprende a los que guardan rencor: busca a los que perdonan. Por eso, durante estos días, frenáis vuestros deseos de cosas lícitas, para no cometer lo ilícito. Que en ningún día se embriague con vino, ni cometa adulterio, quien en estos días se abstiene del matrimonio. Así, nuestra oración, con humildad y caridad, ayunando y dando, moderando y perdonando, otorgando el bien y no devolviendo el mal, apartándose del mal y haciendo el bien, busca la paz y la alcanza (Salmo 33, 15). Pues la oración de tales personas vuela sostenida por las alas de las virtudes: y donde Cristo, nuestra paz, ha precedido, se lleva más fácilmente al cielo.

SERMO CCVII. En Cuaresma, III.

1. La limosna debe ser especialmente generosa en este tiempo. Con la ayuda de la misericordia de nuestro Señor Dios, las tentaciones del mundo, las insidias del diablo, el trabajo del mundo, la seducción de la carne, las olas de tiempos turbulentos, y toda adversidad corporal y espiritual, deben superarse con limosnas, ayunos y oraciones. Aunque estas cosas deben fervorizar durante toda la vida del cristiano, especialmente cuando se acerca la solemnidad pascual, que con su regreso anual despierta nuestras mentes, renovando en ellas con memoria salvadora, que nuestro Señor, el único Hijo de Dios, nos mostró misericordia, ayunó y oró por nosotros. La limosna, en griego, es misericordia. ¿Qué mayor misericordia pudo haber sobre los miserables que aquella que hizo descender del cielo al creador del cielo, y vistió de cuerpo terrenal al creador de la tierra; a aquel que permanece igual al Padre en la eternidad, lo igualó a nosotros en mortalidad, impuso la forma de siervo al Señor del mundo; para que el mismo pan tuviera hambre, la saciedad tuviera sed, la virtud se debilitara, la salud fuera herida, la vida muriera? Esto, para que nuestra hambre fuera saciada, nuestra sequedad regada, nuestra debilidad consolada, nuestra iniquidad extinguida, nuestra caridad encendida. ¿Qué mayor misericordia que crear al creador, servir al dominador, vender al redentor, humillar al exaltador, matar al resucitador? Se nos manda dar limosnas, dar pan al hambriento (Isaías 58, 7): él se dio a sí mismo para darnos a nosotros, hambrientos, primero se entregó a los que lo maltrataban. Se nos manda acoger al peregrino: él vino por nosotros a lo suyo, y los suyos no lo recibieron (Juan 1, 11). Bendiga nuestra alma a aquel que perdona todas sus iniquidades, que sana todas sus enfermedades, que redime su vida de la corrupción, que la corona con misericordia y compasión: que sacia de bienes su deseo (Salmo 103, 2-5). Ejercitemos, pues, nuestras limosnas tanto más intensamente, cuanto más se acerca el día en que se celebra la limosna otorgada a nosotros. Porque el ayuno sin misericordia no es nada para quien ayuna.

2. Qué tipo de ayuno y abstinencia se requiere. Las voluptuosidades deben reducirse, no cambiarse. Ayunemos también humillando nuestras almas, acercándose el día en que el maestro de la humildad se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz (Filipenses 2, 8). Imitemos su cruz, clavando las concupiscencias domadas con las llaves de la abstinencia. Castiguemos nuestro cuerpo y sometámoslo a servidumbre: y para no caer en lo ilícito por la carne indomable, en su doma quitemos también algo de lo lícito. La glotonería y la embriaguez deben evitarse incluso en los demás días: pero en estos días, incluso las comidas permitidas deben ser removidas. Los adulterios y fornicaciones deben ser siempre execrados y evitados: pero en estos días también se debe abstener de los cónyuges. Fácilmente te obedecerá la carne, para que no se adhiera a lo ajeno, la que se ha acostumbrado a refrenarse incluso de lo propio. Sin embargo, se debe tener cuidado de no cambiar, sino reducir las voluptuosidades. Pues verás a algunos que, en lugar del vino habitual, buscan licores inusitados, y con la expresión de otros frutos, compensan mucho más dulcemente lo que se niegan de la uva; buscan alimentos fuera de las carnes con múltiple variedad y deleite; y las suavidades que en otro tiempo les avergüenza perseguir, las recogen como oportunas para este tiempo: de modo que la observancia de la Cuaresma no sea la represión de las antiguas concupiscencias, sino la ocasión de nuevos deleites. Hermanos, para que estas cosas no os sean persuadidas y se infiltren, proveed con la mayor vigilancia posible. La parquedad debe unirse a los ayunos. Así como debe castigarse la saciedad del vientre, así deben evitarse los estímulos de la gula. No deben detestarse los géneros de alimentos humanos, sino refrenarse el deleite carnal. Esaú no fue reprobado por un ternero gordo o aves cebadas, sino por una lenteja deseada immoderadamente (Génesis 25, 30-34). Al santo David le pesó haber deseado agua más de lo justo (1 Crónicas 11, 18-19). Por tanto, el cuerpo debe ser restaurado o más bien sostenido por el ayuno, no con alimentos costosos ni preciosos, sino con los más humildes y disponibles.

3. La oración del ayunante debe estar libre de codicia y odio. Cómo la oración hace limosnas. En estos días, con el apoyo de las piadosas limosnas y los frugales ayunos, nuestra oración se eleva a lo alto: porque no se pide impúdicamente misericordia a Dios, cuando no se niega de hombre a hombre, ni la intención serena del corazón que pide se ve obstaculizada por las fantasías de las voluptuosidades carnales. Pero que la oración sea casta, no sea que deseemos no lo que la caridad busca, sino lo que la codicia anhela; no sea que imprecemos mal a los enemigos; no sea que, al no poder dañar o vengarnos, nos ensañemos orando. Ciertamente, así como nos hacemos aptos para orar con limosnas y ayunos, así también nuestra oración hace limosnas, cuando se dirige y se profundiza, no solo por los amigos, sino también por los enemigos, y ayuna de ira y odio y de los vicios más perniciosos. Pues si nosotros ayunamos de alimentos, ¿cuánto más ella de venenos? Finalmente, nosotros nos restauramos con la percepción de alimentos en los tiempos debidos y oportunos: nunca la deleitemos con tales manjares. Que esta reciba ayunos perpetuos: porque tiene su propio alimento, que se le manda tomar sin interrupción. Por tanto, siempre ayune del odio, siempre se alimente de amor.

SERMO CCVIII. En Cuaresma, IV.

1. Qué debe ser la abstinencia cuaresmal. Las delicias deben restringirse, no cambiarse. Ha llegado el tiempo solemne, en el que os recordamos y exhortamos en el Señor, Caridad: aunque el mismo tiempo, incluso sin que nosotros hablemos, os amonesta y exhorta suficientemente, para que fervéis en ayunos, oraciones y limosnas con más insistencia y alegría de lo habitual. Pero el ministerio de nuestro sermón se añade, para que también la trompeta de esta voz, reciba fuerzas vuestro espíritu que va a luchar contra la carne. Que vuestros ayunos sean, pues, sin disputas, gritos, asesinatos: para que incluso los que están

bajo vuestro yugo sientan una liberación cauta y benigna; para que la severidad áspera se refrene, no para que se disuelva la disciplina saludable. Y cuando os abstengáis de algún género de alimentos, incluso permitidos y lícitos, con el fin de castigar el cuerpo, recordad que todo es puro para los puros: no penséis que algo es impuro, sino lo que la infidelidad ha contaminado. Pues para los impuros e infieles, dice el Apóstol, nada es puro (Tito 1, 15; Romanos 14, 20). Pero ciertamente, cuando los cuerpos de los fieles se someten a la servidumbre, lo que se disminuye en el placer corporal, aprovecha para la salud espiritual. Por tanto, se debe tener cuidado de no buscar alimentos preciosos o, en lugar de otros, otros, o incluso más preciosos sin carnes de animales. Pues cuando el cuerpo se castiga y se somete a servidumbre (1 Corintios 9, 27), las delicias deben restringirse, no cambiarse. ¿Qué importa en qué tipo de alimento se culpe la concupiscencia immoderada? No solo de las carnes, sino también de ciertos frutos y alimentos de la agricultura, la concupiscencia de los israelitas fue condenada por la voz divina (Números 11, 5, 33, 34). Y Esaú, no por un bocado de cerdo, sino por una lenteja cocida, perdió su primogenitura (Génesis 25, 30-34). Para no mencionar lo que el Señor hambriento respondió al tentador incluso sobre el mismo pan (Mateo 4, 3-4): quien ciertamente no domaba su carne como rebelde, sino que misericordiosamente nos advertía qué debemos responder en tales tentaciones. Por tanto, carísimos, de cualquier alimento que os plazca absteneros; recordad que vuestro propósito se conserve con piadosa templanza, no para que condenéis la creación de Dios con sacrílego error. Cualquiera de vosotros que esté ligado a cónyuges, ahora especialmente no despreciéis las enseñanzas apostólicas, para que os abstengáis mutuamente por un tiempo, para que os dediquéis a las oraciones (1 Corintios 7, 5). Pues lo que se hace útilmente en otros días, es demasiado vergonzoso si ahora no se hace. Creo que no debe ser gravoso para los cónyuges hacer en días solemnes con observancia anual, lo que las viudas han profesado desde cierto punto de su vida, lo que las santas vírgenes han asumido toda su vida.

2. Ampliar las obras de limosna. Un tipo de limosna, perdonar a los enemigos. Ya es casi un deber aumentar las limosnas en estos días. ¿Dónde más justamente que en la misericordia gastáis lo que os negáis absteniéndoo? ¿Y qué más injusto que lo que menos gasta la abstinencia, lo guarde la avaricia persistente, o lo consuma la lujuria diferida? Considerad, pues, a quiénes debéis lo que os negáis; para que lo que la templanza resta a la voluptuosidad, la misericordia lo añada a la caridad. ¿Qué más diré de esa obra de misericordia, donde nada se gasta de los almacenes, nada del saco, sino que se perdona desde el corazón; lo cual, si permanece, más que si se va, comienza a ser dañino? Hablo de la ira guardada contra alguien en el corazón. ¿Y qué más insensato que evitar al enemigo exteriormente, y retener uno mucho peor en las entrañas íntimas? De donde dice el Apóstol, "No se ponga el sol sobre vuestra ira"; y enseguida añade, "Ni deis lugar al diablo" (Efesios 4, 26-27). Como si esto hiciera quien no expulsa pronto la ira del alma, que por ella, como por una puerta, da entrada al diablo. Por tanto, primero debe hacerse que sobre la ira no se ponga este sol; para que no abandone la misma mente el sol de la justicia. Pero en cuyo pecho ha permanecido hasta ahora, que al menos el día próximo de la pasión del Señor la expulse, quien no estaba airado con sus asesinos, por quienes, colgando en el madero, derramó tanto oración como sangre (Lucas 23, 34). Por tanto, en el pecho de cualquiera de vosotros en el que hasta estos santos días ha permanecido con frente impúdica, que ahora al menos la ira se aleje (Eclesiastés 11, 10), para que la oración proceda segura: y no ofenda, ni palpite, ni enmudezca bajo los estímulos de la conciencia, cuando llegue al lugar donde se debe decir, "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12). Vais a pedir algo para que no se os retribuya, y algo para que se os dé. Perdonad, pues, y se os perdonará: dad, y se os dará (Lucas 6, 37-38). Estas cosas, hermanos, aunque no las advierta, debéis cuidar con meditación perpetua. Pero cuando nuestra voz, ministra de tantos testimonios

divinos, también es ayudada por la celebración del día presente; no debo temer que alguno de vosotros, o más bien el Señor de todos en mí, sea quizás despreciado: sino esperar más bien que su rebaño, reconociendo que lo que se dice es suyo, lo escuche eficazmente para ser escuchado.

SERMO CCIX. En Cuaresma, V.

1. En la observancia cuaresmal deben terminarse las enemistades. Tres vicios que mantienen vivas las enemistades. Ha llegado el tiempo solemne, cuando debemos recordar a vuestra Caridad que reflexione más atentamente sobre el alma y castigue el cuerpo. Estos son los cuarenta días santísimos en todo el mundo, que, acercándose la Pascua, el mundo entero, que Dios en Cristo reconcilia consigo, celebra con devoción proclamada. Si hay enemistades, que no debieron nacer o debieron morir pronto, y sin embargo hasta este tiempo, ya sea por negligencia, ya sea por terquedad, ya sea por una vergüenza no modesta, sino soberbia, han podido perdurar entre hermanos; al menos ahora terminen. Sobre las cuales no debió ponerse el sol (Efesios 4, 26), al menos después de muchos amaneceres y atardeceres, también ellas finalmente se extingan con su ocaso, y no se renueven con ningún nuevo amanecer. El negligente olvida terminar las enemistades; el terco no quiere conceder el perdón cuando se le pide; el vergonzoso soberbio se niega a pedir perdón. Estos tres vicios mantienen vivas las enemistades: pero matan las almas en las que no mueren. La memoria debe vigilar contra la negligencia, la misericordia contra la terquedad, la prudencia sumisa contra la vergüenza soberbia. Quien se recuerda negligente de la concordia, despierte sacudiendo la pereza: quien desea ser exactor de su deudor, piense en sí mismo como deudor de Dios: quien se avergüenza de pedir perdón a su hermano, venza el mal pudor con el buen temor: para que, terminadas las enemistades nocivas, para que, muertas ellas, vosotros viváis. Todo esto lo hace la caridad, que no actúa indebidamente (1 Corintios 13, 4). Caridad, hermanos míos, en cuanto está presente, se ejerza viviendo bien; en cuanto falta, se obtenga pidiendo.

2. Las oraciones deben ser apoyadas con limosnas. Para que nuestras oraciones sean ayudadas con apoyos adecuados, ya que en estos días debemos tenerlas más fervientes; también demos limosnas más fervientemente. A ellas se añada lo que nos quitamos ayunando y absteniéndonos de los alimentos habituales. Aunque debe tenerlas más abundantes quien, por alguna necesidad de su cuerpo y costumbre de alimentos, no puede abstenerse, para que añada esto al pobre, lo que se quita a sí mismo: pero por eso el piadoso da al pobre, porque no se quita a sí mismo; para que, ya que menos puede ayudar sus oraciones con el castigo del cuerpo, incluya una limosna más abundante en el corazón del pobre, que pueda orar por él. Este es el consejo más saludable y digno de ser acogido de las Escrituras sagradas: "Incluye", dice, "la limosna en el corazón del pobre, y esta orará por ti" (Eclesiástico 29, 15).

3. Qué tipo de abstinencia debe asumirse. También advertimos a aquellos que se abstienen de las carnes, que no eviten como impuros los recipientes en los que se han cocido. Pues así dice el Apóstol: "Todo es puro para los puros" (Tito 1, 15). Porque lo que se hace en estas observancias no se hace para evitar la impureza, sino para refrenar la concupiscencia. Por eso, aquellos que se abstienen de las carnes de tal manera que buscan otros alimentos de preparación más difícil y de mayor precio, están muy equivocados. Pues no es esto asumir la abstinencia, sino cambiar la lujuria. ¿Cómo vamos a decirles a estos que lo que se quitan a sí mismos lo den al pobre; a quienes el alimento habitual se deja de lado, de modo que en la adquisición de otro se aumenta el gasto? Sed, pues, en estos días tanto más frecuentemente ayunantes, como más parcos en vuestros gastos, y más generosos con los necesitados. También de la unión conyugal, estos días requieren continencia: "Por un tiempo", dice el Apóstol, "para que os dediquéis a la oración: y volved a juntaros, para que no os tiente

Satanás por vuestra incontinencia" (1 Corintios 7, 5). No es esto arduo y difícil para los fieles cónyuges en pocos días, lo que las santas viudas han asumido desde un cierto punto de su vida hasta el final, lo que las santas vírgenes hacen toda su vida. Y en todo esto, que la devoción arda, que la altivez se comprima. Que nadie se regocije tanto en el bien de la generosidad, que pierda el bien de la humildad. Pero todos los demás dones de Dios no hacen que algo aproveche, si no está presente el vínculo de la caridad.

SERMO CCX. En Cuaresma, VI.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En Cuaresma se debe considerar el tiempo del año y el número de días. Ha llegado el tiempo solemne, que más que en los demás espacios del año, nos recuerda humillar el alma con oraciones y ayunos, y castigar el cuerpo. Pero por qué se celebra esto al acercarse la solemnidad de la pasión del Señor, y por qué con el misterio del número cuarenta, ya que suele mover a algunos, con razón lo que el Señor ha dignado conceder para decir sobre este asunto, nos disponemos a exponerlo a vuestra Caridad. Pero aquellos que sabemos que buscan esto no para litigar, sino para conocer, su fe y piedad nos ayudan mucho para que podamos obtener lo que se debe decir.

2. Cuestión: Por qué se ayuna en ese tiempo, antes de la celebración del Bautismo. Respuesta. Esto suele causar cuestión, por qué el mismo Señor Jesucristo, quien al asumir un cuerpo humano apareció hecho hombre para los hombres, para ofrecernos ejemplo de vivir, morir y resucitar, no ayunó antes de ser bautizado, sino después de ser bautizado. Pues así está escrito en el Evangelio: "Bautizado, salió enseguida del agua; y he aquí que se abrieron los cielos para él, y vio al Espíritu de Dios descendiendo sobre él. Y he aquí una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre" (Mateo 3, 16-17; 4, 2). Pero nosotros, con aquellos que van a ser bautizados, ayunamos antes del día de su Bautismo, que es el día pascual que se aproxima, después del cual durante cincuenta días relajamos los ayunos. Lo cual con razón debería mover, si no se permitiera bautizar o ser bautizado sino en el día pascual solemnísimos. Pero como durante todo el año, según la necesidad o voluntad de cada uno, no se prohíbe el Bautismo, dado por aquel que dio el poder de ser hechos hijos de Dios (Juan 1, 12); la pasión del Señor, sin embargo, no se permite celebrar sino en un día cierto del año, que se llama Pascua: el sacramento del Bautismo debe distinguirse sin duda de la Pascua. Pues esto se puede recibir cualquier día: aquello solo se puede celebrar en un día cierto del año. Esto se da para renovar la vida: aquello se encomienda para la memoria de la religión. Pero porque en ese día acude un número mucho mayor de bautizandos, no es que aquí difiera una gracia más abundante de salvación, sino que invita una mayor alegría de festividad.

3. El bautismo de Juan debe distinguirse del bautismo de Cristo. ¿Por qué Cristo recibió los sacramentos de la antigua Ley? ¿Cuándo se debe ayunar ante la tentación? ¿Qué significa que el bautismo de Juan, que Cristo recibió entonces, debe distinguirse del bautismo de Cristo mismo, que reciben sus fieles? No porque el bautismo con el que Cristo fue bautizado sea mejor que el que recibe un cristiano, ya que Cristo es mejor que el cristiano, sino porque este bautismo, siendo de Cristo, se prefiere al de Juan. Juan bautizó a Cristo, confesándose menor que Él; pero Cristo bautiza al cristiano, mostrando ser mayor que Juan. Así como la circuncisión de la carne, aunque Cristo la recibió y ningún cristiano la recibe ahora, es mejor el sacramento de la resurrección de Cristo, por el cual el cristiano es circuncidado para

despojarse de la vida carnal y antigua, para escuchar al Apóstol decir: "Así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Rom. VI, 4). Así como la antigua Pascua, que se celebraba con la inmolación del cordero, no es mejor que nuestra Pascua, en la que Cristo fue inmolado, aunque Cristo la celebró con sus discípulos. Fue un ejemplo de humildad y devoción que Él mismo se dignó recibir esos sacramentos que lo preanunciaban, para mostrar con cuánta reverencia debemos recibir estos sacramentos que anuncian su venida. No porque Cristo, después de recibir el bautismo de Juan, ayunó inmediatamente, se debe creer que estableció una regla de observancia para que, después de recibir el bautismo de Cristo, sea necesario ayunar inmediatamente; pero con ese ejemplo enseñó que se debe ayunar cuando enfrentamos una lucha más intensa con el tentador. Por esto, Cristo, que como hombre se dignó nacer, no rechazó ser tentado como hombre, para que el cristiano, instruido por su enseñanza, no pueda ser vencido por el tentador. Por lo tanto, ya sea inmediatamente después del bautismo o después de un intervalo de tiempo, cuando se presenta una batalla similar de tentación al hombre, se debe ayunar: para que el cuerpo cumpla con la disciplina de la castidad y el alma obtenga la victoria por la humildad. En ese ejemplo del Señor, la causa del ayuno no fue la inmersión en el Jordán, sino la tentación del diablo.

CAPÍTULO III.

4. ¿Por qué el ayuno cuaresmal antes de la Pascua? Lamentar la ausencia del esposo. ¿Por qué ayunamos antes de la solemnidad de la Pasión del Señor, y esa relajación del ayuno se completa en el quincuagésimo día? Esta es la razón. Todo el que ayuna correctamente, o humilla su alma en el gemido de la oración y la mortificación del cuerpo con una fe no fingida; o, suspendido de la atracción carnal por alguna pobreza, desciende a sentir hambre y sed con la intención de una deleite espiritual de la verdad y la sabiduría. De ambos tipos de ayuno, el Señor respondió a quienes preguntaban por qué sus discípulos no ayunaban. Sobre el primero, que implica la humillación del alma, dijo: "No pueden los hijos del esposo llorar mientras el esposo está con ellos. Pero vendrá la hora cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán". Sobre el segundo, que implica el banquete de la mente, habló así: "Nadie pone un remiendo de tela nueva en un vestido viejo, porque se produce una rotura mayor; ni echan vino nuevo en odres viejos, porque se rompen los odres y se derrama el vino; sino que echan el vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan" (Mat. IX, 15-17). Por lo tanto, ya que el esposo ha sido quitado, ciertamente nosotros, los hijos de ese hermoso esposo, debemos lamentar. Hermoso en su forma más que los hijos de los hombres, cuya gracia se derramó en sus labios (Sal. XLIV, 3), no tuvo apariencia ni hermosura entre las manos de sus perseguidores, y su vida fue quitada de la tierra (Is. LIII, 2, 8). Y lamentamos correctamente si ardemos en deseo por Él. Bienaventurados aquellos a quienes se les permitió tenerlo presente antes de la pasión, preguntar como querían y escuchar como debían. Los padres antes de su venida desearon ver esos días y no los vieron, porque fueron ordenados en otra dispensación, por quienes se anunciaría su venida, no por quienes sería escuchado al venir. De estos habla a sus discípulos diciendo: "Muchos justos y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron" (Mat. XIII, 17). En nosotros se ha cumplido lo que Él mismo dice: "Vendrán días cuando desearéis ver uno de estos días, y no podréis" (Luc. XVII, 22).

CAPÍTULO IV.

5. ¿Por qué lamentar y ayunar en esta vida? ¿Quién no arde con la llama de un deseo santo? ¿Quién no llora aquí? ¿Quién no trabaja en su gemido? ¿Quién no dice: "Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche, mientras me dicen continuamente: ¿Dónde está tu Dios?" (Sal.

XLI, 4). Creemos en Él, ya sentado a la derecha del Padre; pero mientras estamos en el cuerpo, estamos ausentes de Él (II Cor. V, 6), y no podemos mostrarlo a los que dudan o niegan y dicen: "¿Dónde está tu Dios?". Con razón el Apóstol deseaba partir y estar con Él; pero consideraba necesario permanecer en la carne por nosotros (Filip. I, 23, 24). Donde los pensamientos de los mortales son temerosos y nuestra providencia incierta; porque la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 14, 15). De ahí que la vida humana en la tierra sea una tentación (Job VII, 1): y en esta noche del mundo, el león ronda buscando a quien devorar (I Ped. V, 8). No el León de la tribu de Judá, nuestro rey (Apoc. V, 5); sino el león diablo, nuestro adversario. Aquel, expresando en sí mismo las figuras de los cuatro animales del Apocalipsis de Juan, nació como hombre, obró como león, fue inmolado como becerro, voló como águila (Id. IV, 7). Voló sobre las alas del viento y puso las tinieblas como su escondite (Sal. XVII, 11 y 12). Puso las tinieblas, y se hizo noche, en la que pasan todas las bestias del bosque. Los cachorros de león rugientes, es decir, los tentadores por los cuales el diablo busca a quien devorar; no tienen poder, excepto sobre aquellos a quienes han tomado, porque en el mismo Salmo sigue diciendo: "Buscando de Dios su alimento" (Sal. CIII, 20, 21). En esta noche tan peligrosa y llena de tentaciones del mundo, ¿quién no teme, quién no tiembla en lo más profundo, no sea que sea juzgado digno de ser dejado para ser devorado por las fauces de un enemigo tan cruel? Por eso se debe ayunar y orar.

CAPÍTULO V.

6. El ayuno antes de la solemnidad de la pasión de Cristo es muy conveniente. ¿Y cuándo más, cuándo con más urgencia, que cuando se acerca la misma solemnidad de la pasión del Señor, en la que la memoria de esa noche se nos graba de manera anual, para que no se borre por el olvido, para que no nos encuentre el rugiente devorador no durmiendo en el cuerpo, sino en el espíritu? Porque la misma pasión del Señor, ¿qué nos recomendó en nuestro cabeza, Cristo Jesús, sino la misma tentación de esta vida? Por eso, cuando ya se acercaba el tiempo de su muerte, dijo a Pedro: "Satanás ha pedido zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, Pedro, para que tu fe no falte, ve y fortalece a tus hermanos" (Luc. XXII, 31 y 32). Y ciertamente nos fortaleció por su apostolado, por su martirio, por sus epístolas. Donde también, advirtiendo sobre la noche de la que hablo, nos enseñó a estar vigilantes con la consolación de la profecía como luz nocturna. "Tenemos, dice, la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (II Ped. 1, 19).

7. Días de trabajo y tristeza. Sean, pues, nuestros lomos ceñidos y nuestras lámparas encendidas, y seamos como hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas (Luc. XII, 35, 36). No nos digamos unos a otros: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos" (I Cor. XV, 32). Sino que, cuanto más incierto es el día de la muerte y más molesto es el día de la vida, ayunemos y oremos, porque mañana moriremos. "Un poco, dice, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis". Esta es la hora de la que dijo: "Vosotros estaréis tristes, pero el mundo se alegrará"; es decir, esta vida llena de tentaciones, en la que estamos ausentes de Él. Pero de nuevo, dice, "os veré, y vuestro corazón se alegrará; y nadie os quitará vuestro gozo" (Juan XVI, 19, 20, 22). En esta esperanza del más fiel promotor, incluso ahora nos alegramos de alguna manera, hasta que venga ese gozo abundante, cuando seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2), y nadie nos quitará nuestro gozo. Porque hemos recibido el Espíritu Santo como prenda de esta esperanza tan grata y gratuita, que en nuestros corazones produce gemidos inefables de deseos santos. "Porque hemos concebido", como dice Isaías, "y hemos dado a luz el espíritu de salvación" (Is. XXVI, 18). Y "la mujer cuando da a luz", dice el Señor, "tiene tristeza, porque ha llegado

su hora; pero cuando ha dado a luz, hay gran gozo, porque ha nacido un hombre en el mundo" (Juan XVI, 21). Este será el gozo que nadie nos quitará; en el que seremos transferidos a la luz eterna desde esta concepción de fe. Ahora, pues, ayunemos y oremos, cuando es el día del parto.

CAPÍTULO VI.

8. ¿Por qué se instituyó el ayuno de cuarenta días? Todo el cuerpo de Cristo, difundido por todo el mundo, es decir, toda la Iglesia hace esto, y esa unidad que dice en el Salmo: "Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón estaba angustiado" (Sal. LX, 3). De ahí que ya nos ilumina por qué se instituyó la Cuaresma como solemnidad de esta humillación. Porque la que clama desde los confines de la tierra, cuando su corazón está angustiado, clama desde las cuatro partes del mundo, que la Escritura menciona frecuentemente, Oriente y Occidente, Norte y Sur. Por todo esto, aquel decálogo de la Ley, ya no solo temido por la letra, sino cumplido por la gracia de la caridad, ha sido proclamado. De ahí que multiplicando cuatro por diez, vemos que se completan cuarenta. Pero aún en el trabajo de la tentación, con el perdón de los pecados. ¿Quién cumple perfectamente "No codiciarás" (Éx. XX, 17)? Por eso se debe ayunar y orar: pero no se debe cesar de hacer el bien. A este trabajo se le devuelve la recompensa al final, que se llama denario (Mat. XX, 2-13). Así como el tres proviene del tres, el cuatro del cuatro; así el diez del diez toma su nombre: que unido al cuarenta se devuelve como recompensa al trabajo. La figura del número cincuenta significa el tiempo de aquel gozo que nadie nos quitará: del cual en esta vida aún no tenemos la función; pero después de la solemnidad de la pasión del Señor, desde el día de su resurrección durante cincuenta días, en los que relajamos los ayunos, lo celebramos en las alabanzas dominicales con el resonante Aleluya.

9. El tiempo de Cuaresma debe ser más ferviente en abstinencia y obras piadosas. Ahora, pues, en la persona de Cristo, para que no seáis engañados por Satanás, os exhorto, amadísimos, a que con ayunos diarios, limosnas más generosas y oraciones más fervientes, aplacéis a Dios. Ahora es el tiempo en que los casados deben abstenerse de sus esposas, y las casadas de sus maridos, para dedicarse a la oración: aunque durante todo el año deben hacer esto en ciertos días; y cuanto más frecuentemente, tanto mejor: porque quien desea desmedidamente lo que se le concede, ofende a quien lo concede. La oración es una cosa espiritual, y por eso es tanto más aceptable cuanto más cumple el efecto de su naturaleza. Y se realiza tanto más con una obra espiritual cuanto más el alma que la realiza se suspende del placer carnal.

CAPÍTULO VII.

Moisés, administrador de la Ley, ayunó cuarenta días, Elías, el más excelente de los profetas, ayunó cuarenta días, y el mismo Señor, teniendo testimonio de la Ley y los Profetas, ayunó cuarenta días. De ahí que se mostró con estos dos en el monte. Pero nosotros, que no podemos perpetuar un ayuno tan largo, para que durante tantos días y noches no tomemos alimento alguno, como ellos, al menos hagamos lo que podamos; para que, excepto en los días en que por ciertas razones la costumbre de la Iglesia prohíbe ayunar, agradeamos a nuestro Señor Dios con ayuno diario o frecuente. Pero, ¿acaso como la abstinencia de comida y bebida no puede ser continua durante tantos días, así tampoco puede serlo la abstinencia del concubito? Cuando vemos que en el nombre de Cristo muchos de ambos sexos guardan sus miembros completamente inmunes de esta cosa, dedicados a Dios. Creo que no es gran cosa que durante toda la solemnidad pascual la castidad de los cónyuges pueda hacer lo que la virginidad puede hacer toda la vida.

CAPÍTULO VIII.

10. Observadores de la Cuaresma que buscan delicias. Ahora bien, aunque no debería haberlo advertido, ya que he recomendado tanto el tiempo de humillar el alma como he podido; sin embargo, debido a los errores de los hombres, que a través de seducciones vanas y costumbres perversas no cesan de imponernos una carga molesta por vosotros, no puedo callar. Hay algunos observadores de la Cuaresma más deliciosos que religiosos, buscando nuevas delicias más que castigando las viejas concupiscencias; que con abundantes y costosos preparativos de diversos frutos, se esfuerzan por superar las variedades y sabores de cualquier tipo de manjares: temen los recipientes en los que se cocieron las carnes como si fueran impuros, y no temen la lujuria del vientre y la garganta en su propia carne: ayunan, no para disminuir la glotonería habitual moderando; sino para aumentar la avidez desmedida posponiéndola. Porque cuando llega el tiempo de comer, se lanzan sobre las mesas opulentas como animales sobre los pesebres; abruman sus corazones con platos más numerosos y distienden sus vientres; irritan la gula con diversidades de condimentos artificiales y exóticos, para que no se contenga ni siquiera con la abundancia. De hecho, toman tanto comiendo, que no pueden digerirlo ayunando.

CAPÍTULO IX.

11. Abstinencia del vino delicado. También hay quienes no beben vino, pero buscan otros licores de la expresión de otros frutos, no por salud, sino por placer: como si la Cuaresma no fuera una observancia de pía humildad, sino una ocasión de nueva voluptuosidad. Porque, ¿cuánto más honesto es, si la debilidad del estómago no tolera beber agua, sustentarse con el vino usual y moderado, que buscar vinos que no conocen la vendimia, que no conocen los lagares; no para elegir una bebida más pura, sino para reprobar una más frugal? ¿Qué hay más absurdo que, en el tiempo en que la carne debe ser castigada más estrictamente, procurar tantas delicias para la carne, que la misma concupiscencia de la garganta no quiera pasar la Cuaresma? ¿Qué hay más inconveniente que, en los días de humildad, cuando el alimento de los pobres debe ser imitado por todos, vivir de tal manera que, si se viviera así todo el tiempo, apenas podrían sostenerlo los patrimonios de los ricos? Evitad estas cosas, amadísimos: pensad en lo que está escrito: "No sigas tus concupiscencias" (Eccl. XVIII, 30). Este precepto tan saludable, si debe observarse en todo tiempo, cuánto más en estos días, cuando es tan vergonzoso si nuestra codicia se extiende a atracciones inusitadas, que con razón se culparía a quien no restringiera las habituales.

CAPÍTULO X.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

voluntaria del rico sea la abundancia necesaria del pobre. Que la pobreza voluntaria del rico sea la abundancia necesaria del

1. Resolución de disputas en Cuaresma. Acuerdo de perdonar para ser perdonados. La ira y el odio son diferentes. Estos días santos que observamos en la Cuaresma nos recuerdan hablarles sobre la concordia fraterna, para que cualquiera que tenga una queja contra otro, la resuelva, para que no se termine. No desprecien esto, hermanos míos. Pues esta vida mortal y frágil, que se tambalea entre tantas tentaciones terrenales y ora para no hundirse, no puede estar libre de pecados en ningún justo; hay un único remedio por el cual podemos vivir, porque nuestro maestro Dios nos enseñó a decir en la Oración: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Hemos hecho un pacto y un acuerdo con Dios, y hemos firmado la condición de pagar la deuda en la garantía. Pedimos ser perdonados con plena confianza, si también nosotros perdonamos: pero si no perdonamos, no podemos esperar que nuestros pecados sean perdonados; no nos engañemos a nosotros mismos. El hombre no se engaña a sí mismo, Dios no engaña a nadie. Es humano enojarse: y ojalá ni siquiera pudiéramos esto. Es humano enojarse: pero tu ira, un brote breve, no debe ser regada con sospechas y llegar a convertirse en una viga de odio. Porque la ira es una cosa, el odio es otra. Pues a menudo un padre se enoja con su hijo, pero no odia al hijo: se enoja para corregirlo. Si se enoja para corregir, se enoja amando. Por eso se dijo: Ves la paja en el ojo de tu hermano; pero no ves la viga en tu propio ojo (Id. VII, 3). Culpa la ira en otro, y mantienes el odio en ti mismo. En comparación con el odio, la ira es una paja. Pero si nutres la paja, se convertirá en una viga. Si la arrancas y la arrojas, no será nada.

CAPÍTULO II.

2. Está en tinieblas y prisión quien odia. Si prestaron atención, la sentencia del bienaventurado Juan, cuando se leyó su Epístola, debió asustarlos. Pues dice: Las tinieblas han pasado, la verdadera luz ya brilla. Luego añade: Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora (I Juan II, 8 y 9). Pero tal vez alguien piense que estas tinieblas son como las que sufren los encerrados en cárceles. ¡Ojalá fueran así! Y sin embargo, nadie quiere estar en tales tinieblas. En estas tinieblas de las cárceles pueden estar encerrados incluso los inocentes. En tales tinieblas estaban encerrados los mártires. Las tinieblas se extendían por todas partes, y la luz brillaba en sus corazones. En aquellas tinieblas de la cárcel no veían con los ojos, pero con el amor de la fraternidad veían a Dios. ¿Quieren saber qué tipo de tinieblas son estas, de las que se dice, Quien odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora? En otro lugar dice: Quien odia a su hermano, es un homicida (I Juan III, 15). Quien odia a su hermano, camina, sale, entra, avanza, no cargado con cadenas, no encerrado en una cárcel: sin embargo, está atado por la culpa. No pienses que está sin cárcel: su cárcel es su corazón. Cuando escuchas, Quien odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora: para que no desprecies tales tinieblas, añade y dice: Quien odia a su hermano, es un homicida. ¿Odias a tu hermano y caminas seguro? ¿Y no quieres reconciliarte, aunque Dios te da tiempo para ello? He aquí, ya eres un homicida, y aún vives: si tuvieras a Dios enojado contigo, serías arrebatado de repente con el odio a tu hermano. Dios te perdona, perdónate a ti mismo, reconcílate con tu hermano. Pero tal vez tú quieras, y él no quiera. Que te baste. Tienes de qué lamentarte por él: te has liberado. Di, si quieres reconciliarte, y él no quiere; di con seguridad: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

CAPÍTULO III.

3. Perdonar para poder decir la oración del Señor. Tal vez pecaste contra él, quieres reconciliarte con él, quieres decirle: Hermano, perdóname por lo que pequé contra ti. Él no quiere perdonar, no quiere liberar la deuda: lo que le debes, no quiere perdonártelo. Que él lo considere cuando tenga que orar. Cuando venga, quien no quiso perdonarte lo que tal vez pecaste contra él, cuando venga a la oración, ¿qué hará? Diga: Padre nuestro, que estás en los cielos. Diga, acérquese: Santificado sea tu nombre. Aún diga: Venga tu reino. Continúe: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Aún camine: Danos hoy nuestro pan de cada día. Dijiste: lo que sigue, mira no quieras pasarlo y decir otra cosa. No hay por dónde pasar, allí estás retenido. Di entonces, y di la verdad: o si no tienes por qué decir, Perdona nuestras deudas, no lo digas. ¿Y dónde está aquello que el mismo apóstol dijo: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (Id. I, 8)? Pero si la conciencia de la fragilidad te muerde, y en este mundo abunda la iniquidad; di entonces, Perdona nuestras deudas. Pero mira lo que sigue. Pues no quisiste perdonar el pecado a tu hermano, y vas a decir, Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 9-12). ¿O no lo vas a decir? Si no lo vas a decir, no recibirás nada: pero si lo vas a decir, vas a decir una mentira. Entonces di, y di la verdad. ¿Cómo vas a decir la verdad, si no quisiste perdonar el pecado a tu hermano?

CAPÍTULO IV.

4. Seguro ante Dios está quien pide perdón y es negado por su hermano. De aquellos que se avergüenzan de pedir perdón a un hombre. El perdón a veces debe pedirse en silencio y con suavidad. A él le advertí: ahora te consuelo, oh quienquiera que seas, si es que eres, quien le dijo a tu hermano, Perdóname por lo que pequé contra ti: si lo dijiste de todo corazón, si con verdadera humildad, no con falsa caridad, como Dios ve en el corazón desde donde lo dijiste, pero él no quiso perdonarte, no estés preocupado. Ambos son siervos, tienen un Señor: le debes a tu consiervo, no quiso perdonarte; interpela al Señor de ambos. Lo que el Señor te perdone, si puede, que lo exija el siervo. Digo otra cosa: Entonces advertí a quien no quiso perdonar a su hermano, cuando él pide ser perdonado, que haga lo que no quería; no sea que, cuando ore, no reciba lo que desea. También advertí a quien pidió perdón por su pecado a su hermano, y no lo recibió; que en lo que no obtuvo de su hermano, esté seguro de su Señor. Hay otra cosa que advertir: Tu hermano pecó contra ti, y no quiso decirte, Perdóname por lo que pequé contra ti. Abundan estas palabras: ojalá Dios las erradique de su campo, es decir, de sus corazones. Pues muchos son los que saben que pecaron contra sus hermanos, y no quieren decir, Perdóname. No se avergonzaron de pecar, y se avergüenzan de pedir: no se avergonzaron de la iniquidad, y se avergüenzan de la humildad.

CAPÍTULO V.

Por tanto, primero los advierto a ellos. Cualquiera que tenga discordia con sus hermanos, y se recuerde a sí mismo, y se considere, y emita un juicio justo sobre sí mismo, dentro de sus corazones, y encuentre que no debió hacer lo que hizo, no debió decir lo que dijo; pidan perdón, hermanos, a sus hermanos, hagan con sus hermanos lo que dice el Apóstol, Perdonándose unos a otros, como Dios en Cristo les perdonó (Efes. IV, 32): háganlo, no se avergüencen de pedir perdón. Lo digo igualmente a todos, hombres y mujeres, menores y mayores, laicos y clérigos: lo digo también a mí mismo. Todos escuchemos, todos temamos. Si pecamos contra nuestros hermanos, si aún hemos recibido tiempo para vivir, no morimos por eso: pues aún vivimos, no estamos condenados todavía: mientras vivamos, hagamos lo que manda el Padre, quien será Dios juez; y pidamos perdón a los hermanos, a quienes tal vez ofendimos al pecar contra ellos, a quienes tal vez lastimamos. Hay personas humildes por el orden de este mundo, a quienes si les pides perdón, se enorgullecen: esto es lo que digo; a

veces el amo peca contra su siervo: porque aunque él sea el amo, y él el siervo; ambos son siervos ajenos, porque ambos han sido redimidos por la sangre de Cristo. Sin embargo, parece duro que también ordene esto, que también lo mande, que si acaso el amo peca contra su siervo injustamente litigando, injustamente golpeando; diga él, Perdóname, dame perdón. No porque no deba hacerlo, sino para que él no comience a enorgullecerse. ¿Qué entonces? Ante los ojos de Dios arrepíentase, ante los ojos de Dios castigue su corazón: y si no puede decirle al siervo, porque no conviene, Dame perdón; hablele con suavidad. Pues una apelación suave es una petición de perdón.

CAPÍTULO VI.

5. Cómo perdonar de corazón a quien no quiere pedir perdón. Resta que hable a aquellos contra quienes otros han pecado, y aquellos que pecaron contra ellos no quisieron pedir perdón. Pues ya he hablado a aquellos que no quisieron dar perdón a los hermanos que lo pedían. Ahora entonces, cuando les hablo a todos ustedes, ya que los días son santos, para que no queden sus discordias; creo que algunos de ustedes han pensado en sus corazones, quienes saben que tienen algunas discordias con sus hermanos, y han encontrado que no fueron ustedes quienes pecaron contra ellos, sino ellos contra ustedes. Aunque no me hablen ahora, porque es mi lugar hablar aquí, y el suyo callar y escuchar; sin embargo, tal vez pensando hablen, y se digan a sí mismos, Quiero reconciliarme, pero él me ofendió, él pecó contra mí, y no quiere pedir perdón. ¿Qué entonces? ¿Voy a decir, Ve a él, y tú pide perdón? De ninguna manera. No quiero que mientas: no quiero que digas, Dame perdón, cuando sabes que no pecaste contra tu hermano. Pues ¿qué te aprovecha, cuando tú mismo serías tu acusador? ¿Qué esperas que te perdone, de aquel a quien no ofendiste, o contra quien no pecaste? No te aprovecha nada, no quiero que lo hagas: sabes, lo has discutido bien, sabes que él pecó contra ti, no tú contra él. Lo sé, dice. En este conocimiento seguro, que tu conciencia esté tranquila. No vayas a tu hermano que pecó contra ti, y le pidas perdón espontáneamente. Deben haber entre ustedes otros pacificadores, que lo reprendan, para que primero te pida perdón: tú solo estate preparado para perdonar, absolutamente preparado para perdonar de corazón. Si estás preparado para perdonar, ya has perdonado. Aún tienes algo por lo que orar: ora por él, para que te pida perdón; porque sabes que le perjudica si no lo pide, ora por él para que lo pida. Di al Señor en tu oración: Señor, sabes que no pequé contra mi hermano, sino que él pecó contra mí, y le perjudica que pecó contra mí, si no me pide perdón; yo de buen ánimo pido que le perdones.

CAPÍTULO VII.

6. Perdonar ofensas siguiendo el ejemplo de Cristo. He aquí, les he dicho lo que principalmente durante estos días de sus ayunos, de sus observancias, de su continencia, deben hacer conmigo, para que se reconcilien con sus hermanos. Me alegraré yo también de su paz, quien me entristezco por sus disputas: para que todos, perdonándose unos a otros, si alguien tiene una queja contra otro, celebremos la Pascua seguros, celebremos su pasión seguros, quien no debía nada a nadie, y pagó el precio por los deudores: me refiero al Señor Jesucristo, quien no pecó contra nadie, y casi todo el mundo pecó contra él; no exigió castigos, sino que prometió recompensas. Tenemos, por tanto, a él como testigo en nuestros corazones, para que si pecamos contra alguien, pidamos perdón de corazón; si alguien pecó contra nosotros, estemos preparados para dar perdón, y oremos por nuestros enemigos. No esperemos ser vengados, hermanos. ¿Qué es ser vengado, sino alimentarse del mal ajeno? Sé que diariamente vienen personas, se arrodillan, golpean su frente contra el suelo, a veces mojan su rostro con lágrimas; y en esta gran humildad y perturbación dicen: Señor, vénsame, mata a mi enemigo. Ora, ciertamente, para que mate a tu enemigo, y salve a tu hermano: mate

las enemistades, salve la naturaleza. Ora así, para que Dios te vengue: que perezca quien te perseguía, pero que permanezca quien te sea devuelto.

SERMO CCXII. En la entrega del Símbolo, I. Lunes después del quinto domingo de Cuaresma.

1. De dónde se dice el Símbolo. Es tiempo de que reciban el Símbolo, en el cual se contiene brevemente, para la salvación eterna, todo lo que creen. El Símbolo se llama así por una cierta similitud, con un término trasladado; porque los comerciantes hacen un símbolo entre ellos, por el cual su sociedad se mantiene con un pacto de fe. Y su sociedad es un comercio de cosas espirituales, para que sean como mercaderes buscando la buena perla (Mat. XIII, 45). Esta es la caridad, que se difundirá en sus corazones por el Espíritu Santo, que les será dado (Rom. V, 5). A esta se llega por la fe, que se contiene en este Símbolo: para que crean en Dios Padre todopoderoso, invisible, inmortal, rey de los siglos, creador de lo visible e invisible; y cualquier otra cosa digna de él que la razón sincera o la autoridad de las Escrituras santas hablen. No separen de esta excelencia de Dios al Hijo. Pues no se dicen estas cosas del Padre, como si fueran ajenas a aquel que dijo, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30): y de quien el Apóstol dice, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como usurpación (Filip. II, 6). Pues la usurpación es la apropiación de lo ajeno: cuando esa igualdad es por naturaleza. Por tanto, ¿cómo no será todopoderoso el Hijo, por quien fueron hechas todas las cosas; siendo también la Virtud y Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), de la cual está escrito, que siendo una, todo lo puede (Sab. VII, 27)? También es de naturaleza invisible, en esa misma forma, en la cual es igual al Padre. Pues la naturaleza del Verbo de Dios es invisible, que en el principio era, y el Verbo era Dios (Juan I, 3, 1): en la cual naturaleza también permanece inmortal, es decir, de todo modo inmutable. Pues también el alma humana se dice inmortal de cierta manera: pero no es verdadera inmortalidad, donde hay tanta mutabilidad, por la cual puede tanto decaer como progresar. De donde su muerte es ser alienada de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ella: su vida, correr hacia la fuente de la vida, para que en la luz de Dios vea la luz. Según esta vida también ustedes revivirán por la gracia de Cristo de una cierta muerte, a la cual renuncian. Pero el Verbo de Dios que es el unigénito Hijo, vive siempre inmutablemente con el Padre; ni decae, porque la permanencia no se disminuye; ni progresa, porque la perfección no se aumenta. También él es el creador de los siglos visibles e invisibles: porque, como dice el Apóstol, En él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles; sean Tronos, sean Dominaciones, sean Principados, sean Potestades: todo fue creado en él y por él, y todo subsiste en él (Col. I, 16, 17). Pero porque se anonadó a sí mismo, no perdiendo la forma de Dios, sino tomando la forma de siervo (Filip. II, 7); por esta forma de siervo el invisible fue visto: porque nació del Espíritu Santo y de María virgen. En esta forma de siervo el todopoderoso fue debilitado: porque sufrió bajo Poncio Pilato. Por esta forma de siervo, el inmortal murió: porque fue crucificado y sepultado. Por esta forma de siervo el rey de los siglos resucitó al tercer día. Por esta forma de siervo el creador de lo visible e invisible ascendió al cielo, de donde nunca se apartó. Por esta forma de siervo, se sienta a la derecha del Padre, quien es el brazo del Padre: de quien dice el profeta, ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). En esta forma de siervo, vendrá a juzgar a vivos y muertos: en la cual quiso ser partícipe de los muertos, siendo la vida de los vivos. Por él nos fue enviado el Espíritu Santo del Padre, y por él mismo. Espíritu del Padre y del Hijo enviado por ambos, no engendrado por ninguno: unidad de ambos, igual a ambos. Esta Trinidad es un solo Dios, todopoderoso, invisible, rey de los siglos, creador de lo visible e invisible. Pues no decimos tres señores, ni tres todopoderosos, ni tres creadores, ni cualquier otra cosa que pueda decirse de la excelencia de Dios: porque tampoco tres dioses, sino un solo Dios.

Aunque en esta Trinidad el Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo no es ni el Hijo ni el Padre: sino que aquel es el Padre del Hijo, aquel es el Hijo del Padre, aquel es el Espíritu del Padre y del Hijo. Crean, para que entiendan. Pues si no creen, no entenderán (Isaías VII, 9, según LXX). De esta fe esperen la gracia: en la cual les serán perdonados todos los pecados. De aquí serán salvos, no de ustedes mismos: pues es don de Dios. Después de esta muerte, que pasa a todos, que se debe a la vejez del primer hombre, esperen también en el fin de sus cuerpos la resurrección: no a las pasiones de los dolores, como resucitarán los impíos; ni a los gozos de los deseos carnales, como piensan los necios: sino como dice el Apóstol, Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 54), para que ya no agobie al alma (Sab. IX, 15), ni busque ninguna satisfacción, porque no sufrirá ninguna deficiencia.

2. El Símbolo debe ser memorizado, por qué. Por lo tanto, os he dado un breve discurso sobre todo el Símbolo que os debía, en el cual reconoceréis resumido todo lo que habéis escuchado. No debéis escribir las mismas palabras del Símbolo de ninguna manera; sino aprenderlo escuchando: y una vez aprendido, no escribirlo, sino siempre recordarlo y meditarlo. Porque todo lo que vais a escuchar en el Símbolo está contenido en las divinas letras de las Sagradas Escrituras. Pero lo que está así recopilado y redactado en una cierta forma no se permite escribir, es una conmemoración de la promesa de Dios, donde anunciando el Nuevo Testamento a través del profeta dijo: Este es el Testamento que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor, poniendo mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón (Jeremías 31, 33). Por esta razón, el símbolo se aprende escuchando: no se escribe en tablas, ni en ningún material, sino en el corazón. Aquel que os llamó a su reino y gloria hará que, por su gracia, también el Espíritu Santo lo escriba en vuestros corazones; para que améis lo que creéis, y la fe opere en vosotros a través del amor; y así agradéis al Señor Dios, dador de todos los bienes, no temiendo servilmente el castigo, sino amando libremente la justicia. Este es, por tanto, el Símbolo que os ha sido insinuado a través de las Escrituras y los sermones eclesiásticos: pero bajo esta breve forma, los fieles deben permanecer y progresar.

SERMO CCXIII. En la tradición del Símbolo, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué es el Símbolo. Cómo es Dios omnipotente. El Símbolo es una regla de fe brevemente compendiada, para instruir la mente, sin sobrecargar la memoria; se dice con pocas palabras, de las cuales se adquiere mucho. Creo en Dios Padre todopoderoso. Mira cuán rápido se dice, y cuánto vale. Dios es, y Padre es: Dios por poder, Padre por bondad. ¡Qué felices somos, que hemos encontrado a nuestro Señor como Padre! Creámosle, pues, y prometámonos todo de su misericordia, porque es todopoderoso: por eso creemos en Dios Padre todopoderoso. Que nadie diga: No puede perdonarme los pecados. ¿Cómo no puede el todopoderoso? Pero dices: He pecado mucho. Y yo digo: Pero él es todopoderoso. Y tú: He cometido tales pecados, de los cuales no puedo ser liberado y purificado. Respondo: Pero él es todopoderoso. Ved lo que le cantáis en el Salmo: Bendice, dice, alma mía al Señor, y no olvides todos sus beneficios: quien perdona todas tus iniquidades, quien sana todas tus dolencias (Salmo 102, 2 y 3). Para esto nos es necesaria su omnipotencia. Pues para toda la creación era necesaria, para que fuera creada. Es todopoderoso para hacer cosas grandes y pequeñas: es todopoderoso para hacer cosas celestiales y terrenales: es todopoderoso para hacer cosas inmortales y mortales: es todopoderoso para hacer cosas espirituales y corporales: es todopoderoso para hacer cosas visibles e invisibles: grande en las grandes, y no pequeño en las pequeñas. Finalmente, es todopoderoso para hacer todo lo que quiera hacer. Pues yo digo cuántas cosas no puede. No

puede morir, no puede pecar, no puede mentir, no puede ser engañado. Tantas cosas no puede: que si pudiera, no sería todopoderoso. Creed, pues, en él, y confesadlo. Porque con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación (Romanos 10, 10). Por eso, cuando hayáis creído, es necesario que confeséis, cuando devolváis el Símbolo. Recibid ahora lo que debéis retener, y después devolver, y nunca olvidar.

CAPÍTULO II.

2. Cristo, el Hijo único de Dios. Cómo se encarnó. Cristo es nuestro único Salvador. ¿Qué sigue después? Y en Jesucristo. Creo, dices, en Dios Padre todopoderoso, y en Jesucristo su Hijo único, nuestro Señor. Si es Hijo único, entonces igual al Padre. Si es Hijo único, entonces de la misma sustancia que el Padre. Si es Hijo único, entonces de la misma omnipotencia que el Padre. Si es Hijo único, entonces coeterno con el Padre. Esto en sí mismo, y en sí mismo, y con el Padre. ¿Por nosotros qué? ¿A nosotros qué? Que fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María. He aquí cómo vino, quién, a quiénes. Por la Virgen María, en quien obró el Espíritu Santo, no un hombre esposo; quien fecundó a la casta, y la conservó intacta. Así, pues, se revistió de carne el Señor Cristo, así se hizo hombre quien hizo al hombre, asumiendo lo que no era, sin perder lo que era. Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). No es que el Verbo se transformara en carne, sino que el Verbo permaneciendo tomó carne, siempre invisible, se hizo visible cuando quiso, y habitó entre nosotros. ¿Qué significa, entre nosotros? Entre los hombres. Hecho uno del número de los hombres, uno y único. Único para el Padre. ¿Para nosotros qué? Y para nosotros único Salvador: pues nadie más que él es nuestro salvador. Y para nosotros único Redentor: pues nadie más que él es nuestro redentor: no con oro, no con plata, sino con su sangre.

CAPÍTULO III.

3. Cómo murió y fue sepultado Cristo, el Hijo de Dios. Veamos, pues, las transacciones por las cuales fuimos comprados. Pues cuando se dijo en el Símbolo, Que fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María: ¿qué hizo por nosotros? Padeció, sigue, bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado. El Hijo único de Dios, nuestro Señor, fue crucificado, el Hijo único de Dios, nuestro Señor, fue sepultado. El hombre fue crucificado, el hombre fue sepultado: Dios no fue cambiado, Dios no fue asesinado, y sin embargo, según el hombre, fue asesinado. Pues si lo hubieran conocido, dice el Apóstol, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Corintios 2, 8). Y muestra al Señor de la gloria, y confiesa al crucificado. Porque si alguien incluso rasgara tu túnica sin dañar tu carne, te haría una injuria: y no clamas por tu vestidura, diciendo, Rasgaste mi túnica; sino, Rasgaste a mí, me hiciste jirones. Hablas así entero, y dices la verdad, y de tu carne no quitó nada quien te hirió. Así también el Señor Cristo fue crucificado. Es Señor, es único para el Padre; es nuestro Salvador, es el Señor de la gloria: sin embargo, fue crucificado; pero en la carne, y sepultado solo en la carne. Pues donde fue sepultado, y cuando fue sepultado, entonces allí ni siquiera estaba el alma. Solo la carne yacía en el sepulcro, y sin embargo confiesas a Jesucristo su Hijo único, nuestro Señor; que fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, que Jesús Cristo, único Hijo de Dios, nuestro Señor. Bajo Poncio Pilato fue crucificado, que Jesús Cristo, único Hijo de Dios, nuestro Señor. Y sepultado, que Jesús Cristo, único Hijo de Dios, nuestro Señor. Solo la carne yace, y tú dices, ¿Nuestro Señor? Digo, claro que digo: porque miro la vestidura, y adoro al vestido. Esa carne fue su vestidura: porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, no perdiendo la forma de Dios; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre (Filipenses 2, 6, 7).

CAPÍTULO IV.

4. La diestra de Dios, felicidad eterna. No despreciemos solo la carne: cuando yacía, entonces nos compró. ¿Por qué nos compró? Porque no siempre yació: Pues al tercer día resucitó de entre los muertos. Esto sigue en el Símbolo. Cuando hayamos confesado su pasión, confesamos también su resurrección. ¿Qué hizo en la pasión? Nos enseñó qué debemos soportar. ¿Qué hizo en la resurrección? Nos mostró qué debemos esperar. Aquí el trabajo, allí la recompensa: trabajo en la pasión, recompensa en la resurrección. Ni, porque resucitó de entre los muertos, permaneció aquí. Pero ¿qué sigue? Ascendió al cielo. ¿Y ahora dónde está? Está sentado a la diestra del Padre. Entiende la diestra, no busques allí la siniestra. La diestra de Dios se dice felicidad eterna. La diestra de Dios se dice bienaventuranza inefable, inestimable, incomprensible y prosperidad. Esta es la diestra de Dios. Allí está sentado. ¿Qué significa, Está sentado allí? Allí habita. Pues se llaman sedes, donde uno habita. ¿Acaso cuando lo vio el santo Esteban, mentía quien decía, Está sentado a la diestra del Padre? Pues ¿cómo dice Esteban: He aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios (Hechos 7, 55)? Porque él vio de pie, ¿mentía acaso quien decía entonces, Está sentado a la diestra del Padre? Está sentado, pues, se dijo, permanece, habita. ¿Cómo? Como tú. ¿En qué estado? ¿Quién lo dirá? Digamos lo que nos enseñó, digamos lo que sabemos.

CAPÍTULO V.

5. Nuestro Salvador, nuestro juez y abogado. ¿Qué? De allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Confesemos al Salvador, para no temer al juez. Pues quien ahora cree en él, y hace sus mandamientos, y lo ama, no temerá cuando venga a juzgar a vivos y muertos: no solo no temerá, sino que deseará que venga. Pues ¿qué más feliz para nosotros, que cuando viene aquel a quien deseamos, cuando viene aquel a quien amamos? Pero temamos, porque será nuestro juez. Quien ahora es nuestro abogado, él mismo entonces será nuestro juez. Escucha a Juan: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados,» dijo, «él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Os he escrito estas cosas, para que no pequéis: y si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 1, 8-2, 2). Si tuvieras un caso que presentar ante algún juez, y prepararas un abogado, fueras acogido por el abogado, llevara tu caso como pudiera; y si no lo hubiera terminado, y oyeras que ese juez viene; cuánto te alegrarías, porque él mismo podría ser tu juez, quien fue poco antes tu abogado. Y ahora él ora por nosotros, él intercede por nosotros. Lo tenemos como abogado, ¿y tememos al juez? Más bien, porque hemos enviado al abogado por delante, esperemos al juez que vendrá.

CAPÍTULO VI.

6. Sobre el Espíritu Santo. Así debe entenderse el Espíritu Santo, para que no se crea menor que el Hijo, y menor que el Padre. Se ha pasado en el Símbolo lo que concierne a Jesucristo, el Hijo único de Dios, nuestro Señor: sigue, Y en el Espíritu Santo, para completar la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y del Hijo se han dicho muchas cosas, porque el Hijo asumió al hombre, el Hijo, el Verbo se hizo carne, no el Padre, no el Espíritu Santo: pero la carne del Hijo la hizo toda la Trinidad. Pues las obras de la Trinidad son inseparables. Así, pues, tomad al Espíritu Santo, para que no creáis que es menor que el Hijo, y menor que el Padre. Pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, toda la Trinidad es un solo Dios. Nada allí difiere, nada es variado, nada es defectuoso, nada es contrario al otro; siempre igual, invisible

e inmutable el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Que la Trinidad nos libere de la multitud de pecados.

CAPÍTULO VII.

7. Qué es la Santa Iglesia católica. Encontrada meretriz y hecha virgen. Similar a María, y da a luz y es virgen. Ya lo que sigue nos concierne, la Santa Iglesia. La Santa Iglesia somos nosotros: pero no lo dije así, Nosotros, como si fuéramos los que estamos aquí, los que me escucháis ahora. Todos los que estamos aquí, con el favor de Dios, cristianos fieles en esta iglesia, es decir, en esta ciudad, todos los que están en esta región, todos los que están en esta provincia, todos los que están más allá del mar, todos los que están en todo el mundo: porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso se alaba el nombre del Señor (Salmo 112, 3). Así es la Iglesia católica, nuestra verdadera madre, la verdadera esposa de aquel esposo. Honrémosla, porque es la matrona de tan gran Señor. ¿Y qué diré? Grande es la dignación del esposo y singular; la encontró meretriz, la hizo virgen. Porque fue meretriz, no debe negarlo, para no olvidar la misericordia del libertador. ¿Cómo no era meretriz, cuando fornicaba tras los ídolos y los demonios? La fornicación del corazón estaba en todos: en pocos en la carne, en todos en el corazón. Y vino, y la hizo virgen. Hizo virgen a la Iglesia. En la fe es virgen. En la carne tiene pocas vírgenes consagradas: en la fe debe tener a todos vírgenes, tanto mujeres como hombres. Allí debe haber castidad, pureza y santidad. Pues ¿queréis saber cuán virgen es? Escuchad al Apóstol Pablo, escuchad al amigo del esposo celoso por el esposo, no por sí mismo. Os he desposado, dice, con un solo esposo. A la Iglesia le decía: ¿y a qué Iglesia? A dondequiera que pudieran llegar esas Cartas. Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo. Pero temo, dijo, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia. ¿Acaso la serpiente se unió corporalmente con Eva? Y sin embargo, extinguió la virginidad de su corazón. Esto temo, dice, que vuestras mentes se corrompan de la castidad que está en Cristo (2 Corintios 11, 2, 3). Es virgen, pues, la Iglesia: es virgen, que sea virgen. Cuídese del seductor, para que no encuentre al corruptor. Es virgen la Iglesia. ¿Me dirás acaso: Si es virgen, cómo da a luz hijos? O si no da a luz hijos, ¿cómo dimos nuestros nombres, para que nació de sus entrañas? Respondo: Y es virgen, y da a luz. Imita a María, que dio a luz al Señor. ¿Acaso no es virgen la santa María y dio a luz, y permaneció virgen? Así también la Iglesia, y da a luz, y es virgen. Y si consideras, da a luz a Cristo: porque los que se bautizan son sus miembros. Vosotros sois, dice el Apóstol, el cuerpo de Cristo y miembros (1 Corintios 12, 27). Si, pues, da a luz a los miembros de Cristo, es muy similar a María.

CAPÍTULO VIII.

8. Remisión de los pecados en el Bautismo y en la oración dominical. Bautismo cotidiano. Remisión de los pecados. Si esto no estuviera en la Iglesia, no habría esperanza: si no hubiera remisión de los pecados en la Iglesia, no habría esperanza de vida futura y de liberación eterna. Damos gracias a Dios, que dio este don a su Iglesia. He aquí que vais a venir a la fuente santa, seréis lavados en el Bautismo, seréis renovados en el lavacro salvador de la regeneración; estaréis sin ningún pecado, subiendo de ese lavacro. Todo lo que os perseguía en el pasado, allí será borrado. Los egipcios que perseguían a los israelitas eran similares a vuestros pecados, persiguiéndoos, pero hasta el mar Rojo (Éxodo 14). ¿Qué significa, hasta el mar Rojo? Hasta la fuente consagrada por la cruz y la sangre de Cristo. Pues lo que es rojo, enrojece. ¿No ves cómo enrojece la parte de Cristo? Pregunta a los ojos de la fe. Si ves la cruz, atiende también al derramamiento. Si ves lo que cuelga, atiende a lo que derramó. Fue perforado el costado de Cristo con una lanza, y manó nuestro precio (Juan 19, 34). Por eso el Bautismo es signado con el signo de Cristo, es decir, el agua donde sois sumergidos, y pasáis

como por el mar Rojo. Vuestros pecados son vuestros enemigos. Os persiguen, pero hasta el mar. Cuando entréis, escaparéis, ellos serán borrados: como cuando los israelitas escaparon por tierra seca, el agua cubrió a los egipcios. ¿Y qué dice la Escritura? No quedó ni uno de ellos (Salmo 105, 11). Pecaste mucho, pecaste poco; pecaste grande, pecaste pequeño: lo que es menos de ellos no quedó. Pero como vamos a vivir en este mundo, donde nadie vive sin pecado; por eso la remisión de los pecados no está solo en la ablución del sagrado Bautismo, sino también en la oración dominical y cotidiana, que recibiréis después de ocho días. En ella encontraréis como vuestro bautismo cotidiano, para que deis gracias a Dios que dio este don a su Iglesia, que confesamos en el Símbolo: para que cuando digamos, la Santa Iglesia; añadamos, la Remisión de los pecados.

CAPÍTULO IX.

9. Resurrección de la carne prometida. Después de esto, la Resurrección de la carne. Este ya es el fin. Pero el fin será la resurrección de la carne sin fin. Pero después no habrá muerte de la carne, ni angustias de la carne, ni hambre ni sed de la carne, ni aflicciones de la carne, ni vejez ni cansancio de la carne. No temas, pues, la resurrección de la carne. Ve sus bienes, olvida sus males. En verdad, cualquier queja carnal que haya ahora, entonces no habrá. Seremos eternos, iguales a los ángeles de Dios (Mateo 22, 30). Tendremos una sola ciudad con los santos ángeles, seremos poseídos por el Señor, seremos su herencia, y él será nuestra herencia: porque ahora le decimos, el Señor es la parte de mi herencia (Salmo 15, 5). Y se dijo de nosotros al Hijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia (Salmo 2, 8). Poseeremos, y seremos poseídos; tendremos, y seremos tenidos. ¿Qué diré? Cultivamos, y somos cultivados. Pero cultivamos como a Dios, somos cultivados como campo. Para que sepáis que somos cultivados, escuchad al Señor: Yo soy la vid verdadera, vosotros sois los sarmientos, mi Padre es el labrador (Juan 15, 1, 5). Si se dice labrador, cultiva un campo. ¿Qué campo? Nos cultiva a nosotros. Y un labrador de esta tierra visible puede arar, puede cavar, puede plantar; regar, si encuentra agua, puede: ¿acaso puede dar crecimiento, hacer brotar el germen en la tierra, fijar la raíz, promover en el aire, añadir fuerza a las ramas, cargar de frutos, adornar con hojas? ¿Acaso puede el labrador? Sin embargo, nuestro labrador, Dios Padre, puede hacer todas estas cosas en nosotros. ¿Por qué? Porque creemos en Dios Padre todopoderoso. Así que retened lo que os propusimos, y como Dios se dignó exponerlo.

SERMO CCXIV En la tradición del Símbolo, III.

1. Por qué se instituyó el Símbolo de la fe. Según la medida de nuestra edad y de nuestros rudimentos, por el aprendizaje del oficio asumido y por el afecto de amor hacia ustedes, que ya ministramos en el altar al que están por acceder, no debemos privarlos del ministerio de la palabra. El Apóstol dice: «Porque si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación» (Rom. X, 9 y 10). Esto es lo que edifica en ustedes el Símbolo, que deben creer y confesar para poder ser salvos. Y las cosas que brevemente van a recibir, deben ser memorizadas y pronunciadas, no son nuevas ni inauditas para ustedes. Pues en las Sagradas Escrituras y en los sermones eclesiásticos suelen escucharlas de muchas maneras. Pero deben ser entregadas a ustedes de manera breve, ordenada y concisa; para que su fe se edifique, su confesión se prepare y su memoria no se sobrecargue. Estas son las cosas que retendrán fielmente y recitarán de memoria. (Después de esta introducción, se debe pronunciar todo el Símbolo, sin ninguna discusión interpuesta:

Creo en Dios Padre todopoderoso, y lo demás que sigue en él. Saben que este Símbolo no suele escribirse: dicho esto, se debe añadir esta discusión).

2. Es necesario creer en Dios todopoderoso, creador de todo. Lo que han escuchado brevemente, no solo deben creerlo, sino también memorizarlo y pronunciarlo con las mismas palabras. Pero como deben protegerse contra los que piensan de manera diferente y están cautivos del diablo, que acechan la fe, oponiéndose a la salvación; recuerden creer en Dios todopoderoso de tal manera que no haya ninguna naturaleza que Él no haya creado. Y por eso castiga el pecado, que Él no hizo; porque contamina la naturaleza que Él creó. Todas las criaturas visibles e invisibles, o cualquier cosa que con mente racional pueda participar de la verdad inmutable, como el ángel y el hombre; todo lo que vive y siente, aunque carezca de intelecto, como todos los animales, en la tierra, en las aguas, en el aire, caminantes, reptiles, nadadores, voladores; todo lo que sin intelecto, sin ningún sentido, de alguna manera se dice que vive, como las cosas que están arraigadas en la tierra y brotan y crecen hacia el aire; todo lo que ocupa un lugar solo por su corpulencia, como la piedra, y los elementos de la masa mundana que se ven o incluso se tocan: todo esto lo hizo el todopoderoso, uniendo lo bajo con lo alto y disponiendo todo lo que creó en lugares y tiempos adecuados. Lo hizo no de alguna materia que Él no hizo. No formó de algo ajeno, sino que Él mismo instituyó lo que formaría. Porque quien dice que no pudo hacer algo de la nada, ¿cómo cree que el todopoderoso lo hizo? Sin duda, niega al todopoderoso quien dice que Dios no podría haber hecho el mundo si no tuviera de qué hacerlo. Pues, ¿qué omnipotencia hay donde hay tanta necesidad que, como un artesano, no podría alcanzar el efecto de su obra sin la ayuda de una materia que Él no instituyó? Por lo tanto, quien cree en Dios todopoderoso debe purgar su mente de estas opiniones y errores. La materia informe de las cosas, capaz de formas y sujeta a la obra del Creador, es convertible en todo lo que el Creador ha querido hacer. Dios no la encontró como coeterna a Él, de la cual fabricaría el mundo: sino que la instituyó Él mismo de la nada, junto con las cosas que hizo de ella. No existió antes de las cosas mismas que parecen hechas de ella: y por lo tanto, el todopoderoso hizo todo de la nada al principio, junto con lo que hizo de lo que hizo. La materia del cielo y la tierra, como estas fueron creadas en el principio, fue creada junto con ellas: no había de qué hacer lo que Dios hizo en el principio: y sin embargo, fueron hechas las cosas que el todopoderoso hizo, que compuso, llenó y adornó. Pues si lo que hizo en el principio, lo hizo de la nada; también de lo que hizo puede hacer lo que quiera, porque es todopoderoso.

3. El todopoderoso no es superado por los inicuos que hacen muchas cosas contra su voluntad. No crean los inicuos que Dios no es todopoderoso porque hacen muchas cosas contra su voluntad. Porque incluso cuando hacen lo que Él no quiere, Él hace de ellos lo que Él quiere. De ninguna manera, por lo tanto, cambian o superan la voluntad del todopoderoso: ya sea que el hombre sea justamente condenado o misericordiosamente liberado, se cumple la voluntad del todopoderoso. Lo que el todopoderoso no quiere, eso solo no puede. Usa, pues, a los malos, no según su voluntad perversa, sino según su voluntad recta. Pues así como los malos usan mal su naturaleza buena, es decir, la buena obra de Él; así Él, siendo bueno, usa bien las malas obras de ellos, para que la voluntad del todopoderoso no sea vencida en ninguna parte. Pues si no tuviera algo bueno que hacer justamente y bien de los malos, de ninguna manera permitiría que nacieran o vivieran; a quienes Él no hizo malos, porque hizo hombres: porque no creó los pecados que son contra la naturaleza, sino las mismas naturalezas. Sin embargo, no pudo ignorar que serían malos, siendo presciente: pero así como sabía qué males harían ellos; también sabía qué bienes haría Él de ellos. ¿Quién puede explicar con palabras, quién puede igualar con alabanzas, cuánto bien nos ha conferido la pasión del Salvador, cuya sangre fue derramada para la remisión de los pecados? y sin

embargo, este gran bien se cumplió por la malicia del diablo, por la malicia de los judíos, por la malicia de Judas el traidor. No se les atribuye justamente el bien que Dios, no ellos, confirió a los hombres a través de ellos: pero se les retribuye justamente el castigo, porque quisieron hacer daño. Así como pudimos encontrar algo que nos hiciera evidente cómo Dios usó bien las malas obras de los judíos y de Judas el traidor para nuestra redención y salvación: así, en toda la creación, en los senos ocultos y escondidos, que ni la vista ni la mente penetran, sabe cómo Dios usa bien a los malos, para que en todo lo que nace y se administra en el mundo, se cumpla la voluntad del todopoderoso.

4. El todopoderoso solo no puede lo que no quiere. Pero como dije que el todopoderoso solo no puede lo que no quiere: para que nadie piense que dije temerariamente que el todopoderoso no puede algo; esto también lo dijo el bienaventurado Apóstol. Si no creemos, Él que permanece fiel, no puede negarse a sí mismo (II Tim. II, 13). Pero porque no quiere, no puede; porque tampoco puede querer. Pues la justicia no puede querer hacer lo que es injusto, ni la sabiduría querer lo que es necio, ni la verdad querer lo que es falso. Por lo cual se nos advierte que Dios todopoderoso, no solo lo que dice el Apóstol, no puede negarse a sí mismo, sino que no puede muchas cosas. He aquí que yo digo, y me atrevo a decirlo con su verdad, lo que no me atrevo a negar: Dios todopoderoso no puede morir, no puede cambiar, no puede engañarse, no puede ser miserable, no puede ser vencido. Que el todopoderoso pueda estas cosas y otras semejantes, está lejos de ser posible. Y por lo tanto, no solo la verdad muestra que es todopoderoso porque no puede estas cosas; sino que también la verdad obliga a que no sea todopoderoso quien pueda estas cosas. Pues Dios es lo que quiere ser; por lo tanto, es eterno, inmutable, veraz, bienaventurado e insuperable queriendo ser. Si, por lo tanto, puede ser lo que no quiere, no es todopoderoso: pero es todopoderoso; por lo tanto, puede lo que quiere. Y por eso lo que no quiere, no puede ser; quien por eso se dice todopoderoso, porque puede lo que quiere. De quien también el Salmo dice: En el cielo y en la tierra ha hecho todo lo que quiso (Sal. CXXXIV, 6).

5. Cristo, Hijo único de Dios. Dios todopoderoso, que hizo todo lo que quiso, engendró al único Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas: pero esto no de la nada, sino de sí mismo: por eso no lo hizo, sino que lo engendró. En el principio hizo el cielo y la tierra (Gen. I, 1): pero no hizo en el principio al Verbo; porque, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Este es Dios de Dios: pero el Padre es Dios, no de Dios. Este es el Hijo único de Dios; porque de la sustancia del Padre, no hay otro hijo coeterno, igual al Padre. El Verbo es Dios: no como el verbo, cuyo sonido puede ser pensado en el corazón y pronunciado con la boca; sino, como se ha dicho, que no puede decirse de manera más breve y mejor. Dios era el Verbo. Permaneciendo inmutablemente con el Padre, e inmutable también él mismo con el Padre: de quien dice el Apóstol, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Ser igual al Padre, por naturaleza le es, no por usurpación. Así creemos en Jesucristo, Hijo único de Dios Padre, nuestro Señor.

6. Nacimiento de Cristo del Espíritu Santo de la Virgen. Pero porque aquel que en forma de Dios no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, por quien fuimos creados, para buscar y salvar lo que se había perdido, se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre (Filip. II, 6, 7): así creemos en él que nació del Espíritu Santo y de la virgen María. Ambas natividades tuyas son maravillosas, tanto la de la divinidad como la de la humanidad. Aquella es del Padre sin madre, esta de madre sin padre: aquella es sin tiempo, esta en tiempo aceptable: aquella eterna, esta oportuna: aquella sin cuerpo en el seno del Padre, esta con cuerpo, en el cual no fue violada la virginidad de la madre: aquella sin sexo alguno, esta sin contacto viril alguno.

Por eso decimos nacido del Espíritu Santo y de María virgen, porque cuando la santa virgen preguntó al ángel, ¿Cómo será esto? él respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Luego añadió: Por eso el Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 34, 35). No dijo, El que nacerá de ti, será llamado hijo del Espíritu Santo. Pues asumido por el Verbo todo el hombre, es decir, alma racional y cuerpo; para que un solo Cristo, un solo Hijo de Dios no solo sea el Verbo, sino el Verbo y hombre, todo esto es Hijo de Dios Padre por el Verbo, e hijo del hombre por el hombre. Por lo que es Verbo, es igual al Padre: por lo que es hombre, el Padre es mayor. Y junto con el hombre es Hijo de Dios, pero por el Verbo, por quien fue asumido el hombre: y junto con el Verbo es hijo del hombre, pero por el hombre, que fue asumido por el Verbo. Por su santa concepción en el vientre de la virgen, no hecha por la concupiscencia ardiente de la carne, sino por el fervor de la caridad de la fe, por eso se dice nacido del Espíritu Santo y de la virgen María: para que uno de ellos pertenezca, no al que engendra, sino al que santifica, y el otro a la que concibe y da a luz. Por eso, dice, el Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios. Porque Santo, por eso del Espíritu Santo; porque nacerá de ti, por eso de la virgen María; porque Hijo de Dios, por eso el Verbo se hizo carne (Juan I, 14).

7. Cristo, Hijo de Dios, crucificado, muerto y sepultado. Era necesario que en el hombre asumido, no solo el invisible fuera visto, y el coeterno al Padre naciera temporalmente; sino también que el intocable fuera retenido, el insuperable colgado en el madero, el inviolable clavado, y la vida y el inmortal muriera en la cruz, fuera sepultado en el sepulcro: todo esto el Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo. Por lo cual es consecuente que al mismo Hijo único de Dios nuestro Señor Jesucristo, no solo nacido hombre de hombre, sino también hasta la muerte y sepultura padecido humanamente, lo creamos con el corazón para justicia, y lo confesemos con la boca para salvación. Pues siendo todo el Hijo único de Dios nuestro Señor Jesucristo Verbo y hombre, y para expresarlo más claramente, Verbo, alma y carne; se refiere a todo lo que en el alma sola estuvo triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38); porque fue el Hijo único de Dios Jesucristo: se refiere a todo lo que en el hombre solo fue crucificado, porque el Hijo único de Dios Jesucristo fue crucificado: se refiere a todo lo que en la carne sola fue sepultado. Desde que comenzamos a decir que creemos en Jesucristo su Hijo único nuestro Señor, desde entonces cualquier otra cosa que digamos de él, no se entiende sino Jesucristo Hijo único de Dios nuestro Señor. Y no se asombren: pues así decimos que el Hijo único de Dios Jesucristo nuestro Señor fue sepultado, cuando solo su carne fue sepultada; como, por ejemplo, decimos que el apóstol Pedro hoy yace en el sepulcro, cuando también decimos con toda verdad que él se regocija en el descanso con Cristo. Decimos al mismo apóstol: no hay dos apóstoles Pedro, sino uno. Por lo tanto, decimos al mismo, que en el cuerpo solo yace en el sepulcro, y en el espíritu solo se regocija con Cristo. Se añade, bajo Poncio Pilato, ya sea para que se recoja la verdad del tiempo, o para que se recomiende más la humildad de Cristo, que bajo un juez humano sufrió tanto, quien es el juez de vivos y muertos con tanto poder que vendrá.

8. Resurrección y ascensión de Cristo. Sentado a la derecha del Padre. Al tercer día resucitó en carne verdadera, pero ya no más mortal. Esto lo probaron sus discípulos con sus ojos y manos; ni tanta bondad engañaría su fe, ni la verdad los engañaría. Pero por brevedad se añade rápidamente que ascendió al cielo. Pues estuvo cuarenta días con sus discípulos; para que tan gran milagro de su resurrección, si se les quitara de la vista rápidamente, no se considerara una burla. Donde ahora está sentado a la derecha del Padre: lo cual debemos contemplar prudentemente con los ojos de la fe; para que no pensemos que está fijado inmóvil en algún asiento, de modo que no le sea lícito estar de pie o caminar. Pues no porque el santo Esteban dijo que lo vio de pie (Hech. VII, 55), por eso o él vio falsamente, o perturbó

las palabras de este Símbolo. Lejos esté pensar esto, lejos esté decir esto. Pero su morada en la excelsa e inefable bienaventuranza fue significada así, para que se dijera que allí está sentado. Por lo cual también se llaman sedes a las moradas; como cuando preguntamos dónde está alguien, y se responde, En sus sedes. Y de los siervos de Dios se dice especialmente y muy a menudo, Tantos años estuvo en tal o tal monasterio; esto es, descansó, permaneció, habitó. Ni la Sagrada Escritura ignora este tipo de locución. Pues aquel Semei, ordenado por el rey Salomón a habitar en la ciudad de Jerusalén, con la amenaza añadida de que, si alguna vez se atrevía a salir de allí, pagaría las penas debidas, se dice que estuvo allí tres años (ἐκάθισε) (III Reg. II, 38, según LXX), lo cual se entiende que habitó. Pero la misma derecha del Padre no se dice según la disposición del cuerpo humano, como si el Hijo estuviera a su izquierda, si se coloca al Hijo a la derecha según estos sitios y hábitos corporales. Sino que se dice a la derecha de Dios, la altura del honor y la felicidad inenarrable. Como se lee dicho de la sabiduría: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abraza (Cant. II, 6). Pues si la comodidad terrena yace debajo, entonces la felicidad eterna abraza desde arriba.

9. Cristo vendrá como juez en forma visible. Desde la sublime morada de los cielos, donde ahora está también su cuerpo ya inmortal, nuestro Señor Jesucristo vendrá a juzgar a vivos y muertos, según el testimonio angelical más evidente, que está escrito en los Hechos de los Apóstoles. Pues los discípulos, mirando al Señor ascender al cielo, y siguiéndolo con la vista, oyeron a los ángeles decir: Varones galileos, ¿por qué están aquí parados? Este Jesús, que ha sido recibido de ustedes, vendrá así como lo vieron ir al cielo (Hech. I, 11). Se reprimió la presunción humana que contiene muchas y diversas cosas. En esa forma juzgará Cristo, en la que fue juzgado. Pues así lo vieron los Apóstoles ascender al cielo, cuando oyeron que así vendría. Esa forma será visible para vivos y muertos, buenos y malos: ya sea que entendamos que los buenos son llamados vivos, y los malos muertos; o que tomemos por vivos a aquellos que su venida encontrará sin haber terminado esta vida, y por muertos a aquellos que su presencia resucitará, como él mismo habla en el Evangelio diciendo, Vendrá la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y saldrán los que hicieron el bien, a resurrección de vida; los que hicieron el mal, a resurrección de juicio (Juan V, 28 y 29). Y aquellos verán en forma de hombre en quien creyeron, y aquellos a quien despreciaron. Pero la forma de Dios, en la que es igual al Padre, los impíos no la verán. Pues será quitado el impío, como dice el profeta, para que no vea la gloria del Señor (Isa. XXVI, 10, según LXX). Y, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Estas cosas sobre Jesucristo Hijo único de Dios nuestro Señor sean dichas suficientemente.

10. El Espíritu Santo procede del Padre como Dios. Misterio de la Trinidad. Creemos en el Espíritu Santo, que procede del Padre (Juan XV, 26), pero no es el Hijo: permanece sobre el Hijo (Id. I, 32), pero no es el Padre del Hijo: recibe del Hijo (Id. XVI, 14), pero no es el Hijo del Hijo: sino el Espíritu del Padre y del Hijo; el Espíritu Santo y Él mismo Dios. No tendría tal templo si no fuera Dios, de donde dice el Apóstol: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios?" (I Cor. VI, 19). No es templo de una criatura, sino del Creador. Lejos de nosotros esté ser templo de una criatura: pues dice el Apóstol: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo" (I Cor. III, 17). En esta Trinidad no hay uno mayor o menor que otro, ninguna separación de obras, ninguna disimilitud de sustancia. Un solo Dios Padre, un solo Dios Hijo, un solo Dios Espíritu Santo. Sin embargo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres dioses, sino un solo Dios. De modo que no es el Padre quien es el Hijo, ni el Hijo quien es el Padre, ni el Espíritu Santo es el Padre o el Hijo: sino el Padre es el Padre del Hijo, y el Hijo es el Hijo del Padre, y el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo: y cada uno es Dios, y la misma Trinidad es un solo Dios. Que esta fe impregne vuestros corazones y dirija vuestra confesión.

Escuchando esto, creed para que entendáis; para que lo que creéis, podáis entenderlo progresando.

11. La santa Iglesia católica, columna y fundamento de la verdad. Remisión de los pecados. Honrad, amad, predicad también a la santa Iglesia, vuestra madre, como la Jerusalén celestial, la santa ciudad de Dios. Ella es la que en esta fe, que habéis escuchado, fructifica y crece en todo el mundo (Colos. I, 6). Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15): que tolera en la comunión de los Sacramentos a los malos que al final serán separados, de quienes mientras tanto se aparta por la disparidad de costumbres. Esta, por sus granos de trigo que ahora gimen entre la paja, cuya masa debida será declarada en la última ventilación, recibió las llaves del reino de los cielos; para que en ella, por la sangre de Cristo, operando el Espíritu Santo, se realice la remisión de los pecados. En esta Iglesia revivirá el alma que había muerto por los pecados, para que viva con Cristo, por cuya gracia hemos sido salvados.

12. Resurrección de la carne. Conclusión. Pero tampoco debemos dudar de esta carne mortal, que resucitará al final de los tiempos. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción: se siembra en deshonra, resucitará en gloria: se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 53, 42, 43). Esta es la fe cristiana, esta es la fe católica, esta es la fe apostólica. Creed a Cristo cuando dice: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Luc. XXI, 18): y, desechada la incredulidad, pensad más bien en cuánto valéis. Pues, ¿qué de nosotros puede ser despreciado por nuestro Redentor, si ni un cabello puede ser despreciado? ¿O cómo dudaremos de que dará vida eterna a nuestra alma y a nuestra carne, quien por nosotros tomó alma y carne, y las entregó para morir, y las recibió para que no se temiera la muerte? Todo lo que se transmite en el Símbolo, según nuestra capacidad, hermanos míos, lo he expuesto a vuestra Caridad. Se llama Símbolo porque contiene la fe de nuestra sociedad, y por su confesión, como por una señal dada, se reconoce al cristiano fiel. Amén.

SERMO CCXV. En la Entrega del Símbolo.

1. El Símbolo de la fe debe ser siempre meditado. El Símbolo del sagrado martirio, que habéis recibido juntos y que cada uno ha entregado hoy, son palabras en las que la fe de la madre Iglesia, sobre el fundamento estable que es Cristo el Señor, se consolida y fortalece. Pues nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11). Habéis recibido, pues, y entregado lo que debéis retener siempre en mente y corazón, lo que debéis decir en vuestros lechos, lo que debéis meditar en las plazas, y lo que no debéis olvidar entre los alimentos; en lo que, aun durmiendo en el cuerpo, debéis vigilar con el corazón. Renunciando al diablo, a sus pompas y a sus ángeles, apartando la mente y el alma, es necesario olvidar lo pasado, y despreciando la vejez de la vida anterior, renovar también la vida misma con costumbres santas con el hombre nuevo; y, como dice el Apóstol, olvidando lo que queda atrás, y extendiéndonos hacia lo que está delante, seguir hacia la meta de la vocación celestial de Dios (Filip. II, 13); y creer lo que aún no ves, para que merecidamente puedas llegar a lo que has creído. Pues, ¿qué espera uno de lo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24 y 25).

2. Qué creer sobre Dios. Esta fe es, por tanto, la regla de salvación, creer en Dios Padre todopoderoso, creador de todos, rey de los siglos, inmortal e invisible. Él es, en efecto, Dios todopoderoso, quien en el principio del mundo hizo todo de la nada, quien es antes de los siglos, quien hizo y gobierna los siglos. No se aumenta con el tiempo, ni se extiende en el

espacio, ni se encierra o limita en alguna materia: sino que permanece en sí mismo y con sí mismo en una eternidad plena y perfecta, que ni la mente humana puede comprender, ni la lengua narrar. Pues si el don que promete a sus santos, ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9); ¿cómo puede la mente concebir, o el corazón pensar, o la lengua narrar al mismo que lo promete?

3. Sobre Cristo. Su nacimiento eterno y temporal, ambos inenarrables. En la carne nació sin dañar la virginidad de su madre. Creemos también en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios de verdadero Dios, Hijo de Dios Padre, Dios: pero no dos dioses. Pues Él y el Padre son uno (Juan X, 30): y por Moisés insinúa al pueblo diciendo: "Escucha, Israel, los mandamientos de vida; el Señor tu Dios, Dios es uno" (Deut. VI, 4). Si deseas pensar cómo el Hijo eterno nació del Padre eterno sin tiempo; te reprende el profeta Isaías, quien dice: "¿Quién narrará su generación?" (Isaías LIII, 8). Por tanto, no podrás pensar ni narrar el nacimiento de Dios de Dios: solo se te permite creer, para que puedas ser salvo; como dice el Apóstol: "Es necesario que quien se acerca a Dios crea que Él existe, y que es remunerador de los que lo buscan" (Hebr. XI, 6). Si deseas conocer su nacimiento según la carne, que por nuestra salvación se dignó recibir; escucha y cree que nació del Espíritu Santo de la virgen María. Aunque, ¿quién narrará también este nacimiento suyo? Pues, ¿quién puede dignamente estimar que Dios quiso nacer por los hombres, que una virgen concibió sin semilla viril, que dio a luz sin corrupción, y que después del parto permaneció íntegra? Nuestro Señor Jesucristo se dignó entrar en el seno de la virgen, llenó inmaculado los miembros de la mujer, fecundó a la madre sin corrupción, salió formado por sí mismo, y conservó intactas las entrañas de la madre; para que a aquella de quien se dignó nacer, la colmara con el honor de madre y la santidad de virgen. ¿Quién piensa esto? ¿Quién lo narra? Por tanto, ¿quién narrará también este nacimiento suyo? Pues, ¿qué mente es suficiente para pensar, qué lengua para enunciar, no solo que en el principio era el Verbo, sin tener ningún principio de nacimiento; sino también que el Verbo se hizo carne (Juan I, 1, 14), eligiendo a la virgen que se haría su madre, haciendo madre a quien conservaría virgen; Hijo de Dios sin madre concibiendo, hijo de hombre sin hombre sembrando; trayendo fecundidad a la mujer al venir, no quitando integridad al nacer? ¿Qué es esto? ¿Quién lo dice? ¿Quién calla? Y es maravilloso decirlo: lo que no podemos expresar, no se nos permite callar; proclamamos sonando lo que no comprendemos pensando. Tan grande es el don de Dios que no podemos expresarlo, porque somos pequeños para narrar su grandeza; y sin embargo, nos vemos compelidos a alabarlo, para no permanecer ingratos callando. Pero gracias a Dios, porque lo que no puede decirse adecuadamente, puede creerse fielmente.

4. María concibió creyendo sin varón. Cristo nació en la carne por nuestra gracia. Creemos, pues, en Jesucristo nuestro Señor, nacido del Espíritu Santo de la virgen María. Pues también la bienaventurada María, a quien creyendo dio a luz, creyendo concibió. Pues cuando, prometido su hijo, preguntó cómo sería, ya que no conocía varón; ciertamente solo conocía el modo de concebir y dar a luz que la naturaleza frecuentando le había enseñado, aunque ella no lo había experimentado, que es que el hombre nace de varón y mujer: recibió respuesta del Ángel: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios". Cuando el Ángel dijo esto, ella llena de fe, concibiendo a Cristo primero en su mente que en su vientre, dijo: "He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Luc. I, 34-38). Hágase, dijo, sin semilla viril concebido en la virgen; nazca del Espíritu Santo y de una mujer íntegra, en quien renazca del Espíritu Santo la Iglesia íntegra. El Santo que nacerá de madre humana sin padre humano, sea llamado Hijo de Dios; porque quien nació de Dios Padre sin madre alguna, era necesario que se hiciera hijo de hombre de manera maravillosa; nacido en esa carne, para que

saliera pequeño por entrañas cerradas, en la que resucitado entrara grande por puertas cerradas. Estas cosas son maravillosas, porque son divinas; inefables, porque son inescrutables: no basta la boca del hombre para explicarlas, porque tampoco el corazón del hombre para investigarlas. María creyó, y en ella se hizo lo que creyó. Creámoslo también nosotros, para que pueda beneficiarnos lo que se hizo. Aunque este nacimiento también es maravilloso: sin embargo, piensa, oh hombre, qué asumió por ti tu Dios, el Creador por la criatura; para que Dios permaneciendo en Dios, viviendo eterno con el eterno, el Hijo igual al Padre, por los culpables y por los siervos pecadores no desdeñara asumir la forma de siervo. Pues esto no se otorgó por méritos humanos. Pues por nuestras iniquidades más bien merecíamos castigos: pero si hubiera observado las iniquidades, ¿quién habría resistido? Por los impíos, pues, y por los siervos pecadores, el Señor se hizo hombre, dignándose nacer del Espíritu Santo y de la virgen María.

5. Murió por nosotros. La cruz no debe avergonzarnos. Quizás esto parezca poco, que por los hombres Dios, por los justos pecadores, por los inocentes culpables, por los cautivos rey, por los siervos Señor, revestido de carne humana vino, fue visto en la tierra y convivió con los hombres: además fue crucificado, muerto y sepultado. ¿No lo crees? Quizás dices: ¿Cuándo sucedió esto? Escucha en qué tiempo: bajo Poncio Pilato. Se te ha dado también el nombre del juez, para que no dudes ni del tiempo. Cree, pues, que el Hijo de Dios fue crucificado bajo Poncio Pilato y sepultado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). ¿Crees que nadie? Absolutamente nadie. Es verdad, Cristo lo dijo. Preguntemos al Apóstol, que también nos responda. Cristo, dice, murió por los impíos. Y dice de nuevo: Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo. He aquí, pues, que en Cristo encontramos un amor mayor, porque entregó su vida no por amigos, sino por sus enemigos. Cuán grande, pues, es el amor de Dios hacia los hombres y qué afecto, amar así incluso a los pecadores, que por amor a ellos muriera. Pues Dios muestra su amor hacia nosotros, son palabras del Apóstol; porque cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom. V, 6, 10, 8). Cree, pues, esto también tú, y por tu salvación no te avergüences de confesarlo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Id. X, 10). Finalmente, para que no dudes, para que no te avergüences, cuando primero creíste, recibiste la señal de Cristo en la frente como en la casa del pudor. Recuerda tu frente, para que no temas la lengua ajena. Porque quien, dice el mismo Señor, se avergonzare de mí delante de los hombres, el Hijo del hombre se avergonzará de él delante de los ángeles de Dios (Marc. VIII, 38). No te avergüences, pues, de la ignominia de la cruz, que por ti Dios mismo no dudó en recibir; y di con el Apóstol: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Galat. VI, 14). Y te responde el mismo apóstol: No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II, 2). Aquel que fue entonces crucificado por un pueblo, ahora está fijado en los corazones de todos los pueblos.

6. Fe en la resurrección de Cristo. Esta fe distingue a los cristianos. Pero tú, quienquiera que seas que desees gloriarte más de la potencia que de la humildad, recibe consuelo, ten exultación. Pues quien fue crucificado bajo Poncio Pilato y sepultado, al tercer día resucitó de entre los muertos. ¿Acaso también aquí dudas, acaso tiemblas? Cuando se te dijo, Cree que nació, cree que padeció, fue crucificado, muerto y sepultado; como de un hombre creíste más fácilmente: ahora que se dice, Al tercer día resucitó de entre los muertos, ¿dudas, oh hombre? Para poner un ejemplo de muchos; atiende a Dios, piensa en el omnipotente, y no dudes. Pues si pudo hacerte a ti, cuando no existías, de la nada; ¿por qué no pudo levantar de entre los muertos a su hombre, que ya había hecho? Creed, pues, hermanos: donde se trata de fe, no es necesario usar un largo discurso. Esta es la única fe que distingue y separa a los cristianos de

todos los hombres. Pues porque murió y fue sepultado, ahora lo creen los paganos, y los judíos lo vieron entonces: pero que al tercer día resucitó de entre los muertos, ni el pagano ni el judío lo admiten. Distingue, pues, de los muertos infieles la vida de nuestra fe, la resurrección de los muertos. Pues también el apóstol Pablo al escribir a Timoteo: Recuerda, dice, a Jesucristo resucitado de entre los muertos (II Tim. II, 8). Creámoslo, pues, hermanos, y lo que creemos que se hizo en Cristo, esperemos que suceda en nosotros. Pues Dios que lo promete, no engaña.

7. La sesión de Cristo a la derecha del Padre. Después de que resucitó de entre los muertos, ascendió a los cielos, está sentado a la derecha de Dios Padre. Quizás aún no lo crees. Escucha al Apóstol: El que descendió, dice, es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas (Ephes. IV, 10). Mira no sea que a quien no quieres creer resucitado, lo sientas vindicando. Pues quien no creyere, ya ha sido juzgado (Juan III, 18). Pues quien ahora está sentado a la derecha del Padre como abogado por nosotros, de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Creámoslo, pues; para que, ya sea que vivamos, ya sea que muramos, seamos del Señor (Rom. XIV, 8).

8. Sobre el Espíritu Santo, la remisión de los pecados, etc. Creemos también en el Espíritu Santo. Pues es Dios; porque está escrito, Dios es Espíritu (Juan IV, 24). Por Él recibimos la remisión de los pecados; por Él creemos en la resurrección de la carne; por Él esperamos la vida eterna. Pero ved que no sufráis error al numerar, y penséis que he dicho tres dioses, porque he nombrado un solo Dios tres veces. Una es en la Trinidad la sustancia de la deidad, una virtud, una potestad, una majestad, un nombre de divinidad; como el mismo Cristo dijo a sus discípulos, cuando resucitó de entre los muertos: Id, bautizad a las naciones, no en muchos nombres, sino en un solo nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Matth. XXVIII, 19). Creyendo, pues, en la divina Trinidad, y en la unidad trina, tened cuidado, amadísimos, de que nadie os seduzca de la fe y unidad de la Iglesia católica. "Pues si alguien os evangeliza de manera diferente a lo que habéis recibido, sea anatema." Escuchad al Apóstol, no a mí, quien dice: "Pero si nosotros, o un ángel del cielo os evangeliza de manera diferente a lo que habéis recibido, sea anatema" (Galat. I, 9, 8).

9. Vivir en la iglesia católica. Ved ciertamente, carísimos, incluso en las mismas palabras del santo Símbolo, cómo a la conclusión de todas las reglas, que pertenecen al sacramento de la fe, se ha añadido como un suplemento, para que se dijera, Por la santa Iglesia. Huid, pues, cuanto podáis, de los diversos y variados engañadores, cuyas sectas y nombres por su multitud, ahora es largo de narrar. Pues tenemos muchas cosas que deciros; pero no podéis llevarlas ahora. Recomendando a vuestras oraciones una cosa, que de quien no es católico, apartéis de todos modos vuestra mente y oído: para que podáis alcanzar la remisión de los pecados y la resurrección de la carne y la vida eterna, por la única verdadera y santa Iglesia católica; en la que se aprende que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios; a quien es honor y gloria por los siglos de los siglos.

SERMO CCXVI. A los catecúmenos

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qui son los competentes. Los rudimentos de nuestro ministerio y el concepto que ustedes tienen, al concebir la fe en el seno, deben ser ayudados con la palabra: para que nuestro discurso los aliente saludablemente y su concepción nos consuele útilmente. Nosotros los instruimos con palabras, ustedes progresen con buenas costumbres. Esparcimos la palabra del

verbo, devuelvan el fruto de la fe. Todos, según la vocación con la que fuimos llamados por el Señor, corramos en su camino y senda; que nadie mire hacia atrás. Pues la Verdad, que ni engaña ni puede ser engañada, claramente anuncia: Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos (Luc. IX, 62). Esto es lo que ustedes desean, a esto aspiran con todos los esfuerzos de su mente, como lo indica su nombre, que son llamados competentes. ¿Qué son los Competentes, sino los que piden juntos? Pues así como condocentes, concurrentes, considentes, no significa otra cosa que enseñar juntos, correr juntos, sentarse juntos; así también el vocablo Competentes no se compone de otra cosa que de pedir juntos y desear algo en común. ¿Y qué es eso único que piden o desean, sino lo que alguien, habiendo desechado los deseos carnales y superado los terrores del mundo, clama intrépido? Si un ejército acampa contra mí, no temerá mi corazón; si se levanta guerra contra mí, en esto confiaré. Y expresando qué es eso, añadió y dijo: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. Y explicando la bienaventuranza de esta región y morada, añade y expresa: Para contemplar la delicia del Señor y ser protegido en su templo (Sal. XXVI, 3, 4).

CAPÍTULO II.

2. Exhorta a renunciar al mundo. Ven, compañeros míos, ¿a qué delicia del Señor llegarán cuando rechacen la delicia del mundo? Si desprecian el mundo, tendrán un corazón puro y verán a quien hizo el mundo: y así como él venció, también ustedes, con su gracia, vencerán este mundo. Que ciertamente ya están a punto de superar y pisotear, si no confían en sus propias fuerzas, sino en la ayuda del misericordiosísimo Dios. No se desprecien, porque aún no ha aparecido lo que serán. Sepan, sin embargo, que cuando aparezca, serán semejantes a él, cuando aparezca lo que serán. Sepan, sin embargo, que lo verán, no como vino a nosotros en la plenitud del tiempo, sino como siempre permaneciendo nos creó (I Juan III, 2). Despójense del hombre viejo, para que se vistan del nuevo (Colos. III, 9, 10). El Señor inicia un pacto con ustedes. Han vivido para el mundo, se han entregado a la carne y la sangre, han llevado la imagen del hombre terrenal. Así como han llevado la imagen de aquel que es de la tierra, así también lleven la de aquel que es del cielo (Id. XV, 49). El discurso humano, porque el Verbo se hizo carne, para que así como presentaron sus cuerpos como armas de iniquidad al pecado, ahora presenten sus miembros como armas de justicia a Dios (Rom. VI, 19). En perjuicio contra ustedes, su adversario se armaba con sus dardos: para su salvación, contra él, a su vez, su protector se arme con sus miembros. Nada les dañará si no retiene sus miembros al quitárselos. Él los abandonará justamente si su voto y voluntad disienten de él.

CAPÍTULO III.

3. Piensen en comprar el reino de los cielos. No se sientan despreciables. Den frutos de buenas obras. He aquí que con la subasta y el comercio de la fe, se les propone el reino de los cielos en venta: examinen y reúnan las facultades de su conciencia, unan los tesoros de su corazón. Y sin embargo, compran gratis, si reconocen la gracia que se les ofrece. No gastan nada, y sin embargo, es grande lo que adquieren. No se consideren despreciables, a quienes el Creador de todos y su Creador estima tan valiosos, que diariamente derrama por ustedes la preciosísima sangre de su Unigénito. No serán despreciables si distinguen lo precioso de lo vil; si no sirven a la criatura, sino al Creador; si sus cosas inferiores no los dominan, para que sean purificados del gran y capital pecado (Sal. XVIII, 14); si la semilla de la palabra de Dios, que ahora también el celestial agricultor siembra en el campo de su corazón, no es pisoteada como en el camino de los indignos, o como entre las piedras de su durísima conciencia, ya germinando, es comprimida por la necedad, o entre las espinas de sus deseos es sofocada por perniciosas espinas. Si se apartan de la esterilidad de una tierra tan condenada

y condenable, ciertamente una tierra fructífera y muy fértil los acogerá, y con gran gozo devolverán al sembrador y regador su abundancia multiplicada al ciento por uno; o si acaso no pueden llegar a esto, pagarán el interés del fruto al sesenta por uno: y si ni siquiera a esto llegan, tampoco será ingrato su rendimiento al treinta por uno (Mat. XIII, 1-23); porque todos serán recibidos en los graneros celestiales, todos serán guardados en el descanso eterno. De todos los frutos se confeccionará aquel pan celestial, y todo trabajador que trabaje sin engaño en la viña del Señor será abundantemente y saludablemente saciado: mientras la gloria de tan gran sembrador, regador y dador del mismo crecimiento, se difunde con la predicación evangélica.

CAPÍTULO IV.

4. Convertidos a Dios, tiendan a la vida eterna. Acérquense a él con contrición de corazón: porque está cerca de todos los que han quebrantado su corazón, y él salvará a los humildes de espíritu (Sal. XXXIII, 19). Acérquense con diligencia, para que sean iluminados. Porque aún están en tinieblas, y las tinieblas están en ustedes. Pero serán luz en el Señor, quien ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Fortalézcanse contra el mundo, transfórmense para Dios. Que ya les canse la cautividad babilónica. He aquí que Jerusalén, aquella madre celestial, alegremente los invita en los caminos, y les suplica que quieran la vida, y amen ver días buenos, que nunca han tenido, ni jamás tendrán en este mundo. Porque allí sus días se desvanecían como humo: en los que aumentar era disminuir; y en los que crecer, era desvanecerse; y en los que ascender, era desaparecer. Ustedes que han vivido en pecado muchos años malos, deseen vivir para Dios: no muchos años que algún día terminarán, y que corren hacia la destrucción en la sombra de la muerte; sino buenos, y cercanos a la verdad de la vida vivaz; donde no se cansarán de hambre, ni de sed; porque su alimento será la fe, su bebida será la sabiduría. Ahora en la Iglesia bendicen al Señor en la fe: pero entonces serán abundantemente regados de las fuentes de Israel.

CAPÍTULO V.

5. Aquí lloren con deseo de vida eterna, y mortifiquen sus miembros. Pero en esta peregrinación, que sus lágrimas sean su pan día y noche; mientras les dicen diariamente, ¿Dónde está su Dios? (Sal. XLI, 4), no pueden mostrar a los carnales lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II, 9). Hasta que vengan y aparezcan ante los ojos de su Dios, no desfallezcan. Porque vendrá él mismo a cumplir lo prometido, quien se declaró deudor voluntariamente: quien no tomó prestado nada de nadie, y se dignó ser deudor por su promesa. Nosotros debíamos; y debíamos tanto como habíamos pecado. Él vino sin deuda, porque sin pecado alguno; nos encontró oprimidos por un usurero dañino y condenable, y pagando lo que no había robado, nos liberó misericordiosamente de la deuda eterna. Nosotros habíamos cometido la culpa, esperábamos el castigo; él, no hecho partícipe de nuestra culpa, pero hecho partícipe del castigo, quiso ser a la vez donador de la culpa y del castigo. Él es quien librará las almas de los creyentes de la usura y la iniquidad (Sal. LXXI, 14), y de corazón en cada uno diciendo: Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13). Esta tierra, no terrena ni muerta, sino de un modo celestial y vivo, debe ser deseada con el corazón. Pues es a la que en otro salmo, alguien ardiente de amor por ella y cantando alegremente, dice. Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). A la que tienden aquellos que vitalmente mortifican sus miembros sobre la tierra: no los miembros con los que se compone el cuerpo de este mundo, sino aquellos miembros con los que la virilidad del alma se debilita miserablemente. Enumerándolos y designándolos claramente, el Apóstol Pablo, vaso de elección, dice: «Mortifiquen sus miembros que están sobre la tierra; fornicación, impureza, perturbación,

mala concupiscencia, y avaricia, que es idolatría» (Colos. III, 5). He aquí lo que deben mortificar en esta tierra de los moribundos, quienes desean vivir en aquella tierra de los vivientes. Así pues, háganse miembros de Cristo, para que no los tomen y hagan miembros de una prostituta. ¿Qué prostituta es más vil, qué más deshonrosa, que la misma que es la fornicación primera, y la avaricia última? A la que verdaderamente llamó idolatría; porque no solo en el lujo del cuerpo, sino también en el flujo del alma deben reconocer y evitar, para no incurrir en la perdición del amenazante y casto esposo y justo juez, a quien se dice: Has destruido a todos los que se apartan de ti por fornicación. Cuánto más justo, cuánto más útil, en la castidad del corazón hacia él, cada uno clamará: Para mí, adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 27 y 28). Esta adhesión la proporciona aquel amor, del que se dice igualmente: Amor sin simulación; aborreciendo el mal, adhiriéndose al bien (Rom. XII, 9).

CAPÍTULO VI.

6. Qué lucha se les ha impuesto. Exorcismo con el nombre de Cristo. Maldiciones al diablo. Expulsión del diablo. He aquí dónde está su estadio, he aquí dónde la lucha de los contendientes, he aquí dónde la carrera de los corredores, he aquí dónde el pugilato de los que golpean. Si quieren derribar al más pernicioso luchador con los brazos de la fe; derriben el mal, abracen el bien. Si quieren correr de tal manera que alcancen; huyan del iniquo, persigan al justo. Si quieren golpear de tal manera que no golpeen el aire, sino que hieran virilmente al enemigo; castiguen su cuerpo, y sométanlo a servidumbre, para que absteniéndose de todo y compitiendo legítimamente, triunfen como partícipes del premio celestial y de la corona incorruptible. Lo que hacemos en ustedes invocando el nombre de su Redentor, complétenlo con la búsqueda y contrición de su corazón. Nosotros resistimos a las astucias del enemigo inveterado con oraciones a Dios y reprensiones: ustedes persistan con votos y contrición de su corazón, para que sean liberados del poder de las tinieblas, y trasladados al reino de su claridad. Este es ahora su trabajo, y esta es su labor. Le dirigimos a él maldiciones dignas por sus maldades: ustedes más bien, con su aversión y piadosa renuncia, impónganle una gloriosísima lucha. Debe ser aplastado, atado, excluido, enemigo de Dios y de ustedes, y más bien de sí mismo. Pues su furia se muestra insolente contra Dios, nefaria contra ustedes, y perniciosa contra sí mismo. Que anhele por doquier matanzas, que ponga trampas, que afíle sus múltiples y engañosas lenguas: todos sus venenos, invocando el nombre del Salvador, viértanlos de sus corazones.

CAPÍTULO VII.

7. Cooperen con Cristo y la Iglesia para el renacimiento espiritual. Todo lo que introducía con sus más criminales sugerencias, todo lo que con sus más vergonzosas seducciones, ahora será vaciado, ahora será expuesto. Ahora será saqueada su cautividad, con la que los poseía tiránicamente. Se apartará de ustedes el yugo, con el que los oprimía brutalmente, y se impondrá sobre su cuello: solo ofrezcan su consentimiento a su Redentor para su liberación. Esperen en él, todo el consejo del nuevo pueblo, y pueblo que naces, que hizo el Señor, esfuérzate para que nazcas saludablemente, no para que abortes fatalmente. He aquí el útero de la madre Iglesia, he aquí que para darte a luz, y sacarte a la luz de la fe, gime en su dolor. No sacudan con su impaciencia las entrañas maternas, ni estrechen las puertas de su parto. Pueblo que eres creado, alaba a tu Dios: alaba, que eres creado, alaba a tu Señor. Porque eres amamantado, alaba: porque eres alimentado, alaba: porque eres nutrido, progresa en sabiduría y edad. Él también permitió estas demoras del parto temporal, quien ni se agota por la brevedad del tiempo, ni progresa por ninguna longitud de tiempo, sino que desde los días eternos excluyó todas las angustias y el tiempo. No se hagan aquí, como el benigno nutridor amonesta al niño, niños en mente, sino que en malicia sean niños, en mente sean perfectos (I

Cor. XIV, 20). Como Competentes, crezcan competentemente en Cristo, para que crezcan juvenilmente en un hombre perfecto. Alégrense, como está escrito, con el progreso de su sabiduría, su padre, y no entristezcan a su madre con su defecto (Prov. X, 1, y XV, 20).

CAPÍTULO VIII.

8. La gracia de la nueva regeneración. Amen lo que serán. Porque serán hijos de Dios, e hijos de adopción. Esto se les dará gratis, y se les conferirá gratis. En lo que más abundantemente abundarán, cuanto más agradecidos sean a aquel de quien lo han recibido. Aspiren a él, quien sabe quiénes son suyos. Entonces no se desdeñará de conocerlos entre aquellos que son suyos, si al nombrar el nombre del Señor, se apartan de la injusticia (II Tim. II, 19). Tienen, o han tenido en el mundo, padres de su carne, que los engendraron para el trabajo y para el castigo y la muerte: pero porque con una orfandad más feliz puede cada uno de ustedes decir de tales, Mi padre y mi madre me abandonaron (Sal. XXVI, 10); reconoce, cristiano, a aquel Padre, quien al ser abandonado por ellos te acogió desde el vientre de tu madre, a quien un fiel dice fielmente, Desde el vientre de mi madre tú eres mi protector (Sal. XXI, 11). Dios es Padre, la Iglesia es madre. Serán engendrados por ellos de manera muy diferente a como fueron engendrados por aquellos. Estos partos no serán recibidos por el trabajo, la miseria, el llanto, la muerte; sino por la facilidad, la felicidad, el gozo y la vida. Por aquellos, el nacimiento es lamentable; por estos, el nacimiento es deseable. Aquellos nos engendran para el castigo eterno, debido a la culpa antigua: estos al regenerarnos, no dejan ni el castigo ni la culpa. Esta es la regeneración de los que lo buscan, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob (Sal. XXIII, 6). Busquen humildemente: cuando lo encuentren, llegarán a una altura segura. Su infancia será inocencia, su niñez reverencia, su adolescencia paciencia, su juventud virtud, su vejez mérito, su ancianidad no será otra cosa que un entendimiento sabio y canoso. A través de estos artículos o grados de edad, no evolucionarán, sino que permaneciendo se renovarán. Pues no sucederá la segunda para que caiga la primera, ni el nacimiento de la tercera será la muerte de la segunda, ni la cuarta nacerá para que la tercera muera; ni la quinta envidiará a la cuarta para que permanezca, ni la sexta enterrará a la quinta. Aunque estas edades no vengan juntas, sin embargo, en un alma piadosa y justificada, perseveran juntas y en concordia. Estas los llevarán a la séptima paz y descanso perenne. Sin embargo, seis veces, como leemos, liberado de las necesidades de la edad mortal, ya en la séptima no te tocarán los males (Job V, 19). Pues no lucharán los que no serán, ni prevalecerán los que ni siquiera se atreverán. Allí la inmortalidad segura, allí la seguridad inmortal.

CAPÍTULO IX.

9. Edades espirituales. ¿Y de dónde viene esto, sino de la mutación de la diestra del Altísimo, quien bendecirá a tus hijos en ti, quien pondrá tus límites en paz (Sal. CXLVII, 13, 14)? Despiértense, pues, a esto, concretos, discretos; concretos en el bien, discretos del mal: elegidos, amados, predestinados, llamados, justificados, glorificados: para que creciendo, rejuveneciendo, y envejeciendo en la fe y madurez de fuerzas, no en la corrupción de los miembros, en la vejez fecunda, tranquilos anuncien las obras del Señor, quien ha hecho grandes cosas por ustedes, quien es poderoso: porque su nombre es grande, y su sabiduría no tiene número. Busquen la vida, corran hacia él que es la fuente de la vida: y al disipar las tinieblas de sus deseos humeantes, verán la luz en la luz de su Unigénito y clementísimo Redentor, y fulgentísimo iluminador. Si buscan la salvación, esperen en él que salva a los que esperan en él (Sal. XVI, 7). Si buscan la embriaguez y las delicias, tampoco las negará. Solo vengan y adoren, postrados y lloren ante él que los hizo (Sal. XCIV, 6): y los embriagará con la abundancia de su casa, y los saciará con el torrente de sus delicias (Sal. XXXV, 9).

CAPÍTULO X.

10. Evitar la soberbia y aplicar la vigilancia. Pero cuidense, no sea que venga sobre ustedes el pie de la soberbia; y vigilen, no sea que las manos de los pecadores los muevan (Ibid., 12). Primero, para que no suceda, oren para que los limpie de sus ocultos: segundo, para que no irrumpa y los derribe, pidiendo que los libre de los extraños (Sal. XVIII, 13, 14); caídos, levántense, levantados, permanezcan, permaneciendo, asistan, asistiendo, persistan. No lleven más el yugo: más bien rompan sus cadenas, y desechen de ustedes su yugo (Sal. II, 3), para que no sean nuevamente retenidos por el yugo de la servidumbre. El Señor está cerca; no estén ansiosos por nada (Filip. IV, 5, 6). Coman ahora el pan del dolor: vendrá el tiempo, cuando después del pan de tristeza se les ministrará el pan de alegría. Pero el mérito de aquel es la tolerancia de este, tu aversión y huida mereció el pan de luto: conviértete, arrepíentete, y regresa a tu Señor. Él está preparado para dar el pan de gozo al compungido y al que regresa; si no disimulas ni difieres orar lamentablemente por tu huida. En tantas multitudes de molestias, vístanse de cilicio, y humillen su alma en ayuno. Se devuelve a la humildad lo que se negó a la soberbia. Y aunque cuando fueron examinados, y el persuasor de esa huida y abandono fue debidamente increpado en la tremenda omnipotencia de la Trinidad, no estaban vestidos de cilicio: sin embargo, sus pies mística y firmemente permanecieron en él.

CAPÍTULO XI.

11. Cuánta es la misericordia de Dios: cómo debemos refugiarnos en ella. Debemos pisotear los vicios y las pieles de las cabras: deben ser desgarradas las vestiduras de los cabritos siniestros. Con la primera túnica, el padre misericordioso os saldrá al encuentro, quien para alejar vuestra hambre pestilente no dudó en inmolar el becerro cebado (Luc. XV, 11-32). Con su carne os alimentaréis, con su sangre beberéis: por cuya efusión se perdonan los pecados, se condonan las deudas, se limpian las manchas. Comed como pobres, y entonces os saciaréis: para que también vosotros seáis de aquellos de quienes se dice: Comerán los pobres y se saciarán (Sal. XXI, 27): y saciados saludablemente, eructad su pan y su gloria. Corred hacia él y convertíos: él es quien convierte a los desviados, persigue a los fugitivos, encuentra a los perdidos, humilla a los soberbios, alimenta a los hambrientos, libera a los encadenados, ilumina a los ciegos, purifica a los impuros, recrea a los fatigados, resucita a los muertos, y arrebat a los poseídos y cautivos de los espíritus de maldad. De quienes ahora os hemos probado que estáis libres; os felicitamos y os advertimos que la salud que ha aparecido en vuestro cuerpo, se conserve en vuestros corazones.

SERMO CCXVII. Sobre la oración de Cristo, Padre, quiero que donde yo estoy, ellos también estén. Juan cap. XVII, 24. Pronunciado poco antes de Pascua.

1. Cristo ora, y da lo que ora. El Señor Cristo, que nos escucha con el Padre, se dignó orar al Padre por nosotros. ¿Qué hay más seguro para nuestra felicidad, cuando él ora por nosotros, quien da lo que ora? Pues Cristo es hombre y Dios: ora como hombre; da lo que ora, como Dios. Pero lo que debéis retener, es que todo lo asigna al Padre, porque el Padre no es de él, él es del Padre. Al manantial del que nació, todo lo da. Pero él mismo es manantial nacido. Él es, en efecto, el manantial de la vida. Por tanto, el Padre engendró al manantial. Engendró ciertamente al manantial el manantial; pero tanto el manantial que engendra como el manantial engendrado: así como el Dios que engendra y el Dios engendrado, es un solo Dios. El Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, el Espíritu Santo de ambos no es ni Padre ni

Hijo: pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. Edificaos en la unidad, para que no caigáis en la separación.

2. Un buen lugar, al que debemos migrar desde este mal lugar. Habéis oído por qué oraba por nosotros, más bien qué deseaba. Dijo: Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, ellos también estén. Quiero, dijo, que donde yo estoy, ellos también estén conmigo. ¡Oh casa bienaventurada! ¡Oh patria segura! No tiene enemigo, no tiene peste. Allí viviremos seguros, no buscaremos migrar, no encontraremos lugar más seguro. Cualquier cosa que elijas aquí en la tierra, la eliges para el temor, no para la seguridad. Elige un lugar para ti, mientras estás en un mal lugar, es decir, en este siglo, en esta vida llena de tentaciones, elige en esta mortalidad llena de gemidos y temores: mientras estás en un mal lugar, elige un lugar para ti, al que migres desde el mal lugar. No podrás migrar a un buen lugar desde un mal lugar, a menos que hagas el bien en el mal lugar. ¿Qué tipo de lugar es aquel donde nadie tiene hambre? Por tanto, si deseas habitar en un buen lugar, donde nadie tiene hambre; en el mal lugar, comparte tu pan con el hambriento. En aquel lugar bienaventurado nadie es extranjero: todos viven en su patria. Si, por tanto, deseas estar en un buen lugar, donde nadie es extranjero; en el mal lugar, acoge en tu casa al que no tiene dónde entrar. Ofrece hospitalidad al extranjero en el mal lugar, para que llegues al buen lugar, donde no puedas ser huésped. En el buen lugar nadie necesita vestimenta: allí no hay frío, allí no hay calor: ¿para qué techo, para qué vestimenta? Allí no habrá techo, sino protección. He aquí que también allí encontramos techo: A la sombra de tus alas esperaré (Sal. LVI, 2). Por tanto, en este mal lugar ofrece techo al que no lo tiene, para que estés en el buen lugar, donde tengas tal techo, que no busques hacer reparaciones: porque allí no llueve. Hay un manantial perpetuo de verdad: pero esa lluvia alegre, no humedece: esa lluvia es el manantial de la vida. Pues, ¿qué es, En ti está el manantial de la vida (Sal. XXXV, 10); y, El Verbo estaba con Dios (Juan I, 14)?

3. Haciendo el bien en el mal lugar se llega al buen lugar. Días de Cuaresma. Días de Pentecostés después de Pascua. Por tanto, carísimos, haced el bien en el mal lugar, para que lleguéis al buen lugar, del que dice quien nos lo prepara, Quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo. Ascendió a preparar, para que lleguemos seguros al lugar preparado. Él lo preparó: permaneced en él. ¿Te parece pequeña la casa que es Cristo? ¿Ya temes su pasión? Resucitó de entre los muertos, y no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9). Lugar malo, días malos, este siglo. Pero hagamos el bien en el mal lugar, y vivamos bien en los días malos. Pasará el mal lugar y los días malos: y vendrá el buen lugar eterno, y los días buenos eternos: y esos días buenos serán un solo día. Pues aquí, ¿por qué son malos los días? Porque pasa uno, para que venga otro. Pasa el de hoy, para que venga el de mañana: pasa el de ayer, para que venga el de hoy. Donde nada pasa, es un solo día. Y el día es Cristo, y el Padre es día: pero el Padre es día de ningún día, el Hijo es día del día. Por tanto, el Señor Jesucristo nos encomendó en su pasión los trabajos y las tribulaciones de este siglo presente: en su resurrección nos encomendó la vida eterna y bienaventurada del siglo futuro. Soportemos lo presente, esperemos lo futuro. Por eso en estos días celebramos días que significan el trabajo del siglo presente, en ayunos y observancia contristando nuestras almas; pero en los días venideros significamos los días del siglo futuro, aún no estamos allí. Dije significamos; no, poseemos. Pues hasta la pasión es contrición: después de la resurrección, alabanza.

SERMO CCXVIII. Sobre la Pasión del Señor en la Parasceve.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Misterios de la Pasión del Señor que deben explicarse. Por cuya sangre nuestros delitos han sido borrados, se lee solemnemente la pasión, se celebra solemnemente; para que con la devoción anual nuestra memoria se renueve con más alegría, y con la misma frecuencia de los pueblos nuestra fe se ilumine más claramente. Exige, por tanto, de nosotros la solemnidad, que os hablemos de la pasión del Señor, tal como él mismo lo concede. Y ciertamente para nuestra salvación y la utilidad de transitar esta vida, en lo que nuestro Señor sufrió de sus enemigos, se dignó ofrecernos un ejemplo de paciencia; para que por la dignidad evangélica, si él mismo lo quisiera, no rehusemos sufrir algo semejante. Sin embargo, porque ni en la misma carne mortal sufrió él algo por necesidad, sino todo por voluntad; se cree correctamente que también quiso significar algo en cada uno de los hechos que se llevaron a cabo y se escribieron sobre su pasión.

CAPÍTULO II.

2. Qué significa que Cristo llevó su cruz. Y primero, que entregado para ser crucificado llevó él mismo su cruz (Juan XIX, 17); dio un signo de continencia, y mostró precediendo, qué debe hacer quien quiera seguirlo. También con esta palabra advirtió, cuando dijo: Quien me ama, tome su cruz y sígame (Mat. XVI, 24). Pues de algún modo toma su cruz, quien gobierna su mortalidad.

CAPÍTULO III.

3. Lugar del Calvario. Que fue crucificado en el lugar del Calvario (Juan XIX, 17, 18); significó en su pasión la remisión de todos los pecados, de los cuales se dice en el Salmo: Se han multiplicado mis iniquidades sobre los cabellos de mi cabeza (Sal. XXXIX, 13).

CAPÍTULO IV.

4. Ladrones a la derecha y a la izquierda. Que dos fueron crucificados con él a ambos lados (Juan XIX, 18); mostró que unos sufrirán a su derecha, otros a su izquierda: a la derecha, de quienes se dice, Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mat. V, 10); a la izquierda, de quienes se dice, Y si entregare mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3).

CAPÍTULO V.

5. Título sobre la cruz. Que se puso un título sobre su cruz, en el que estaba escrito, Rey de los Judíos (Juan XIX, 19), mostró que ni matándolo pudieron lograr que no lo tuvieran como rey, quien con poder eminentísimo les será manifiestamente retribuido según sus obras. De donde se canta en el Salmo: Yo he sido constituido rey por él sobre Sión, su monte santo.

CAPÍTULO VI.

6. Por qué fue escrito en tres lenguas. Por qué rey de los Judíos, y no de los Gentiles. Que el título estaba escrito en tres lenguas, hebrea, griega y latina (Ibid., 20); se declaró que no solo reinaría sobre los Judíos, sino también sobre los Gentiles. Por tanto, en el mismo salmo, después de haber dicho, Yo he sido constituido rey sobre Sión, su monte santo, donde ciertamente reinó la lengua hebrea; inmediatamente como añadiendo en griego y latín, El Señor, dijo a mí: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy: pídemme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra (Sal. II, 6, 7). No porque el griego y el latín sean las únicas lenguas de los gentiles: sino porque ellas sobresalen especialmente, el griego, por el estudio de las letras; el latín, por la pericia de los Romanos. Aunque en esas

tres lenguas se mostraba que toda la universalidad de las naciones sería sometida a Cristo: sin embargo, allí no se escribió también rey de los Gentiles, sino solamente de los Judíos; para que se recomendara el origen de la semilla, en la propiedad del nombre. Pues se ha dicho, La ley saldrá de Sión, y la palabra del Señor de Jerusalén (Is. II, 3). Pues, ¿quiénes son los que dicen en el Salmo, Nos ha sometido pueblos, y naciones bajo nuestros pies (Sal. XLVI, 4); sino de quienes dice el Apóstol, Si los gentiles han participado de sus bienes espirituales, deben también ministrarles en los carnales (Rom. XV, 27)?

CAPÍTULO VII.

7. Judíos ante Pilato sobre el cambio del título. Que los príncipes de los Judíos sugirieron a Pilato, que no escribiera simplemente que es rey de los Judíos, sino que él mismo se dijo rey de los Judíos (Juan XIX, 21); con esas ramas rotas, Pilato figuraba el injerto del olivo silvestre: porque era hombre de los Gentiles, escribiendo la confesión de los Gentiles, de quienes con razón el mismo Señor dijo, Se os quitará el reino, y se dará a una nación que haga justicia (Mat. XXI, 43). Sin embargo, no por eso, no es él rey de los Judíos. Pues la raíz lleva al olivo silvestre, no el olivo silvestre a la raíz. Y aunque esas ramas fueron rotas por la infidelidad; no por eso Dios ha rechazado a su pueblo, al que conoció de antemano. Y yo, dice, soy israelita (Rom. XI, 1, 2, 17). Y aunque los hijos del reino, que no quisieron que el Hijo de Dios reinara sobre ellos, vayan a las tinieblas exteriores; sin embargo, muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán, no con Platón y Cicerón, sino con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. VIII, 12 y 11). Pilato ciertamente escribió rey de los Judíos, no rey de los Griegos o de los Latinos; aunque reinaría sobre los Gentiles. Y lo que escribió, escribió, y no lo cambió por la sugerencia de los infieles (Juan XIX, 22.): a quien tanto antes se le había predicho en los Salmos, No corrompas la inscripción del título (Sal. LVI, 1; LVII, 1). Todas las naciones creen en el rey de los Judíos: reina sobre todas las naciones, pero sin embargo es rey de los Judíos. Tanto valió esa raíz, que el olivo silvestre injertado pueda ser transformado en ella misma, pero el olivo silvestre no puede quitar el nombre de olivo.

CAPÍTULO VIII.

8. Vestiduras divididas en cuatro partes. Que los soldados tomaron sus vestiduras divididas en cuatro partes (Juan XIX, 23); significaron los sacramentos que habrían de recorrer las cuatro partes del mundo.

CAPÍTULO IX.

9. Túnica inconsútil sorteada. Que una túnica inconsútil tejida de arriba fue sorteada, más bien que partida (Ibid., 23, 24); se demostró suficientemente que los sacramentos visibles, aunque también son vestiduras de Cristo, pueden ser poseídos por cualquiera, ya sean buenos o malos; pero la fe más sincera, que obra por el amor la integridad de la unidad, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5), no pertenece a cualquiera, sino que se otorga como por suerte por la gracia oculta de Dios. De donde a Simón, que tenía el Bautismo, y no tenía esto, Pedro le dijo, No tienes parte ni suerte en esta fe (Hech. VIII, 21).

CAPÍTULO X.

10. Madre encomendada por el moribundo. Que en la cruz encomendó a su madre conocida al discípulo amado (Juan XIX, 26, 27); congruentemente entonces mostró el afecto humano,

cuando como hombre moría. Esa hora aún no había llegado, cuando iba a convertir el agua en vino y le dijo a la misma madre: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora (Id. II, 4). Pues no había tomado de María lo que tenía en la divinidad, como había tomado de María lo que colgaba en la cruz.

CAPÍTULO XI.

11. Vinagre dado en una esponja. Que dijo, Tengo sed; buscaba la fe de los suyos: pero porque vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Id. I, 11); en lugar de la dulzura de la fe, le dieron el vinagre de la perfidia, y esto en una esponja. Verdaderamente comparables a esponjas, no sólidos, sino hinchados; no abiertos por la recta entrada de la confesión, sino cavernosos por los tortuosos recovecos de las insidias. Ciertamente esa bebida tenía también hisopo (Juan XIX, 28, 29), que se dice que es una humilde hierba que se adhiere con una raíz muy fuerte a la roca. Pues había en ese pueblo, para quienes este crimen se guardaba para humillar su alma arrepintiéndose después de rechazarlo. Los conocía él, quien aceptaba el hisopo con el vinagre. Pues también por ellos oró, como testifica otro evangelista, cuando colgando en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34).

CAPÍTULO XII.

12. Última voz e inclinación de la cabeza. Que dijo, Está consumado, e inclinando la cabeza entregó el Espíritu (Juan XIX, 30); no mostró la necesidad, sino el poder de su muerte, esperando hasta que todo lo que había sido profetizado sobre él se cumpliera: porque también estaba escrito, Y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22): como teniendo el poder de poner su vida, como él mismo testificó (Juan X, 18). Y entregó el Espíritu por humildad, es decir, con la cabeza inclinada; para recibirlo por la resurrección, con la cabeza levantada. Esa muerte y la inclinación de la cabeza fueron de gran poder, como Jacob el patriarca predijo en la bendición de Judá, Ascendiste, dijo, recostado, dormiste como un león (Gen. XLIX, 9): significando por la ascensión la muerte, por el león el poder.

CAPÍTULO XIII.

13. Piernas de los ladrones, no de Cristo, quebradas. Ahora bien, que a esos dos les quebraron las piernas, pero a él no, porque ya había muerto; por qué se hizo, el mismo Evangelio lo declaró. Pues era necesario que también con este signo se demostrara en su profetizada profecía que se había encomendado la Pascua de los Judíos, donde se ordenó que no se quebraran los huesos del cordero.

CAPÍTULO XIV.

14. Sangre y agua del costado herido. Que el costado herido por la lanza manó sangre y agua en la tierra; sin duda son los sacramentos con los que se forma la Iglesia; como Eva hecha del costado del Adán dormido, que era figura del futuro.

CAPÍTULO XV.

15. José y Nicodemo sepultando. Que José y Nicodemo lo sepultan (Juan XIX, 31-42); como algunos han interpretado los nombres, José se interpreta como Aumentado; Nicodemo, siendo un nombre griego, es conocido por muchos que está compuesto de victoria y pueblo; porque νῆκος es victoria, δῆμος es pueblo. ¿Quién es, por tanto, aumentado muriendo, sino quien dijo, El grano de trigo si no muere, queda solo; pero si muere, se multiplica (Id. XII, 24, 25)? Y ¿quién también muriendo venció al pueblo perseguidor, sino quien resucitando los juzgará?

SERMO CCXIX. En las Vigilias de Pascua, I.

Vigiliae sacrae. Celebrandae quomodo. Beatus Paulus apostolus exhortans nos ad imitationem suam, inter alia multa suae virtutis insignia, dicit etiam: In vigiliis saepius (II Cor. XI, 27). Quanto ergo alacrius in hac vigilia, velut matre omnium sanctarum vigilirum, vigilare debemus, in qua totus vigilat mundus? Non ille mundus, de quo scriptum est: Si quis dilexerit mundum, non est charitas Patris in illo: quoniam omnia quae in mundo sunt, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et ambitio saeculi, quae non est a Patre (I Joan. II, 15 et 16). Talem quippe mundum, id est filios infidelitatis, regunt diaboli et angeli ejus: contra quos nobis esse colluctationem idem dicit apostolus, ubi ait, Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, et rectores mundi, tenebrarum harum (Ephes. VI, 12). Quod et nos fuimus aliquando, nunc autem lux in Domino. Luce itaque vigiliarum, resistamus rectoribus tenebrarum. Non ergo ille mundus in hac solemnitate vigilat: sed ille de quo dicitur, Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi, non reputans illis delicta eorum (II Cor. V, 19). Quanquam tam clara sit vigiliae hujus celebritas toto orbe terrarum, ut etiam illos vigilare carne compellat, qui corde, non dicam, dormiunt, sed tartarea impietate sepulti sunt. Vigilant etiam ipsi nocte ista, de qua etiam visibiliter redditur, quod tanto ante promissum est: Et nox tanquam dies illuminabitur (Psal. CXXXVIII, 12). Fit hoc in cordibus piorum, quibus dictum est: Fuistis aliquando tenebrae. nunc autem lux in Domino (Ephes. V, 8). Fit hoc etiam in aemulis omnium, et qui vident in Domino, et qui invident Domino. Vigilat ergo ista nocte et mundus inimicus, et mundus reconciliatus. Vigilat iste, ut laudet medicum liberatus: vigilat ille, ut blasphemet judicem condemnatus. Vigilat iste, mentibus piis fervens et lucescens: vigilat ille, dentibus suis frendens et tabescens. Denique istum charitas, illum iniquitas: istum christianus vigor, illum diabolicus livor nequaquam dormire in hac celebritate permittit. Unde ab ipsis etiam nostris inimicis nescientibus admonemur quemadmodum debeamus vigilare pro nobis, si propter nos vigilant etiam qui invident nobis. Eorum quippe qui nullo modo Christi sunt nomine consignati, tamen ista nocte multi dolore, multi pudore; nonnulli etiam qui fidei propinquant, Dei jam timore non dormiunt. Diversis causis excitat eos ista solemnitas. Quomodo ergo debet gaudento vigilare Christi amicus, quando et dolendo vigilat inimicus? Quomodo in tanta Christi gloria inardescat vigilare christianus, quando erubescit dormire paganus? Quomodo decet eum, qui hanc domum magnam intravit, in tanta ejus festivitate vigilare, quando jam vigilat qui disponit intrare? Vigilemus ergo, et oremus; ut et forinsecus et intrinsecus hanc vigiliam celebremus. Deus nobis loquatur in lectionibus suis; Deo loquamur in precibus nostris. Si eloquia ejus obedienter audiamus, in nobis habitat quem rogamus.

SERMO CCXX. In Vigiliis Paschae, II. Quis mortuus pro nobis. Solemnitas Paschae.

Scimus, fratres, et fide firmissima retinemus, semel Christum mortuum esse pro nobis; pro peccatoribus justum, pro servis Dominum, pro captivis liberum, pro aegrotis medicum, pro miseris beatum, pro egenis opulentum, pro perditis quaesitorem, pro venditis redemptorem, pro grege pastorem, et quod est omnibus mirabilius, pro creatura creatorem: servantem tamen quod semper est, tradentem quod factus est; Deum latentem, hominem apparentem; virtute vivificantem, infirmitate morientem, divinitate immutabilem, carne passibilem: ut ait Apostolus, Qui traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram (Rom. IV, 25). Hoc semel factum esse, optime nostis. Et tamen solemnitas tanquam saepius fiat, revolutis temporibus iterat, quod veritas semel factum tot Scripturarum vocibus clamat. Nec tamen contraria sunt veritas et solemnitas, ut ista mentiatur, illa verum dicat. Quod enim semel factum in rebus veritas indicat, hoc saepius celebrandum in cordibus piis solemnitas

renovat. Veritas quae facta sunt, sicut facta sunt aperit: solemnitas autem non ea faciendo, sed celebrando, nec praeterita praeterire permittit. Denique Pascha nostrum immolatus est Christus (I Cor. V, 7). Ille utique semel occisus, qui jam non moritur, mors ei ultra non dominabitur (Rom. VI, 9). Proinde secundum vocem veritatis, semel Pascha dicimus factum, et ulterius non futurum: secundum autem vocem solemnitatis, omni anno dicimus Pascha venturum. Sic intelligi arbitror quod in Psalmo scriptum est: Cogitatio hominis confitebitur tibi, et reliquiae cogitationis diem solemnem celebrabunt tibi (Psal. LXXV, 11). Nisi enim quod de rebus temporaliter gestis dicitur cogitatio memoriae commendaret, nullas post tempus reliquias inveniret. Ideo cogitatio hominis intuens veritatem Domino confitetur: reliquiae vero cogitationis quae sunt in memoria, notis temporibus non cessant celebrare solemnitas, ne ingrata cogitatio judicetur. Ad hoc pertinet noctis hujus tam praeclara solemnitas, ubi vigilando tanquam resurrectionem Domini per cogitationis reliquias operemur, quam semel factam cogitando verius confitemur. Quos ergo fecit doctos praedicata veritas, absit ut faciat irreligiosos deserta solemnitas. Haec istam noctem per totum mundum fecit illustrem. Haec demonstrat Christianorum agmina populorum, haec confundit tenebras Judaeorum, haec evertit idola Paganorum.

SERMO CCXXI. In Vigiliis Paschae, III. Quod in Genesi dies a luce, nunc a nocte computentur.

Dicendum est cur tanta celebritate hodierna potissimum nocte vigilemus. Quod die tertio resurrexerit a mortuis Dominus Christus, nullus ambigit christianus. Hac autem nocte hoc factum esse, sanctum Evangelium contestatur. Totum enim diem a praecedente nocte computari non dubium est: non secundum dierum ordinem qui commemoratur in Genesi: quanquam et illic tenebrae praecesserunt. Nam tenebrae erant super abyssum, cum dixit Deus, Fiat lux; et facta est lux. Sed quia illae tenebrae nondum erant nox, nondum enim praecesserat dies: divisit quippe Deus inter lucem et tenebras, et prius lucem vocavit diem, deinde tenebras noctem; et facta luce usque ad alterum mane commemoratus est dies unus (Gen. I, 3-5): manifestum est illos dies a luce coepisse, et transacta luce usque ad mane singulos terminatos. Sed posteaquam creatus homo a luce justitiae ad peccati tenebras declinavit, a quibus eum Christi gratia liberat, factum est ut nunc dies a noctibus computemus: quia non a luce ad tenebras, sed a tenebris ad lucem venire conamur, et Domino adjuvante fieri speramus. Sicut et Apostolus dicit: Nox praecessit, dies autem appropinquavit: abjiciamus itaque opera tenebrarum, et induamus nos arma lucis (Rom. XIII, 12). Dies igitur Dominicae passionis quo crucifixus est, jam transactam noctem propriam sequebatur; ideoque clausus et terminatus est usque ad Parasceven, quam Judaei etiam Coenam puram vocant, ab ejus noctis exordio incipientes sabbati observationem. Deinde sabbati dies a sua nocte incipiens, finitus est vespere incipientis noctis, quae pertinet ad initium dominici diei: quoniam eum Dominus suae resurrectionis gloria consecravit. Illius itaque noctis ad initium dominici diei pertinentis, nunc ista solemnitate memoriam celebramus: illam noctem agimus vigilando, qua Dominus resurrexit; et illam vitam, de qua paulo ante dicebamus, meditatur, ubi nec mors ulla, nec somnus est, quam in sua carne nobis inchoavit, quam sic excitavit a mortuis, ut jam non moriatur, et mors ei ultra non dominetur. Nam quando venientes ad sepulcrum ejus, a quibus diligentibus quaerebatur, diluculo corpus non invenerunt, responsumque acceperunt ab Angelis, quod jam resurrexerat; manifestum est quod ea nocte resurrexit, cujus extremitas illud diluculum fuit. Deinde cui resurgenti paulo diutius vigilando concinimus, praestabit ut cum illo sine fine vivendo regnemus. Sed et si forte his horis, quibus nos ducimus istam vigiliam, illius adhuc corpus in sepulcro erat, nondumque resurrexerat; nec sic vigilando sumus incongrui: quia ille dormivit ut vigilemus, qui est mortuus ut viveremus.

SERMO CCXXII. In vigiliis Paschae, IV. Vigilandum adversus diabolum. Rectores mundi diabolum et angeli ejus. In coelestibus quibusnam habitant. Diabolum e cordibus piorum ejectus.

Cum vos, dilectissimi, ad vigilandum et orandum ipsa solemnitas sanctae hujus noctis hortetur; etiam nostrum vobis tamen solemniter debetur alloquium, ut adversus contrarias et invidas potestates rectoresque tenebrarum, velut contra nocturnas bestias, dominicum gregem etiam vox pastoralis exsuscitet. Non est enim nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sicut Apostolus dicit; id est, adversus homines mortali corpore infirmos: sed adversus principes et potestates, et rectores mundi tenebrarum harum, adversus spiritualia nequitiae in coelestibus (Ephes. VI, 12). Nec ideo sane diabolum et angelos ejus, quos Apostolus his verbis significat, mundi hujus existimetis esse rectores, de quo scriptum est, Et mundus per eum factus est (Joan. I, 10). Nam eos rectores mundi cum etiam ipse dixisset, ne quis mundum intelligeret, qui plerisque Scripturarum locis coeli et terrae nomine nuncupatur; continuo tanquam exponendo addidit, tenebrarum harum, hoc est, infidelium. Propter quod jam fidelibus dicit, Fuistis aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino (Ephes. V, 8). Sunt ergo ista spiritualia nequitiae in coelestibus; non ubi sidera disposita effulgent, et sancti Angeli commorantur; sed in hujus aeris infimi caliginoso habitaculo, ubi et nebula conglobatur: et tamen scriptum est, Qui cooperit coelum nubibus (Psal. CXLVI, 8). Ubi et aves volitant: et tamen dicuntur volatilia coeli (Psal. XLIX, 11). In his ergo coelestibus, non in illa superiore tranquillitate coelestium, habitant isti nequissimi spiritus, contra quos nobis colluctatio spiritualis indicitur: ut devictis angelis malis, illo praemio perfruamur, quo Angelis bonis incorrupta aeternitate sociemur. Unde alio loco idem apostolus, cum significaret tenebrosum diaboli principatum: Secundum spiritum, inquit, mundi hujus secundum principem potestatis aeris hujus, qui nunc operatur in filiis infidelitatis (Ephes. II, 2). Quod ergo est spiritus mundi hujus, hoc sunt rectores mundi. Et sicut illic exposuit quid dixerit mundum, in filiis infidelitatis: sic etiam hic, cum addidit, tenebrarum harum. Et quod ibi ait, principem potestatis aeris; hoc isto loco, in coelestibus. Gratias itaque Domino Deo nostro, qui nos eruit de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum Filii charitatis suae (Coloss. I, 12, 13). Ab illis ergo tenebris evangelica luce distincti, et ab illis potestatibus sanguine pretioso redempti, vigilate et orate, ne intretis in tentationem (Matth. XXVI, 41). Nam quicumque habetis fidem quae per dilectionem operatur (Galat. V, 6), missus est princeps hujus mundi foras a cordibus vestris (Joan. XII, 31): sed forinsecus tanquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret (I Petr. V, 8). Non ergo detis locum diabolo, quacumque ex parte penetrare volenti: sed qui eum foras misit patiundo pro vobis, adversus eum habitet intus in vobis. Cum vobis ille dominaretur, fuistis aliquando tenebrae; nunc autem lux in Domino: sicut filii lucis ambulate. Adversus tenebras earumque rectores in matre luce vigilate, et Patrem luminum de sinu matris lucis orate.

SERMO CCXXIII. In Vigiliis Paschae, V.

1. Dies, fideles baptizati. Hortatur ut bones imitentur, tolerant malos. In libro qui appellatur Genesis, Scriptura dicit: Et vidit Deus lucem quia bona est. Et divisit Deus inter lucem et tenebras: et vocavit Deus lucem diem, et tenebras vocavit noctem (Gen. I, 4, 5). Si ergo Deus vocavit diem lucem, sine dubio illi quibus dicit apostolus Paulus, Fuistis aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino (Ephes. V, 8), dies erant: quoniam ille qui jussit de tenebris lumen clarescere, illuminavit eos (II Cor. IV, 6). Infantes isti, quos cernitis exterius dealbatos, interiusque mundatos, qui candore vestium splendorem mentium praefigurant, cum peccatorum suorum nocte premerentur, tenebrae fuerunt. Nunc autem quia mundati sunt lavacro indulgentiae, quia irrigati fonte sapientiae, quia perfusi luce justitiae: Hic est dies quem fecit Dominus, exsulemus et laetemur in eo (Psal. CXVII, 24). Audiat nos dies

Domini, audiat nos dies factus a Domino: audiat, et obaudiat; ut exsulemus et laetemur in eo. Quoniam, sicut ait Apostolus, hoc est gaudium et corona nostra, si vos statis in Domino (Philipp. IV, 1). Audite ergo nos, o novelli filii castae matris: imo audite nos, filii virginis matris. Quoniam fuistis aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino: ut filii lucis ambulate, filiis lucis adhaerete; atque ut hoc ipsum planius dicam, bonis fidelibus adhaerete. Sunt enim, quod pejus est, fideles mali. Sunt fideles qui vocantur, et non sunt. Sunt fideles, in quibus sacramenta Christi patiantur injuriam: qui sic vivunt, ut et ipsi pereant, et alteros perdant. Pereunt quippe ipsi, male vivendo: perdunt vero alios, male vivendi exempla praebendo. Vos ergo, dilectissimi, nolite talibus jungi. Bonos quaerite, bonis adhaerete: boni estote.

2. Bonorum et malorum permixtio in Ecclesia. Neque miremini multitudinem christianorum malorum, qui ecclesiam implent, qui ad altare communicant, qui episcopum, vel presbyterum de bonis moribus disputantem magnis vocibus laudant: per quos impletur quod congregator noster praedixit in Psalmo, Annuntiavi, et locutus sum, multiplicati sunt super numerum (Psal. XXXIX, 6). In Ecclesia hujus temporis possunt esse nobiscum: in illa vero, quae post resurrectionem futura est, congregatione sanctorum esse non poterunt. Ecclesia enim hujus temporis areae comparatur, habens mixta grana cum paleis, habens permixtos bonis malos; habitura post judicium sine ullis malis omnes bonos. Haec area continet messem ab Apostolis seminatam, a sequentibus usque in praesens tempus bonis doctoribus irrigatam, non parum etiam inimicorum persecutione contritam; sed quod solum restat, nondum superna ventilatione purgatam. Veniet autem ille de quo reddidistis in Symbolo, Inde venturus est judicare vivos et mortuos: et, sicut Evangelium loquitur, habebit ventilabrum in manu sua, et expurgabit aream suam; et congregabit triticum suum in horreum, paleas autem comburet igni inextinguibili (Matth. III, 12). Quod dico audiant et antiqui fideles. Qui granum est, cum tremore gaudeat, et permaneat, et ab area non recedat. Non se judicio suo velut a palea conetur exuere: quoniam si se voluerit modo a palea separare, non poterit in area permanere. Et cum venerit ille qui sine errore discernit, quod in area non invenerit, ad horreum non levabit. Incassum se de spica tunc grana jactabunt, quaecumque nunc ab area recesserunt. Implebitur illud horreum, atque claudetur. Quidquid extra remanserit, flamma vastabit. Qui ergo bonus est, charissimi, toleret malum: qui malus est, imitetur bonum. In hac quippe area possunt in paleas grana deficere; possunt rursus grana de paleis consuscitari. Quotidie fiunt ista, fratres mei: plena est vita haec suppliciis atque solatiis. Quotidie qui videbantur boni, labuntur et pereunt: et rursus qui videbantur mali, convertuntur et vivunt. Non vult enim Deus mortem impii, tantum ut revertatur et vivat (Ezech. XVIII, 23). Audite me, grana; audite me, qui estis quod esse desidero: audite me, grana. Nolite contristari de permixtione palearum: non erunt vobiscum in aeternum. Quantum est hoc quod premit palea? Deo gratias, quia levis est. Nos tantum grana simus, et quantacumque fuerit, non gravabit. Fidelis est enim Deus, qui non permittet nos tentari supra id quod possumus; sed faciet cum tentatione etiam exitum, ut sustinere possimus (I Cor. X, 13). Audiant nos et paleae; ubicumque sunt, audiant. Nolo hic sint: alloquamur eas tamen, ne forte sint. Ergo audite me, paleae: quamvis, si auditis, paleae non eritis. Audite ergo. Prosit vobis Dei patientia. Granorum conjunctio, commonitio, grana vos faciat. Non vobis desunt imbres verborum Dei: non sit sterilis in vobis ager Dei. Ergo revirescite, granascite, maturascite. Qui enim vos seminavit, spicas vult invenire, non spinas.

SERMO CCXXIV. In die Paschae, I. Ad populum et ad Infantes, seu eo die baptizatos.

CAPUT PRIMUM.

CAPÍTULO I.

1. Gracia otorgada a los bautizados. Imiten a los buenos, no a los malos. En el día de hoy, aquellos que han sido bautizados y renacidos en Cristo Jesús, nos dirigimos a ellos, y a ustedes en ellos, y a ellos en ustedes. He aquí que se han convertido en miembros de Cristo. Si piensan en lo que se han convertido, todos sus huesos dirán: Señor, ¿quién como tú? (Salmo 34, 10). No se puede pensar dignamente en esa dignación de Dios, y toda palabra y sentido humano falla, al haberles llegado una gracia gratuita sin méritos precedentes. Por eso se llama gracia, porque se da gratuitamente. ¿Qué gracia? Que sean miembros de Cristo, hijos de Dios, que sean hermanos del Único. Si él es el Único, ¿de dónde ustedes hermanos, sino porque él es Único por naturaleza, ustedes se han hecho hermanos por gracia? Porque, por tanto, se han convertido en miembros de Cristo, les advierto: temo por ustedes, no solo de los paganos, no solo de los judíos, no solo de los herejes, sino de los malos católicos. Elijan en el pueblo de Dios a quienes imitar. Pues si desean imitar a la multitud, no estarán entre los pocos que caminan por el camino angosto. Absténganse de la fornicación, de los robos, de los fraudes, de los perjurios, de las cosas ilícitas, de las disputas: que la embriaguez sea alejada de ustedes: teman el adulterio como la muerte; no la muerte que separa el alma del cuerpo, sino donde el alma siempre arderá con el cuerpo.

CAPÍTULO II.

2. El diablo hace que los pecados de la carne parezcan leves, aunque son graves y mortales. Hermanos míos, hijos míos, hijas mías, hermanas mías, sé que el diablo hace su parte, y no cesa de hablar en los corazones de aquellos a quienes tiene atados con sus cadenas: sé que a los fornicadores, a los adúlteros que no están contentos con su cónyuge, el diablo les dice en sus corazones: No son grandes los pecados de la carne. Contra este susurro del diablo debemos tener la encarnación de Cristo. Esto es lo que el enemigo engaña a los cristianos a través de las seducciones de la carne, cuando les hace leve lo que es grave, suave lo que es áspero, dulce lo que es amargo. Pero, ¿de qué sirve que Satanás haga leve lo que Cristo mostró como grave? ¿Acaso hace algo nuevo el diablo al decir a los cristianos fieles: Nada es grave de lo que haces? Pecas en tu carne: ¿acaso en el espíritu? ¿Fácilmente se borra el pecado de la carne, fácilmente se da el perdón de Dios? ¿Qué gran cosa hace? Hace su artificio, lo que dijo en el paraíso; Coman, y serán como dioses: de ninguna manera morirán. Dios había dicho: El día que coman, morirán (Gén. 2, 17). Vino el enemigo, y dijo: No morirán, sino que se abrirán sus ojos, y serán como dioses. Se dejó el mandato de Dios, y se escuchó la persuasión del diablo. Entonces se encontró el verdadero mandato de Dios, y la falsa decepción del diablo. ¿Acaso sirvió de algo, les ruego, que la mujer dijera: La serpiente me sedujo? ¿Acaso valió la excusa? Si valió la excusa, ¿por qué siguió la condena (Gén. 3)?

CAPÍTULO III.

3. Los incontinentes son reprendidos y excomulgados. Cualquier concubina fuera del matrimonio es una prostituta. Por eso les digo, hermanos míos, hijos míos, que tienen esposas, que no conozcan a nadie más; y quienes no tienen, y desean casarse, consérvense íntegros para ellas, como desean encontrarlas íntegras. Ustedes que han prometido continencia a Dios, no miren atrás. He aquí que les digo, he aquí que les clamo, yo me absuelvo: Dios me ha puesto como dispensador, no como cobrador. Y sin embargo, donde podemos, donde se da lugar, donde se concede, donde sabemos, reprendemos, amonestamos, anatematizamos, excomulgamos: y sin embargo no corregimos. ¿Por qué? Porque ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (1 Cor. 3, 7). Ahora que hablo, que aconsejo, ¿qué se necesita, sino que Dios me escuche por ustedes, y haga algo en ustedes, esto es, en sus corazones? Brevemente les digo, y les encomiendo, y a los fieles les

advierdo, y a ustedes edifico. Son miembros de Cristo: no me escuchen a mí, sino al Apóstol: ¿Tomaré, dice, los miembros de Cristo, y los haré miembros de una prostituta? (1 Cor. 6, 15). Pero dice alguien: No es prostituta la que tengo, es mi concubina. ¡Oh santo obispo, has hecho a mi concubina una prostituta! ¿Acaso lo dije yo? El Apóstol clama, y yo incurro en calumnia. Yo quiero que estés sano: ¿por qué te enfureces conmigo como un loco? ¿Tienes esposa, quien dice esto? Tengo, dices. Bien: quieras o no, aquella que duerme contigo fuera del matrimonio, ya lo dije, es una prostituta. He aquí, ve y dile que el obispo te ha ofendido. Tienes a tu esposa legítima, y otra duerme contigo: quienquiera que sea, ya lo dije, es una prostituta. Pero tu esposa te guarda fidelidad, y no conoce a otro sino a ti solo, y no dispone conocerse con otro. Si ella es casta, ¿por qué tú fornicas? Si ella te tiene a ti solo, ¿por qué tú a dos? Pero dices: Mi sierva es mi concubina, ¿acaso voy a la esposa de otro? ¿acaso voy a una prostituta pública? ¿No me es lícito hacer en mi casa lo que quiero? Te digo, no te es lícito. Van al infierno quienes hacen esto, arderán en el fuego eterno.

CAPÍTULO IV.

4. La corrección de las costumbres no debe posponerse. Permítanme hablar aquí, y decir. Corrijanse quienes son así, mientras viven; no sea que después quieran, y no puedan: porque la muerte viene de repente, y no hay quien se corrija, sino quien sea arrojado al fuego. Y cuándo vendrá esa última hora, no se sabe, y se dice, Me corrijo. ¿Cuándo te corriges, cuándo cambias? Mañana, dices. He aquí cuántas veces dices, Mañana, mañana; te has convertido en cuervo. He aquí te digo, cuando haces la voz del cuervo, te sobreviene la ruina. Pues aquel cuervo, cuya voz imitas, salió del arca, y no regresó (Gén. 8, 7). Pero tú, hermano, regresa a la Iglesia, que entonces significaba aquella arca. Pero escúchenme, oh bautizados; escúchenme, ustedes renacidos por la sangre de Cristo: les ruego por el nombre que ha sido invocado sobre ustedes, por aquel altar al que se acercaron, por los Sacramentos que recibieron, por el juicio futuro de vivos y muertos; les ruego, les obligo por el nombre de Cristo, que no imiten a aquellos que saben que son así; sino que el sacramento de aquel permanezca en ustedes, quien no quiso descender del madero, sino que quiso resucitar del sepulcro.

SERMON CCXXV. En el día de Pascua, II. A los Infantes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué era Cristo antes de la encarnación. Nos recomienda la altura de la gracia divina hacia nosotros el Hijo de Dios nacido del Padre sin tiempo. ¿Qué era antes de estar en el hombre? Supongan que ustedes han preguntado y dicho. Supongamos, hermanos míos, antes de que Cristo naciera de la Virgen María, ¿era, o no era? Supongan que preguntamos, de lo que no se permite dudar. A estas reflexiones el mismo Señor respondió, cuando se le dijo: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Respondió y dijo: En verdad, en verdad les digo, antes de que Abraham existiera, yo soy (Juan 8, 57-58). Por lo tanto, era, pero aún no era hombre. No sea que alguien diga, era un ángel; el santo Evangelio les dijo que Cristo era. ¿Y preguntan qué era? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. He aquí lo que era, En el principio era el Verbo. No fue hecho el Verbo en el principio, sino que era el Verbo. Pero de este mundo escucha lo que dice la Escritura: En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. 1, 1). ¿Preguntan por qué lo hizo? En el principio era el Verbo, por el cual se hizo el cielo y la tierra. No fue hecho, sino que era el Verbo. Ahora queda preguntar qué tipo de Verbo: porque también se dicen nuestras palabras. Nuestras palabras se conciben con el pensamiento, se engendran con la voz; y sin embargo, pensadas y pronunciadas pasan. Pero ¿qué de aquel Verbo? Y el Verbo estaba con Dios. Di dónde estaba, di qué era. Ya lo dije. El

santo Evangelio te dijo: En el principio era el Verbo. Di dónde estaba, di qué era. Y el Verbo estaba con Dios. Pero yo pregunté qué tipo de Verbo. ¿Quieren escuchar qué era? Y Dios era el Verbo. ¡Oh Verbo! ¿Qué tipo de Verbo? ¿Quién explicará el verbo: Y Dios era el Verbo? Pero tal vez hecho por Dios. De ninguna manera. Escucha lo que dice el santo Evangelio: Todas las cosas por él fueron hechas (Juan 1, 1-3). ¿Qué significa, Todas? Todo lo que fue hecho por Dios, por él fue hecho. ¿Y cómo él mismo fue hecho, quien hizo todas las cosas? ¿Acaso se hizo a sí mismo? Finalmente, si él se hizo a sí mismo, quien lo hiciera ya existía. Si, por tanto, existía quien lo hiciera, nunca no existió.

CAPÍTULO II.

2. La encarnación de Cristo es obra de toda la Trinidad. Propósito de virginidad en María. ¿Cómo en la virgen tal Verbo? Todas las cosas por él fueron hechas. ¿Qué significa, Todas? Todo lo que fue hecho por Dios, por él fue hecho. No separes, hermano, al Espíritu Santo de esta gran obra. ¿De qué gran obra? No es una obra pequeña, es una gran obra los ángeles: la carne de Cristo sentada a la derecha del Padre es adorada por los ángeles. Por lo tanto, tal obra fue realizada principalmente por el Espíritu Santo. En esta obra fue mencionado, cuando a la santa Virgen le fue anunciado por el ángel el futuro hijo. Ella, porque había propuesto la virginidad, y su esposo no era un despojador, sino un guardián de la pureza: más bien no un guardián, porque Dios la guardaba; sino que su esposo fue testigo de la pureza virginal, para que no se pensara que estaba embarazada por adulterio: cuando el ángel le anunció, dijo, ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? Si dispusiera conocer, no se maravillaría. Esa admiración es testimonio del propósito, ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? ¿Cómo será? Y el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti. He aquí cómo será lo que preguntas: Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que nacerá de ti Santo, será llamado Hijo de Dios (Lucas 1, 34-35). Y bien dijo, Te cubrirá con su sombra: para que tu virginidad no sienta el ardor de la lujuria. Y cuando estaba embarazada, se dijo de ella, María fue encontrada encinta del Espíritu Santo (Mateo 1, 18). Por lo tanto, el Espíritu Santo obró la carne de Cristo. También el mismo unigénito Hijo de Dios obró su carne. ¿De dónde lo probamos? Porque de ahí dice la Escritura: La Sabiduría edificó su casa (Proverbios 9, 1).

3. ¿Cómo la encarnación no hizo que el Verbo se apartara del Padre? Por lo tanto, presten atención. Tan grande Dios, Dios con Dios, Verbo de Dios por el cual todas las cosas fueron hechas, ¿cómo se incluye en el vientre? Primero, para que el Verbo estuviera allí, ¿abandonó el cielo? Para que el Verbo estuviera en el vientre de la virgen, ¿abandonó el cielo? ¿Y de qué vivirían los ángeles, si el Verbo abandonó el cielo? Pero para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre. Aún la mente humana vaga por sus nubes, desfallece, busca, dice, para encontrar, ¿cómo el Verbo de Dios en el vientre de la virgen, por el cual todas las cosas fueron hechas, no abandonó a los ángeles, no abandonó al Padre? ¿Cómo pudo ser incluido en ese vientre? Pudo estar, no pudo ser incluido. ¿Cómo, dice, pudo estar tan grande en un lugar tan pequeño? Entonces el vientre contuvo lo que el mundo no contiene. Ni se disminuyó para estar en el vientre. Estaba en el vientre, y era tan grande. ¿Cuán grande era? Di cuán grande era, di qué era.

CAPÍTULO III.

Y el Verbo estaba con Dios. Di qué era. Y Dios era el Verbo. Y yo sé, digo, quien hablo contigo; ni yo lo comprendo: pero el pensamiento nos hace extendernos, la extensión nos dilata, la dilatación nos hace capaces. Ni hechos capaces podremos comprenderlo todo: pero con mi palabra trato contigo. He aquí lo que digo, lo que voy a decir, escuchen esto,

comprendan esto mi palabra, esto es palabra humana. Si no pueden comprender esto, vean cuán lejos están de aquello. Ciertamente nos maravillamos de cómo Cristo tomó carne, nació de una virgen, y no se apartó del Padre: he aquí yo que hablo con ustedes, antes de venir a ustedes, pensé antes lo que les diría. Cuando pensé lo que les diría, ya estaba en mi corazón la palabra. Pues no les diría, si no pensara antes. Te encontré latino, en latín te debo proferir la palabra. Pero si fueras griego, debería hablarte en griego, y proferir a ti la palabra griega. Esa palabra en el corazón no es ni latina ni griega: ciertamente antecede a estas lenguas lo que está en mi corazón. Busco para ella sonido, busco como un vehículo; busco cómo llegue a ti, cuando no se aparta de mí. He aquí que escucharon lo que está en mi corazón, ya está también en el de ustedes. Está en el mío y está en el de ustedes: y ustedes han comenzado a tenerlo, y yo no lo he perdido. Así como mi palabra asumió sonido, por el cual se escuchara: así el Verbo de Dios asumió carne, por la cual se viera. Cuanto pude, dije. ¿Y qué dije? ¿Quién dije? Hombre quise hablar de Dios. Tan grande es, tal es, que ni podemos hablar de él, ni debemos callarlo.

CAPÍTULO IV.

4. Se debe evitar la embriaguez. Embriaguez santa. Te doy gracias, Señor, porque lo que digo, o quise decir, tú lo sabes: sin embargo, de las migajas de tu mesa alimenté a mis siervos; aliméntalos y nutre interiormente a quienes regeneraste. He aquí qué fue esta multitud. Tinieblas: ahora luz en el Señor. A tales el Apóstol dice: Fueron alguna vez tinieblas, ahora luz en el Señor (Efesios 5, 8). Oh ustedes que han sido bautizados, fueron alguna vez tinieblas, ahora luz en el Señor. Si luz, ciertamente día: pues Dios llamó a la luz día (Gén. 1, 5). Fueron tinieblas, los hizo luz, los hizo día: de ustedes cantamos, Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él (Salmo 117, 24). Huyan de las tinieblas. La embriaguez pertenece a las tinieblas. No salgan sobrios, y regresen ebrios: y después del mediodía los veremos. El Espíritu Santo ha comenzado a habitar, no se vaya: no lo excluyan de sus corazones. Buen huésped, los encuentra vacíos, los llena: los encuentra hambrientos, los alimenta: finalmente los encuentra sedientos, los embriaga. Que él los embriague: pues el Apóstol dice, No se embriaguén con vino, en el cual hay toda lujuria. Y como queriendo enseñarnos de qué debemos embriagarnos: Sino llénense, dice, del Espíritu Santo; cantando entre ustedes, himnos, y salmos, y cánticos espirituales, cantando en sus corazones al Señor (Efesios 5, 18-19). Quien se alegra en el Señor, y canta alabanzas al Señor con gran exultación, ¿no es semejante al ebrio? Apruebo esta embriaguez: Porque contigo, Dios, está la fuente de la vida, y con el torrente de tu delicia los embriagarás. ¿De dónde? Porque contigo, Dios, está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (Salmo 35, 9-10). El Espíritu de Dios es tanto bebida como luz. Si encontraras una fuente en las tinieblas, encenderías una lámpara, para llegar a ella. No enciendas lámpara a la fuente de luz: él mismo te ilumina, y te lleva a él. Cuando llegues a beber, acércate e ilumínate. Acérquense a él, y sean iluminados (Salmo 34, 6): no se alejen, para que no sean oscurecidos. Señor Dios, llama, y acérquense a ti: afirma, para que no se alejen. Haz a tus hijos nuevos, de pequeños ancianos, pero no de ancianos muertos. En esta sabiduría se puede envejecer, no se puede morir.

SERMON CCXXVI. En el día de Pascua, III. Al pueblo y a los Infantes.

Así habéis oído predicar al Señor Cristo, porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Él es el Señor Cristo, quien, si no se hubiera humillado, sino que hubiera querido permanecer siempre así, el hombre habría perecido. Reconocemos al Verbo Dios con Dios, reconocemos al Hijo unigénito igual al Padre,

reconocemos la luz de la luz, el día del día. Él es el día que hizo el día: no hecho por el día, sino engendrado. Si, por tanto, el día del día no es hecho, sino engendrado; ¿quién es el día que hizo el Señor? ¿Por qué día? Porque es luz. Y Dios llamó a la luz día. Busquemos qué día hizo el Señor, para que nos regocijemos y nos alegremos en él. En la primera creación del mundo se lee que las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Y dijo Dios: Hágase la luz; y se hizo la luz. Y Dios dividió entre la luz y las tinieblas; y llamó a la luz día, y a las tinieblas llamó noche (Gén. I, 2-5). He aquí el día que hizo el Señor. Pero, ¿es acaso en él en quien debemos regocijarnos y alegrarnos? Hay otro día que hizo el Señor, que debemos reconocer más, y en él alegrarnos y regocijarnos. Porque se dijo a los fieles que creen en Cristo: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V, 14). Si luz, ciertamente día: porque llamó a la luz día. También aquí el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas ayer, y las tinieblas estaban sobre el abismo, cuando estos Infantes aún llevaban sus pecados. Cuando, por tanto, por el Espíritu de Dios les fueron perdonados los pecados, entonces dijo Dios: Hágase la luz; y se hizo la luz. He aquí el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24). Hablemos a este día con palabras apostólicas. Oh día que hizo el Señor, fuisteis alguna vez tinieblas: ahora sois luz en el Señor. Fuisteis, dice, alguna vez tinieblas. ¿Fuisteis, o no? Recordad vuestras obras, si no fuisteis. Mirad vuestras conciencias, a las que renunciasteis. Porque, por tanto, fuisteis alguna vez tinieblas, ahora sois luz, no en vosotros, sino en el Señor; como hijos de la luz caminad (Efes. V, 8). Que estas pocas palabras os sean suficientes, porque también después trabajaremos, y hoy debemos hablar a los Infantes sobre los Sacramentos del altar. SERMO CCXXVII. En el día de Pascua, IV. A los Infantes, sobre los Sacramentos.

Recuerdo mi promesa. Os había prometido, a vosotros que habéis sido bautizados, un sermón en el que expondría el Sacramento de la mesa del Señor, que ahora también veis, y del cual anoche participasteis. Debéis saber qué habéis recibido, qué vais a recibir, qué debéis recibir cada día. Ese pan que veis en el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Ese cáliz, o más bien lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por estas cosas quiso el Señor Cristo encomendar su cuerpo y su sangre, que derramó por nosotros para la remisión de los pecados. Si lo habéis recibido bien, sois lo que habéis recibido. Pues el Apóstol dice: Un solo pan, un solo cuerpo, somos muchos (I Cor. X, 17). Así expuso el sacramento de la mesa del Señor: Un solo pan, un solo cuerpo, somos muchos. Se os encomienda en este pan cómo debéis amar la unidad. ¿Acaso ese pan está hecho de un solo grano? ¿No eran muchos granos de trigo? Pero antes de llegar a ser pan, estaban separados: se unieron por el agua, y después de cierta trituration. Porque si no se muele el trigo, y se mezcla con agua, no llega a esa forma que se llama pan. Así también vosotros, antes de la humillación del ayuno y el sacramento del exorcismo, como que erais molidos. Se añadió el Bautismo y el agua; como que fuisteis mezclados, para llegar a la forma del pan. Pero aún no es pan sin fuego. ¿Qué significa entonces el fuego? Esto es el Crisma. Pues el aceite de nuestro fuego es el sacramento del Espíritu Santo. Fijaos en los Hechos de los Apóstoles, cuando se lee. Ahora comienza a leerse ese libro: hoy comenzó el libro que se llama Hechos de los Apóstoles. Quien quiera progresar, tiene de dónde. Cuando os reunís en la iglesia, dejad las fábulas vanas: estad atentos a las Escrituras. Nosotros somos vuestros códigos. Atended, pues, y ved, porque vendrá el Espíritu Santo en Pentecostés. Y vendrá así: se mostrará en lenguas de fuego. Inspira, pues, la caridad, con la que ardamos en Dios, y despreciemos el mundo, y se queme nuestro heno, y se purifique el corazón como oro. Se añade, pues, el Espíritu Santo, después del agua el fuego: y os convertís en pan, que es el cuerpo de Cristo. Y por eso se significa de algún modo la unidad. Guardáis los sacramentos en su orden. Primero, después de la oración, se os amonesta a tener el corazón en alto. Esto conviene a los miembros de Cristo. Pues si habéis sido hechos miembros de

Cristo, ¿dónde está vuestra cabeza? Los miembros tienen cabeza. Si la cabeza no hubiera precedido, los miembros no seguirían. ¿Adónde fue vuestra cabeza? ¿Qué respondisteis en el Símbolo? Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al cielo, está sentado a la derecha del Padre. Por tanto, nuestra cabeza está en el cielo. Por eso, cuando se dice, En alto el corazón; respondéis. Lo tenemos en el Señor. Y para que no atribuyáis a vuestras fuerzas, a vuestros méritos, a vuestros trabajos, el tener el corazón en alto al Señor, porque es don de Dios tener el corazón en alto; por eso sigue el obispo, o el presbítero que ofrece, y dice, cuando el pueblo ha respondido, Lo tenemos en el Señor en alto el corazón: Demos gracias al Señor nuestro Dios, porque tenemos el corazón en alto. Demos gracias, porque si no lo diera, tendríamos el corazón en la tierra. Y vosotros atestiguáis, Digno y justo es diciendo, para que le demos gracias a quien nos hizo tener el corazón en alto hacia nuestra cabeza. Luego, después de la santificación del sacrificio de Dios, porque quiso que nosotros mismos fuéramos su sacrificio, lo cual se demostró, donde se impuso primero aquello, el sacrificio de Dios y nosotros, es decir, el signo de la cosa que somos: he aquí donde se ha realizado la santificación decimos la oración dominical, que habéis recibido y devuelto. Después de ella se dice, La paz sea con vosotros: y los cristianos se besan con el beso santo. Es signo de paz: como lo muestran los labios, que se haga en la conciencia. Es decir, como tus labios se acercan a los labios de tu hermano, así tu corazón no se aleje de su corazón. Grandes, pues, son los sacramentos, y muy grandes. ¿Queréis saber cómo se encomiendan? Dice el Apóstol: Quien come el cuerpo de Cristo, o bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor (I Cor. XI, 27). ¿Qué es recibir indignamente? Recibir con burla, recibir con desprecio. No te parezca vil, porque lo ves. Lo que ves, pasa: pero lo que se significa, invisible, no pasa; sino que permanece. He aquí que se recibe, se come, se consume: ¿acaso se consume el cuerpo de Cristo? ¿acaso se consume la Iglesia de Cristo? ¿acaso se consumen los miembros de Cristo? De ninguna manera. Aquí se purifican: allí se coronan. Permanecerá, pues, lo que se significa eternamente, aunque parezca que pasa. Así, pues, recibid, para que penséis en vosotros, para que tengáis la unidad en el corazón, fijéis siempre el corazón en alto. Vuestra esperanza no esté en la tierra, sino en el cielo: vuestra fe sea firme en Dios, sea aceptable a Dios. Porque lo que ahora aquí no veis, y creéis; lo veréis allí, donde sin fin os alegraréis.

SERMO CCXXVIII. En el día de Pascua, V. Al pueblo y a los Infantes.

1. Días dedicados a los Sacramentos de los Infantes. Los fieles deben ofrecer ejemplos de probidad a los Infantes. Después del trabajo de la noche pasada, ya que aunque el espíritu está dispuesto, la carne es débil, no debo reteneros mucho tiempo con el sermón, y sin embargo os debo un sermón. Estos días, en los que después de la pasión de nuestro Señor cantamos a Dios el Aleluya, los tenemos festivos en alegría hasta Pentecostés, cuando fue enviado del cielo el prometido Espíritu Santo. De estos días, siete u ocho que ahora se celebran, están dedicados a los Sacramentos de los Infantes. Los que poco antes se llamaban Competentes, ahora se llaman Infantes. Se les llamaba Competentes, porque golpeaban pidiendo las entrañas maternas para nacer: se les llama Infantes, porque ahora han nacido en Cristo, quienes antes habían nacido en el mundo. En ellos se ha renovado lo que en vosotros debe estar firme: y vosotros que ya sois fieles, no les ofrezcáis ejemplos por los que perezcan, sino por los que progresen. Pues los recién nacidos os observan ahora, cómo vivís los que nacisteis hace tiempo. Esto hacen también los que nacen según Adán: primero son pequeños; después, cuando comienzan a sentir, observan las costumbres de los mayores, qué imitar. Y como el menor sigue al mayor a donde lo lleve; es de desear que el mayor vaya por buen camino, para que siguiendo el mayor y el menor no perezcan. Así que vosotros, hermanos, que ya sois de algún modo por la edad de la regeneración padres, os hablo y exhorto, para que

viváis de tal manera que con aquellos que os imitan, os regocijéis, no perezcáis. El recién nacido observa a no sé qué fiel borracho; temo que se diga a sí mismo: ¿Por qué él es fiel, y bebe tanto? Observa a no sé qué usurero, triste dador, cruel cobrador, y se dice a sí mismo: Haré yo también. Se le responde: Ya eres fiel, no lo hagas; has sido bautizado, has renacido, ha cambiado la esperanza, cambien las costumbres. Y él; ¿Por qué él y él son fieles? No quiero decir otras cosas; ¿quién puede mencionar todas? Por eso, hermanos míos, cuando vivís mal, vosotros que ya sois fieles, daréis mala cuenta a Dios de vosotros y de ellos.

2. Exhorta a los Infantes a imitar a los buenos. Ya os hablo a vosotros, para que seáis granos en la era, para que no sigáis la paja que el viento lleva, con la que perezcáis; sino que permanezcáis con el peso de la caridad, para que lleguéis al reino de la inmortalidad. Vosotros, pues, hermanos, vosotros hijos, vosotros nuevos brotes de la madre Iglesia, os ruego por lo que habéis recibido, que atendáis a aquel que os llamó, que os amó, que os buscó perdidos, que os iluminó encontrados, para que no sigáis los caminos de los perdidos, en los que yerra el nombre de los fieles: pues no se busca cómo se llaman, sino si son acordes a su nombre. Si ha nacido, ¿dónde está la nueva vida? Si es fiel, ¿dónde está la fe? Oigo el nombre, reconozca también la cosa. Elegid a quienes imitar, a los que temen a Dios, a los que entran en la iglesia de Dios con temor, a los que escuchan diligentemente la palabra de Dios, a los que la retienen en la memoria, a los que la rumian en el pensamiento, a los que la cumplen con hechos; elegid a esos a quienes imitar. No diga vuestro corazón: ¿Y dónde encontraremos tales? Sed tales, y encontraréis tales. Toda cosa similar se adhiere a lo similar: si vives perdido, no se unirá a ti sino el perdido. Comienza a vivir bien, y verás cuántos compañeros te rodean, de cuánta fraternidad te alegrarás. Por último, ¿no encuentras a quién imitar? Sé tú a quien otro imite.

3. Sermón debido a los Infantes, sobre el Sacramento del altar. Debemos hoy a los Infantes un sermón sobre el altar de Dios, sobre el Sacramento del altar. Les hemos hablado sobre el sacramento del Símbolo, lo que deben creer: les hemos hablado sobre el sacramento de la oración dominical, cómo deben pedir; y sobre el sacramento de la fuente y el Bautismo. Todo esto lo han escuchado discutido, y lo han recibido entregado: sobre el Sacramento del altar sagrado, que hoy han visto, aún no han escuchado nada; hoy se les debe un sermón sobre esto. Por eso este sermón debe ser breve, tanto por nuestro trabajo, como por la edificación de ellos.

SERMO CCXXIX. Sobre los Sacramentos de los fieles, feria II de Pascua.

FRAGMENTO.

Porque sufrió por nosotros, nos encomendó en este Sacramento su cuerpo y su sangre; lo que también hizo con nosotros mismos. Pues también nosotros hemos sido hechos su cuerpo, y por su misericordia lo que recibimos, somos nosotros. Recordad, y vosotros no erais, y fuisteis creados. Fuisteis llevados al área del Señor: triturados por los trabajos de los bueyes, es decir, de los que anuncian el Evangelio. Cuando erais Catecúmenos, erais guardados en el granero. Disteis vuestros nombres; comenzasteis a ser molidos con ayunos y exorcismos. Después llegasteis al agua, y fuisteis mezclados, y hechos uno: con el fervor del Espíritu Santo añadido fuisteis cocidos; y hechos el pan del Señor. He aquí lo que habéis recibido. Así como veis que es uno lo que se ha hecho, así sed uno vosotros, amándoos, manteniendo una fe, una esperanza, una caridad indivisa. Los herejes cuando reciben esto, reciben testimonio contra sí mismos: porque ellos buscan la división, cuando este pan indica la unidad. Así también el vino estuvo en muchos racimos, y ahora es uno. Es uno en la suavidad del cáliz, después de la presión del lagar. Y vosotros después de aquellos ayunos, después de los

trabajos, después de la humildad y la contrición, ya en el nombre de Cristo habéis llegado al cáliz del Señor: y allí estáis en la mesa, y allí estáis en el cáliz. Con nosotros estáis. Pues juntos tomamos esto, juntos bebemos: porque juntos vivimos.

SERMO CCXXX. En los días de Pascua, I. Sobre el versículo del Salmo CXVII, 24, Este es el día que hizo el Señor.

Como hemos cantado al Señor nuestro, así con su ayuda hagamos. Pues todo día ha sido hecho por el Señor: no obstante, no sin razón de alguno se ha escrito especialmente, Este es el día que hizo el Señor. Leemos cuando Dios creó el cielo y la tierra, que dijo, Hágase la luz; y se hizo la luz. Y Dios llamó a la luz, día; y a las tinieblas, noche (Gén. I, 3, 5). Pero hay otro día cierto para nosotros y especialmente encomiable, del que dice el Apóstol: Como en el día andemos honestamente. Este día vulgar cotidiano, se completa con el sol saliendo y poniéndose. Hay otro día, en el que brilla la palabra de Dios en los corazones de los fieles, y expulsa las tinieblas, no de los ojos, sino de las malas costumbres. Reconozcamos, pues, ese día, en él regocijémonos. Escuchemos al Apóstol diciendo, Porque somos hijos de la luz, e hijos del día: no somos de la noche, ni de las tinieblas (I Tes. V, 5). Como en el día andemos honestamente: no en comilonas y borracheras, no en lechos y lujurias, no en contienda y envidia; sino vestíos del Señor Jesucristo, y no hagáis provisión para la carne en sus concupiscencias (Rom. XIII, 13, 14). Si hacéis esto, cantáis de todo corazón, Este es el día que hizo el Señor. Pues lo que cantáis, sois vosotros, si vivís bien. ¿Cuántos se embriagan en estos días? ¿Cuántos en estos días, no solo se embriagan, sino que además riñen torpemente y cruelmente? Tales no cantan, Este es el día que hizo el Señor. El Señor les responde: Sois tinieblas; no os hice yo. Si queréis ser el día que hizo el Señor, vivid bien; y tendréis la luz de la verdad, que nunca hará ocaso en vuestros corazones.

SERMO CCXXXI. En los días de Pascua, II. Sobre la resurrección de Cristo según Marcos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Discípulos no creyentes justamente reprendidos. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo se lee según la costumbre en estos días de todos los libros del santo Evangelio. En esta lectura observamos cómo el mismo Señor Jesús reprendió a sus discípulos, sus primeros miembros, adheridos a su costado: porque a quien dolían que hubiera sido muerto, no creían que estuviera vivo (Marcos XVI, 14). Padres de la fe, aún no fieles: maestros, para que creyera todo el orbe lo que iban a predicar, y por lo que iban a morir, aún no creían. A quien habían visto resucitar muertos, no creían que hubiera resucitado. Justamente, pues, eran reprendidos: se les mostraba a sí mismos, para que se conocieran a sí mismos quiénes eran por sí mismos, quiénes serían por él. Así también Pedro fue mostrado a sí mismo; cuando, inminente la pasión del Señor, presumió, y viniendo la misma pasión titubeó. Se vio a sí mismo en sí mismo, se dolió de sí mismo en sí mismo, lloró por sí mismo en sí mismo: se volvió a aquel que lo había hecho (Mat. XXVI, 33-35, 69-75). He aquí que estos aún no creían, cuando ya veían. ¡Qué dignación la de aquel que nos dio creer lo que no vemos! Creemos en sus palabras, ellos no creían en sus ojos.

CAPÍTULO II.

2. ¿Qué es el sacramento de la pasión y resurrección de Cristo? El pecado es el origen de la muerte. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo es la nueva vida de los que creen en Jesús, y este es el sacramento de su pasión y resurrección, que debéis conocer y practicar

profundamente. No en vano la vida vino a la muerte. No en vano la fuente de vida, de la cual se bebe para vivir, bebió este cáliz que no le correspondía. No se debía a Cristo morir. Indaguemos de dónde viene la muerte, su origen. El padre de la muerte es el pecado. Si nunca se hubiera pecado, nadie moriría. El primer hombre recibió la ley de Dios, es decir, el mandamiento de Dios con una condición: si lo guardaba, viviría; si lo corrompía, moriría. No creyendo que moriría, hizo lo que lo llevó a la muerte; y descubrió que era verdad lo que había dicho quien había dado la ley. De ahí la muerte, de ahí lo mortal, de ahí el trabajo, de ahí la miseria, de ahí también después de la primera muerte, la segunda muerte, es decir, después de la muerte temporal, la muerte eterna. Por tanto, todo hombre nace sujeto a esta tradición de muerte, a estas leyes del infierno: excepto aquel hombre, que se hizo hombre para que el hombre no pereciera. No vino sujeto a las leyes de la muerte: por eso se dice en el Salmo, "Entre los muertos libre" (Sal. 87, 6). A quien una virgen concibió sin concupiscencia, a quien una virgen dio a luz, y permaneció virgen. Quien vivió sin culpa, quien no murió por culpa: compartiendo con nosotros el castigo, no compartiendo la culpa. El castigo de la culpa es la muerte: el Señor Jesucristo vino a morir, no vino a pecar: compartiendo con nosotros el castigo sin culpa, disolvió tanto la culpa como el castigo. ¿Qué castigo disolvió? El que nos correspondía después de esta vida. Por tanto, fue crucificado, para mostrar en la cruz la caída de nuestro viejo hombre: y resucitó, para mostrar en su vida la novedad de nuestra vida. Así enseña la doctrina apostólica: "Fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación" (Rom. 4, 25). La circuncisión fue dada a los Padres como señal de esto, para que todo varón fuera circuncidado al octavo día (Gén. 17, 12). La circuncisión se realizaba con cuchillos de piedra (Josué 5, 2): porque la piedra era Cristo (1 Cor. 10, 4). En esta circuncisión se significaba el despojo de la vida carnal al octavo día por la resurrección de Cristo. El séptimo día de la semana se completa con el sábado. El sábado el Señor yacía en el sepulcro, el séptimo del sábado: resucitó el octavo. Su resurrección nos renueva. Por tanto, resucitando al octavo día nos circuncida. En esta esperanza vivimos.

CAPÍTULO III.

3. La buena vida comprende la muerte y la resurrección. Escuchemos al Apóstol diciendo, "Si habéis resucitado con Cristo." ¿Cómo resucitamos, quienes aún no hemos muerto? ¿Qué quiso decir entonces el Apóstol, "Si habéis resucitado con Cristo"? ¿Acaso él habría resucitado, si no hubiera muerto primero? Hablaba a los vivos, aún no muertos, y ya resucitados? ¿Qué significa esto? Veamos lo que dice: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios: saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto." Lo dice el Apóstol, no yo: pero dice la verdad; y por eso lo digo yo también. ¿Por qué lo digo yo también? Creí, por eso hablé (Sal. 115, 1). Si vivimos bien, hemos muerto, y hemos resucitado. Pero quien aún no ha muerto, ni ha resucitado, vive mal todavía: y si vive mal, no vive: muera, para no morir. ¿Qué significa, muera, para no morir? Cambie, para no ser condenado. "Si habéis resucitado con Cristo," repito las palabras del Apóstol, "buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios: saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces vosotros también apareceréis con él en gloria" (Col. 3, 1-4). Estas son las palabras del Apóstol. A quien aún no ha muerto, le digo que muera: a quien aún vive mal, le digo que cambie. Porque si vivía mal, y ya no vive mal, ha muerto: si vive bien, ha resucitado.

CAPÍTULO IV.

4. Qué es vivir bien. Buscar la vida bienaventurada en la tierra, mentira. Pero, ¿qué es vivir bien? Saborear las cosas de arriba, no las de la tierra. ¿Hasta cuándo eres tierra, y a la tierra vas (Gén. 3, 19)? ¿Hasta cuándo lames la tierra? Amando la tierra, ciertamente lames la tierra, y te haces enemigo de aquel de quien dice el Salmo: "Y sus enemigos lamerán la tierra" (Sal. 71, 9). ¿Qué erais? Hijos de los hombres. ¿Qué sois? Hijos de Dios. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? ¿Qué mentira buscáis? Lo digo ahora. Queréis ser bienaventurados, lo sé. Dame un hombre ladrón, malvado, fornicador, hechicero, sacrílego, manchado de todos los vicios, cubierto de todos los crímenes o fechorías, que no quiera vivir bienaventuradamente. Lo sé, todos queréis vivir bienaventuradamente: pero no queréis buscar de dónde vive bienaventuradamente el hombre. Buscas oro, porque piensas que serás bienaventurado por el oro: pero el oro no te hace bienaventurado. ¿Por qué buscas la mentira? ¿Por qué quieres ser elevado en este mundo? Porque piensas que serás bienaventurado por el honor de los hombres y la pompa del mundo: pero la pompa del mundo no te hace bienaventurado. ¿Por qué buscas la mentira? Y cualquier otra cosa que busques aquí, cuando la buscas mundanamente, cuando la buscas amando la tierra, cuando la buscas lamiendo la tierra; por eso la buscas, para ser bienaventurado: pero ninguna cosa terrena te hace bienaventurado. ¿Por qué no cesas de buscar la mentira? ¿De dónde serás bienaventurado? Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿No queréis ser pesados de corazón, quienes cargáis vuestro corazón con la tierra? ¿Hasta cuándo fueron pesados de corazón los hombres? Antes de que viniera Cristo, antes de que resucitara Cristo, los hombres eran pesados de corazón. ¿Hasta cuándo pesados de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? Queriendo ser bienaventurados, buscáis aquellas cosas por las que sois miserables. Os engaña lo que buscáis: es mentira lo que buscáis.

CAPÍTULO V.

5. Dónde buscar la vida bienaventurada. ¿Quieres ser bienaventurado? Te muestro, si quieres, de dónde serás bienaventurado. Sigue allí: "¿Hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? Sabed." ¿Qué? "Que el Señor ha magnificado a su Santo" (Sal. 4, 3, 4). Cristo vino a nuestras miserias; tuvo hambre, tuvo sed, se fatigó, durmió; hizo maravillas, sufrió males, fue azotado, coronado de espinas, cubierto de escupitajos, golpeado con bofetadas, clavado en la cruz, herido con una lanza, puesto en el sepulcro; pero al tercer día resucitó, terminado el trabajo, muerta la muerte. Mirad allí con atención su resurrección; porque así magnificó a su Santo, que lo resucitó de entre los muertos, y le dio honor en el cielo sentándolo a su derecha. Te mostró lo que debes saborear, si quieres ser bienaventurado: aquí no puedes serlo. En esta vida no puedes ser bienaventurado: nadie puede. Buscas una buena cosa, pero esta tierra no es la región de esa cosa que buscas. ¿Qué buscas? La vida bienaventurada. Pero no está aquí. Si buscaras oro en un lugar donde no está, quien sabe que no está allí, ¿no te diría: ¿Por qué cavas? ¿Por qué molestas la tierra? Haces un hoyo para descender, no para encontrar algo. ¿Qué responderás al que te advierte? Busco oro. Y él: No te digo que no hay nada de lo que buscas; sino que no está donde buscas. Así también yo cuando dices, Quiero ser bienaventurado; buscas una buena cosa, pero no está aquí. Si Cristo lo tuvo aquí, lo tendrás tú también. En la región de tu muerte, mira lo que encontró él: viniendo de otra región, ¿qué encontró aquí, sino lo que aquí abunda? Comió contigo lo que abunda en la despensa de tu miseria. Aquí bebió vinagre, aquí tuvo hiel. Mira lo que encontró en tu despensa. Pero te invitó a su gran mesa, la mesa del cielo, la mesa de los ángeles, donde él mismo es el pan. Descendiendo, pues, y encontrando estos males en tu despensa, y no desdeñó tal mesa tuya, y te prometió la suya. ¿Y qué nos dice? Creed, creed que vendréis a los bienes de mi mesa, cuando no desdeñé los males de

vuestra mesa. ¿Tomó tu mal, y no te dará su bien? Sin duda te lo dará. Nos prometió su vida: pero es más increíble lo que hizo. Nos dio su muerte como prenda: como si dijera, Os invito a mi vida, donde nadie muere, donde verdaderamente hay vida bienaventurada, donde el alimento no se corrompe, donde alimenta y no se agota. Mira a dónde os invito, a la región de los ángeles, a la amistad del Padre y del Espíritu Santo, a la cena eterna, a mi fraternidad; finalmente a mí mismo, a mi vida os invito. ¿No queréis creer que os daré mi vida? Tomad como prenda mi muerte. Ahora, pues, mientras vivimos en esta carne corruptible, muramos con Cristo por el cambio de costumbres, vivamos con Cristo por el amor a la justicia: no recibiremos la vida bienaventurada, sino cuando lleguemos a aquel que vino a nosotros, y comencemos a estar con aquel que murió por nosotros.

SERMON 232. En los días de Pascua, III. Sobre la resurrección de Cristo según Lucas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La resurrección solía ser leída según los cuatro evangelistas. La pasión solo según Mateo. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo también se ha leído hoy; pero del otro libro del Evangelio, que es según Lucas. Primero se leyó según Mateo, ayer según Marcos, hoy según Lucas: así es el orden de los evangelistas. Pues así como su pasión fue escrita por todos los evangelistas; así estos siete u ocho días dan espacio para que se lea la resurrección del Señor según todos los evangelistas. Pero la pasión, porque se lee en un solo día, no suele leerse sino según Mateo. Alguna vez quise que cada año se leyera la pasión según todos los evangelistas: se hizo; no escucharon los hombres lo que estaban acostumbrados, y se perturbaron. Pero quien ama las Escrituras de Dios, y no quiere ser siempre ignorante, lo sabe todo, y todo lo investiga diligentemente. Pero así como Dios ha repartido a cada uno la medida de la fe, así cada uno progresa.

CAPÍTULO II.

2. Incredulidad de los discípulos al oír de la resurrección de Cristo. Ahora prestemos atención a lo que hoy, al ser leído, hemos escuchado: pues lo que ayer recomendé a vuestra Caridad, hoy lo hemos escuchado más claramente, la incredulidad de los discípulos: para que entendamos cuánto nos ha sido concedido por su gracia, para que creamos lo que no hemos visto. Los llamó, los instruyó, vivió con ellos en la tierra, hizo ante sus ojos tantas maravillas hasta resucitar muertos. Resucitó muertos, no se creía que pudiera resucitar su propia carne. Vinieron mujeres al sepulcro: no encontraron el cuerpo en el sepulcro; oyeron de los ángeles que el Señor había resucitado: las mujeres lo anunciaron a los hombres. ¿Y qué está escrito? ¿Qué habéis oído? Les pareció a sus ojos como un delirio. ¡Gran infelicidad de la condición humana! Cuando Eva habló lo que había dicho la serpiente, fue escuchada rápidamente. Se creyó a una mujer mentirosa, para que muriéramos: no se creyó a las mujeres que decían la verdad, para que viviéramos. Si no se debía creer a las mujeres, ¿por qué Adán creyó a Eva? Si se debía creer a las mujeres, ¿por qué los discípulos no creyeron a las santas mujeres? Y por eso en este hecho debe considerarse la benigna disposición de nuestro Señor. Pues esto es lo que hizo el Señor Jesucristo, que primero el sexo femenino anunciara que había resucitado. Porque por el sexo femenino cayó el hombre, por el sexo femenino fue restaurado el hombre, porque una virgen había dado a luz a Cristo, una mujer anunciaba que había resucitado. Por una mujer la muerte, por una mujer la vida. Pero los discípulos no creyeron lo que decían las mujeres: pensaron que deliraban, cuando sin embargo anunciaban la verdad.

CAPÍTULO III.

3. Los discípulos se desvían hacia opiniones ajenas sobre Cristo. La confesión de Pedro sobre Cristo. He aquí que otros dos caminaban por el camino, y hablaban entre sí de lo que había sucedido en Jerusalén, de la iniquidad de los judíos, de la muerte de Cristo: caminaban conversando, y como lamentando a un muerto, sin saber que había resucitado. Se les apareció también a ellos, se hizo el tercer caminante, mezcló con ellos amistosas conversaciones. Sus ojos estaban retenidos, para que no lo reconocieran. Pues era necesario que el corazón fuera mejor instruido: se difiere el reconocimiento: les pregunta de qué hablaban entre sí, para que confesaran lo que él ya sabía. Y como habéis oído, se maravillaron porque se les preguntaba como por un ignorante sobre un asunto tan claro y manifiesto. "¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha sucedido?" Y él dijo: "¿Qué?" "De Jesús Nazareno, que fue profeta poderoso en obras y palabras" (Luc. 24, 1-19). ¿Es esto, oh discípulos? ¿Era Cristo un profeta, el Señor de los profetas? ¿Le ponéis al juez vuestro el nombre de un pregonero? Habían llegado a las palabras de los extraños. ¿Qué significa lo que dije, palabras de extraños? Recordad cuando el mismo Jesús dijo a sus discípulos, "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" Respondieron opiniones ajenas. Unos dicen que eres Elías; otros, que Juan el Bautista; otros, que Jeremías, o uno de los profetas. Esas palabras eran de extraños, no de los discípulos. He aquí que los discípulos llegaron a esas mismas palabras. Ahora, pues, vosotros, ¿quién decís que soy yo? Me habéis respondido opiniones ajenas, quiero oír vuestra fe. Entonces dijo Pedro, uno por todos, porque la unidad está en todos: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo." No cualquiera de los profetas, sino el Hijo del Dios vivo; el cumplidor de los profetas, el creador de los ángeles. "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo." Oyó lo que le correspondía oír de esta voz, y de tal voz. "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos: y todo lo que ates en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desates en la tierra, será desatado en el cielo." La fe mereció oír esto, no el hombre. Pues, ¿qué era el hombre, sino lo que dice el Salmo, "Todo hombre es mentiroso" (Sal. 115, 11)?

CAPÍTULO IV.

4. La humana consideración de Pedro sobre Cristo. Inmediatamente después de estas palabras, les anunció su pasión y muerte. Pedro se espantó, y dijo: "¡Lejos de ti, Señor, no sucederá esto!" Entonces el Señor: "¡Apártate de mí, Satanás!" ¿Pedro, Satanás? ¿Dónde están aquellas palabras, "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona"? ¿Acaso Satanás es bienaventurado? Bienaventurado, por lo de Dios: Satanás, por lo del hombre. Pues el mismo Señor explicó por qué lo llamó Satanás: "Porque no saboreas las cosas de Dios; sino las de los hombres" (Mat. 16, 13-23). ¿De dónde entonces bienaventurado? Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¿De dónde después Satanás? No saboreas las cosas de Dios; que cuando las saboreabas, eras bienaventurado: pero saboreas las cosas de los hombres. He aquí cómo alternaba el alma de los discípulos, como de un orto y un ocaso: ahora estaba de pie, ahora yacía; ahora se iluminaba, ahora se oscurecía; porque de Dios se iluminaba, de sí mismo se oscurecía. ¿De dónde se iluminaba? "Acudid a él, y seréis iluminados" (Sal. 33, 6). ¿De dónde se oscurecía? "El que habla mentira, de lo suyo habla" (Juan 8, 44). Había dicho Hijo del Dios vivo, y temía que muriera, siendo Hijo de Dios, y habiendo venido para morir. Si no hubiera venido para morir, ¿de dónde viviríamos nosotros?

CAPÍTULO V.

5. Ni la muerte se debía a Cristo, ni la vida a nosotros. ¿De dónde la vida para nosotros, de dónde la muerte para él? Míralo a él: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con

Dios, y el Verbo era Dios." Busca allí la muerte. ¿Dónde? ¿de dónde? ¿cómo? Era el Verbo, el Verbo con Dios, Dios el Verbo. Si encuentras allí carne y sangre, encuentras muerte. Entonces, ¿de dónde la muerte para ese Verbo? Pero para nosotros, hombres en la tierra, mortales, corruptibles, pecadores, ¿de dónde la vida? No había para él de dónde tener muerte; no teníamos nosotros de dónde tener vida: él tomó la muerte de lo nuestro, para darnos la vida de lo suyo. ¿Cómo él la muerte de lo nuestro? "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros." Tomó de aquí de nosotros, lo que ofreciera por nosotros. Pero, ¿de dónde la vida para nosotros? "Y la vida era la luz de los hombres" (Juan 1, 1, 14, 4). Él es para nosotros vida, nosotros para él muerte. Pero, ¿qué clase de muerte? Por dignación, no por condición; porque se dignó, porque quiso, porque tuvo misericordia: murió por potestad. "Tengo potestad de poner mi vida, y potestad de volverla a tomar" (Id. 10, 18). Esto no lo sabía Pedro, cuando al oír de la muerte del Señor se espantó. Pero he aquí que ya había dicho el Señor que moriría, y resucitaría al tercer día. Se hizo lo que había predicho, y no creían los que lo habían oído. He aquí que ya es el tercer día desde que estas cosas sucedieron; y nosotros esperábamos que él sería el que redimiría a Israel (Luc. 24, 21). ¿Esperabais, ya desesperáis? ¿caísteis de la esperanza? Os levanta quien camina con vosotros. Eran discípulos, lo habían oído a él, habían vivido con él, conocían a su maestro, habían sido instruidos por él, ¡y no pudieron imitar y tener la fe del ladrón colgado en la cruz!

CAPÍTULO VI.

6. ¡Qué grande es la fe del ladrón, cuando los discípulos titubean! Pero tal vez algunos de ustedes no saben lo que dije sobre el ladrón, al no escuchar la pasión según todos los Evangelistas. Pues este evangelista Lucas narró lo que digo. Porque dos ladrones fueron crucificados con Cristo, ¿no lo dijo también Mateo (Mat. XXVII, 38)? Pero uno de esos ladrones insultó al Señor, y el otro creyó en Cristo; Mateo no lo dijo, Lucas sí lo dijo. Recordemos la fe del ladrón, que Cristo no encontró en sus discípulos después de la resurrección. Cristo colgaba en la cruz, y el ladrón también: en medio Él, ellos a los lados. Uno insulta, el otro cree, el del medio juzga. Pues el que insultaba dijo: Si eres el Hijo de Dios, sálvate. Y el otro le respondió: ¿No temes a Dios? Si nosotros sufrimos por nuestros hechos, ¿qué hizo Él? Y volviéndose a Él: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino. ¡Gran fe! No sé qué se le podría añadir a esta fe. Titubearon aquellos que vieron a Cristo resucitar muertos: creyó aquel que lo veía colgando en el madero. Cuando ellos titubearon, entonces él creyó. ¿Qué fruto percibió Cristo del madero seco? Escuchemos lo que le dijo el Señor. En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 39-43). Tú te demoras, yo te reconozco. ¿Cuándo esperaría el ladrón, del latrocinio al juez, del juez a la cruz, de la cruz al paraíso? Finalmente, él mismo, considerando sus méritos, no dijo, Acuérdate de mí, para que me liberes hoy: sino, cuando vengas en tu reino, entonces acuérdate de mí; para que si me deben tormentos, al menos hasta que vengas en tu reino. Y Él: No así; has invadido el reino de los cielos, has hecho violencia, has creído, has arrebatado. Hoy estarás conmigo en el paraíso. No te demoro: a una fe tan grande hoy le devuelvo lo que le debo. El ladrón dice, Acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino. No solo creía que resucitaría, sino también que reinaría. Colgando, crucificado, sangrante, adherido: Cuando vengas, dice, en tu reino. Y ellos, Nosotros esperábamos. Donde el ladrón encontró esperanza, el discípulo la perdió.

CAPÍTULO VII.

7. En la fracción del pan se reconoce al Señor. Luego ya, amadísimos, escuchen el gran sacramento que hemos conocido. Caminaba con ellos, es recibido en hospedaje, parte el pan,

y es reconocido (Luc. XXIV, 21-31). Y no digamos que no conocemos a Cristo: lo conocemos, si creemos. Es poco, lo conocemos si creemos; lo tenemos si creemos. Ellos tenían a Cristo en el banquete, nosotros dentro en el alma. Es más tener a Cristo en el corazón, que en la casa. Pues nuestro corazón es más interior a nosotros que nuestra casa. Ahora bien, ¿dónde debe reconocerlo el fiel? Lo reconoce quien es fiel: pero quien es catecúmeno, lo ignora. Pero nadie le cierre la puerta, para que lo conozca.

8. A los penitentes. Ayer advertí, y advierto a vuestra Caridad, que la resurrección de Cristo está en nosotros, si vivimos bien; si nuestra vida vieja y mala muere, y cada día progresa la nueva (En el sermón anterior, nn. 2, 3). Aquí abundan los penitentes: cuando se les impone la mano, se forma un orden larguísimo. Oren, penitentes; y van a orar los penitentes. Examino a los penitentes, y encuentro a quienes viven mal. ¿Cómo se arrepiente de lo que se hace? Si se arrepiente, no se haga. Pero si se hace, el nombre yerra, el crimen permanece. Algunos pidieron para sí el lugar de penitencia; algunos excomulgados por nosotros fueron reducidos al lugar de penitencia: y quienes lo pidieron para sí, quieren hacer lo que hacían; y quienes fueron excomulgados por nosotros y reducidos al lugar de penitencia, no quieren levantarse de allí, como si el lugar de los penitentes fuera elegido. El lugar que debe ser de humildad, se convierte en lugar de iniquidad. A ustedes les digo, que son llamados penitentes, y no lo son: a ustedes les digo. ¿Qué les diré? Los alabo, en esto no los alabo: pero gimo y lloro.

CAPÍTULO VIII.

¿Y qué haré, hecho vil canto? Cambien, cambien, les ruego. El fin de la vida es incierto. Todo hombre camina con su caída. ¿Por qué difieren vivir bien, cuando piensan que la vida será larga? Piensan que la vida será larga, ¿y no temen la muerte repentina? Pero he aquí que sea larga: y busco un penitente, y no lo encuentro. ¿Cuánto mejor será una vida larga buena, que mala? Nadie soporta una larga cena mala, todos quieren tener una larga vida mala. Ciertamente, si es grande lo que vivimos, que sea bueno ese grande. ¿Qué quieres de malo, dime, en todos tus actos, pensamientos, deseos? No quieres una tierra mala, no quieres ciertamente una cosecha mala, sino buena; un árbol bueno, un caballo bueno, un siervo bueno, un amigo bueno, un hijo bueno, una esposa buena. ¿Y por qué menciono estas cosas grandes: cuando ni siquiera quieres tener una mala vestimenta, sino buena; finalmente, ni siquiera quieres una mala bota, sino buena? O dame algo que quieras que sea malo, ni quieras algo bueno. Creo que no quieres una villa mala, sino buena; ¿solo quieres un alma mala? ¿Qué te has hecho? ¿Qué mal has merecido de ti mismo? Entre tus bienes no quieres que haya mal, excepto tú solo. Piensen que digo lo que suelo, y hacen lo que suelen. Yo ante Dios sacudo mis vestiduras. Temo que se me impute, porque no digo. Cumpló mi oficio, busco su fruto; quiero tener gozo de sus buenas obras, no dinero. Pues quien vive bien, no me hace rico. Y sin embargo, que viva bien, y lo hace. Mis riquezas no son sino su esperanza en Cristo. Mi gozo, mi consuelo, y mi alivio de mis peligros en estas tentaciones no es otro, sino su buena vida. Les ruego, hermanos, si se han olvidado de ustedes, tengan misericordia de mí.

SERMO CCXXXIII. En los días de Pascua, IV. De la resurrección de Cristo según Marcos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe en la resurrección es propia de los cristianos. Han escuchado la lectura del santo Evangelio sobre la resurrección de Cristo. En la resurrección de Cristo se ha establecido nuestra fe. La pasión de Cristo la creyeron tanto los paganos como los impíos y los judíos: la resurrección solo los cristianos. La pasión de Cristo significa las miserias de esta vida: la resurrección de Cristo muestra la bienaventuranza de la vida futura. En el presente

trabajemos: en el futuro esperemos. Ahora es tiempo de obra: entonces de recompensa. Quien es perezoso en presentar la obra, es impudente en exigir la recompensa. Han escuchado lo que dijo a sus discípulos después de la resurrección. Los envió a predicar el Evangelio, y así fue: se predicó el Evangelio, llegó a nosotros. Y he aquí, En toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5). Caminando y caminando, el Evangelio llegó a nosotros, y a los confines de la tierra. Brevemente nos estableció, hablando a sus discípulos, qué debemos hacer, qué debemos esperar. Pues dijo, como escucharon cuando hablaba: Quien creyere y fuere bautizado, será salvo (Mar. XVI, 16). Se nos exige fe, se nos ofrece salvación: Quien creyere y fuere bautizado, será salvo. Es precioso lo que se nos promete, es gratuito lo que se nos ordena.

2.---La salvación prometida a los creyentes debe distinguirse de la salvación temporal. Cristo es la fuente de vida.---Quien creyere y fuere bautizado, será salvo. ¿Qué? ¿quienes escuchaban esto, no eran salvos? ¿No creen muchos salvos, y son salvos antes de creer? Salvos ciertamente: pero vana es la salvación de los hombres (Sal. LIX, 13). ¿Qué clase de salvación es esta, que tienes en común con tu bestia? Sin embargo, ¿de dónde viene incluso esta, sino de aquel, de quien está escrito: Hombres y bestias salvarás, Señor? Y añadió: Según la multitud de tu misericordia, Dios. Pues tan grande es la multitud de tu misericordia, que viene de ti la salvación a esta carne mortal de los hombres, y también a la carne de los animales. Esta es la multitud de tu misericordia. ¿A tus hijos qué? He aquí hombres y bestias salvarás, Señor. ¿Nada más para nosotros? ¿Lo que a cualquier hombre, lo que a las bestias, eso se nos concede también a nosotros? No, ciertamente no.

CAPÍTULO II.

Pero ¿qué? Escucha: Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas: se saciarán de la abundancia de tu casa, y los abreviarás del torrente de tus delicias. Porque contigo está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 7-10). Cristo es la fuente de la vida. Teníamos salvación con las bestias, hasta que llegó a nosotros la fuente de la vida: la fuente de la vida vino a nosotros, y la fuente de la vida murió por nosotros. ¿Negará su vida, quien nos dio su muerte? Esa es la salvación, que no es vana. ¿Por qué? Porque no pasa.

3. En qué se diferencian los hombres y los hijos de los hombres. Debe observarse bien esta distinción, Hombres y bestias salvarás, Señor: Hombres, pertenecientes al hombre. Pero los hijos de los hombres, pertenecientes al Hijo del hombre, esperarán bajo la sombra de tus alas. Pongan ante sus ojos a dos hombres. Erijan la fe, despierte su corazón: recuerden al hombre en quien fuimos engañados; recuerden al hombre por quien fuimos redimidos. ¿Aquel hombre acaso era hijo de hombre? Adán era hombre, no era hijo de hombre. Por eso el Señor Cristo continuamente se llama a sí mismo hijo de hombre, para hacernos recordar al hombre que no fue hijo de hombre: para que recordemos en aquel la muerte, en este la vida; en aquel el pecado, en este la remisión de los pecados; en aquel la esclavitud, en este la libertad; en aquel la condenación, en este la absolución. Estos dos hombres, pues, están significados en estas palabras, Hombres y bestias salvarás, Señor. Hombres, pertenecientes al hombre: y bestias, junto con las bestias los salvarás. Pues el hombre en honor no entendió, como está escrito: El hombre en honor no entendió; fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal. XLVIII, 13). Por eso, Hombres y bestias, a quienes se hicieron semejantes los hombres, porque no entendieron, y a aquellos sobre quienes fueron creados para dominar, fueron comparados, los salvarás.

CAPÍTULO III.

4. La verdadera salvación aquí no fue encontrada por Cristo. Cristo nació mortal, para quitar la muerte. ¿Acaso esa es la salvación, de la que se dijo, Quien creyere, y fuere bautizado, será salvo? Otra es esa salvación, muy diferente. Los ángeles la tienen: no la busquen en la tierra. Es grande, pero no está aquí. No es esta cosa de esta región, no está aquí tal salvación. Arriba el corazón. ¿Qué buscas aquí en la tierra esa salvación? Esa salvación vino aquí, y encontró nuestra muerte aquí. ¿Acaso nuestro Señor Jesucristo, cuando vino a nosotros en la carne, encontró aquí esa salvación en nuestra región? Algo grande trajo aquí este mercader de su región viniendo: este mercader encontró en nuestra región lo que aquí abunda. ¿Qué abunda aquí? Nacer y morir. La tierra está llena de estas mercancías, nacer y morir. Nació, y murió. Pero ¿de qué manera nació? Vino a esta región, pero no por el camino por el que nosotros venimos. Pues del cielo vino del Padre. Y sin embargo, nació mortal. Nació del Espíritu Santo de la virgen María. ¿Acaso nosotros así de Adán y Eva? Nosotros por la concupiscencia de la carne, él no por ella. Pues María virgen sin abrazo viril, sin el ardor de la concupiscencia; para que no sufriera este ardor, por eso se le dijo, El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). La virgen María, pues, no concibió por concubinato, sino que creyó y concibió. Pues nació mortal para los mortales. ¿Por qué mortal? Porque en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3): no en carne de pecado, sino en semejanza de carne de pecado. ¿Qué tiene la carne de pecado? Muerte y pecado. ¿Qué tuvo la semejanza de carne de pecado? Muerte sin pecado. Si tuviera pecado, sería carne de pecado: si no tuviera muerte, no sería semejanza de carne de pecado. Así vino, el Salvador vino: murió, pero mató a la muerte: terminó en sí mismo lo que temíamos; la asumió, y la mató; como el más grande cazador capturó al león, y lo mató.

CAPÍTULO IV.

5. La muerte en Cristo muerta. ¿Dónde está la muerte? Búscala en Cristo, ya no está: pero estuvo, y murió allí. ¡Oh vida, muerte de la muerte! Tengan buen ánimo, morirá también en nosotros. Lo que precedió en la cabeza, se devolverá en los miembros: morirá también en nosotros la muerte. Pero ¿cuándo? Al final del siglo, en la resurrección de los muertos, que creemos, y de la que no dudamos. Pues quien creyere y fuere bautizado, él será salvo. Sigue lo que debes temer: Pero quien no creyere, será condenado. Por tanto, la muerte morirá en nosotros, vivirá en los condenados. Donde la muerte no conocerá la muerte, será muerte sempiterna: porque serán tormentos eternos. En nosotros morirá, y no será. ¿Quieren saberlo? Les digo pocas palabras de los triunfantes, para que tengan qué meditar, qué cantar con el corazón, qué esperar con todo el ánimo, qué buscar con fe y buena obra. Escuchen las palabras de los triunfantes, cuando no habrá muerte; cuando también en nosotros, como en nuestra cabeza, morirá la muerte. El apóstol Pablo dice: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria. Les dije que morirá la muerte en nosotros: Absorbida es la muerte en victoria. Esta es la muerte de la muerte. Será absorbida, para que no aparezca. ¿Qué es, para que no aparezca? Para que no sea, ni dentro, ni fuera. Absorbida es la muerte en victoria. Alégrense los triunfantes; alégrense, digan lo que sigue: ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, Capturaste, poseíste, venciste, y te dijiste a ti misma; golpeaste, y mataste; ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿dónde está, muerte, tu aguijón? ¿No lo rompió mi Señor? Oh muerte, cuando te aferraste a mi Señor, entonces también para mí pericliste. Con esta salvación será salvo, quien creyere y fuere bautizado. Pero quien no creyere, será condenado. Huyan de la condenación, amen y esperen la salvación eterna.

SERMO CCXXXIV. En los días de Pascua, V. De la resurrección de Cristo según Lucas.

1. Deben leerse los cuatro Evangelios. Cuatro Evangelistas necesarios. La resurrección del Señor según los cuatro Evangelistas se lee en estos días. Pues es necesario que se lean todos, porque cada uno no dijo todo; sino que lo que uno omitió, otro lo dijo: y de algún modo se dieron lugar todos, para que todos fueran necesarios. El evangelista Marcos, cuyo Evangelio se recitó ayer, dijo brevemente lo que Lucas expuso más ampliamente, sobre dos ciertos discípulos, que no eran del número de los doce, pero sin embargo eran discípulos a quienes el Señor apareció mientras caminaban. Pues aquel solo dijo que apareció a dos caminando: pero este evangelista Lucas, y qué les dijo, y qué les respondieron, y hasta dónde caminó con ellos, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan; todo esto lo dijo, como hemos escuchado.

2. Discípulos dudando de Cristo, vencidos por el ladrón. ¿Qué, pues, hermanos, qué discutimos aquí? Nos edificamos para creer que el Señor Cristo resucitó. Ya creíamos cuando escuchamos el Evangelio, y en esta iglesia hoy entramos creyentes: y sin embargo, no sé cómo con gozo se escucha, lo que la memoria renueva. ¿Cómo quieren que se alegre nuestro corazón, cuando parecemos ser mejores que aquellos que caminaban en el camino, y a quienes el Señor apareció? Pues nosotros creemos lo que ellos aún no creían. Habían perdido la esperanza, y nosotros no dudamos, de lo que ellos dudaban. Con el Señor crucificado perdieron la esperanza: esto apareció en sus palabras, cuando les dijo, ¿Cuáles son estas palabras que tienen entre ustedes, y por qué están tristes? Y ellos: ¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén, y no sabes lo que ha sucedido allí? Y él respondió: ¿Qué? Sabiendo todo de sí mismo preguntaba: porque deseaba estar en ellos. ¿Qué? dijo. Y ellos: De Jesús Nazareno, que fue un profeta, grande en palabras y hechos. He aquí que somos mejores. Ellos decían que Cristo era un profeta: nosotros lo conocemos como el Señor de los Profetas, Fue, dicen, un profeta grande en hechos y palabras. Y cómo los príncipes de los sacerdotes lo crucificaron: y he aquí que es el tercer día desde que todo esto sucedió. Pero nosotros esperábamos. ¿Esperaban: ya no esperan? ¿Este es todo su discipulado? En la cruz el ladrón los venció. Ustedes olvidaron a quien enseñaba: él reconoció con quien colgaba. Nosotros esperábamos. ¿Qué esperaban? Que él era quien iba a redimir a Israel. Lo que esperaban, y con él crucificado perdieron, esto el ladrón crucificado reconoció. Pues dijo al Señor: Señor, acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 42). He aquí que él era quien iba a redimir a Israel. Aquella cruz, era una escuela. Allí el Maestro enseñó al ladrón. El madero del colgado, se hizo cátedra del que enseña. Pero quien se devolvió a ustedes, les devuelva la esperanza. Así fue hecho. Recuerden, sin embargo, amadísimos, cómo el Señor Jesús quiso ser reconocido por ellos, cuyos ojos estaban retenidos para que no lo reconocieran, en la fracción del pan. Los fieles saben lo que digo: conocen a Cristo en la fracción del pan. Pues no todo pan, sino recibiendo la bendición de Cristo, se convierte en el cuerpo de Cristo. Allí lo reconocieron, se regocijaron, fueron a otros: ya sabiendo encontraron, narrando lo que habían visto, añadieron al Evangelio (Id. XXIV, 13-35). Fueron dichas, fueron hechas, fueron escritas: llegaron a nosotros.

3. La fe que distingue a los cristianos de los paganos y judíos. ¿En qué se diferencia la fe de los cristianos de la fe de los demonios? Creemos en Cristo crucificado; pero en aquel que resucitó al tercer día. Esta es la fe que nos distingue de ellos, nos distingue de los paganos, nos distingue de los judíos; la fe con la que creemos que Cristo resucitó de entre los muertos. El Apóstol dice a Timoteo: "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David, según mi evangelio" (II Tim. II, 8). Y también el mismo Apóstol: "Porque si crees en tu corazón que Jesús es el Señor, y confiesas con tu boca que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo" (Rom. X, 9). Esta es la salvación de la que hablé ayer (En el sermón anterior). "El que crea y sea bautizado, será salvo" (Marcos XVI, 16). Sé que ustedes creen: serán salvos. Retengan en el corazón, proclamen con la boca que Cristo

resucitó de entre los muertos. Pero tengan la fe de los cristianos, no la de los demonios. He aquí que les distingo estas cosas: lo que es mío, lo distingo; según la gracia de Dios que me ha sido dada, les distingo. Cuando haya distinguido, elijan, amen. He aquí que dije, esta fe, con la que creemos que Jesucristo resucitó de entre los muertos, nos distingue de los paganos. Pregunta a un pagano si Cristo fue crucificado: clama, mucho. Si resucitó: lo niega. Pregunta a un judío si Cristo fue crucificado: confiesa el crimen de sus padres; confiesa el crimen, en el que también tiene parte. Bebe lo que sus padres le ofrecieron: "Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mateo XXVII, 25). Pero pregúntale si resucitó de entre los muertos: lo negará, se burlará, acusará. Estamos distinguidos. Creemos que Cristo, descendiente de David según la carne, resucitó de entre los muertos. ¿Acaso los demonios no sabían esto, o no creían lo que también vieron? Aún antes de que resucitara, clamaban y decían: "Sabemos quién eres, el Hijo de Dios". Nos distinguimos de los paganos creyendo que Cristo resucitó: si podemos algo, distingámonos de los demonios. ¿Qué es, les ruego, qué es lo que dijeron los demonios? "Sabemos quién eres, el Hijo de Dios". Y escuchan, "Calla" (Marcos I, 24, 25). ¿No dijeron esto mismo que Pedro, cuando les preguntó y dijo: "¿Quién dicen los hombres que soy yo?" Y cuando respondieron opiniones ajenas, añadió y preguntó diciendo: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?" Respondió Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Esto dijeron los demonios, esto Pedro: esto los espíritus malignos, esto el Apóstol. Y escuchan los demonios, "Callen": escucha Pedro, "Bienaventurado eres" (Mateo XVI, 13-17). Lo que los distinguía a ellos, que nos distinga también a nosotros. ¿De dónde clamaban esto los demonios? Temiendo. ¿De dónde Pedro? Amando. Elijan, amen. Esta es la fe que distingue a los cristianos de los demonios; no cualquier fe. Pues dice el apóstol Santiago, "Tú crees": la Epístola del apóstol Santiago dice esto: "Tú crees que hay un solo Dios: bien haces. También los demonios creen, y tiemblan" (Santiago II, 19). Él mismo dijo esto, quien en la misma Epístola escribió, "Si alguno tiene fe, pero no tiene obras, ¿puede la fe salvarlo?" (Ibid. 14). Y el apóstol Pablo, distinguiendo, dice: "Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión; sino la fe que obra por el amor" (Gálatas V, 6). Hemos distinguido, hemos separado: más bien, la encontramos distinta, la leemos distinta, aprendimos que es distinta. Así como nos distinguimos por la fe, así distingúémonos también por las costumbres, así distingúémonos también por las obras, encendidos por la caridad, que los demonios no tenían. Con ese fuego ardían también aquellos dos en el camino. Pues al conocer a Cristo y al separarse de ellos, dijeron entre sí: "¿No ardía nuestro corazón en el camino, cuando nos abría las Escrituras?" (Lucas XXIV, 32). Ardan - no ardan con el fuego con el que arderán los demonios (Mateo XXV, 41). Ardan con el fuego de la caridad, para que se distingan de los demonios. Este ardor los eleva hacia arriba, los levanta hacia el cielo. Cualquier molestia que sufran en la tierra, por mucho que el corazón cristiano sea humillado y oprimido por el enemigo; el ardor del amor busca lo más alto. Tomen un ejemplo. Si sostienes una antorcha encendida, sostenla recta hacia arriba; la llama se eleva al cielo: baja la antorcha, la llama va al cielo: pon la antorcha hacia abajo, ¿acaso también bajas la llama a la tierra? Hacia donde se incline la antorcha encendida, la llama no conoce otro camino, busca el cielo. Enciéndanse con el fuego de la caridad: hagan que ardan con alabanzas a Dios y con las mejores costumbres. Uno caliente, otro frío: el caliente encienda al frío; y el que arde poco, desee aumento, ore por ayuda. El Señor está dispuesto a dar: nosotros, con corazones abiertos, deseemos recibir. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCXXXV. En los días de Pascua, VI. Sobre la misma lectura del Evangelio de Lucas, cap. XXIV, V. 13-31

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los evangelistas varían sin perder la verdad de la narración. Ayer, es decir, en la noche, se leyó del Evangelio la resurrección del Salvador. Se leyó del Evangelio según Mateo: hoy, como escucharon al Lector pronunciar, se nos recitó la resurrección del Señor, como lo escribió el evangelista Lucas. Lo que a menudo deben ser advertidos, y deben recordar; no deben preocuparse porque un evangelista dice algo que otro omite: porque también aquel que omite lo que otro dice, dice algo que aquel había omitido. Algunos dicen cosas que los otros tres no dicen; algunos dos dicen cosas que los otros no dicen; algunos tres dicen cosas que uno no dice. Pero la autoridad del santo Evangelio es tan grande; que porque en ellos hablaba un solo Espíritu, es verdad incluso lo que dijo uno. Por lo tanto, lo que ahora escucharon, que el Señor Jesús, después de resucitar de entre los muertos, encontró a dos de sus discípulos en el camino, conversando entre sí sobre lo que había sucedido, y les dijo: "¿Cuáles son estas palabras que intercambian entre ustedes, y están tristes?" etc.; solo lo dijo el evangelista Lucas. Marcos lo mencionó brevemente, que apareció a dos en el camino (Marcos XVI, 12, 13): pero omitió lo que ellos dijeron al Señor, o lo que el Señor les dijo.

2. Cristo con los discípulos en el camino. ¿Qué nos ha aportado esta lectura? Algo grande, si lo entendemos. Apareció Jesús: se veía con los ojos, pero no se reconocía. El Maestro caminaba con ellos en el camino, y él mismo era el camino: y aún no caminaban en el camino; sino que los encontró desviados del camino. Pues cuando había estado con ellos antes de la pasión, les había predicho todo, que iba a sufrir, a morir, a resucitar al tercer día (Mateo XX, 18, 19): les había predicho todo; pero su muerte fue el olvido de ellos. Tan perturbados estaban, cuando lo vieron colgado en el madero, que olvidaron al que enseñaba, no esperaban al que resucitaba, ni recordaban al que prometía.

CAPÍTULO II.

Nosotros, dicen, esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel. Oh discípulos, esperaban; ¿entonces ya no esperan? ¡He aquí que Cristo vive, y la esperanza está muerta en ustedes! En verdad, Cristo vive. Cristo viviente encontró los corazones de los discípulos muertos: a cuyos ojos se aparecía y no se aparecía; y se veía y se ocultaba. Pues si no se veía, ¿cómo escuchaban al que preguntaba, respondían al que preguntaba? Caminaba con ellos como compañero en el camino, y él mismo era el guía. Sin duda lo veían, pero no lo reconocían. Sus ojos estaban retenidos, como escuchamos, para que no lo reconocieran. No estaban retenidos para que no lo vieran: sino que estaban retenidos para que no lo reconocieran.

3. Por qué Cristo quiso ser reconocido en la fracción del pan. La recompensa de la hospitalidad. Vamos, hermanos, ¿dónde quiso el Señor ser reconocido? En la fracción del pan. Estamos seguros, partimos el pan, y reconocemos al Señor. No quiso ser reconocido, sino allí; por nosotros, que no lo veríamos en la carne, y sin embargo comeríamos su carne. Por tanto, si eres fiel, si no te llamas cristiano en vano, si no entras en la iglesia sin razón, si escuchas la palabra de Dios con temor y esperanza, consuélate con la fracción del pan. La ausencia del Señor, no es ausencia: ten fe, y está contigo a quien no ves. Ellos, cuando el Señor hablaba con ellos; ni siquiera tenían fe: porque no creían que había resucitado, no esperaban que pudiera resucitar. Habían perdido la fe, habían perdido la esperanza. Caminaban muertos con el viviente, caminaban muertos con la misma vida. La vida caminaba con ellos; pero en sus corazones aún no se había renovado la vida.

CAPÍTULO III.

Y tú, entonces, si quieres tener vida, haz lo que hicieron, para que reconozcas al Señor. Lo recibieron con hospitalidad. Pues el Señor parecía como si fuera a un lugar lejano, pero ellos

lo retuvieron. Y después de que llegaron al lugar al que se dirigían, dijeron: "Quédate aquí con nosotros, porque ya es tarde". Retén al huésped, si quieres reconocer al Salvador. Lo que la infidelidad había quitado, la hospitalidad lo devolvió. El Señor, por tanto, se presentó a sí mismo en la fracción del pan. Aprendan dónde buscar al Señor, aprendan dónde lo tienen, aprendan dónde lo reconocen, cuando comen. Pues los fieles saben algo que entienden mejor en esta lectura, que aquellos que no lo saben.

4. Cristo se ausentó corporalmente para que se edificara la fe. El Señor Jesús fue reconocido; y después de ser reconocido, ya no apareció. Se apartó de ellos corporalmente, quien era retenido por la fe. Por eso el Señor se ausentó corporalmente de toda la Iglesia, y ascendió al cielo, para que se edificara la fe. Pues si solo conoces lo que ves, ¿dónde está la fe? Pero si crees también en lo que no ves, cuando lo veas te alegrarás. Que se edifique la fe, porque se devolverá la visión. Vendrá lo que no vemos, vendrá, hermanos, vendrá: pero mira cómo te encontrará. Pues vendrá lo que dicen los hombres: ¿Dónde está, cuándo es, cómo es, cuándo será, cuándo vendrá? Ten certeza, vendrá: y no solo vendrá, sino que aunque no quieras vendrá. Ay de los que no creyeron; pues habrá gran temor para ellos; y gran gozo para los que creyeron. Los fieles dirán: Gracias a ti, Señor; lo que escuchamos es verdad, lo que creímos es verdad, lo que esperamos es verdad, lo que vemos es verdad. Pero los infieles dirán: ¿Dónde está lo que no creíamos? ¿Dónde está lo que pensábamos que eran mentiras las cosas que se leían? [Por tanto, alabados sean los que no ven y creen: porque cuando vean, se alegrarán. Por causa de nuestra salvación, el Señor asumió carne; en la cual asumió también la muerte. Resucitó al tercer día, ya no muriendo más; y habiendo recuperado la sustancia de carne que había dejado, nos dio el primer ejemplo de resurrección incorruptible. Ascendiendo en el mismo cuerpo al Padre, se sienta a la derecha de Dios, compartiendo el juicio del Padre con poder, a quien esperamos que venga a juzgar a vivos y muertos: para que también nosotros creamos de nosotros mismos, que recibiremos de ese mismo polvo la misma carne, los mismos huesos, la misma restauración de miembros que siempre permanecerá. Todos resucitaremos: pero no todos nos alegraremos. Vendrá el día, dice, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28, 29)]. Así será, que a la confusión se le devolverá el castigo, a la confianza se le devolverá la recompensa. Pues irán aquellos al fuego eterno, pero los justos a la vida eterna (Mateo XXV, 46). Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCXXXVI. En los días de Pascua, VII. Sobre la misma lectura del Evangelio de Lucas, cap. XXIV, V. 13-31.

1. La muerte de Cristo por una cosa, y la resurrección por otra. Nuestro Señor Jesucristo, como dice el Apóstol, "murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación" (Rom. IV, 25). Así como en su muerte somos sembrados, así en su resurrección germinamos. Pues en su muerte se significa la muerte de nuestra vida. Sobre esto escucha al Apóstol: "Fuimos sepultados con Cristo por el bautismo en la muerte, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Id. VI, 4). Él no tenía nada que corregir en la cruz: porque sin pecado subió a la cruz. Nosotros en su cruz seamos corregidos, y allí pongamos lo que mal contrajimos, para que podamos ser justificados por su resurrección. Así deben distinguir: "Fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación". No dijo, "Fue entregado para nuestra justificación, y resucitó por nuestros pecados". En su entrega suena pecado, en su resurrección suena justicia. Por tanto, muera el pecado, y resucite la justicia.

2. La esperanza quitada a los discípulos por la muerte de Cristo. Esta esperanza, este don, esta promesa, esta tan gran gracia, cuando Cristo murió, sus discípulos la perdieron del ánimo, y en su muerte cayeron de la esperanza. He aquí que se les anunciaba su resurrección, y las palabras de los que anunciaban les parecían como un delirio. La verdad se había convertido en delirio. Si cuando se predica la resurrección en este tiempo, y a alguien le parece un delirio, ¿no dicen todos que tiene un gran tormento? ¿No todos lo detestan, lo aborrecen, lo rechazan, cierran los oídos, no quieren escuchar? He aquí lo que eran los discípulos, con Cristo muerto: lo que nosotros aborrecemos, eso eran ellos. Este mal tenían los carneros, que los corderos aborrecen. Luego estos dos a quienes se apareció en el camino, y sus ojos estaban retenidos para que no lo reconocieran, ¿dónde estaba el corazón, indican las palabras; y lo que se hace en el ánimo, la voz es testigo, pero para nosotros: pues para él también el corazón estaba abierto. Hablaban entre sí de su muerte. Se les unió él mismo como un tercer viajero; y el camino en el camino comenzó a hablar, a mezclar su conversación. Pregunta qué hablaban entre sí, cuando sabía todo; para provocarlos a la confesión como si no supiera. Y ellos dicen: "¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén, y no sabes lo que ha sucedido en ella en estos días, sobre Jesús de Nazaret, que fue un gran profeta?" Ya no Señor, sino profeta. Pues eso pensaban que era, cuando estaba muerto. Aún lo honraban como profeta; aún no reconocían al Señor, no solo de los Profetas, sino también de los Ángeles. ¿Cómo, dicen, nuestros ancianos y los principales sacerdotes lo entregaron a la condena de muerte. Y he aquí que ya es el tercer día desde que estas cosas sucedieron. Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel. ¿Es este todo el trabajo? Esperaban, ¿ya no esperan? Ven que habían perdido la esperanza. Entonces comenzó a exponerles las Escrituras, para que allí reconocieran más a Cristo, donde habían abandonado a Cristo. Pues habían perdido la esperanza en Cristo, porque lo habían visto muerto. Pero él les abrió las Escrituras, para que reconocieran que si no hubiera muerto, no podría ser Cristo. Les enseñó de Moisés, les enseñó de las Escrituras subsecuentes, les enseñó de los Profetas, lo que les había dicho, "Que era necesario que Cristo muriera, y así entrara en su gloria". Escuchaban, se alegraban, suspiraban; y como ellos mismos confesaron, ardían: y no reconocían la luz presente.

3. El mérito de la hospitalidad. ¿Qué misterio tan grande, hermanos míos? Entra con ellos, se convierte en su huésped; y el que no era reconocido durante todo el camino, es reconocido en la fracción del pan. Aprendan a recibir huéspedes, donde se reconoce a Cristo. ¿O no saben que si reciben a un cristiano, lo reciben a él mismo? ¿No dice él mismo, "Fui huésped, y me recibieron"? Y cuando se le dice, "Señor, ¿cuándo te vimos huésped?" Responde, "Cuando lo hicieron a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron" (Mateo XXV, 35, 38, 40). Por tanto, cuando un cristiano recibe a otro cristiano, los miembros sirven a los miembros; y la cabeza se alegra, y se imputa a sí mismo lo que se haya dado a su miembro. Aquí, pues, se alimenta a Cristo hambriento, se le da de beber sediento, se le viste desnudo, se le recibe peregrino, se le visita enfermo. Esto tiene la necesidad del camino. Así se debe vivir en esta peregrinación, donde Cristo necesita. Necesita en los suyos, está lleno en sí mismo. Pero el que necesita en los suyos, y está lleno en sí mismo, lleva a los necesitados hacia sí. Allí no habrá hambre, no habrá sed, no habrá desnudez, no habrá enfermedad, no habrá peregrinación, no habrá trabajo, no habrá dolor. Sé que allí no habrá estas cosas, y no sé qué habrá allí. Pues estas cosas que no habrá allí, las conozco: pero aquello que encontraremos allí, ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II, 9). Podemos amar, podemos desear, en esta peregrinación podemos suspirar por tan gran bien: dignamente no podemos pensar ni explicar con palabras. Ciertamente yo no puedo. Por tanto, hermanos míos, busquen quién pueda. Si pueden encontrarlo; y llévenme con ustedes como discípulo. Sé esto, que "el que es poderoso", como dice el Apóstol, "para hacer más de lo que pedimos o entendemos" (Efesios III, 20), nos llevará allí, donde se cumplirá lo que está

escrito, "Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán" (Salmo LXXXIII, 5). Todo nuestro negocio será la alabanza de Dios. ¿Qué alabaremos, si no amamos; y amaremos aquello que veremos? Pues veremos la verdad, y esa misma verdad será Dios, a quien alabaremos. Allí encontraremos lo que hoy cantamos, Amén, Es verdad: Aleluya, Alaben al Señor.

SERMO CCXXXVII. En los días de Pascua, VIII. Sobre la última lectura del Evangelio de Lucas, cap. XXIV, 37-39; con refutación de los Maniqueos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los discípulos, creyendo ver el espíritu y no la carne de Cristo, son semejantes a los maniqueos. Negando la carne de Cristo, anulan todo el misterio de nuestra redención. Sobre la resurrección del Señor, lo que seguía en el Evangelio según Lucas, hoy ha terminado, donde escuchamos que el Señor apareció en medio de sus discípulos, quienes discutían sobre su resurrección y no creían. Tan inesperado e increíble les resultó, que ni viendo veían. Veían al vivo, a quien habían llorado muerto; veían en medio de ellos al que habían lamentado colgado en la cruz. Veían, pues; y como no creían a sus propios ojos, para ver la verdad, pensaban que se engañaban. Creían, como habéis oído, que veían un espíritu. Lo que después creyeron de Cristo los peores herejes, primero lo creyeron los apóstoles vacilantes. Hoy hay quienes no creen que Cristo tuvo carne: porque también destruyen el parto de la virgen y no quieren creer que nació de una mujer. El Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), lo alienan por completo de su fe, o más bien de su infidelidad. Toda esta dispensación de nuestra salvación, que se hizo hombre para encontrar al hombre, quien siendo Dios había hecho al hombre; todo esto, que Cristo derramó su sangre verdadera, no falsa, para la remisión de nuestros pecados, y con su verdadera sangre borró el documento de nuestros pecados; todo esto los herejes condenables intentan anular. Todo esto, como creen los maniqueos, lo que apareció a los ojos de los hombres, fue espíritu, no carne.

CAPÍTULO II.

2. No es mejor pensar de Cristo que fue espíritu sin carne. He aquí que habla el Evangelio. El Señor estaba entre sus discípulos, aún no creyendo que había resucitado. Lo veían y pensaban que veían un espíritu. Si no hay mal en creer que Cristo fue espíritu, no carne; si no hay mal, que se deje a los discípulos en esa opinión. Prestad atención, para que entendáis lo que quiero decir: Dios, sin embargo, conceda que lo diga, es decir, que lo diga de la manera que os conviene escuchar. He aquí que repito esto mismo. A veces esos detestables, que detestan la carne y viven según la carne, a veces dicen esto, y así engañan: ¿Quiénes creen mejor de Cristo, aquellos que dicen que tuvo carne, o nosotros que decimos que era Dios, era espíritu, y que a los ojos de los hombres no aparecía un cuerpo, sino Dios? ¿Qué es mejor, la carne o el espíritu? ¿Qué responderemos, sino que el espíritu es mejor que la carne? Si, por tanto, dices, confiesas que el espíritu es mejor que la carne; yo pienso mejor de Cristo, quien digo que fue espíritu, no carne. ¡Oh infeliz error! ¿Por qué? ¿Digo yo que Cristo fue carne? Tú dices espíritu: yo digo espíritu y carne. No dices mejor, sino menos. Escucha, pues, todo lo que digo yo: es decir, lo que dice la fe católica, lo que dice la verdad más fundada y serena. Tú que dices que Cristo fue solo espíritu; lo que es también nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, eso dices que fue solo Cristo: escucha lo que dices. Digo lo que dices. Era él mismo espíritu de esa naturaleza y sustancia, de donde también es nuestro espíritu. Atiende cuánto menos dices. Allí estaba el Verbo, allí estaba la carne. Tú dices: Solo espíritu humano. Yo digo: Verbo, espíritu, cuerpo; Dios y hombre. Si no quiero decir dos, si no quiero decir dos

cosas; uso este compendio, Dios y hombre. Y verdadero Dios, y verdadero hombre. Nada falso en la humanidad, nada falso en la divinidad. Pero si me preguntas sobre el mismo hombre, de nuevo digo dos: Alma humana y carne humana. Tú eres hombre por el alma y la carne: él es Cristo por Dios y hombre. He aquí lo que digo.

3. El error de los maniqueos condenado en la reprehensión de los discípulos. Los discípulos, creyendo ver un espíritu, son reprendidos. Pero tú piensas que dices mejor, porque dices: Era espíritu, espíritu aparecía, espíritu se veía, espíritu se movía entre los hombres. Esto dices: como dije, esto pensaban también los discípulos. Si no dices nada malo, si es bueno lo que dices; también era bueno lo que pensaban los discípulos. Si el Señor los dejó así, para que pensarán esto; también tú debes ser dejado. Pues creían lo mismo que tú: si es bueno lo que tú crees, era bueno lo que ellos creían. Pero no era bueno.

CAPÍTULO III.

Dijo el Señor a ellos: ¿Por qué estáis turbados? La turbación creyó lo que tú crees. ¿Qué? Pensaban que veían un espíritu. Y el Señor a esto: ¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón? Estos pensamientos son terrenales. Pues si fueran celestiales, descenderían al corazón, no ascenderían. ¿Por qué se nos dice, Levantad el corazón, sino para que nuestro corazón, que hemos puesto en lo alto, no encuentre pensamientos terrenales delante de sí? Por tanto, ¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies, palpate y ved. Si es poco para vosotros mirar; poned las manos. Si es poco mirar, y no basta tocar; palpate. No dijo solo, Tocad; sino Palpate y examinad. Que vuestras manos prueben si vuestros ojos os engañan: Palpate y ved, tened ojos en las manos. ¿Qué palpate, y qué ved? Porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Errabas con los discípulos, corrige con los discípulos. Es humano, lo concedo. Pensáis que Cristo es espíritu: esto también Pedro, esto también los demás que pensaron que veían un espíritu; pero no permanecieron en este error, para que sepas que esto estaba en sus corazones. El médico no los dejó así: se acercó, aplicó el medicamento: veía las heridas en sus corazones; y de donde curar las heridas de los corazones, llevaba cicatrices en su cuerpo.

CAPÍTULO IV.

4. Qué se debe creer de Cristo. El Verbo de Dios. En la encarnación asumió al hombre completo. Así, pues, creamos. Sé que así creéis: pero no sea que en este campo del Señor haya mala hierba, también hablo a aquellos que no veo. Que nadie crea de Cristo, sino lo que Cristo quiso que se creyera de él: ante quien nos conviene, que creamos lo que quiso que se creyera de él, quien nos redimió, quien buscó nuestra salvación, quien derramó su sangre por nosotros; quien por nosotros soportó lo que no se le debía, quien nos trajo lo que no se nos debía: esto creamos. ¿Qué es Cristo? Hijo de Dios, Verbo de Dios. ¿Qué es el Verbo de Dios? Lo que no puede ser dicho por la palabra del hombre, eso es el Verbo de Dios. Me preguntas qué es el Verbo de Dios. Si quisiera decirte qué es la palabra del hombre, no lo explico, me fatigo, dudo, sucumbo; no puedo explicar la fuerza de la palabra humana. He aquí que antes de decirte lo que quiero decir, ya hay una palabra en mi corazón; aún no ha sido dicha por mí, y está conmigo: es dicha por mí, y llega a ti, y no se aparta de mí. Atendéis, para escuchar la palabra de mí; alimento vuestras mentes, cuando hablo. Compartiríais entre vosotros el alimento, si lo trajera para los vientres, y no llegaría todo a cada uno; pero cuanto más numerosos sois, tanto en más partes dividiríais lo que pongo, y tanto menos recibiría cada uno, cuanto mayor fuera la multitud de los que reciben. Pero ahora he traído alimento para las mentes; digo, Tomad, recibid, comed: habéis recibido, habéis comido, y no habéis dividido.

Todo lo que hablo, es todo para todos, y todo para cada uno. He aquí cómo no se puede explicar suficientemente, cuánta fuerza tiene la palabra del hombre: y me decís, ¿Qué es el Verbo de Dios? El Verbo de Dios alimenta a miles de ángeles. Pues se alimentan con la mente, se llenan con la mente. Llena a los ángeles, llena el mundo, llena el vientre de la virgen: ni allí se expande, ni aquí se estrecha. ¿Qué es el Verbo de Dios? Él mismo lo dice: brevemente dice de sí mismo; pero es grande lo que dice: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). No quiero que cuentes, pesa las palabras. ¿Qué, pues? Muchas palabras sobre una palabra no son suficientes para explicarla. El Verbo, pues, que no puede ser explicado, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Asumió al hombre completo, como pleno, alma y cuerpo del hombre. Y si quieres escuchar algo más escrupulosamente; porque el alma y la carne también las tiene el animal: cuando digo alma humana y carne humana, asumí toda el alma humana. Pues hubo quienes hicieron herejía de esto, y decían que el alma de Cristo no tenía mente, no tenía intelecto, no tenía razón; sino que el Verbo de Dios fue para él en lugar de mente, en lugar de intelecto, en lugar de razón. No quiero que creas así. Quien creó todo, redimió todo: el Verbo asumí todo, liberó todo. Allí está la mente del hombre y el intelecto, allí el alma vivificante de la carne; allí la carne verdadera e íntegra: solo el pecado no está allí.

SERMON CCXXXVIII. En los días de Pascua, IX. Sobre la misma lectura del Evangelio de Lucas, cap. XXIV, v. 38-47.

1. Cristo verdadero y la verdadera Iglesia se reconocen en el pasaje de Lucas. Así la sagrada y perenne lectura evangélica nos muestra al verdadero Cristo, y a la verdadera Iglesia, para que no erremos en ninguno de ellos, ni sustituyamos al santo esposo por otro, ni introduzcamos a otro hombre en lugar del suyo a la santa esposa. Por tanto, para que no erremos en ninguno de ellos, escuchemos las escrituras matrimoniales de su Evangelio.

2. Contra los maniqueos y priscilianistas, que Cristo tiene verdadera carne. Del Señor Cristo no faltaron, ni faltan, quienes se equivocan al no creer que tuvo verdadera carne. Que escuchen lo que acabamos de oír. Está en el cielo, pero aquí resuena: está sentado a la derecha del Padre, pero habla entre nosotros. Que él mismo se indique, que él mismo se manifieste. ¿Qué necesidad hay de buscar otro testigo sobre él? Mejor escuchemos a él mismo. Apareció a sus discípulos, y de repente se puso en medio de ellos. Lo escuchasteis cuando se leía. Pero ellos se turbaron: pues pensaban que veían un espíritu. Esto es lo que piensan quienes no creen que tuvo verdadera carne: son maniqueos, son priscilianistas, y otras pestes que ni siquiera deben ser nombradas. Pues no piensan que Cristo no es nada, eso no piensan: sino que piensan que es espíritu, que no tuvo carne. ¿Qué dices tú, Católica? ¿Qué dices tú, esposa, no adúltera? ¿Qué dices tú, sino lo que aprendiste de él? Pues no pudiste encontrar otro mejor testigo sobre él que él mismo. ¿Qué dices tú? Aprendiste que Cristo es Verbo y espíritu del hombre y carne del hombre. ¿Qué aprendiste del Verbo? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios (Juan 1, 1, 2). ¿Qué aprendiste del espíritu del hombre? Y, inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Juan 19, 30). ¿Qué aprendiste de la carne? Escucha ahora. Perdona a aquellos que piensan esto, lo que antes pensaron los discípulos errantes. Pero ellos no perseveraron en el error. Pues esto pensaron los discípulos, lo que hoy piensan los maniqueos, lo que hoy piensan los priscilianistas, que no había verdadera carne en el Señor Cristo, sino solo espíritu. Veamos si los dejó errar. Ved cuán malo es el error, que el médico se apresuraba a sanar, no quiso confirmar. Pensaron, pues, que veían un espíritu: y él, que sabía que estos pensamientos eran malos, erradicándolos de sus corazones, dijo: ¿Por qué estáis turbados? ¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: tocad, y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo

tengo. Mantén esto contra todas las insanas ideas de todos, mantén lo que has recibido: de lo contrario, perecerás. Cristo verdadero Verbo, unigénito, igual al Padre, verdadero espíritu humano, verdadera carne sin pecado. Esta murió, esta resucitó, esta colgó en el madero, esta yació en el sepulcro, esta está sentada en el cielo. El Señor Cristo quería persuadir a los discípulos de que lo que veían eran huesos y carne: pero tú contradices. ¿Entonces él miente, y tú dices la verdad? ¿Tú edificas, y él engaña? ¿Por qué quiso Cristo persuadirme de esto, sino porque sabía lo que me beneficia creer, y lo que me perjudica no creer? Así, pues, creed. Él es el esposo.

3. Contra los donatistas, que la Iglesia está difundida por todo el mundo. Escuchemos también sobre la esposa: porque no sé quiénes, favoreciendo a los adúlteros, quieren subvertir a la verdadera, y suplantarla por la falsa. Escuchemos también sobre la esposa. Cuando, pues, tocaron los pies, las manos, la carne, los huesos; el Señor añadió, y dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? para que también compartiendo el alimento se probara que era verdadero hombre. Tomó, comió, dio; y mientras aún temblaban de alegría, les dijo: ¿No os decía estas cosas, cuando aún estaba con vosotros? ¿Por qué ahora no estaba con ellos? ¿Qué significa, cuando aún estaba con vosotros? Cuando aún era mortal, lo que también vosotros sois. ¿Qué, pues, os decía? «Que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras; y les dijo, que así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día.» Quitad la verdadera carne, no habrá verdadera pasión, no habrá verdadera resurrección. He aquí que tienes al esposo: Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día. Mantén la cabeza: escucha sobre el cuerpo. Pues, ¿qué debemos mostrar ahora? Que hemos escuchado al esposo, reconozcamos también a la esposa. Y que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados. ¿Dónde? ¿Desde dónde? ¿Hasta dónde? Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. He aquí que tienes a la esposa. Que nadie te venda cuentos, que no ladre la rabia de los herejes desde un rincón. La Iglesia está difundida por todo el mundo: todas las naciones tienen la Iglesia. Que nadie os engañe: ella es la verdadera, ella es la Católica. No hemos visto a Cristo, vemos a esta: creamos en aquel. Los apóstoles, al contrario, veían a aquel, creían en esta. Una cosa veían, otra creían: y nosotros, al contrario, una cosa vemos, otra creemos. Ellos veían a Cristo, creían en la Iglesia, que no veían: nosotros vemos la Iglesia, creamos en Cristo, que no vemos; y sosteniendo lo que vemos, llegaremos a aquel que aún no vemos. Conociendo, pues, al esposo y a la esposa, reconozcámoslos en sus escrituras, para que no litigemos en tan santas bodas.

SERMON CCXXXIX. En los días de Pascua, X. Sobre la Resurrección de Cristo según Marcos y Lucas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La resurrección según los cuatro evangelistas solía ser recitada. Hoy, ya por tercera vez, hemos escuchado del Evangelio la resurrección de nuestro Señor: como recordáis que os he hablado: porque es costumbre que según todos los evangelistas se recite la resurrección del Señor. Es el Evangelio de Marcos, que acabamos de escuchar cuando se leía. Marcos, sin embargo, mereció esta dispensación, aunque no estuvo entre los doce, al igual que Lucas. Pues siendo cuatro evangelistas, Mateo, Juan, Marcos y Lucas; dos de ellos son de los doce apóstoles, es decir, Mateo y Juan. Pero su precedencia no fue estéril, para que no tuvieran compañeros seguidores. Marcos y Lucas no fueron iguales a los apóstoles, sino compañeros. Por eso el Espíritu Santo quiso elegir también de entre aquellos que no estaban entre los doce, a dos para escribir el Evangelio, para que no se pensara que la gracia de evangelizar había

llegado solo hasta los apóstoles, y que en ellos la fuente de gracia se había agotado. Pues cuando el Señor dice de su espíritu y de su palabra, que si alguien la recibe y la tiene dignamente, se convertirá en él en una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan 4, 14): la fuente, por supuesto, se manifiesta fluyendo, no permaneciendo: por los apóstoles llegó la gracia a otros, y fueron enviados a evangelizar. Pues quien llamó a los primeros, él mismo llamó a los segundos: él mismo llamó incluso hasta el último tiempo al cuerpo de su Unigénito, es decir, a la Iglesia difundida por todo el mundo.

CAPÍTULO II.

2. Cristo se reconoce en la fracción del pan. Por qué quiso ser huésped. ¿Qué, pues, hemos escuchado decir a Marcos? Que el Señor apareció en el camino a dos, como también dijo Lucas, cuyo Evangelio escuchamos ayer: Apareció, dice, a dos en el camino en otra figura (Marcos 16, 12). Lucas, sin embargo, dijo esto mismo con otras palabras, pero no se desvió del mismo sentido. Pues ¿qué dijo Lucas? Sus ojos estaban retenidos, para que no lo reconocieran (Lucas 24, 16). ¿Qué dijo Marcos? Apareció a ellos en otra figura. Lo que aquel dijo, Sus ojos estaban retenidos, para que no lo reconocieran; esto dijo este, en otra figura. Pues otra figura fue vista, con los ojos retenidos, no abiertos. ¿Qué, pues, hermanos, ya que Lucas dijo, lo que creo que recordáis muy recientemente de la lectura de ayer, que cuando bendijo y partió el pan, se abrieron sus ojos; qué pensamos, si entonces se abrieron sus ojos, entonces con los ojos cerrados caminaban con él en el camino, y podían saber dónde ponían los pasos, si tenían los ojos cerrados? Se abrieron, pues, al conocimiento, no a la visión. Nuestro Señor Jesucristo, antes de la fracción del pan, desconocido, habla con los hombres, en la fracción del pan se le reconoce: porque allí se percibe, donde se percibe la vida eterna. Se le recibe como huésped, quien prepara una morada en el cielo. Pues dice según el evangelista Juan: En la casa de mi Padre hay muchas moradas: de lo contrario, os lo diría, voy a prepararos un lugar. Pero si voy y preparo, de nuevo viniendo os tomaré (Juan 14, 2, 3). El Señor del cielo quiso ser huésped en la tierra, peregrino en el mundo, por quien fue hecho el mundo: se dignó ser huésped, para que tú al recibirlo tuvieras bendición; no porque él necesitara, cuando entraba como huésped.

CAPÍTULO III.

3. Elías es enviado a la viuda para ser alimentado, de modo que se le brinde un beneficio a quien lo alimenta. El Señor alimentaba al santo Elías en tiempos de hambre a través de un cuervo: y a quien los hombres perseguían, las aves le servían. El cuervo traía al siervo de Dios pan por la mañana y carne por la tarde. Por lo tanto, no carecía aquel a quien Dios alimentaba con aves como ministras: y sin embargo, aunque Elías no carecía, es enviado a la viuda en Sarepta, y se le dice: Ve a esa viuda, ella te alimentará. ¿Acaso Dios había fallado para que Elías fuera enviado a la viuda? Pero si Dios siempre proporcionara pan a su siervo sin el ministerio humano, ¿de dónde obtendría la viuda su recompensa? Por lo tanto, es enviado quien no carece a quien carece, quien no tiene hambre a quien tiene hambre; y le dice: Ve y tráeme un poco para que coma. Ella tenía poco, lo que estaba a punto de consumir y morir. Respondió, le informó al profeta cuánto tenía: y el profeta le dijo: Ve, primero tráeme a mí. Ella no dudó, sino que lo trajo. Ofreció alimento y mereció bendición. El santo Elías bendijo la vasija de harina y el frasco de aceite. Aquello que estaba en la casa estaba destinado a ser consumido; y aquel aceite colgaba para ser terminado: llegó la bendición, y esos recipientes se convirtieron en tesoros. La pequeña jarra de aceite se convirtió en una fuente de aceite, la pequeña cantidad de harina superó las cosechas más abundantes (III Reg. XVII).

CAPÍTULO IV.

4. Que no se ensoberbezca sobre el pobre quien lo ayuda. Si Elías no carecía, ¿acaso Cristo carecía? Por eso, hermanos míos, la Sagrada Escritura nos advierte que a menudo Dios hace que sus siervos, a quienes puede alimentar, carezcan para encontrar a quienes obren. Que nadie se enorgullezca porque da al pobre: Cristo fue pobre. Que nadie se enorgullezca porque recibe a un huésped: Cristo fue huésped. Es mejor el recibido que el que recibe; más rico el que recibe que el que da. Quien recibía, poseía todo: quien daba, había recibido de aquel a quien daba lo que daba. Que nadie, por tanto, se enorgullezca, hermanos míos, cuando da al pobre: no diga en su corazón, Yo doy, él recibe; yo recibo, él necesita techo. Quizás lo que tú necesitas es más. Quizás a quien recibes es justo: él necesita pan, tú necesitas verdad; él necesita techo, tú necesitas cielo; él necesita dinero, tú necesitas justicia.

5. Prestar a Dios. Sé prestamista, da para recibir. No temas que Dios te juzgue prestamista. Sé, sin duda, sé prestamista. Pero Dios te dice: ¿Qué quieres? ¿Quieres ser prestamista? ¿Qué es ser prestamista? Dar menos y recibir más. Mira, dame a mí, te dice Dios: yo recibo menos y doy más. ¿Qué? Cien veces más y la vida eterna. A quien buscas para dar, de donde crezca tu dinero, el hombre a quien buscas, cuando recibe, se alegra; cuando devuelve, llora: para recibir, ruega; para no devolver, calumnia. Da también al hombre, y no te apartes de quien te pide prestado (Mat. V, 42). Pero recibe solo tanto como diste. Que no llore quien recibió de ti: pues perdiste el beneficio. Y si se exige lo mismo que se dio o que se recibió, quizás aún no lo tiene a mano: soportaste al que pedía, espera al que no tiene: cuando lo tenga, te lo devolverá. No oprimas a quien liberaste de angustias. Mira, diste y exiges: pero no tiene de dónde devolver; cuando lo tenga, te lo devolverá. No grites y digas: ¿Acaso busco interés? Solo pido lo que di: lo que di, eso recibiré. Haces bien, pero aún no lo tiene. No eres prestamista, y quieres que quien le prestaste busque un prestamista para devolverte. Si por eso no exiges interés, para que no te sufra como prestamista; ¿por qué quieres que por ti sufra a otro prestamista? Presionas, ahogas: y aunque solo exiges lo que diste, al ahogar y causar angustias, no diste un beneficio, sino que más bien causaste mayores angustias. Pero quizás dices: Tiene de dónde devolver: tiene casa, que la venda; tiene posesión, que la venda. Cuando te pidió, lo hizo para no vender: que no lo haga por ti, quien ayudaste para que no lo hiciera. Esto debe hacerse así entre los hombres, esto manda Dios, esto quiere Dios.

CAPÍTULO V.

6. Por qué Cristo se hizo necesitado. Pero, ¿eres avaro? Dios te dice: Sé avaro, sé tan avaro como puedas; pero acude a mí por tu avaricia. Dios te dice: Acude a mí, hice a mi hijo rico pobre por ti. Porque por nosotros Cristo se hizo pobre, siendo rico (II Cor. VIII, 9). ¿Buscas oro? Él lo hizo. ¿Buscas plata? Él lo hizo. ¿Buscas familia? Él lo hizo. ¿Buscas ganado? Él lo hizo. ¿Buscas posesiones? Él lo hizo. ¿Por qué buscas solo lo que hizo? Toma a quien lo hizo. Piensa en cómo te amó. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). Todo por él, y él entre todo. Quien hizo todo, fue hecho entre todo. Quien hizo al hombre, fue hecho hombre: fue hecho lo que hizo, para que no pereciera quien hizo. Quien hizo todo, fue hecho entre todo. Considera las riquezas: ¿qué más rico que aquel por quien todo fue hecho? Y sin embargo, siendo rico, tomó carne mortal en el vientre de una virgen. Nació niño, fue envuelto en pañales infantiles, fue puesto en un pesebre; pacientemente esperó las edades, pacientemente soportó los tiempos, por quien los tiempos fueron hechos. Mamó, lloró, apareció como niño. Pero yacía y reinaba: estaba en el pesebre y contenía el mundo: era alimentado por su madre y adorado por los Gentiles: era alimentado por su madre y anunciado por los Ángeles: era alimentado por su madre y declarado por la estrella

resplandeciente. Tales riquezas, tal pobreza: riquezas, para que fueras creado; pobreza, para que fueras restaurado. Que él, por tanto, fuera recibido como pobre en hospitalidad, fue dignación del que recibía, no miseria del necesitado.

CAPÍTULO VI.

7. Cristo necesita en el pobre. Quizás te dices: ¡Oh, bienaventurados los que merecieron recibir a Cristo! ¡Oh, si yo hubiera estado entonces! ¡Oh, si hubiera sido uno de aquellos dos que encontró en el camino! Tú estás en el camino, no faltará el huésped Cristo. ¿Piensas que ya no puedes recibir a Cristo? ¿De dónde, dices, es posible? Ya resucitado se manifestó a sus discípulos, ascendió al cielo, está a la derecha del Padre; no vendrá sino al final del siglo para juzgar a vivos y muertos: vendrá en gloria, no en debilidad; dará el reino, no buscará hospitalidad. Cuando dé el reino, se te olvidará lo que dirá: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Aquel rico, es necesitado hasta el fin del siglo. Necesita, sin duda, no en la cabeza, sino en sus miembros. ¿Dónde necesita? En aquellos en quienes dolió, cuando dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4). Sirvamos, pues, a Cristo. Está con nosotros en los suyos, está con nosotros en nosotros: y no en vano dijo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Haciendo esto, reconocemos a Cristo en las buenas obras, no con el cuerpo, sino con el corazón; no con los ojos de la carne, sino con los ojos de la fe. Porque viste, creíste, dijo a cierto discípulo incrédulo, que había dicho: No creeré, a menos que toque. Y el Señor: Ven, toca, y no seas incrédulo. Tocó, y clamó: ¡Señor mío y Dios mío! Y el Señor: Porque me viste, creíste (Juan XX, 25-29). Esa es toda tu fe, porque crees lo que ves: alabo a aquellos que no ven y creen; porque cuando vean, se alegrarán.

SERMO CCXL. En los días de Pascua, XI. Sobre la Resurrección de los cuerpos, contra los Gentiles.

CAPÍTULO PRIMERO.

Num. 1. La variedad en la historia de la resurrección de los evangelistas sin discordia. La defensa de la fe es necesaria para los que titubean. Durante estos días, como recuerda vuestra Caridad, se leen solemnemente las lecturas evangélicas referentes a la resurrección del Señor. Pues todos los cuatro evangelistas no pudieron callar ni sobre su pasión ni sobre su resurrección. Porque, aunque el Señor Jesús hizo muchas cosas, no todos las escribieron todas: sino que uno estas, otro aquellas; sin embargo, en suma concordia de la verdad. Juan el evangelista también recuerda muchas cosas hechas por el Señor Jesucristo, que no fueron escritas por ninguno de ellos. Se hicieron tantas cosas como debían hacerse entonces: se escribieron tantas como debían leerse ahora. Pero para mostrar que todos los cuatro evangelistas, en lo que dicen juntos y no omiten, es decir, sobre la pasión o la resurrección de Cristo, no dijeron cosas contrarias entre sí, es un trabajo muy laborioso. Pues algunos pensaron que eran contrarios entre sí, cuando ellos mismos eran contrarios a su alma. Y por eso se dio el trabajo por aquellos que pudieron, con la ayuda del Señor, para mostrar que no eran contrarios entre sí. Pero, como dije, si os lo muestro, y quiero tratar estas cosas en el pueblo, la multitud de oyentes se abruma primero con tedio, antes de que se revele el conocimiento de la verdad. Pero conozco vuestra fe, es decir, la fe de toda esta multitud, y de aquellos que hoy no están aquí, y sin embargo son fieles; sé que su fe es tan cierta sobre la verdad de los evangelistas, que no necesitan mi exposición. Quien sabe cómo defender estas cosas, es más docto, no más fiel. Tiene fe, tiene la capacidad de defender la fe. Otro no tiene la capacidad y la abundancia y la doctrina para defender la fe, pero tiene la fe misma. Sin embargo, quien sabe defender la fe, es necesario para los que titubean, no para los que creen.

En la defensa de la fe, se curan las heridas de la duda o la infidelidad. Quien defiende la fe, es un buen médico: pero en ti no hay enfermedad de infidelidad. ¿Cuándo sabe él curar lo que tú no tienes? Él sabe aplicar el medicamento, pero en ti no hay defecto. No necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Mat. IX, 12).

CAPÍTULO II.

2. La resurrección se prueba contra los infieles por la omnipotencia de Dios. Sin embargo, lo que puede decirse más rápidamente por el tiempo, y escucharse más cómodamente, no es aconsejable callarlo para vosotros. Sobre la misma resurrección, de la cual el Señor dio ejemplo en sí mismo, para que supiéramos qué debemos esperar también en nuestros cuerpos al final del siglo, muchos discuten muchas cosas; algunos fielmente, otros infielmente. Quienes discuten fielmente, quieren saber más diligentemente qué responder a los infieles: pero quienes discuten infielmente, argumentan contra sus almas, discutiendo contra el poder del Omnipotente, diciendo, ¿Cómo puede ser que un muerto resucite? Yo digo, es Dios quien lo hace, y tú dices, ¿No puede ser? No digo, Dame un cristiano, dame un judío: sino, dame un pagano, adorador de ídolos, siervo de demonios, que no diga que Dios es omnipotente. Puede negar a Cristo, no puede negar al Dios omnipotente. A quien tú crees, como hablo a un pagano; a quien tú crees Dios omnipotente, a ese digo yo que es el resucitador de los muertos. Si dices, No puede ser, le quitas al Omnipotente. Si crees que él es omnipotente, ¿por qué me rechazas a mí que digo estas cosas?

CAPÍTULO III.

3. La carne resucitará sin defecto. La causa de todas las calamidades es el pecado. Si dijéramos que la carne resucitará para tener hambre, para tener sed, para enfermar, para trabajar; para estar sujeta a corrupciones; con razón no deberías creer. Pues ahora esta carne tiene estas necesidades o calamidades. ¿Y esto por qué? La causa es el pecado. En uno pecamos, y todos nacimos para la corrupción. La causa de todos nuestros males es el pecado. Pues no sin causa los hombres sufren estos males. Dios es justo, Dios es omnipotente: de ninguna manera sufriríamos estas cosas si no las mereciéramos. Pero cuando estábamos en los castigos, a los que llegamos por los pecados, nuestro Señor Jesucristo quiso estar en nuestros castigos sin sus pecados. Sufriendo sin culpa el castigo, resolvió tanto la culpa como el castigo. Resolviendo la culpa, perdonando los pecados: resolviendo el castigo, resucitando de entre los muertos. Esto prometió, y quiso que camináramos en esperanza: perseveremos, y llegaremos a la realidad. La carne resucitará incorruptible, la carne resucitará sin defecto, sin deformidad, sin mortalidad, sin carga, sin peso. Lo que ahora te causa tormento, después será tu adorno. Por tanto, si es bueno tener un cuerpo incorruptible, ¿por qué queremos desesperar de que Dios lo haga?

CAPÍTULO IV.

4. Opiniones de los filósofos sobre la condición del alma después de la muerte. Los filósofos de este siglo, que fueron grandes y doctos, y mejores que los demás, sintieron que el alma humana es inmortal: y no solo lo sintieron, sino que defendieron con cuantas argumentaciones pudieron, y dejaron escritas esas defensas a la posteridad. Hay libros, se leen. Por eso dije que estos filósofos eran mejores que otros en comparación con los peores; porque hubo filósofos que decían al hombre, cuando muriera, que no quedaba vida alguna después. A tales, aquellos ciertamente deben ser preferidos. Y en lo que eran mejores, aunque en muchas cosas se desviaban de la verdad, sin embargo, en lo que estos eran superiores, estaban más cerca de la verdad. Estos, pues, que sintieron y dijeron que las almas humanas

son inmortales, buscaron las causas de los males de los hombres, de las miserias y errores de los mortales, tanto como pudieron los hombres; y dijeron, como pudieron, que precedieron no sé qué pecados en otra vida, por cuyo mérito de esos pecados estas carnes merecían ser como una cárcel para el alma. Luego se les preguntó, qué será después cuando el hombre haya muerto. Y aquí desgastaron sus ingenios; y trabajaron, tanto como pudieron, para dar razón a los hombres, o a sí mismos, o a otros: y dijeron, que las almas de los hombres que viven mal, inmundas por sus pésimos hábitos, cuando salen de los cuerpos, vuelven de inmediato a otros cuerpos, y sufren aquí las penas que vemos; pero las almas de los que viven bien, cuando salen de los cuerpos, van a las alturas de los cielos, descansan allí en las estrellas y luces visibles, o en cualesquiera secretos celestiales ocultos, olvidan todos los males pasados, y nuevamente se deleitan en regresar a los cuerpos, y venir de nuevo a sufrir estas cosas. Esto, pues, quisieron que fuera la diferencia entre las almas de los pecadores y las almas de los justos, porque las almas de los pecadores dicen que vuelven de inmediato cuando salen de los cuerpos, a otros cuerpos; pero las almas de los justos están mucho tiempo en descanso; no obstante, no siempre, sino que nuevamente se deleitan en los cuerpos, y desde los cielos más altos, después de tanta justicia, hacen una caída a estos males.

CAPÍTULO V.

La sabiduría del mundo es necedad para Dios. La resurrección prometida a los piadosos creyentes en el Mediador. Esto dijeron filósofos muy grandes. Esto más no pudieron encontrar los filósofos de este mundo, de quienes dice nuestra Escritura: Dios hizo necia la sabiduría de este mundo. Si la sabiduría, cuánto más la necedad. Si la sabiduría del mundo es necedad ante Dios. Sin embargo, hay cierta necedad de este mundo, que llega a Dios, de la cual dice el Apóstol: Porque en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación. Y dice: Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado; para los judíos, ciertamente, escándalo, para los gentiles, necedad; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 20-24). Vino el Señor Cristo, sabiduría de Dios: el cielo truena: que las ranas callen. Lo que dijo la verdad, eso es verdad. Lo que dijo, que el género humano está en mal por causa del pecado, es manifiesto. Pero quien crea en el Mediador, que fue constituido mediador entre Dios y los hombres (entre Dios justo y los hombres injustos, mediador hombre justo, teniendo humanidad de lo bajo, justicia de lo alto; y por eso mediador: de aquí uno, y de allá uno: porque si ambos de allá, allí estaría; si ambos de aquí, yacería con nosotros, y no sería mediador): quien crea en el Mediador, y viva fiel y bien, saldrá ciertamente del cuerpo, y estará en descanso; pero después recibirá el cuerpo no para tormento, sino para adorno, y vivirá con Dios eternamente. No hay nada que lo deleite para regresar: porque tiene consigo el cuerpo. Por tanto, amadísimos, ya que os propuse hoy lo que dicen incluso los filósofos de este mundo, cuya sabiduría Dios rechazó como verdadera necedad, mañana, con la ayuda del Señor, podremos exponer.

SERMO CCXLI. En los días de Pascua, XII. Sobre la Resurrección de los cuerpos, contra los Gentiles.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La resurrección es la fe de los cristianos. Dios conocido por los filósofos a través de las obras del mundo. La fe propia de los cristianos es la resurrección de los muertos. Cristo, nuestra cabeza, mostró esto en sí mismo, es decir, la resurrección de los muertos, y nos dio un

ejemplo de fe; para que los miembros esperen en sí mismos lo que precedió en la cabeza. Ayer les insinuamos que los sabios de las naciones, a quienes llaman filósofos, incluso los más excelentes entre ellos, investigaron la naturaleza y conocieron al artífice a través de las obras (en el sermón anterior). No escucharon a los profetas, no recibieron la ley de Dios: pero Dios, de alguna manera en silencio, les hablaba a través de las obras del mundo mismo, y la apariencia del mundo los invitaba a buscar al artífice de las cosas; no pudieron concebir que el cielo y la tierra existieran sin un autor. Sobre esto, el bienaventurado apóstol Pablo habla así: "Se revela", dice, "la ira de Dios desde el cielo contra toda impiedad". ¿Qué significa "contra toda impiedad"? No solo contra los judíos, que recibieron la ley de Dios y ofendieron al dador de la ley; sino también contra toda impiedad de las naciones se revela la ira de Dios desde el cielo. Y para que nadie dijera: "¿Por qué, si ellos no recibieron la ley?", añadió: "Y la injusticia de aquellos que detienen la verdad en la iniquidad". Ahora tú responde: ¿Qué verdad? Pues no recibieron la Ley, no escucharon al profeta. Escucha qué verdad: "Porque lo que se conoce de Dios es manifiesto en ellos". ¿De dónde es manifiesto? Escucha aún: "Porque Dios se lo manifestó". Si aún preguntas, ¿cómo se lo manifestó, a quienes no dio la ley? escucha cómo: "Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por medio de las cosas hechas". Las cosas invisibles de él, es decir, las invisibles de Dios: "desde la creación del mundo", es decir, desde que creó el mundo: "por medio de las cosas hechas se ven claramente, siendo entendidas". También su eterna; digo las palabras del Apóstol, las añado: "También su eterna virtud y divinidad", entiendes, "siendo entendidas se ven claramente". Para que sean inexcusables. ¿Por qué inexcusables? Porque conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. No dijo, "desconociendo a Dios"; sino, "conociendo".

CAPÍTULO II.

2. La belleza de las criaturas es confesión del Creador. Cómo los filósofos llegaron al conocimiento de Dios desde el conocimiento del hombre. ¿De dónde conociendo? De las cosas que hizo. Pregunta a la belleza de la tierra, pregunta a la belleza del mar, pregunta a la belleza del aire extendido y difundido, pregunta a la belleza del cielo, pregunta al orden de las estrellas, pregunta al sol que con su resplandor ilumina el día, pregunta a la luna que con su brillo modera las tinieblas de la noche siguiente, pregunta a los animales que se mueven en las aguas, que habitan en la tierra, que vuelan en el aire; almas ocultas, cuerpos visibles; visibles para ser gobernados, invisibles para gobernar: pregúntales, todos te responden: "Mira, somos hermosos". Su belleza es su confesión. ¿Quién hizo estas cosas hermosas y cambiantes, sino el inmutable hermoso? En el mismo hombre, para que pudieran entender y conocer a Dios, el creador de todo el mundo; en el mismo, digo, hombre, interrogaron estas dos cosas, el cuerpo y el alma. Preguntaban lo que ellos mismos llevaban: veían el cuerpo, no veían el alma. Pero no veían el cuerpo sin el alma. Veían a través del ojo, pero dentro estaba quien miraba por las ventanas. Finalmente, al partir el habitante, la casa yace: al partir quien gobernaba, cae lo que era gobernado: y porque cae, se llama cadáver. ¿No están allí los ojos intactos? Aunque estén abiertos, no ven nada. Los oídos están presentes; pero el oyente ha partido: el órgano de la lengua permanece; pero el músico que lo movía se ha ido. Interrogaron, pues, estas dos cosas, el cuerpo que se ve, el alma que no se ve: y encontraron que era mejor lo que no se ve, que lo que se ve; mejor el alma oculta, peor la carne aparente. Vieron estas cosas, las observaron, discutieron ambas, y encontraron ambas, cambiantes en el mismo hombre. Cambiante el cuerpo por edades, por corrupciones, por alimentos, por restauraciones, por deficiencias, por vida, por muerte. Pasaron al alma, que ciertamente habían comprendido mejor, y también admiraban invisible: y la encontraron también cambiante; a veces queriendo, a veces no queriendo; a veces sabiendo, a veces no sabiendo; a

veces recordando, a veces olvidando; a veces temiendo, a veces atreviéndose; a veces yendo hacia la sabiduría, a veces cayendo en la necedad. Vieron que también era cambiante, y pasaron de ella - pues buscaban algo inmutable.

CAPÍTULO III.

3. Filósofos idólatras después de conocer a Dios. Así, pues, llegaron a conocer a Dios que hizo, a través de las cosas que hizo. Pero no lo honraron como a Dios, ni le dieron gracias: así lo dice el Apóstol. Sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció. Diciendo ser sabios, se hicieron necios. Al atribuirse lo que habían recibido, perdieron lo que tenían. Diciendo ser grandes, se hicieron necios. ¿Y a qué llegaron? "Y cambiaron", dice, "la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible". Habla de ídolos. Y no fue suficiente hacer un ídolo a la semejanza del hombre, y atribuir al artífice la semejanza de su obra: no fue suficiente esto. Sino que además, ¿qué? "Y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles" (Rom. I, 18-23). Pues todos estos animales mudos e irracionales, aquellos como grandes sabios, se hicieron dioses para sí mismos. Te reprendía cuando adorabas la imagen de un hombre: ¿qué te haré cuando adoras la imagen de un perro, la imagen de una serpiente, la imagen de un cocodrilo? Llegaron hasta estas cosas. Cuanto más buscaron en lo alto, tanto más cayeron en lo profundo. Pues más profundamente se sumerge lo que cae desde lo alto.

CAPÍTULO IV.

4. Qué pensaban los filósofos sobre el estado de las almas después de la muerte. Estos, como les recordé ayer, buscaron qué después, es decir, qué después de esta vida. Buscaron como hombres: pero ¿cuándo encontrarían, siendo hombres? No tuvieron la doctrina de Dios, no escucharon a los profetas: no pudieron encontrar, sospecharon. Les relaté ayer sus sospechas. Salen las almas malas, dicen; y porque son impuras, inmediatamente se revuelven en otros cuerpos: salen las almas de los sabios y justos; y porque vivieron bien, vuelan al cielo. Bien, les encontraste un lugar: volando al cielo llegan. ¿Y qué allí? Allí estarán, dicen, y descansarán con los dioses: sus asientos serán las estrellas. No es un mal lugar el que les encontraste: al menos déjalas allí, no las derribes. Pero, dicen, después de largos tiempos, olvidadas por completo las miserias pasadas, comienzan a querer volver a los cuerpos; y les deleitará venir, y nuevamente vienen a sufrir estas cosas, a tolerar estas cosas, a olvidar a Dios, a blasfemar a Dios, a seguir las voluptuosidades del cuerpo, a luchar contra las pasiones. Vienen a estas miserias, ¿de dónde, y a dónde? Dime, ¿por qué? Porque olvidan. Si olvidan todos los males, que olviden también el deleite de la carne. Esto solo recuerdan para su mal, de donde cayeron. Vienen: ¿por qué? Porque les deleita nuevamente habitar en los cuerpos. ¿De dónde les deleita, sino por la memoria, porque alguna vez habitaron allí? Borra toda la memoria, y tal vez harás residuo de sabiduría: que no quede nada que los llame.

CAPÍTULO V.

5. Virgilio no aprueba la doctrina del retorno de las almas a los cuerpos. Las almas no pueden ser felices en esa opinión. Un cierto autor de ellos se horrorizó, a quien se le mostraba, o quien inducía en los infiernos a un padre mostrando a su hijo. Pues casi todos ustedes lo saben; y ojalá pocos lo supieran. Pero pocos lo saben en los libros, muchos en los teatros, porque Eneas descendió a los infiernos, y su padre le mostró las almas de los grandes romanos que vendrían a los cuerpos: el mismo Eneas se espantó, y dijo: "Oh padre, ¿se ha de pensar que algunas almas sublimes irán de aquí al cielo, y volverán de nuevo a cuerpos lentos?" (Virgilio, Eneida, libro 6, versos 719-721). ¿Se ha de creer, dice, que van al cielo, y

vuelven de nuevo? "¿Qué deseo tan terrible de luz para las almas miserables?" El hijo entendía mejor que el padre exponía. Reprendió el deseo de las almas que querían volver a los cuerpos. Dijo que era un deseo terrible, dijo que eran miserables; y no se avergonzó de ellas. A esto, filósofos, han llevado, para que las almas se purifiquen, lleguen a la máxima pureza, y por esa pureza olviden todo, y por los olvidos de las miserias regresen a las miserias de los cuerpos. Díganme, por favor: ¿no sería mejor que estas cosas, incluso si fueran verdaderas, no se supieran? Incluso si fueran verdaderas, digo, que sin duda son falsas, porque son feas; ¿no sería mejor que no se supieran? ¿O acaso dirás: No serás sabio si no sabes estas cosas? ¿Para qué las sabré? ¿Puedo ser mejor ahora, que cuando esté en el cielo? Si en el cielo, cuando sea mejor y más perfecto, olvidaré todo lo que aprendí aquí, y allí siendo mejor lo ignoraré; déjame ahora ignorarlas. Dices que habitando en el cielo olvidan todo: déjame en la tierra ser ignorante de todas estas cosas. Luego, te pregunto, ¿saben estas almas en el cielo que sufrirán nuevamente las miserias de esta vida, o no lo saben? Elige lo que quieras. Si saben que sufrirán tantas miserias, ¿cómo son felices, pensando en sus futuras miserias? ¿Cómo son felices, donde están sin seguridad? Pero veo lo que eliges: dirás, No lo saben. Entonces alabas allí esta ignorancia, que no me permites tener ahora, enseñándome en la tierra lo que dices que ignoraré en el cielo. No lo saben, dices. Si no lo saben, y no creen que sufrirán, son felices errando. Pues lo que sufrirán, creen que no lo sufrirán: ¿qué es creer algo falso sino errar? Serán, pues, felices por error; serán felices; no por eternidad, sino por falsedad. Que la verdad nos libere, para que podamos ser verdaderamente felices: porque no es vano el discurso de nuestro Redentor, "Si el Hijo los libera, serán verdaderamente libres". Él mismo dijo: "Si permanecen en mi palabra, verdaderamente serán mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los liberará" (Juan VIII, 36, 31, 32).

CAPÍTULO VI.

6. Aquí la esperanza sería más feliz que en aquella felicidad. Luego escuchen algo peor, algo para lamentar o más bien para ridiculizar. Aquí sabio, aquí filósofo, es decir, en la tierra (por ejemplo, Pitágoras, Platón, Porfirio, y no sé quién más de ellos), ¿por qué filosofas? Por la vida, dice, feliz. ¿Cuándo tendrás esa vida feliz? Cuando deje este cuerpo en la tierra. Ahora, pues, se lleva una vida miserable, pero hay esperanza de vida feliz: allí se lleva una vida feliz, pero hay esperanza de vida miserable. Entonces la esperanza de nuestra infelicidad es feliz, y la de felicidad infeliz. Rechacemos estas cosas, y ya sea que riamos porque son falsas, o lamentemos porque se consideran grandes. Pues estas cosas, hermanos míos, son grandes delirios de grandes doctores. ¿Cuánto mejor sostenemos los grandes sacramentos de los grandes santos? Dicen que las almas purificadas, limpiadas, sabias, regresan a los cuerpos por amor a los cuerpos. Entonces, ¿así ama un alma purificada? ¿No es este amor una gran suciedad?

CAPÍTULO VII.

7. La sentencia de Porfirio sobre evitar todo cuerpo. Refutación. Pero todo cuerpo debe ser evitado. Un gran filósofo de ellos, posteriormente Porfirio, acérrimo enemigo de la fe cristiana, que ya fue en tiempos cristianos; pero sin embargo, avergonzándose de esos delirios, corregido en parte por los cristianos, dijo, escribió: Todo cuerpo debe ser evitado. Dijo todo, como si todo cuerpo fuera un vínculo penoso para el alma. Y ciertamente si cualquier cuerpo debe ser evitado, no es para que lo alabes, y digas cómo, enseñando Dios, nuestra fe alaba el cuerpo: porque incluso el cuerpo que ahora tenemos, aunque tengamos de aquí la pena por el pecado, y el cuerpo que se corrompe, agobie al alma (Sab. IX, 15); sin embargo, este cuerpo tiene su forma, disposición de miembros, distinción de sentidos, estatura erguida, y otras cosas que al considerarlas bien asombran. Sin embargo, aquel será

completamente incorruptible, completamente inmortal, completamente ágil y fácil de mover. Pero dice Porfirio: No tiene sentido que me alabes el cuerpo; cualquier cuerpo que sea, si el alma quiere ser feliz, todo cuerpo debe ser evitado. Esto dicen los filósofos: pero se equivocan, pero deliran. Lo pruebo rápidamente: no quiero discutir más; porque lo que se predica debe tener un sujeto. Pues dos cosas están conectadas entre sí, predicado y sujeto. Dios supera todo: a él todo está sujeto. Y si el alma tiene algún honor ante Dios, debe tener algo sujeto. Pero no quiero discutir más sobre esto, leo tus libros: dices que este mundo es un animal, es decir, el cielo, la tierra, los mares, todos los cuerpos inmensos, los elementos inmensos por todas partes; todo esto, y el cuerpo universal, que consta de todos estos elementos, dices que es un gran animal, es decir, que tiene su alma, pero no tiene sentidos corporales; porque externamente no hay nada que pueda ser sentido: sin embargo, tiene intelecto, se adhiere a Dios: y esa misma alma del mundo se llama Júpiter, o se llama Hécate, es decir, como un alma universal que gobierna el mundo, y hace un solo gran animal. Y dices que este mismo mundo es eterno, siempre será, no tendrá fin. Si, pues, el mundo es eterno, y permanece sin fin, y el mundo es un animal; esa alma siempre está retenida en el mundo: ¿ciertamente todo cuerpo debe ser evitado? ¿Qué es lo que decías, Todo cuerpo debe ser evitado? Yo digo que las almas felices tendrán siempre cuerpos incorruptibles. Tú que dices, Todo cuerpo debe ser evitado, mata al mundo. Dices que huya de mi carne: que huya tu Júpiter del cielo y la tierra.

CAPÍTULO VIII.

8. Nuevamente refutado con las palabras de Platón. ¿Qué encontramos en el mismo Platón, maestro de todos ellos, en un cierto libro suyo que escribió sobre la constitución del mundo, introduciendo a Dios, el creador de los dioses, haciendo a los dioses celestiales, todas las estrellas, el sol y la luna? Dice, pues, Dios, el artífice de los dioses celestiales: dice que las mismas estrellas tienen almas intelectuales, que entienden a Dios, y cuerpos visibles que se ven. Digo, para que entiendan: Este sol que ven, no se vería si no fuera un cuerpo: esto es verdad. Ninguna estrella o luna se vería si no fuera un cuerpo: dice la verdad. Por eso dice también el Apóstol: "Y cuerpos celestiales, y cuerpos terrestres. Y sigue: "Otra es la gloria de los celestiales, y otra de los terrestres. Y nuevamente hablando de la gloria de los cuerpos celestiales, el Apóstol añadió, y dijo: "Otra es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, otra la gloria de las estrellas. Porque una estrella difiere de otra en gloria: así también la resurrección de los muertos" (1 Cor. XV, 40-42). Ven que se promete a los cuerpos de los santos claridad, y diversa especie de claridad, porque son diversos los méritos de la caridad. Pero ¿qué dicen ellos? Estas estrellas que ven, ciertamente son cuerpos, pero tienen sus almas intelectuales, y son dioses. Por ahora, sobre los cuerpos, porque son cuerpos, dicen la verdad: pero si tienen sus almas, ¿para qué lo discuto? Ahora vengamos al asunto. Se introduce a Dios por el mismo Platón hablando a los dioses, que hizo de sustancia corporal e incorpórea, y entre otras cosas diciéndoles: "Puesto que han nacido, no pueden ser inmortales e indisolubles". Ya a esta voz podían temblar. ¿Por qué? Porque deseaban ser inmortales, y no querían morir. Entonces, para quitarles el temor, añadió y dijo: "Sin embargo, no serán disueltos, ni los destruirá ningún destino de muerte, ni serán más poderosos que mi consejo, que es un vínculo mayor para su perpetuidad, que aquellos con los que están atados". He aquí que Dios da seguridad a los dioses hechos por él: les da seguridad de inmortalidad; les da seguridad de que no dejarán los globos de sus cuerpos. ¿Ciertamente todo cuerpo debe ser evitado? Según entiendo, se les ha respondido, como pueden entender: como también nosotros podemos hablar, cuanto la hora del sermón lo permite, cuanto su capacidad lo permite, se les ha respondido. Ahora bien, lo que ellos dicen sobre la resurrección de los cuerpos como agudamente, para que no podamos, como piensan, también responderles, es mucho para que hoy se los diga. Pero

porque una vez les prometí que durante estos días se trataría esta cuestión de la resurrección de la carne, preparéense para lo que queda, con la ayuda del Señor, y sus oídos y corazones para mañana.

SERMON CCXLII. En los días de Pascua, XIII. Sobre la Resurrección de los cuerpos, contra los Gentiles.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fe en la resurrección, claramente probada, es imprudentemente impugnada por los hombres. En estos días santos dedicados a la resurrección del Señor, tratemos, en la medida que Él nos lo permita, sobre la resurrección de la carne. Esta es nuestra fe, este don nos fue prometido en la carne de nuestro Señor Jesucristo, y en Él precedió el ejemplo. Quiso, en efecto, no solo anunciarnos lo que prometió al final, sino también demostrarlo. Aquellos que estuvieron con Él entonces, vieron, y aunque se asustaron y creyeron ver un espíritu, tocaron la solidez del cuerpo. Habló no solo con palabras a sus oídos, sino también con su apariencia a sus ojos: y no era suficiente ofrecerse a la vista, sino también al tacto y al palpado. Dijo: "¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón?" Pues creyeron ver un espíritu. "¿Por qué estáis turbados, y suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo." Contra esta evidencia, los hombres disputan. ¿Qué otra cosa harían los hombres, que entienden las cosas humanas, sino disputar sobre Dios contra Dios? Él es Dios, ellos son hombres. Pero Dios conoce los pensamientos de los hombres, porque son vanos (Salmo 93, 11). En el hombre carnal, toda regla de entendimiento es la costumbre de ver. Lo que suelen ver, lo creen; lo que no suelen ver, no lo creen. Dios hace milagros fuera de la costumbre, porque es Dios. Son mayores milagros que cada día nazcan tantos hombres que no existían, que resuciten unos pocos que existían; y sin embargo, estos milagros no son comprendidos por la consideración, sino que se han vuelto vulgares por la asiduidad. Cristo resucitó, es un hecho consumado. Era un cuerpo, era carne, colgó en la cruz, entregó su alma, fue puesta en el sepulcro. Él, que vivía en ella, la mostró viva. ¿Por qué nos maravillamos? ¿Por qué no creemos? Es Dios quien lo hizo: considera al autor y elimina la duda.

CAPÍTULO II.

2. Contra la resurrección de la carne argumentan: Si no habrá corrupción, ¿por qué se comerá? Los hombres preguntan, por tanto, si esta corrupción del cuerpo, que sienten en su carne, existirá en la resurrección de los muertos. Decimos que no existirá. Nos responden: Si no habrá corrupción, ¿por qué se comerá? O si no se comerá, ¿por qué después de la resurrección el Señor comió? Hoy, al leerse el Evangelio, escuchamos que cuando se mostró vivo a los ojos y manos de sus discípulos, le pareció poco para demostrar la evidencia corporal: pero añadió, "¿Tenéis aquí algo que comer?" Y le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel: y comió, y les dio las sobras (Lucas 24, 37-43). Se nos dice, por tanto: Si la corrupción del cuerpo no resucitará, ¿por qué comió el Señor Cristo? Leísteis que comió, ¿acaso leísteis que tuvo hambre? Lo que comió, fue por potestad, no por necesidad. Si deseara comer, necesitaría. De nuevo, si no pudiera comer, sería menos poderoso. ¿Acaso no comieron también los ángeles cuando fueron hospedados por nuestros padres (Génesis 18, 1-9, y Tobías 12, 19), y sin embargo no eran corruptibles?

3. Si los defectos de la carne no resucitarán, ¿por qué en Cristo las cicatrices? De nuevo dicen: ¿Resucitarán los defectos que había en el cuerpo humano, con los cuales muere el

hombre? Respondemos: No resucitarán los defectos. Y se nos dice: ¿Por qué entonces el Señor resucitó con las cicatrices de sus heridas? ¿Qué decimos a esto, sino que también esto fue por potestad, no por necesidad? Quiso resucitar así, quiso mostrarse así a algunos que dudaban. En esa carne, la cicatriz de la herida sanó la herida de la incredulidad.

CAPÍTULO III.

4. ¿Cómo será la resurrección de los niños? Aún discuten y nos preguntan: ¿Los niños que mueren, resucitarán como niños? ¿O la edad de los que resuciten será plena, aunque era pequeña al morir? Esto no lo encontramos definido en las Escrituras. Se nos ha prometido que resucitarán cuerpos incorruptibles e inmortales. Pero si se devuelve la edad pequeña, si se restaura la estatura diminuta, ¿acaso también se restaurará la debilidad? Si serán pequeños, ¿acaso yacerán y no podrán caminar? Sin embargo, es más creíble, más probable y más razonable aceptar que resucitarán en edades plenas, para que se devuelva como don lo que habría llegado con el tiempo. No creemos que también resucitará la vejez jadeante y encorvada. Finalmente, elimina la corrupción y añade lo que quieras.

5. ¿Cómo será el cuerpo terrenal en el cielo? Pero, dices, ¿cómo será el cuerpo terrenal en el cielo? Los filósofos de las naciones, aquellos muy grandes, cuyas opiniones ya os he insinuado, ya sean insensatas o al menos humanas (pues investigaron estas cosas no con el espíritu de Dios, sino con la conjetura del corazón humano); plantean principalmente esta cuestión, tratan sutilmente sobre los momentos de los pesos y el orden de los elementos: y dicen, lo que también vemos, que el mundo está dispuesto de tal manera que la tierra está en el fondo, el agua se vierte sobre la tierra, el aire viene en tercer lugar, y el éter cubre todo. Ese elemento superior, que llaman éter, dicen que es fuego líquido y puro, de donde están formadas las estrellas, y que allí no puede haber nada terrenal, porque el orden de los pesos no lo permite. Si les decimos que nuestros cuerpos vivirán en una nueva tierra y no estarán en el cielo; hablamos audaz y temerariamente, más bien infielmente. Debemos creer que tendremos cuerpos tales que donde queramos, cuando queramos, allí estaremos. Pues si respondemos, para resolver la cuestión del orden de los pesos, que viviremos en la tierra; la cuestión es sobre el mismo cuerpo del Señor, con el cual ascendió al cielo.

CAPÍTULO IV.

6. El cuerpo de Cristo en el cielo. Habéis escuchado lo que del Evangelio resonó recientemente en nuestros oídos: "Alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se apartó de ellos y fue llevado al cielo" (Lucas 24, 50-51). ¿Quién fue llevado al cielo? El Señor Cristo. ¿Quién es el Señor Cristo? El Señor Jesús. ¿Acaso separarás al hombre de Dios, y harás una persona del Dios y otra del hombre, para que ya no sea Trinidad, sino cuaternidad? Así como tú eres hombre, alma y cuerpo; así el Señor Cristo es Verbo, alma y cuerpo. Pero el Verbo no se apartó del Padre: vino a nosotros, y no abandonó al Padre; y en el vientre tomó carne, y gobernó el mundo. ¿Qué, entonces, fue elevado al cielo, sino lo que fue tomado de la tierra? es decir, aquella carne, aquel cuerpo, del cual hablando a los discípulos dijo: "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo." Creámoslo, hermanos: y si difícilmente resolvemos los argumentos de los filósofos; mantengamos sin dificultad de fe lo que se demostró en el Señor. Que ellos hablen, nosotros creamos.

CAPÍTULO V.

7. Lo que Dios quiere, se hace, aunque de otro modo no pueda hacerse. Pero, dicen, no puede haber un cuerpo terrenal en el cielo. ¿Qué, si Dios lo quiere? Responde contra Dios, y di: No puede Dios. ¿Acaso tú, pagano cualquiera, no dices que Dios es omnipotente? ¿Acaso no se lee en el libro de Platón, que ayer demostré, que Dios dijo a los dioses hechos por Él: "Puesto que habéis nacido, no podéis ser inmortales e indisolubles; sin embargo, no seréis disueltos, ni os destruirán los destinos de la muerte; ni serán más poderosos que mi consejo, que es un vínculo mayor para vuestra perpetuidad, que aquellos con los que estáis atados?" Dios lo ha reducido todo a su voluntad, quien puede incluso lo que es imposible. Pues, ¿qué es otra cosa, No podéis ser inmortales, pero yo hago que no muráis; sino, yo hago incluso lo que no puede hacerse?

CAPÍTULO VI.

8. El orden de los cuerpos según la diversidad de los pesos. Un cuerpo terrenal contra el orden de los pesos sobre el agua. Sin embargo, quiero discutir algo sobre la diversidad de los pesos. Te ruego, dime, ¿La tierra es tierra, el agua es agua, el aire es aire, el éter, es decir, el cielo, y ese fuego líquido es cielo? Estos cuatro, como en escalones, han construido y edificado el mundo, es decir, el mundo está edificado de estos cuatro. Pregunta qué está en el fondo, es tierra: qué está encima, es agua: qué está sobre el agua, es aire: qué está sobre el aire, es cielo, es éter. ¿Qué de los cuerpos sólidos que se sostienen y se tocan? No digo los húmedos, que se deslizan y fluyen; digo los cuerpos palpables, ¿de dónde son? ¿Deben atribuirse a la tierra, al agua, al aire, o al éter? Responderás, A la tierra. ¿Es, entonces, un cuerpo terrenal la madera? Claramente terrenal. Nace en la tierra, se alimenta en la tierra, crece en la tierra. Es palpable, no fluido. Vuelve conmigo a ese orden de los pesos. La tierra está en el fundamento: sigue el orden. ¿Qué sobre la tierra? Agua. ¿Por qué la madera flota sobre el agua? Es un cuerpo terrenal: si vuelves a ese orden de los pesos, debería estar bajo el agua, no encima. Encontramos entre la tierra y la madera el agua en medio: debajo de la tierra, sobre el agua, y sobre el agua de nuevo tierra, puesto que la madera es tierra. Has perdido ese orden, mantén la fe. Así, los cuerpos terrenales se encuentran sobre el elemento que es segundo en el orden de los elementos, cuando flotan las maderas, y no se hunden.

CAPÍTULO VII.

9. El plomo sobre el agua. Observa otra cosa, que te asombre más. Los mismos cuerpos muy pesados, y sin embargo terrenales, que tan pronto como se dejan sobre el agua, inmediatamente se hunden y llegan a las profundidades, como es el hierro, finalmente como es el plomo. ¿Qué hay más pesado que el plomo? Sin embargo, la mano del artesano se acerca al plomo, hace de él algún recipiente cóncavo, y el plomo flota sobre el agua. ¿Acaso no dará Dios a mi cuerpo lo que el artesano da al plomo? Luego, ¿dónde colocáis el agua misma? Volved al orden de los elementos. Ciertamente responderéis que el agua está sobre la tierra. ¿Por qué, entonces, antes de que corran en la tierra, los ríos cuelgan de las nubes?

10. El movimiento más rápido de algunos cuerpos más pesados. Vuelve de allí tu consideración y pensamiento a lo que voy a decir, si con la ayuda del Señor puedo. ¿Qué se mueve más fácilmente, qué se agita más rápidamente, un cuerpo pesado o uno ligero? ¿Quién no responderá, Ligero? Los cuerpos más ligeros se mueven más fácilmente, se agitan más rápidamente: los más pesados, más difícil y lentamente. Ciertamente has fijado la regla, ciertamente has considerado, y habiendo examinado todo, has respondido que los cuerpos más ligeros se mueven más fácilmente y se agitan más rápidamente que los más pesados. Así es, dices. Responde, entonces, a mí. ¿Por qué la ligerísima araña se mueve lentamente, y el pesado caballo corre rápidamente? Hablaré de los mismos hombres: el cuerpo más grande del

hombre es más pesado; el cuerpo más pequeño, que tiene menos peso, es más ligero. Así es, pero si otro lo lleva. Pero si el mismo hombre lleva su cuerpo, el fuerte corre, el macilento apenas camina. Pesa al hombre macilento y al robusto; al que apenas pesa unas pocas libras por la delgadez, al que lleva mucho peso en su carne por la salud del cuerpo: intenta levantar a ambos; el fuerte es pesado, el macilento es ligero. Que se retire el portador, que aparezca el caminante; déjalos a ellos mismos, que muevan sus cuerpos - veo al macilento apenas moviendo un paso, veo al fuerte y robusto corriendo. Si esto puede la salud, ¿qué podrá la inmortalidad?

CAPÍTULO VIII.

11. Cuerpos espirituales después de la resurrección, de dónde se dice. Dios, por tanto, dará una maravillosa facilidad, una maravillosa ligereza. No sin razón esos cuerpos se llaman espirituales. No se les llama espirituales porque serán espíritus, no cuerpos. Pues estos que ahora tenemos se llaman cuerpos animales: y sin embargo no son almas, sino cuerpos. Así como ahora estos se llaman animales, y no son almas: así aquellos se llaman espirituales, pero no son espíritus, porque serán cuerpos. ¿Por qué se llama cuerpo espiritual, queridos, sino porque servirá al mandato del espíritu? Nada te contradecirá de ti, nada en ti se rebelará contra ti. No habrá allí lo que el Apóstol lamenta, "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne" (Gálatas 5, 17). No habrá allí, "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente" (Romanos 7, 23). No habrá esas guerras: habrá paz, habrá paz perfecta allí. Donde quieras, estarás: pero no te alejarás de Dios. Donde quieras, estarás: pero dondequiera que vayas, tendrás a tu Dios. De quien serás bienaventurado, siempre estarás con Él.

12. La promesa de la resurrección se confirma con tantas otras promesas de Dios ya cumplidas. Que nadie engañe, que nadie argumente, que nadie delire con su sospecha: lo que Dios nos prometió, tengamos por cierto que vendrá. Cuando Cristo era visto, hermanos míos, cuando se le creía un espíritu, para persuadir que era un cuerpo, no solo se ofrecía a la vista, sino también al tacto. A quienes, para mostrar la verdad de la fe en el cuerpo, se dignó incluso no por necesidad, sino por potestad, tomar alimento: sin embargo, aún con ellos temblando de gozo, añadió firmeza al corazón con las santas Escrituras; y les dijo, "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento," como dice el Evangelio que se leyó hoy, "para que comprendieran las Escrituras; y les dijo, Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24, 44-47). No vimos aquello, pero vemos esto. Cuando estas cosas se prometían, aún no se veían. Los apóstoles veían a Cristo presente: pero no veían a la Iglesia extendida por todo el mundo: veían la cabeza, y creían en el cuerpo. Tenemos nuestras partes, tenemos la gracia de nuestra dispensación y distribución: para creer con documentos certísimos, los tiempos nos son distribuidos en una sola fe. Ellos veían la cabeza, y creían en el cuerpo: nosotros vemos el cuerpo, creamos en la cabeza.

SERMON 243. En los días de Pascua, XIV. Sobre la resurrección del Señor según Juan, en aquello, cap. 20, 17, No me toques; porque aún no he subido a mi Padre. Y sobre el uso de los miembros después de la resurrección.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Dificultad en las palabras del Señor que no quiere ser tocado por María antes de la ascensión. La narración de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo según el evangelista Juan comenzó a leerse hoy. Pues sabéis, y os había recomendado, que en estos días se recite la resurrección del Señor según los cuatro Evangelistas. En lo que hemos escuchado, solo suele movernos aquello de por qué dijo el Señor Jesús a la mujer que buscaba su cuerpo, y que ya lo reconocía vivo: "No me toques; porque aún no he subido a mi Padre." Pero os dije, y debéis recordar, que no todos dicen todo; sino que se dice por unos lo que otros omiten. Sin embargo, no de tal manera que deban creerse en contradicción entre sí, si no hay contienda, y hay piedad en el entendimiento. Pues como se lee en el evangelista Mateo, después de que resucitó, se encontró con dos mujeres, entre las cuales estaba esta; y les dijo, "Salve." Y ellas se acercaron, y le tomaron los pies, y le adoraron (Mateo 28, 9): y ciertamente aún no había subido al Padre. ¿Cómo, entonces, se le dice ahora a esta, "No me toques; porque aún no he subido a mi Padre"? Pues estas palabras parecen significar que entonces María podría tocarlo cuando hubiera ascendido al cielo. Si no lo toca estando en la tierra, ¿quién de los mortales puede tocarlo sentado en el cielo?

CAPÍTULO II.

2. ¿Qué significa tocar a Cristo? Pero ese toque significa fe. Toca a Cristo quien cree en Cristo. Pues aquella mujer que padecía flujo de sangre, dijo para sí misma: "Si toco el borde de su manto, seré salva" (Mateo 9, 21). Tocó con fe, y siguió la salud que presumió. Finalmente, para que supiéramos qué es verdaderamente tocar, el Señor inmediatamente dijo a sus discípulos: "¿Quién me ha tocado?" Y dijeron los discípulos: "Las multitudes te aprietan, y dices, ¿Quién me ha tocado?" Y Él: "Alguien me ha tocado" (Lucas 8, 43-46). Como diciendo: La multitud aprieta, la fe toca. Parece, entonces, que esta María, a quien el Señor dijo, "No me toques; porque aún no he subido a mi Padre," representa a la Iglesia, que entonces creyó en Cristo cuando ascendió al Padre. Os pregunto, entonces, ¿cuándo creísteis? Pregunto a la Iglesia extendida por todo el mundo, cuya persona estaba en una mujer: y con una sola voz me responde, Creí cuando Jesús ascendió al Padre. ¿Qué es, Creí entonces; sino, entonces toqué? Muchos carnales pensaron que Cristo era solo un hombre, no entendieron la divinidad oculta en Él. No tocaron bien, porque no creyeron bien. ¿Quieres tocar bien? Entiende a Cristo donde es coeterno con el Padre, y lo has tocado. Pero si piensas que es un hombre, y no piensas nada más, para ti aún no ha ascendido al Padre.

CAPÍTULO III.

3. La dificultad del uso de los miembros después de la resurrección. El Señor Jesús mostró la apariencia de su cuerpo a los sentidos humanos para confirmar la resurrección de la carne. No quiso enseñarnos otra cosa al mostrarse vivo en el cuerpo después de su resurrección, sino que creamos en la resurrección de los muertos. Por lo tanto, cuando todo debe ser restaurado íntegramente, suele surgir una pregunta difícil sobre el uso de los miembros, planteada tanto por quienes desean saber como por quienes desean discutir. Dicen que nuestro cuerpo tiene todos sus miembros y que estos aparecen necesarios para ciertas funciones. ¿Quién no sabe, quién no ve que tenemos ojos para ver, oídos para oír, lengua para hablar, nariz para oler, dientes para masticar, manos para trabajar, pies para caminar; incluso aquellos miembros que se llaman pudendos, para la generación? Además, los órganos internos, que Dios quiso que estuvieran cubiertos para no ser horribles a la vista, como nuestros intestinos, han sido comprendidos en su uso tanto por muchas personas como mejor por los médicos. Argumentan y nos dicen: Si tendremos oídos para oír, ojos para ver, lengua para hablar; ¿por qué tendremos dientes si no comeremos, garganta, pulmones, estómago, intestinos por donde

pasan los alimentos y se transforman para el equilibrio de nuestra salud; finalmente, aquellos mismos miembros que se llaman pudendos, por qué, dicen, los tendremos, donde no habrá generación ni digestión?

CAPÍTULO IV.

4. Los miembros del cuerpo serán para uso o para apariencia. Armonía de los miembros. ¿Qué les responderemos? ¿Acaso diremos que resucitaremos sin intestinos, a semejanza de estatuas? Pues sobre los dientes es fácil responder. Los dientes no solo nos ayudan a masticar, sino también a hablar; como el plectro a las cuerdas, así golpean nuestra lengua para que suene las sílabas. Por lo tanto, los demás miembros nuestros serán para apariencia, no para uso; para la recomendación de la belleza, no por necesidad. ¿Acaso porque estarán ociosos serán indecorosos? Y ahora, porque somos inexpertos e ignoramos las causas de las cosas, si se vieran nuestros interiores, serían más horribles que amados. ¿Quién sabe cómo están conectados entre sí los miembros y con qué números están ajustados? De ahí que se llame también armonía; palabra tomada de la música: donde ciertamente vemos en la cítara las cuerdas tensas. Si todas las cuerdas sonaran igual, no habría melodía. La tensión diversa produce sonidos diversos; pero los sonidos diversos unidos por la razón, engendran, no belleza para los que ven, sino dulzura para los que oyen. Quien haya aprendido esta razón en los miembros humanos, tanto se maravilla, tanto se deleita, que esta razón es preferida por los inteligentes a toda belleza visible. Ahora no la conocemos; pero entonces la conoceremos: no porque se desnudarán, sino porque incluso cubiertos no podrán ocultarse.

CAPÍTULO V.

5. Ni los miembros internos ni los corazones mismos estarán ocultos después de la resurrección. Todos se conocerán mutuamente. Alguien me responderá y dirá: ¿Cómo, si estarán cubiertos, no podrán ocultarse? ¿Nuestros corazones no estarán ocultos y las entrañas sí? Pensamientos, hermanos míos, pensamientos que ahora solo Dios ve, todos se verán mutuamente en esa sociedad de los santos. Nadie querrá allí que lo que piensa esté oculto, porque nadie pensará mal allí. Por eso dice el Apóstol, No juzguéis nada antes de tiempo: es decir, No juzguéis temerariamente lo que no veis con qué corazón se hace. Si algo se hace que puede hacerse con buen corazón, no lo reprendas: no te arrogues más de lo que la humanidad exige. Ver el corazón es de Dios: de los hombres no es, sino juzgar de lo que es manifiesto. No juzguéis, pues, dice, nada antes de tiempo. ¿Qué es antes de tiempo? Sigue y dice: Hasta que venga el Señor y ilumine lo oculto de las tinieblas. ¿Qué tinieblas dijo? Lo muestra claramente con las palabras siguientes: Ilumine, dice, lo oculto de las tinieblas. ¿Qué es esto? Escucha lo que sigue: Y manifestará los pensamientos del corazón (1 Cor. IV, 5). Esto es iluminar lo oculto de las tinieblas, hacer manifiestos los pensamientos del corazón. Ahora, pues, nuestros pensamientos están en luz para nosotros mismos, porque los conocemos: pero para nuestros prójimos están en tinieblas, porque no los ven. Allí lo que sabes que piensas, también lo sabrá otro. ¿Qué temes? Ahora quieres ocultar, ahora temes que se publiquen tus pensamientos: porque tal vez a veces piensas algo malo, tal vez algo vergonzoso, tal vez algo vano. Allí no pensarás nada sino bueno, nada sino honesto, nada sino verdadero, nada sino puro, nada sino sincero, cuando estés allí. Como ahora quieres que se vea tu rostro, así entonces querrás que se vea tu conciencia.

CAPÍTULO VI.

Porque también el conocimiento mismo, carísimos, ¿no será de todos nosotros? ¿Pensáis que me conoceréis a mí porque me conocéis, y no conoceréis a mi padre, a quien no conocéis, o a

algún obispo que estuvo en esta iglesia hace muchos años? Todos nos conoceréis. Los que estén allí no se reconocerán porque vean los rostros: habrá un conocimiento mutuo con un conocimiento mayor. Así se verán todos, y mucho más excelentemente, como aquí suelen ver los Profetas. Verán divinamente, cuando estén llenos de Dios. No habrá nada que ofenda, ni nada que oculte al conocedor.

6. Algunos miembros para uso, otros para adorno. Allí habrá miembros íntegros, incluso los que aquí son pudendos, pero allí no lo serán. No habrá allí preocupación por la integridad del adorno, donde no habrá deshonor de la lujuria. Aquí mismo, donde de alguna manera la necesidad de nuestras obras es madre; necesidad que entonces no habrá; sin embargo, encontramos algunas cosas que Dios puso en los cuerpos no para ningún uso, sino solo para adorno.

CAPÍTULO VII.

Hace tiempo recorría los miembros: y ahora repasémoslos un poco más detenidamente. Tenemos ojos para ver, oídos para oír, nariz para oler, boca y lengua para hablar, dientes para masticar, garganta para tragar, estómago para recibir y cocinar, intestinos para llevar los alimentos hacia abajo, y aquellos que se llaman pudendos, ya sea para la excreción o para la generación: manos para trabajar, pies para caminar. ¿Qué uso tienen las barbas, sino solo la belleza? ¿Por qué Dios creó la barba en el hombre? Veo la apariencia, no busco el uso. Se ve por qué las mujeres tienen pechos, ciertamente para amamantar a los pequeños: ¿por qué tienen los hombres pezones? Pregunta por el uso, no hay ninguno: pregunta por la apariencia, un pecho con pezones decora a los hombres. Quita los pezones al pecho viril, y verás cuánta belleza has quitado, cuánta fealdad has introducido.

CAPÍTULO VIII.

7. En los cuerpos de los bienaventurados habrá belleza en todos los aspectos. Así pues, carísimos, creed así, mantened así, que allí no habrá uso de muchos miembros, pero no faltará el adorno de ninguno. No habrá nada indecoroso allí, habrá suma paz, nada discordante, nada monstruoso, nada que ofenda la vista, en todo se alabará a Dios. Pues si ahora en esta debilidad de la carne y en la delicada operación de los miembros aparece tanta belleza del cuerpo, que incita a los lujuriosos, y excita a buscar ya sea a los estudiosos o a los curiosos; y si se encuentra en el cuerpo la razón de los números, no se encuentra otro artífice de estos, otro de los cielos, sino el mismo creador de los inferiores y de los superiores: cuánto más allí, donde no habrá lujuria, ni corrupción, ni deformidad torcida, ni necesidad penosa, sino eternidad interminable, verdad hermosa, suma felicidad.

CAPÍTULO IX.

8. ¿Cuál será la acción de los bienaventurados? Cuaresma antes de Pascua y cincuenta días después de Pascua. Aleluya. En la vida futura, alabanza a Dios sin cesar, sin hastío. Pero me dices: ¿Qué haré? No habrá uso de los miembros allí, ¿qué haré? ¿No te parece acción estar, ver, amar, alabar? Estos días santos, que se celebran después de la resurrección del Señor, significan la vida futura después de nuestra resurrección. Así como los días de Cuaresma antes de Pascua significaron la vida laboriosa en esta aflicción mortal: así estos días alegres significan la vida futura, donde reinaremos con el Señor. La vida que significa la Cuaresma antes de Pascua, ahora se tiene: la vida que significa los cincuenta días después de la resurrección del Señor, no se tiene, pero se espera, y esperando se ama; y en ese mismo amor se alaba a Dios que prometió estas cosas, y esas alabanzas son Aleluya. ¿Qué es Aleluya? Es

una palabra hebrea, Aleluya, Alabad a Dios. Allelu, Alabad; Ia, Dios: Aleluya, pues, sonamos alabad a Dios, y nos animamos mutuamente a alabar a Dios: con corazones concordes mejor que con cuerdas de cítara, decimos alabanzas a Dios, cantamos Aleluya. Y cuando hemos cantado, por la debilidad nos retiramos, para reponer los cuerpos. ¿Por qué reponemos, sino porque desfallecemos? Además, tanta es la debilidad de la carne, tanta la molestia de esta vida, que cualquier cosa grande llega a ser fastidiosa. ¿Cómo deseamos estos días para el año venidero, cuando ahora se van; y con cuánta avidez llegamos a ellos a través del intervalo de tiempo? Si se nos dijera, Sin cesar decís Aleluya, nos excusaríamos. ¿Por qué nos excusaríamos? Porque cansados no podríamos, porque incluso el bien mismo nos fatigaría con hastío. Allí no habrá desfallecimiento, ni hastío. Estad, alabad, los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Sal. CXXXIII, 1). ¿Qué buscas, qué harás allí? Bienaventurados, dice, los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5).

SERMO CCXLIV. En los días pascuales, XV. Sobre la misma lectura del Evangelio de Juan, cap. XX, V. 1-18.

1. Ni Magdalena ni los Apóstoles creían en la resurrección de Cristo. La fe de Pedro absorbida por el Señor sufriente. Del Evangelio según Juan, la resurrección del Señor comenzó a ser recitada hoy. Hemos escuchado, y con los ojos de la fe hemos visto el afecto de la piadosa mujer hacia el Señor Jesús. Buscaba a Jesús, pero aún lo buscaba como el cuerpo de un hombre muerto, y sin embargo lo amaba como a un buen maestro. No entendía que había resucitado de los muertos, no creía; y al ver que la piedra había sido removida del sepulcro, creyendo que el cuerpo que buscaba había sido llevado de allí, anunció a los discípulos una cosa lamentable. Corrieron dos, uno de los cuales era Pedro, el otro Juan. Pues es él a quien Jesús amaba, ciertamente más que a los demás: pues a todos los amaba como Señor. Corrieron para ver si era verdad lo que decía la mujer, que el cuerpo había sido llevado del sepulcro. Llegaron, miraron, no encontraron el cuerpo, y creyeron. Pero ¿qué creyeron? Lo que no debieron creer. Cuando oísteis, Y creyeron, tal vez pensasteis que creyeron lo que debían creer, esto es, que el Señor había resucitado de los muertos. No creyeron esto, sino lo que la mujer había anunciado. De hecho, para que sepáis que creyeron esto, el Evangelista añadió inmediatamente, y dijo: Pues aún no conocían las Escrituras, que era necesario que él resucitara de los muertos. ¿Dónde está la fe? ¿Dónde está la verdad tantas veces atestiguada? ¿No les había dicho el mismo Señor Jesús antes de la pasión varias veces que sería entregado, muerto y resucitado? Hablaba aún a sordos. Ya Pedro le había dicho, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo." Ya había oído, "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." (Mat. XVI, 16-18). Tal fe fue absorbida por el Señor crucificado. Pues Pedro creyó en el Hijo de Dios hasta que lo vio colgado en el madero, hasta que lo vio clavado, hasta que lo vio muerto, hasta que lo vio sepultado. Entonces perdió lo que tenía. ¿Dónde está la piedra? ¿Dónde está la firmeza de la piedra? La piedra era el mismo Cristo, y él era Pedro de la piedra. Por eso la piedra había resucitado, para fortalecer a Pedro: pues Pedro habría perecido, si la piedra no viviera.

2. Cristo es reconocido por Magdalena. Dificultad en las palabras del Señor a Magdalena. Sin embargo, después, cuando el Señor dijo a la mujer, María, al volverse lo reconoció, y lo llamó maestro, Rabboni. Se manifestó a esta mujer la resurrección del Señor. ¿Qué significa, pues, No me toques; porque aún no he subido a mi Padre? Una cuestión maravillosa de muchas maneras. Primero porque prohibió que se le tocara, como si pudiera ser tocado indebidamente por quien lo tocara. Luego porque al dar la razón de por qué no quiso y

prohibió que se le tocara, dijo, Porque aún no he subido a mi Padre: como si dijera, Entonces me tocarás, cuando haya subido a mi Padre. ¿Prohibido tocarlo en la tierra, y podría tocarlo sentado en el cielo? Pues dije, ¿Qué es, No me toques; porque aún no he subido a mi Padre? Añado más: Cuando resucitó, como él mismo dice, y otros evangelistas, y ya hemos oído, cuando se leyeron las santas lecturas, se apareció a sus discípulos; y cuando pensaban que era un espíritu, les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies. Palpad, y ved (Luc. XXIV, 37-39). ¿Acaso ya había subido? Aún no había subido a su Padre, y dijo a sus discípulos, Palpad, y ved. ¿Dónde está, No me toques? Aquí tal vez alguien dirá: Quiso ser tocado por hombres, no por mujeres. Si evitara a la mujer, no habría nacido de una mujer. Sin embargo, cualquier cosa que pueda causar alguna cuestión, para decir que el Señor quiso ser tocado por hombres antes de subir al Padre, y no por mujeres; dice el evangelista Mateo. Pues él narró que las mujeres se encontraron con el Señor resucitado, entre las cuales estaba también María, y le abrazaron los pies (Mat. XXVIII, 9). La cuestión se ha complicado de muchas maneras, ¿qué significa, No me toques; porque aún no he subido a mi Padre? Todo lo que he dicho, lo he dicho para aumentar la dificultad de la cuestión: veis que es fuerte, y casi insoluble. Que el Señor me ayude a resolverla. Quien se dignó proponerla, se digne exponerla. Orad conmigo por el efecto: a mí los oídos, a él el corazón. Lo que se digne sugerirme, os lo comunicaré. Quien lo entienda mejor, que me enseñe: soy doctor, pero no indocil. Y quien no lo entienda mejor, que escuche de mí lo que entiendo.

3. La fe de los discípulos en Cristo antes de la resurrección. Qué se debe creer sobre Cristo. Tocar a Cristo es creer en Él. Qué tipo de fe exige Cristo. Los discípulos, como hemos oído, consideraban a Jesús un hombre, y según esto medían su fe: no se elevaban más alto. Caminaban en la tierra con Cristo. Sabían lo que Él se había hecho por nosotros, pero no lo que Él nos había hecho. Él es Cristo, tanto el creador como el creado. Ve al creador: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él.» Ve al creado: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1, 1-3, 14). Vemos, por tanto, a Jesús, pero ya con la fe predicada por los Apóstoles. Lo que nosotros sabemos, ellos aún no lo sabían. No hago injuria. No me atrevo a llamarlos ignorantes; pero sin embargo veo que confiesen su ignorancia. No sabían, después aprendieron, lo que nosotros ya sabemos. Cristo como Dios y hombre, Cristo como creador de las cosas y creado en las cosas, Cristo como creador del hombre y hombre creado, nosotros lo sabemos, ellos aún no. Cristo Dios es igual al Padre: es tan grande como Él; es tal como Él; es lo que Él; no es quien Él. Es lo que Él; porque Él es Dios; y Él es Dios, Él es omnipotente, y Él es omnipotente; Él es inmutable, y Él es inmutable: es lo que Él. No es quien Él; porque Él es el Padre, Él es el Hijo. Quien sabe esto, ha ascendido al Padre: quien no lo sabe, Cristo aún no ha ascendido al Padre para él; es pequeño con Él, está en la tierra con Él, aún no es igual al omnipotente para él. Asciende con el que progresa. ¿Qué significa entonces, No me toques? El tacto significa fe. Al tocar, uno se acerca a quien toca. Vean a aquella mujer que sufría flujo de sangre. Dijo en su corazón: Seré sanada si toco el borde de su manto (Mateo 9, 21). Se acercó y tocó, y fue sanada. ¿Qué significa, Se acercó y tocó? Se acercó y creyó. Para que sepan que ella tocó creyendo, el Señor dijo: Alguien me ha tocado. ¿Qué significa, Alguien me ha tocado; sino, Alguien ha creído en mí? Y para que sepan que esto es Alguien me ha tocado, que es Alguien ha creído en mí; los discípulos respondieron y le dijeron: Las multitudes te aprietan, y dices, ¿Quién me ha tocado? (Lucas 8, 45-46). Si caminaras solo, si la multitud te hubiera dejado espacio para caminar, si nadie estuviera cerca de ti, bien dirías, Alguien me ha tocado. La multitud te aprieta, y tú recuerdas a uno que te toca. Y Él repitió, Alguien me ha tocado. Primero había

dicho, ¿Quién me ha tocado? y después, Alguien me ha tocado. Saben, porque dicen, Las multitudes te aprietan. Alguien me ha tocado. Esta multitud sabe apretar, no sabe tocar. Es evidente que quiso significar esto al decir, ¿Quién me ha tocado? Alguien me ha tocado. Para que creamos que ese toque es la fe del que toca, o más bien el acercamiento del que cree. ¿Qué significa entonces, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre? Lo que ves de mí, eso piensas de mí: aún no he ascendido a mi Padre. Me ves como hombre, piensas que soy hombre: ciertamente soy hombre, pero no debe detenerse ahí tu fe. No me toques así, como si solo creyeras que soy hombre. Porque aún no he ascendido a mi Padre. Asciendo a mi Padre, y tócame: es decir, progresa, entiende que soy igual al Padre, y entonces toca, y serás salvo. No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre. Lo que ves que he descendido, lo que aún no ves que he ascendido. Porque aún no he ascendido a mi Padre. Me he vaciado a mí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre. Esto fue crucificado, esto fue sepultado, esto fue resucitado. Pero aquello, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses 2, 7, 6), aún no lo ves. Lo que he ascendido aún no lo ves. No toques la tierra, no pierdas el cielo: no permanezcas en el hombre, no creas en Dios. No me toques, porque aún no he ascendido a mi Padre.

4. Los arrianos y fotinianos no tocan a Cristo con fe recta. Que pase el arriano: primero que pase el fotiniano. Respondemos al fotiniano: No toques. ¿Qué significa, No toques? No creas así: aún no ha ascendido Cristo a tu Padre. Que pase el arriano. Yo, dice, creo que Cristo es Dios, pero menor. Tampoco para ti ha ascendido aún al Padre. Cuando haya ascendido al Padre, extiéndete para tocar: extiéndete, toca a Dios. Y yo, dice, profeso que es Dios; pero de otra naturaleza, y de otra sustancia; creado, no por quien todas las cosas fueron creadas; hecho, no en el principio Verbo sin tiempo. Aún estás abajo; aún no ha ascendido a tu Padre. ¿Quieres que ascienda a tu Padre? Cree, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. No era algo a qué aferrarse, porque era su naturaleza. Lo que se toma por la fuerza se usurpa, lo que es por naturaleza se reconoce. En forma de Dios no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Así nació, y siempre nació; y nació, y siempre nació, y sin principio nació. ¿Qué dices tú, arriano? Hubo un tiempo cuando el Hijo no era. Ves que aún no ha ascendido a tu Padre. No toques, no creas así. No hay tiempo entre el Padre y el Hijo. El Padre engendró, el Hijo nació: sin tiempo Él engendró, sin tiempo nació, por quien fueron hechos los tiempos. Así toca, y ha ascendido a tu Padre. Verbo, pero coeterno con Dios: Sabiduría de Dios, pero sin la cual nunca fue el Padre. Tu carne tiene que responderte, y dialogar contigo, diciéndote en las tinieblas: ¿Cómo nació? Las tinieblas te hablan. Que se me explique, clamas: clamo, que se me explique. ¿Qué quieres que se te explique? ¿Nació, o no nació? No sería Hijo, si no hubiera nacido. Si nació, hubo un tiempo cuando no era. Esto es falso: hablas de la tierra, hablas de la tierra. Entonces explícame, dice, cómo nació, si siempre fue. No lo explico, no lo explico; no puedo. No lo explico: pero pongo al profeta en mi lugar, ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 8).

SERMON CCXLV. En los días de Pascua, XVI. Sobre la misma lectura del Evangelio, Juan, cap. XX, V. 1-18.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los Apóstoles no creían que Cristo había resucitado. Y hoy se ha recitado la resurrección del Señor del santo Evangelio. Se ha leído el Evangelio según Juan. Hemos oído lo que no habíamos oído en otros libros del Evangelio. Todos tienen en común la predicación de la verdad, y todos bebieron de una misma fuente: pero en la predicación del Evangelio, como a menudo he recordado a vuestra Caridad, unos pusieron unas cosas, otros tres, otros dos, otros

uno solo. Ahora, pues, lo que hemos oído según el Evangelio de Juan, que María vio al Señor, y el Señor le dijo, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre, solo el evangelista Juan lo menciona. De esto, pues, hay que hablar a vuestra Santidad. Al ver también las vendas en el sepulcro, no creyeron que el Señor había resucitado, sino que había sido llevado. El mismo Juan (pues se dice a sí mismo, a quien amaba Jesús) cuando oyó a las mujeres anunciando y diciendo, Se han llevado a mi Señor del sepulcro, corrió con Pedro, y miró en el sepulcro, vio solo las vendas, y creyó. ¿Qué creyó? No que había resucitado, sino que había desaparecido del sepulcro. Las palabras siguientes lo atestiguan. Pues así está escrito, lo que ahora hemos oído: Miró, vio, y creyó: porque aún no sabía las Escrituras, que era necesario que resucitara de entre los muertos. Por tanto, se mostró lo que creyó: lo que no era de fe, eso creyó: creyó, pero creyó en falso. Después se le apareció el Señor, dispuso lo falso, implantó lo verdadero.

CAPÍTULO II.

2. Dificultad en las palabras de Cristo a Magdalena. Sin embargo, lo que suele mover al lector y al oyente no curioso ni negligente, cómo se dijo, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre; veamos aquí, con la ayuda del Señor mismo, qué se dijo. Pues esto mueve, qué significa, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre. ¿Cuándo ascendió al Padre? Como indican los Hechos de los Apóstoles, al cuadragésimo día después de su resurrección, día que celebraremos en su nombre: entonces ascendió al Padre; entonces los discípulos que lo tocaron con las manos, lo siguieron con los ojos. Entonces sonó la voz angélica: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido tomado de vosotros, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1, 1-11). Si entonces ascendió al Padre, ¿qué decimos, hermanos míos? ¿María no podía tocarlo estando en la tierra, y podía tocarlo estando sentado en el cielo? Si aquí no podía, ¿cuánto menos podía allí? ¿Qué significa entonces, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre? Pues así suenan las palabras, como si dijera, Entonces tócame, cuando haya ascendido; antes de que ascienda, no me toques. Oh Señor, ¿aquí estás, y no te toco; cuando asciendas, te tocaré? Además, si antes de ascender al Padre, rehuía el toque humano; ¿cómo se presentó a los discípulos no solo para ser visto, sino también para ser palpado, cuando dijo: ¿Por qué pensáis en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies: palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Lucas 24, 38-39)? Incluso aquel discípulo incrédulo Tomás tocó el costado perforado, y exclamó: ¡Señor mío y Dios mío! Cuando tocó, Jesús aún no había ascendido al Padre. ¿O acaso algún insensato dirá: Antes de ascender al Padre, los hombres podían tocarlo; pero las mujeres no podían, sino cuando ascendiera al Padre? Este pensamiento es absurdo, y esta sentencia es perversa. Lo que oyó María, que lo oiga la Iglesia. Que todos lo oigan, que todos lo entiendan, que todos lo hagan. ¿Qué significa entonces, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre? Lo que ves de mí, piensas que soy solo hombre, aún no sabes que soy igual al Padre: no me toques así, no creas solo en el hombre, sino entiende que el Verbo es igual al Padre. ¿Qué significa entonces, No me toques? No creas. ¿Qué no creas? Que soy solo lo que ves. Ascenderé al Padre, y entonces toca. Asciendo para ti, cuando entiendas que soy igual. Pues cuando me piensas menor, aún no asciendo para ti.

CAPÍTULO III.

3. No me toques, es decir, no creas solo en el hombre. Tocar, sin embargo, creer que es, creo que podemos entenderlo fácilmente por aquella mujer, que tocó el borde del manto de Cristo, y fue sanada. Recuerden el Evangelio: el Señor Jesucristo iba a visitar a la hija del jefe de la sinagoga, que primero fue anunciada enferma, después muerta. Mientras iba, he aquí que una

mujer vino de lado, que sufría flujo de sangre durante doce años, y en médicos que la curaban en vano y no la sanaban, había gastado todo lo que tenía: y dijo en su corazón, Si toco el borde de su manto, seré salva (Mateo 9, 21). Decir esto ya fue tocar. De hecho, escucha la sentencia. Cuando fue sanada según su fe, dijo el Señor Jesucristo: Alguien me ha tocado. Y los discípulos: Las multitudes te aprietan, y dices, ¿Quién me ha tocado? Y Él: Alguien me ha tocado; porque yo sé que ha salido virtud de mí (Lucas 8, 41-46). La gracia salió, para que ella fuera sanada, no para que Él fuera disminuido. Dicen, pues, los discípulos, Las multitudes te aprietan; y tú has sentido a uno o una sola? y Él, Alguien me ha tocado: ellos aprietan, ella tocó. ¿Qué significa, ellos aprietan, ella tocó? Los judíos afligen, la Iglesia creyó.

CAPÍTULO IV.

4. Sentido de las palabras del Señor. Según este entendimiento, por el cual vemos que la mujer tocó, que es creyó, según esto se dijo a María, No me toques; ascenderé, y toca. Entonces toca, cuando conozcas, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). El Verbo ciertamente se hizo carne, el Verbo permanece incontaminado, inmaculado, inmutable, e íntegro. Pero porque tú ves solo al hombre, no ves al Verbo; no quiero que creas en la carne, y dejes al Verbo. Que todo Cristo te aparezca, porque es igual al Padre en el Verbo. No me toques, dice, ahora: porque aún no ves quién soy. Que la Iglesia, pues, de la cual María era figura, oiga lo que oyó María. Toquemos todos, si creemos. Ya ha ascendido al Padre, está sentado a la derecha del Padre. Esto lo confiesa hoy toda la Iglesia: Ascendió al cielo, está sentado a la derecha del Padre. Esto oyen los que se bautizan: esto creen antes de ser bautizados. Cuando creen, María toca a Cristo. El entendimiento es oscuro, pero sano: cerrado a los incrédulos, abierto al que llama con fe. El mismo Señor Jesucristo está allí, y está con nosotros; y está con el Padre, y está en nosotros; y no se aparta de Él, y no nos abandona: y nos enseña a orar, como maestro; y con el Padre escucha, como Hijo.

SERMON CCXLVI. En los días de Pascua, XVII. Sobre la misma lectura del Evangelio de Juan, cap. XX, V. 1-18.

1. Variedad de los evangelistas sin falsedad. De muchas maneras el Señor Jesús se apareció a sus fieles después de la resurrección: tuvieron de dónde escribir todos los evangelistas, como les suministraba el espíritu de recordación de las cosas que escribían. Uno dijo una cosa, otro otra. Alguien pudo omitir algo verdadero, no decir algo falso. Consideren que todos dijeron uno: pues verdaderamente uno dijo, porque un Espíritu estuvo en todos. ¿Qué hemos oído hoy? Que los discípulos no creían que Jesús había resucitado. Y no le creyeron, aunque lo había predicho. La cosa es manifiesta, y por eso está escrita, para que demos grandes gracias a Dios, porque hemos creído en Él, a quien no vimos en la tierra: a sus ojos y manos apenas se les persuadió, lo que nosotros creemos.

2. Los discípulos creen que el cuerpo del Señor ha sido llevado. Han oído que su discípulo entró en el sepulcro, y vio las vendas puestas, y creyó: porque aún no conocía las Escrituras, que era necesario que resucitara de entre los muertos. Así lo han oído, así se ha leído: Vio, y creyó; porque aún no conocía las Escrituras. Por tanto, debió decirse: Vio, y no creyó; porque aún no conocía las Escrituras. ¿Qué significa entonces, Vio las vendas, y creyó? ¿Qué creyó? Lo que había dicho la mujer, Se han llevado al Señor del sepulcro. Pues si han oído, o más bien porque han oído, esto había dicho aquella mujer: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sé dónde lo han puesto. Al oír esto corrieron: y entró en el sepulcro, vio las vendas, y creyó lo que había dicho la mujer, que Cristo había sido llevado del sepulcro. ¿Por qué creyó

que Cristo había sido llevado y robado del sepulcro? ¿Por qué? Porque aún no conocía las Escrituras, que era necesario que resucitara de entre los muertos. Había entrado, no lo había encontrado. Debió creer que había resucitado, no que había sido robado.

3. Aparición de Cristo a Magdalena. ¿Qué significa entonces? Solemos hablarles de esto cada año. Pero la misma lectura se lee solemnemente, y el mismo sermón se devuelve solemnemente. ¿Por qué dijo el Señor Cristo a la mujer que ya lo reconocía? Pues primero había dicho, ¿A quién buscas? ¿Por qué lloras? Pero ella pensaba que era el jardinero. Y en verdad, si consideras cómo somos sus hortalizas, Cristo es jardinero. ¿No es jardinero, quien puso la semilla de mostaza en su huerto? es decir, una semilla pequeña y ardiente: y creció y ascendió, y se hizo un árbol tan grande, que incluso las aves del cielo descansaron en sus ramas. Si tenéis, Él mismo dice, fe como un grano de mostaza (Mateo 17, 19). La semilla de mostaza parece pequeña, nada más despreciable a la vista; nada más fuerte al gusto. ¿Qué es esto sino el mayor ardor y la fuerza íntima de la fe en la Iglesia? Por tanto, con razón pensó que era el jardinero; y le dijo, Señor, por honor: porque pedía un favor, por eso lo llamaba Señor. Si tú lo has llevado, dijo, muéstrame dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Como si dijera: A mí me es necesario, a ti no. Oh mujer, piensas que Cristo muerto te es necesario: reconócelo vivo. Tú buscas al muerto: pero Él mismo te habla vivo. Sin embargo, nada nos habría aprovechado muerto, si no hubiera resucitado de entre los muertos. Y el que se buscaba muerto, se mostró vivo. ¿Cómo vivo? La llamó por su propio nombre: María. Y de inmediato ella, al oír su nombre, respondió, Rabboni. Pues el jardinero pudo decir, ¿A quién buscas? ¿Por qué lloras? María, solo pudo decirlo el Señor. Él la llamó por su nombre, quien la llamó al reino de los cielos. Dijo ese nombre, que Él mismo había escrito en su libro, María. Y ella, Rabboni: que significa maestro. Lo había reconocido, por quien para ser reconocido era iluminada: ya quien antes se pensaba jardinero, se veía como Cristo. Y el Señor le dijo, No me toques; porque aún no he ascendido a mi Padre.

4. Cómo entender las palabras de Cristo a Magdalena. Tocar con fe. ¿Qué significa, "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre"? Si no podía tocarlo estando en la tierra, ¿podría tocarlo sentado en el cielo? Como si dijera: Ahora no me toques, me tocarás cuando haya subido a mi Padre. Recuerde vuestra Caridad la lectura de ayer, cuando el Señor apareció a los discípulos y pensaron que veían un espíritu: pero él, queriendo quitarles este error, se ofreció a ser tocado. ¿Qué dijo? Ayer se leyó: de ahí fue el Sermón. ¿Por qué estáis turbados, dijo, y suben pensamientos a vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: palpad y ved (Luc. XXIV, 37-39). ¿Acaso ya había subido al Padre cuando decía, "Palpad y ved"? Se ofrece a ser tocado por sus discípulos, no solo tocado, sino palpado, para que se afirme la fe en la verdadera carne, en el verdadero cuerpo, para que se exhiba también a los sentidos humanos la solidez de la verdad: se ofrece, pues, a ser palpado por las manos de los discípulos; y a la mujer le dice, "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre". ¿Qué significa esto? ¿Los hombres no pudieron tocarlo sino en la tierra, y las mujeres lo habrían de tocar en el cielo? ¿Qué es, entonces, tocar, sino creer? Tocamos a Cristo con fe: y es mejor no tocar con la mano y tocar con fe, que palpar con la mano y no tocar con fe. No fue gran cosa tocar a Cristo con la mano. Los judíos lo tocaron cuando lo apresaron, lo tocaron cuando lo ataron, lo tocaron cuando lo colgaron: lo tocaron, y tocándolo mal, perdieron lo que tocaron. Tocando con fe, oh Iglesia católica, la fe te salva. Solo toca con fe, es decir, acércate con fidelidad y cree firmemente. Si piensas que Cristo es solo un hombre, lo tocaste en la tierra. Si crees que Cristo es Dios igual al Padre, entonces lo tocaste cuando ascendió al Padre. Por lo tanto, asciende para nosotros cuando lo entendemos correctamente. Ascendió una vez en aquel tiempo, pero ahora asciende diariamente. ¡Oh, cuántos aún no han ascendido, y cuántos aún yacen en la tierra! ¿Cuántos dicen: Fue un gran hombre? ¿Cuántos dicen: Fue un profeta?

¿Cuántos anticristos han existido, que dirían, como Fotino: Fue un hombre, no tuvo nada más; pero superó a todos los hombres piadosos y santos en excelencia de sabiduría y justicia: pues no fue Dios. Oh Fotino, lo tocaste en la tierra, te apresuraste a tocar, te precipitaste: y por eso no llegaste a la patria, porque te perdiste en el camino.

5. Por qué Cristo dice distintamente, "mi Padre y vuestro Padre", etc. Escuchemos luego sus palabras. "Asciendo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios". ¿Por qué no, "a nuestro Padre y nuestro Dios"; sino con distinción, "mi Padre y vuestro Padre"? Mi Padre, porque soy único: vuestro Padre, por gracia, no por naturaleza. Mi Padre porque siempre lo fui: vuestro Padre, porque yo os elegí. Mi Dios y vuestro Dios. ¿De dónde es Dios el Padre de Cristo? Su Padre, porque lo engendró. ¿De dónde es su Dios? Porque también lo creó. Lo engendró como el Verbo unigénito; lo creó del linaje de David según la carne. Por lo tanto, tanto Padre de Cristo, como Dios de Cristo: Padre de Cristo, según la divinidad; Dios de Cristo, según la debilidad. Escucha de dónde es Dios de Cristo, preguntemos al Salmo: "Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios" (Sal. XXI, 11). Antes del vientre de mi madre, mi Padre; desde el vientre de mi madre, mi Dios. ¿Por qué entonces también allí la distinción, por ejemplo, "mi Padre y vuestro Padre"? Hay distinción, porque de manera diferente es Padre del Hijo unigénito, de manera diferente es nuestro Padre: su Padre por naturaleza, nuestro por gracia. Debía, pues, decir, "a mi Padre y vuestro Padre", y "nuestro Dios". Porque Dios de la criatura, si es Dios, y por eso de Cristo, porque también Cristo es criatura según el hombre: Padre de Cristo distintamente, porque creador de Cristo; Dios de Cristo, ¿por qué distintamente, siendo según el hombre criatura Cristo, criatura también nosotros? Según el hombre, Cristo ciertamente siervo, tomando forma de siervo, según el Apóstol (Filip. II, 7). ¿Por qué entonces "mi Dios y vuestro Dios" allí distintamente? Distintamente, claramente. Porque Dios nuestro formó a todos nosotros por la propagación del pecado: él fue hecho hombre de manera diferente. Él nació de una virgen: él fue concebido por una mujer no deseando, sino creyendo. Él no arrastró la propagación del pecado de Adán. Todos nosotros nacimos por el pecado: él nació sin pecado, quien limpió los pecados. Por lo tanto, también allí la distinción, "mi Dios y vuestro Dios". Porque fuisteis creados de la semilla, de varón y hembra, vinisteis de la concupiscencia de la carne con la propagación del pecado, a quienes la Escritura dice: "¿Quién es puro ante ti? Ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra" (Job XIV, 4, según LXX). Finalmente, se corre con los niños, para que se les desate lo que no añadieron viviendo, sino lo que arrastraron naciendo. No así Cristo. Mi Dios y vuestro Dios: mi Dios, por la semejanza de la carne del pecado; vuestro Dios, por la carne del pecado.

6. Conclusión. Hasta aquí sobre la lectura evangélica, que pertenece a la resurrección del Señor, que escribió el evangelista Juan, ha sido suficiente hablar: porque habrán de leerse otras lecturas del mismo Evangelio de Juan sobre la misma resurrección del Señor. Pues nadie narró más copiosamente sobre su resurrección que el santo Juan, de tal manera que no puede leerse en un solo día: sino que se lee también en otro, y en un tercero, hasta que se termine todo lo que el santo Juan escribió sobre la resurrección del Señor.

SERMO CCXLVII. En los días de Pascua, XVIII. Sobre otra lectura del Evangelio de Juan, cap. XX, 19-31.

1. La resurrección recitada de los cuatro Evangelios. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo según la verdad de los cuatro evangelistas parecía haberse completado ayer. Pues el primer día se leyó la resurrección según Mateo, otro día según Lucas, el tercer día según Marcos, el cuarto, es decir, ayer según Juan. Pero como Juan y Lucas escribieron mucho sobre la misma resurrección y lo que sucedió después de la resurrección, que no puede

recitarse en una sola lectura; y ayer escuchamos algo según Juan, y hoy, y aún quedan otras lecturas. ¿Qué escuchamos hoy, entonces? Que el mismo día en que resucitó, es decir, el día del Señor, cuando ya era tarde, y los discípulos estaban en un lugar, y las puertas estaban cerradas por miedo a los judíos, el Señor apareció en medio de ellos. Por lo tanto, el mismo día, como testifica el evangelista Juan, apareció dos veces a sus discípulos, por la mañana y por la tarde. De que apareció por la mañana, también se recitó esa lectura: pero que el mismo día por la tarde apareció de nuevo, lo escuchamos ahora cuando se recitó. No era necesario que yo recordara estas cosas, sino que fueran advertidas por vosotros: pero debido a la menor inteligencia o mayor negligencia de algunos, fue necesario recordar, para que sepáis no solo lo que escuchasteis, sino también de qué Escritura se os lee lo que escuchasteis.

2. El milagro de Cristo entrando a los discípulos por puertas cerradas se sugiere por otros milagros. Veamos, pues, qué se nos propone para hablar en la lectura de hoy. La misma lectura nos advierte, y de alguna manera nos habla, para que digamos algo, cómo el Señor que resucitó en esa solidez de cuerpo, no solo fue visto por los discípulos, sino también tocado, pudo aparecerles con las puertas cerradas. Algunos, de hecho, se conmueven tanto por esta cuestión, que casi se ponen en peligro, presentando contra los milagros divinos prejuicios de sus razonamientos. Así discuten: Si era cuerpo, si eran carne y huesos, si esto resucitó del sepulcro, que colgó en el madero; ¿cómo pudo entrar por puertas cerradas? Si no pudo, dicen, no se hizo. Si pudo, ¿cómo pudo? Si comprendes el modo, no es un milagro: y si no te parece un milagro, te acercas a negar que también resucitó del sepulcro. Considera desde el principio los milagros de tu Señor, y devuélveme la razón de cada uno. Un hombre no se acercó, y una virgen concibió. Devuélveme la razón, cómo sin varón la virgen concibió. Donde falla la razón, allí está la edificación de la fe. Aquí tienes un milagro en la concepción del Señor: escucha también en el parto. La virgen dio a luz, y permaneció virgen. Ya entonces el Señor, antes de resucitar, nació por puertas cerradas. Me preguntas y dices: Si entró por puertas cerradas, ¿dónde está la medida del cuerpo? Y yo respondo: Si caminó sobre el mar, ¿dónde está el peso del cuerpo? Pero el Señor lo hizo como Señor. ¿Acaso dejó de ser Señor cuando resucitó? ¿Qué hay de que también hizo a Pedro caminar sobre el mar (Mat. XIV, 25-29)? Lo que en él pudo la divinidad, en este lo cumplió la fe. Pero Cristo, porque pudo; Pedro, porque Cristo ayudó. Si, pues, comienzas a discutir con sentido humano la razón de los milagros, temo que pierdas la fe. ¿No sabes que nada es imposible para Dios? Cualquiera que te diga, Si entró por puertas cerradas, no era cuerpo: responde tú a él al contrario, Más bien, si fue tocado, era cuerpo; si comió, era cuerpo: y lo hizo por milagro, no por naturaleza. ¿No es admirable el curso diario mismo de la naturaleza? Todo está lleno de milagros: pero por la asiduidad se han vuelto vulgares. Devuélveme la razón: pregunto algo de las cosas acostumbradas y habituales: devuélveme la razón, por qué la semilla de un árbol tan grande como la higuera es tan pequeña que apenas puede verse, y la humilde calabaza produce una semilla tan grande. Sin embargo, en ese grano de semilla pequeño, apenas visible, si lo consideras con el ánimo, no con los ojos; en esa pequeñez, en esas estrecheces, está oculta la raíz, está insertado el vigor, están atadas las hojas futuras, y el fruto que aparecerá en el árbol ya está prefigurado en la semilla. No es necesario recorrer mucho: de las cosas cotidianas nadie devuelve la razón, y exiges de mí la razón de los milagros. Lee, pues, el Evangelio, y cree los hechos que son maravillosos. Es más lo que hizo Dios, y no te maravillas de lo que excede todas las obras: no había nada, y el mundo es.

3. Se confirma por la palabra del Señor sobre el camello, que Dios haciendo puede entrar por el ojo de una aguja. Pero no pudo, dices, la mole del cuerpo pasar por las puertas, que estaban cerradas. ¿Cuánto era esa mole, te pregunto? Tanto ciertamente, como es en todos: ¿acaso tanto como es en el camello? No ciertamente tanto. Lee el Evangelio, escucha a él mismo:

queriendo mostrar la dificultad del rico entrando en el reino de los cielos, dijo, "Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos". Al oír esto los discípulos, considerando que de ninguna manera podía hacerse que un camello pasara por el ojo de una aguja, se entristecieron entre sí, diciendo: "Si es así, ¿quién podrá salvarse a sí mismo?" Si más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos; de ninguna manera puede un camello pasar por el ojo de una aguja; por lo tanto, ningún rico puede salvarse. Respondió el Señor: "Lo que es imposible para los hombres, es fácil para Dios" (Luc. XVIII, 25-27). Dios puede hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, y hacer entrar a un rico en el reino de los cielos. ¿Por qué me calumnias sobre las puertas cerradas? Las puertas cerradas tienen al menos una rendija: compara la rendija de las puertas con el ojo de una aguja, compara la mole de la carne humana con la magnitud de los camellos; y no calumnies la divinidad de los milagros.

SERMO CCXLVIII. En los días de Pascua, XIX. Sobre la lectura del Evangelio de Juan, cap. XXI, 1-14: y sobre las dos pescas, una antes de la pasión, otra después de la resurrección.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La pesca en el mar de Tiberíades no sin misterio. En las dos pescas figura la Iglesia presente y futura. Y hoy se ha recitado la lectura de lo que sucedió después de la resurrección del Señor según el evangelista Juan. Escuchó con nosotros vuestra Caridad, al Señor Jesucristo mostrándose a sus discípulos en el mar de Tiberíades; y quienes ya los había hecho pescadores de hombres, los encontró aún pescadores de peces. Durante toda la noche no capturaron nada: pero al ver al Señor, y por su mandato echando las redes, capturaron el número que escuchasteis. Nunca el Señor ordenaría esto, si no quisiera significar algo que nos conviene conocer. ¿Qué, entonces, podría importar a Jesucristo si se capturaban peces o no? Pero esa pesca era nuestra significación. Recordemos, pues, con vosotros esas dos pescas de los discípulos hechas por mandato del Señor Jesucristo, una antes de la pasión, otra después de la resurrección. En estas dos pescas se figura toda la Iglesia, y cómo es ahora, y cómo será en la resurrección de los muertos. Ahora, de hecho, tiene sin número a muchos, tanto buenos como malos: pero después de la resurrección tendrá en número cierto solo a los buenos.

CAPÍTULO II.

2. Primera pesca. Recordad, pues, la primera pesca, donde veamos cómo es la Iglesia en este tiempo. El Señor Jesús encontró a sus discípulos pescando, cuando primero los llamó para que lo siguieran. Entonces durante toda la noche no capturaron nada. Pero al verlo, escucharon de él, "Echad las redes". Señor, dijeron, "durante toda la noche no hemos capturado nada; pero he aquí, en tu palabra echamos la red". La echaron, por mandato del Omnipotente. ¿Qué otra cosa podría suceder, sino lo que él quisiera? Pero, sin embargo, con ese mismo hecho se dignó significarnos algo que nos conviene conocer, como dije. Fueron echadas las redes. Aún el Señor no había sido crucificado, no había resucitado. Fueron echadas las redes: capturaron tantos peces que llenaron dos barcas, y esas mismas redes se rompieron por la multitud de peces (Luc. V, 1-11). Entonces les dijo: "Venid y os haré pescadores de hombres" (Mat. IV, 19). Recibieron de él las redes de la palabra de Dios, las echaron en el mundo como en un mar profundo: capturaron la multitud de cristianos que vemos y admiramos. Pero esas dos barcas significaban dos pueblos, de los judíos y de los gentiles, de la Sinagoga y de la Iglesia, de la circuncisión y del prepucio. Porque de esos dos muros que vienen de diverso, Cristo es la piedra angular (Efes. II, 11-22). Pero, ¿qué escuchamos? Allí las barcas se hundían por la multitud. Así sucede ahora: muchos cristianos

que viven mal, oprimen a la Iglesia. No es poco que opriman - y rompen las redes. Pues si no se rompieran las redes, no se cometerían cismas.

CAPÍTULO III.

3. Segunda pesca. Pasemos, pues, de esa pesca que toleramos, y vayamos a aquella que ardientemente deseamos y fielmente anhelamos. He aquí que el Señor ha muerto, pero ha resucitado: apareció en el mar a sus discípulos, les ordena echar las redes, no de cualquier manera. Prestad atención. Porque en la primera pesca no les dijo, Echad las redes a la derecha, o a la izquierda. Porque si dijera, A la izquierda; solo se significarían los malos: si dijera, A la derecha; solo se figurarían los buenos. Por eso no dijo, ni A la derecha, ni A la izquierda, porque estaban por capturarse mezclados buenos con malos. Ahora ya después de la resurrección, cómo será la Iglesia, escuchad, discernid, alegraos, esperad, comprended. "Echad", dijo, "las redes a la derecha". Ya se capturan los de la derecha: no se temen malos. Sabéis, de hecho, que dijo que separaría las ovejas de los cabritos; pondría las ovejas a la derecha, los cabritos a la izquierda: a los de la izquierda les diría, "Id al fuego eterno"; a los de la derecha les diría, "Recibid el reino" (Mat. XXV, 41, 34). He aquí de dónde, "Echad las redes a la derecha". Las echaron, capturaron: el número es cierto; nadie está allí fuera de número (Sal. XXXIX, 6). Ahora, sin embargo, cuántos fuera de número se acercan al altar, se ven en el pueblo de Dios, y no se escriben en el libro de la vida. Allí, pues, el número es cierto. De esos peces también vosotros deseáis ser; no solo escuchando y alabando, sino entendiendo y viviendo bien. Se echan, pues, las redes, se capturan peces grandes. ¿Quién es allí entonces pequeño, cuando serán iguales a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 30)? Se capturan, pues, peces grandes, ciento cincuenta y tres. ¿Me dirá alguien, Y serán tan pocos los santos? Lejos de nosotros que sospechemos tal escasez de santos y de los que estarán en ese reino incluso de esta sola Iglesia. El número será cierto: pero miles de miles serán del pueblo israelita. El santo Juan en el Apocalipsis dice que solo del pueblo de Israel habrá doce veces doce mil, que no se contaminaron con mujeres; pues permanecieron vírgenes. Pero de las demás naciones dice que vendrán con estolas blancas tantos miles de hombres, que nadie puede contar (Apoc. VII y XIV).

CAPÍTULO IV.

4. Qué misterio tiene el número de los peces. Nadie cumple los mandamientos sin la ayuda de la gracia. Este número, por tanto, quiere significar algo, y en la solemne conmemoración anual de este sermón debo recordarles lo que acostumbran escuchar cada año. Ciento cincuenta y tres peces es un número que significa miles de miles de santos y fieles. ¿Por qué el Señor quiso significar con este número los miles que estarán en el reino de los cielos? Escuchen por qué. Saben que la Ley fue dada por Moisés al pueblo de Dios, y en esa Ley se menciona principalmente el Decálogo, es decir, los diez mandamientos de la Ley. Uno de estos mandamientos es sobre el culto a un solo Dios; el segundo mandamiento, No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; el tercer mandamiento sobre la observancia del sábado, que los cristianos observan espiritualmente, mientras que los judíos lo violan carnalmente. Estos tres mandamientos pertenecen a Dios, los otros siete a los hombres: por esos dos principales, Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas (Mateo 22, 37-40). Porque estos dos mandamientos, en ese Decálogo, tres pertenecen al amor a Dios, y siete al amor al prójimo. ¿Cuáles son los siete que pertenecen al hombre? Honra a tu padre y a tu madre, No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No

darás falso testimonio, No codiciarás la mujer de tu prójimo, No codiciarás los bienes de tu prójimo (Éxodo 20, 1-17).

CAPÍTULO V.

Nadie cumple estos diez mandamientos por sus propias fuerzas, a menos que sea ayudado por la gracia de Dios. Si nadie cumple la ley por sus propias fuerzas, a menos que Dios lo ayude con su Espíritu; recuerden cómo el Espíritu Santo se recomienda con el número siete, como dice el santo profeta, llenando al hombre con el Espíritu de Dios, de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, del Espíritu de temor de Dios (Isaías 11, 2-3). Estas siete operaciones recomiendan al Espíritu Santo con el número siete, que como descendiendo hacia nosotros, comienza con la sabiduría y termina con el temor. Nosotros, sin embargo, ascendiendo, comenzamos con el temor y nos perfeccionamos en la sabiduría. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eclesiástico 1, 16). Si, por tanto, se necesita el Espíritu para que la ley pueda cumplirse, que se sumen siete a diez, y se obtiene el número diecisiete. Si cuentas desde uno hasta diecisiete, se obtienen ciento cincuenta y tres. No es necesario contar todo ahora, cuenten ustedes: así calculen, uno y dos y tres y cuatro son diez. Así como diez son uno y dos y tres y cuatro, así sumen los demás números hasta diecisiete: y encontrarán el número sagrado de los fieles y santos que estarán en los cielos con el Señor.

SERMON CCXLIX. En los días de Pascua, XX. Sobre la misma lectura y sobre las dos pescas.

1. La pesca hecha por mandato del Señor es doble. Hemos escuchado el Evangelio, cómo el Señor Jesús, después de la resurrección, apareció a los discípulos que pescaban en el mar de Tiberíades. Cuando los llamó por primera vez, les dijo: Vengan en pos de mí, y los haré pescadores de hombres (Mateo 4, 19). Y entonces, cuando fueron llamados, al echar las redes por su palabra, capturaron una gran multitud de peces; pero no se mencionó el número. Luego, en esa primera pesca, no les dijo, Echen la red a la derecha: sino que solo dijo, Echen; ni dijo, A la derecha; ni, A la izquierda. Sin embargo, se capturó tal número de peces, que era innumerable, y sus barcos se llenaron. ¿Y cómo se llenaron? Así habla el Evangelio, Que casi se hundían (Lucas 5, 1-11). Entonces les dijo lo que recordé, Vengan en pos de mí, y los haré pescadores de hombres. A esas redes pertenecemos, hemos sido capturados por esas redes; pero no permanecemos cautivos. No tema el hombre ser capturado: si puede ser capturado, no puede ser engañado. Pero, ¿qué significa esta última pesca, de la que hoy se leyó en el Evangelio? El Señor apareció a los pescadores de pie en la orilla, y les preguntó si tenían algo para comer. Dijeron que no tenían; pues no habían capturado nada en toda la noche. Y les dijo, Echen a la derecha: lo que entonces no había dicho. Y lo hicieron; y no podían arrastrar las redes por la multitud de peces. Se encontraron ciento cincuenta y tres peces. Y como en aquella primera pesca se dijo que por la multitud de peces las redes se rompían, fue importante para el cuidado del Evangelista decir en esta pesca, Y aunque eran tan grandes, no se rompió la red.

2. Las dos pescas representan el estado presente y futuro de la Iglesia. El cisma de los donatistas. Distingamos las dos pescas; una antes de la resurrección, otra después de la resurrección. En aquella se lanzan las redes al azar: no se menciona la derecha, para que no se entiendan solo los buenos; no se menciona la izquierda, para que no se entiendan solo los malos: por lo tanto, mezclados buenos y malos. Y las redes se rompían por la multitud. Las redes rotas significan cismas. Lo vemos, así es, así sucede. Se llenan dos barcos por dos pueblos, de la circuncisión y del prepucio: y se llenan de tal manera, que se presionan, y casi se hunden. Lo que esto significa, es para lamentarse. La multitud ha perturbado a la Iglesia.

¿Qué gran número han hecho los que viven mal, oprimiendo y gimiendo? Pero por los buenos peces no se hundieron los barcos. Discutamos aquella última pesca después de la resurrección. Allí no hay malo, gran seguridad, pero si eres bueno. Entre los malos sean buenos, y serán buenos sin malos. En esta pesca hay algo que los conmueva: están entre los malos. Oh, ustedes que me escuchan fielmente, oh ustedes a quienes no se pierde lo que digo, oh ustedes a quienes la palabra no pasa por los oídos, sino que desciende al corazón, oh ustedes que temen más vivir mal que morir mal: porque si vives bien, no podrás morir mal: ustedes, por tanto, que me escuchan, para que no solo crean, sino que también vivan bien; vivan bien, y entre los malos vivan bien, no rompan las redes. Los que se complacieron mucho en sí mismos, y como si no quisieran soportar a los malos, rompieron las redes, perecieron en el mar. Vivan bien entre los malos, no les persuadan los malos cristianos a vivir mal. No diga tu corazón: Yo soy el único bueno. Si comienzas a ser bueno; cree que hay otros, si tú pudiste serlo. No adulteren, no fornicuen, no hagan fraude, no roben, no den falso testimonio, no juren en falso, no se embriaguen, no nieguen lo prestado, no devuelvan lo encontrado de alguien en la calle. Hagan estas y tales cosas, seguros entre los malos peces. Nadan dentro de las mismas redes; pero llegarán a la orilla, después de la resurrección serán encontrados a la derecha. Allí no hay malo. ¿Qué importa que conozcan la ley, que conozcan los mandamientos de Dios, que sepan qué es bueno y malo, qué les aprovecha si no lo hacen? ¿No es acaso esa misma ciencia castigada por la conciencia? Aprendan así, para que hagan.

3. Los mandamientos de Dios solo se cumplen por la gracia, se entiende en el número de peces capturados. Los mandamientos de Dios, por el gran misterio de la perfección, están contenidos en el Decálogo. Los diez mandamientos de la Ley están escritos en tablas de piedra con el dedo de Dios, es decir, con el Espíritu Santo: en una tabla, los mandamientos que pertenecen a Dios; en la otra, los que pertenecen al hombre. ¿Por qué esto? Porque en el amor a Dios y al prójimo dependen toda la Ley y los Profetas (Mateo 22, 37-40). Pero, ¿qué valen estos diez? Se dio la ley, pero si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia vendría de la ley (Gálatas 3, 21). Conoces la ley, y no haces la ley; La letra mata: pero para que hagas lo que conoces, el Espíritu vivifica (2 Corintios 3, 6). Que se sumen a los diez siete. Así como la ley se significa con el Decálogo, así el Espíritu Santo se muestra en su forma septiforme. Él es invocado sobre los bautizados, para que Dios les dé, según el profeta, el Espíritu de sabiduría e inteligencia: he aquí dos. El Espíritu de consejo y fortaleza: he aquí cuatro. El Espíritu de ciencia y piedad: he aquí seis. El Espíritu de temor del Señor: he aquí siete (Isaías 11, 2-3). Cuando estos siete se suman, se hacen diez. ¿Qué dije? Parece absurdo: Cuando siete se suman a diez, se hacen diez: como si hubiera olvidado contar. Por lo tanto, debería haber dicho. Cuando siete se suman a diez, se hacen diecisiete. Todos lo saben: pues cuando dije, Cuando siete se suman a diez, se hacen diez; ¿no se reían de mí estos niños? Y sin embargo, lo digo, y lo repito, no me avergüenzo. Cuando lo entiendan, no reprocharán al que cuenta, sino que amarán al que discute. Diez son esos mandamientos de la ley: pero enumeraré también las siete operaciones del Espíritu Santo. Cuando estos siete se suman, se hacen diez: cuando el Espíritu Santo se suma, se cumple la ley. Si estos siete no se suman, no se hacen esos diez: estarán en la letra, pero la letra mata; la ciencia hace al transgresor. Que el Espíritu se sume, y se cumple la ley, con la ayuda de Dios, no con tus fuerzas. Por lo tanto, vean: no amemos mucho pertenecer a esos diez. Porque si la justicia viene de la ley, entonces Cristo murió en vano (Gálatas 2, 21). Pero, ¿a qué pertenecemos? ¿a esos siete? Es como si pudiéramos hacer, pero no supiéramos qué hacer. Por lo tanto, pertenezcamos a los diecisiete. La ley manda, el Espíritu ayuda: la ley actúa contigo, para que sepas qué hacer; el Espíritu, para que lo hagas. Por lo tanto, pertenezcamos a los diecisiete, y contemos diecisiete, y nos encontraremos en ciento cincuenta y tres. Ya saben, lo he dicho muchas veces, lo he mostrado muchas veces. Desde uno hasta cuatro son

diez: pero si sumas todos. Uno sigue a dos: suma también dos, ya son tres: después de dos siguen tres, ya son seis: después de tres siguen cuatro, ya son diez. ¿Por qué me esfuerzo? Lo que saben hablo. Sumen los demás números, y llegarán. Cuando lleguen a diecisiete, llegarán a ciento cincuenta y tres creciendo. ¿Qué es creciendo? Avanzando como gradualmente llegarán a la derecha, Obedézcamos, cuenten para ustedes.

SERMON CCL. En los días de Pascua, XXI. Sobre la misma lectura y sobre las dos pescas.

1. Por qué Cristo eligió primero a los humildes. El Señor Jesús eligiendo lo débil del mundo, para confundir a los fuertes, y reuniendo a su Iglesia de toda la tierra, no comenzó con emperadores, ni con senadores, sino con pescadores. Porque cualquier dignidad que hubiera sido elegida primero, se atrevería a atribuirlo a sí misma, no a la gracia de Dios. Este es el consejo secreto de Dios, este es el consejo de nuestro Salvador que expone el Apóstol, donde dice: "Consideren su vocación, hermanos," son palabras del Apóstol, "que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; sino que Dios eligió lo débil del mundo, para confundir a los fuertes; y Dios eligió lo ignoble del mundo y lo despreciable, y lo que no es como lo que es, para que lo que es sea anulado, para que ninguna carne se gloríe ante él" (1 Corintios 1, 26-29). Esto también lo dijo el profeta: "Todo valle será llenado, todo monte y colina será humillado, se establecerá la igualdad del campo" (Isaías 40, 4). Finalmente, hoy a la gracia del Señor se acercan igualmente nobles e ignobles, doctos e ignorantes, pobres y ricos. Para recibir esta gracia, la soberbia no se antepone a la humildad, nada al que sabe, nada al que tiene. Pero, ¿qué les dijo? Vengan en pos de mí, los haré pescadores de hombres (Mateo 4, 19). Si aquellos pescadores no hubieran precedido, ¿quién nos habría capturado? Ahora cualquiera es un gran orador, si puede exponer bien lo que escribió un pescador.

2. Diferencia y misterio de las dos pescas. En la primera pesca se significan los buenos y los malos que serán reunidos. Peligro por la felicidad de los malos. Cismas. Cuando el Señor Jesús eligió a los pescadores de peces, y los hizo pescadores de hombres, en sus mismas pescas quiso advertirnos algo sobre la vocación de los pueblos. Observen las dos pescas con la necesaria distinción: una, cuando el Señor los eligió de entre los pescadores, y los hizo sus discípulos; otra, que ahora escuchamos, cuando se leyó el santo Evangelio, después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo: aquella antes de la resurrección, esta después de la resurrección. Debemos atender mucho a lo que diferencia ambas pescas: la nave es la nueva predicación del Evangelio, en la que también encontró a los pescadores, a quienes les dijo, Echen las redes. Ellos dijeron: Toda la noche no hemos capturado nada, hemos trabajado en vano; he aquí que en tu nombre echaremos las redes. Las echaron, y capturaron tanto, que llenaron dos barcas, que por la multitud de peces se presionaban tanto, que casi se hundían. Luego, por la misma multitud de peces, las redes se rompieron. Entonces les dijo, Vengan en pos de mí, y los haré pescadores de hombres. Entonces, dejando las redes y las barcas, siguieron a Cristo (Lucas 5, 1-11). Ahora, después de la resurrección, el Señor Cristo nos mostró otra pesca, diferente de la anterior. Entonces dijo, Echen las redes: ni, A la izquierda; ni, A la derecha; sino que solo se dijo, Echen las redes. Porque si hubiera dicho, A la izquierda, significaría solo a los malos; si, A la derecha, solo a los buenos. Porque no dijo ni A la derecha ni A la izquierda, se significan buenos y malos, de los cuales el Evangelio habla en otro lugar: porque el padre de familia envió a sus siervos a la cena preparada, y trajeron a quienes pudieron encontrar, buenos y malos, y se llenaron las bodas con los que se sentaron (Mateo 22, 8, 10). Así es ahora la Iglesia, llena de buenos y malos. La multitud llena la Iglesia: pero esa multitud a veces oprime, y casi intenta llevar al naufragio. La multitud de los que viven mal perturba tanto a los que viven bien, que quien vive bien, se cree tonto, cuando ve a otros vivir mal: especialmente porque según los bienes de este mundo se encuentran

muchos malvados felices, y se encuentran muchos inocentes infelices. ¡Y cuán temible es que se hunda y se sumerja! ¡Cuán temible es, queridos, que diga quien vive bien: ¿De qué me sirve vivir bien? He aquí que aquel vive mal y es más honrado que yo. ¿De qué me sirve vivir bien? Está en peligro: temo que se hunda. Lo exhortaré, para que se levante del abismo. Tú que vives bien, vive bien: no te canses, no mires atrás. Es verdadera la promesa de tu Señor que dice, El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mateo 24, 13). Atiendo, dices, que otro vive mal, y es feliz. Te engañas, es infeliz: y es más infeliz porque se cree más feliz. Es locura no reconocer su miseria. Si vieras a un febril riendo, llorarías por su locura. Lo que se te ha prometido, aún no ha llegado. Aquel que te parece más feliz, se alimenta de cosas visibles y temporales, se alegra con ellas: ni las trajo, ni las llevará. Entró desnudo, saldrá desnudo. De falsos gozos vendrá a verdaderos dolores. Pero lo que se te ha prometido, aún no ha llegado. Resiste, para que llegues; persevera, para que no te engañes a ti mismo defraudándote: pues Dios no puede engañarte. He aquí que dije brevemente, para que no se hundan las naves. Se añadió algo más detestable a aquella pesca, que las redes se rompieran. Las redes rotas son las herejías. ¿Qué son los cismas, sino desgarraduras? Así debe soportarse y tolerarse la primera pesca, para que nadie se fatigue de tedio: aunque está escrito, Me ha tomado el tedio por los pecadores que abandonan tu ley (Salmo 118, 53). La nave clama, que es oprimida por la multitud, como si la misma nave tuviera esta voz: Me ha tomado el tedio por los pecadores que abandonan tu ley. Aunque seas oprimido, siempre cuida de no hundirte. Los malos deben ser tolerados ahora, no separados. Canto misericordia y juicio al Señor (Salmo 100, 1): primero se otorga misericordia, y luego se ejerce el juicio. La separación se hará en el juicio. Ahora escúchenme los buenos, para que sean mejores: escúchenme también los malos, para que sean buenos; mientras es tiempo de penitencia, aún no de sentencia. Pasemos de esta pesca, que tiene alegrías mezcladas con lágrimas: alegrías, porque se reúnen los buenos; mezcladas con lágrimas, porque apenas se soportan los malos.

3. La segunda pesca. El número de peces mencionado solo en esta. El misterio del número de peces. La ley sin gracia no vale nada. Distinción de los diez mandamientos. La ayuda de Dios es necesaria para cumplir la ley. Volvamos nuestra atención a esa última pesca: allí seamos restaurados, allí seamos consolados. Y por eso se realizó después de la resurrección del Señor, porque significó cómo será la Iglesia después de la resurrección. He aquí que se dice a los discípulos que pescan; el Señor dice, quien también dijo antes: pero antes, qué lanzar; ahora, dónde lanzar, es decir, a la derecha del barco. Por lo tanto, ahora son capturados aquellos que estarán a la derecha: son capturados aquellos a quienes se les dice, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino (Mateo XXV, 34). Llevan a cabo la pesca y capturan. Allí no se mencionó el número en la primera pesca; solo se mencionó la multitud, no se definió el número. Porque ahora son muchos más que el número, es decir, vienen, entran, llenan las iglesias. Ellos llenan los teatros, quienes llenan la iglesia. Llenan más allá del número: al número que será en la vida eterna, no pertenecen, a menos que cambien mientras viven. ¿Y acaso todos cambian? Así como tampoco todos los buenos perseveran. Por eso se les dijo: El que persevere hasta el fin, este será salvo. Y a aquellos que aún son malos, se les dice: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11). Por lo tanto, allí no se mencionó el número, porque muchos se hicieron más allá del número. Dijo el Salmo: Anuncié, y hablé, se multiplicaron más allá del número (Salmo XXXIX, 6). Ahora a la derecha, no más allá del número: son ciento cincuenta y tres, pero grandes. Porque se dijo: Y siendo tan grandes, no se rompió la red. Entonces la congregación de los santos será, no habrá divisiones ni cismas de herejes: habrá paz, y habrá perfecta unidad. Nadie será menos, nadie será más, el número será completo. Pero son muy pocos; si solo son ciento cincuenta y tres. Lejos de nosotros pensar que solo son tantos en este pueblo: cuánto más en

toda la Iglesia de Dios. El Apocalipsis del mismo evangelista Juan mostró que se vio una multitud tan grande de santos y felices en esa eternidad, que nadie podría contar. Así está escrito allí (Apocalipsis VII, 9). Y sin embargo, todos pertenecen a este número, a los ciento cincuenta y tres. Quiero reducir este número a una mayor escasez. Son ciento cincuenta y tres, hagámoslos menos. Diecisiete son estos ciento cincuenta y tres. ¿Por qué diez? ¿Por qué siete? Diez, por la ley: siete, por el Espíritu. Porque la forma septenaria, por la perfección que se predica en los dones del Espíritu Santo. Isaías el profeta dice: Reposará sobre él el Espíritu Santo. Y cuando mencionó al Espíritu Santo, enumeró siete virtudes. Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza: tienes cuatro. Espíritu de ciencia y piedad, Espíritu de temor del Señor (Isaías XI, 2, 3). Comenzó con la sabiduría, terminó con el temor: como si hablara descendiendo de lo más alto a lo más bajo, de la sabiduría al temor. De lo más bajo a lo más alto, del temor a la sabiduría: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo CX, 10). Este es el don de la gracia: con esta virtud septenaria el Espíritu Santo obra en los amados de Dios, para que la ley tenga algún valor allí. Porque si quitas el Espíritu, ¿qué vale la ley? Hace al transgresor. Por eso se dijo, La letra mata. Ordena, y no hace. No mataba antes de que se te ordenara; y si retenía al pecador por providencia, no obstante no retenía al transgresor. Se ordena, y no haces; se prohíbe, y haces: he aquí la letra mata. La ley tiene diez mandamientos. El primer mandamiento de la ley es adorar a un solo Dios, ningún otro, no hacer ningún ídolo. El segundo mandamiento es, No tomarás el nombre de tu Dios en vano. El tercer mandamiento es, Observa el día de reposo; pero espiritualmente, no carnalmente como los judíos. Estos tres mandamientos pertenecen al amor de Dios. Pero porque, En estos dos mandamientos, dice, toda la Ley y los Profetas dependen, es decir, en el amor de Dios y en el amor al prójimo (Mateo XXII, 37-40): cuando escuchaste lo que pertenece al amor de Dios, unidad, verdad, descanso; presta atención a lo que pertenece al amor al prójimo. Honra a tu padre y a tu madre: tienes el cuarto mandamiento. No cometerás adulterio: tienes el quinto. No matarás: tienes el sexto. No robarás: tienes el séptimo. No darás falso testimonio: tienes el octavo. No codiciarás la propiedad de tu prójimo: tienes el noveno. No codiciarás la esposa de tu prójimo (Éxodo XX, 1-17): tienes el décimo. Quien dice, No codiciarás, golpea lo interno, golpea lo interior. La codicia hace su negocio. He aquí esta Ley está en diez: ¿de qué sirve si la aprendes y no la haces? Serás transgresor. Pero para que la hagas, la ayuda es necesaria. ¿De dónde viene la ayuda? Del Espíritu. Por lo tanto, La letra mata, pero el Espíritu vivifica (II Corintios III, 6). A los diez se suman siete, se hacen diecisiete. En este número está toda la multitud de los perfectos; pero cómo llegan a ciento cincuenta y tres, suelo decírtelo, y muchos me anticipan: sin embargo, el discurso debe ser entregado solemnemente. Muchos lo han olvidado, algunos ni siquiera lo han escuchado: pero quienes no lo han olvidado y lo han escuchado, soporten pacientemente, para que otros sean recordados e instruidos. Cuando dos caminan por el camino, uno más rápido y otro más lento, está en el poder del más rápido no abandonar al compañero. No pierde nada quien escucha lo que ya sabía; y en lo que no pierde nada, también debe alegrarse, porque se instruye a quien no sabía. Cuenta diez y siete, desde uno hasta diez y siete, de modo que sumes todos, y llegarás a ciento cincuenta y tres. ¿Qué esperas de mí? Contad vosotros mismos.

SERMO CCLI. En los días de Pascua, XXII. Sobre la misma lectura y sobre las dos pescas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Dos pescas realizadas por orden del Señor. En la primera pesca se significaron tres cosas: mezcla de buenos y malos, presión de las multitudes, separaciones de los herejes. La pesca de nuestro Libertador es nuestra liberación. Observamos en el santo Evangelio dos pescas del Señor, es decir, cuando a su palabra se lanzaron las redes: una primero, cuando eligió a los

discípulos; y esta otra, cuando resucitó de entre los muertos. Esa pesca significó la Iglesia tal como es ahora: esta, después de la resurrección del Señor, significó la Iglesia tal como será al final del siglo. De hecho, en esa primera pesca, ordenó lanzar las redes, y no dijo en qué dirección; sino que solo ordenó que se lanzaran. Los discípulos las lanzaron: no se dijo, A la derecha; no se dijo, A la izquierda. Porque los peces significaban hombres: si se hubiera dicho, A la derecha, solo serían buenos; si se hubiera dicho, A la izquierda, solo malos. Porque iban a estar mezclados en la Iglesia tanto buenos como malos, las redes se lanzaron sin distinción; para que se capturaran peces que significaran la mezcla de buenos y malos. Además, también está escrito allí que capturaron tantos peces que dos barcas llenas estaban a punto de hundirse, es decir, presionadas hasta el hundimiento (Lucas V, 1-7). No se hundieron esas dos barcas, pero estuvieron en peligro. ¿Por qué estuvieron en peligro? Por la multitud de peces. Se significó aquí que por la multitud que la Iglesia iba a reunir, la disciplina estaría en peligro. Y esto se añadió en esa pesca, y se narra que las redes se rompieron por la multitud de peces. ¿Qué significaron las redes rotas, sino los futuros cismas? Por lo tanto, tres cosas se significaron en esa pesca: mezcla de buenos y malos, presión de las multitudes, separaciones de los herejes. Mezcla de buenos y malos; porque las redes no se lanzaron ni a la derecha ni a la izquierda: presión de las multitudes; porque se capturó tanto que las barcas estaban presionadas: separaciones de los herejes; porque había tanta multitud que las redes se rompieron.

CAPÍTULO II.

2. En la segunda pesca se significó el número de los elegidos. La red lanzada a la derecha, porque solo los buenos serán recogidos. El número se refiere a los elegidos: más allá del número, se refiere a los reprobados. Mirad ahora esta pesca, que se ha leído hoy. Se realizó después de la resurrección del Señor, para significar cómo será la Iglesia después de nuestra resurrección. Lanzad, dice, la red a la derecha. Por lo tanto, se distingue el número de aquellos que estarán a la derecha. Recordáis que el Señor dijo que vendría con sus ángeles, y que se reunirían ante él todas las naciones; y las dividirá, como el pastor divide las ovejas de los cabritos: pondrá las ovejas a la derecha, los cabritos a la izquierda. A las ovejas les dirá, Venid, recibid el reino: a los cabritos les dirá, Id al fuego eterno (Mateo XXV, 31-41). Lanzad a la derecha. Como si dijera: Ya he resucitado, quiero significar la Iglesia que será en la resurrección de los muertos. Lanzad a la derecha. Las redes se lanzaron a la derecha: y no podían levantarlas por la multitud de peces. Y allí se mencionó la multitud: pero aquí un número cierto, y multitud, y grandeza: allí, sin embargo, no se mencionó el número. Porque ahora, antes de que venga la resurrección, y se separen los buenos de los malos, se cumple lo que dice el profeta: Anuncié, y hablé. ¿Qué es, Anuncié, y hablé? Lancé las redes. ¿Y qué? Se multiplicaron más allá del número (Salmo XXXIX, 6). Hay un número, hay más allá del número. El número se refiere a los santos, que reinarán con Cristo. Más allá del número ahora pueden entrar en la Iglesia, pero no pueden entrar en el reino de los cielos.

CAPÍTULO III.

¿Por qué os advierto que os libréis de este siglo malo? ¿Por qué os advierto que quienes queréis vivir, no imitéis a los malos cristianos? No digáis: ¿Por qué? ¿acaso él no es fiel, y se embriaga? ¿Por qué? ¿acaso él no es fiel, y tiene concubinas? ¿Por qué? ¿acaso él no es fiel, y comete fraudes todos los días? ¿Por qué? ¿acaso él no es fiel, y consulta a los astrólogos? Porque ahora quienes queráis ser grano, entonces seréis encontrados en la masa. Pero quienes queráis ser paja, seréis encontrados en un gran montón, pero para ser quemados en un gran fuego.

3. La orilla, el fin del siglo. La red no se rompió, porque no habrá herejías. Quién es grande, y quién es pequeño, en el reino de los cielos. ¿Qué entonces? Trajeron, dice, las redes a la orilla. Pedro arrastró las redes a la orilla: ahora cuando se leía el Evangelio, lo escuchasteis. Donde escuchas orilla, entiende el fin del mar: donde escuchas el fin del mar, entiende el fin del siglo. En esa pesca no se arrastraron las redes a la orilla: sino que los mismos peces que se capturaron, se esparcieron en las barcas. Pero aquí arrastraron a la orilla. Espera el fin del siglo. Vendrá el fin; para bien de los de la derecha, para mal de los de la izquierda. ¿Y cuántos peces? Arrastraron, dice, las redes que tenían ciento cincuenta y tres peces. Y el evangelista añadió algo necesario: Y siendo tantos, es decir, tan grandes, no se rompió la red. Serán grandes, pero no habrá herejías: y por eso no habrá herejías, porque serán grandes. ¿Quiénes son grandes? Lee las palabras del mismo Señor en el Evangelio, y encontrarás a los grandes. Porque dice en un lugar: No he venido a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplir.

CAPÍTULO IV.

En verdad os digo, que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe: quebrante y enseñe así; quebrante viviendo mal, y enseñe bien enseñando: será llamado el más pequeño en el reino de los cielos (Mateo V, 17-19). Pero, ¿en qué reino de los cielos? En la Iglesia que ahora es; porque también se llama reino de los cielos. Porque si no se llamara reino de los cielos también esta Iglesia, que reúne a buenos y malos, no diría el mismo Señor en la parábola: El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge toda clase de peces. Pero, ¿qué sigue? El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar. La red, son las redes: recoge toda clase de peces. Pero, ¿qué? Las arrastran a la orilla. Esto lo dice el Señor en la parábola. Y cuando las arrastran a la orilla, se sientan, y recogen los buenos y los ponen en vasijas, pero los malos los echan fuera. Y explicó lo que propuso. ¿Qué dijo? Así será en la consumación del siglo. ¿Entendisteis la orilla? Vienen, dice, los ángeles, y recogen a los malos de entre los justos, y los echan en el horno de fuego ardiente: allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo XIII, 47-50). Sin embargo, la Iglesia también es llamada reino de los cielos. Y cuando el mar tiene peces nadando juntos, buenos y malos, en este reino de los cielos, es decir, en la Iglesia de este tiempo, el que enseña bien y vive mal es llamado el más pequeño: porque allí está también él. Porque no está fuera: está en el reino de los cielos, es decir, en la Iglesia, tal como es en este tiempo. Enseña bien, vive mal: es necesario, es un mercenario. En verdad os digo, dice, han recibido su recompensa (Mateo VI, 2). Sirve de algo. Porque si no sirvieran de nada quienes enseñan bien y viven mal, no diría el mismo Señor a su pueblo: Los escribas y fariseos se sientan en la cátedra de Moisés: lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis. ¿Por qué? Porque dicen, y no hacen (Mateo XXIII, 2 y 3).

CAPÍTULO V.

4. Grande en el reino de los cielos. Preste atención, pues, vuestra Caridad: porque quiero exponer quiénes son los peces grandes. Quien quebrante, dice, uno de estos mandamientos más pequeños, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos. Allí estará, pero será el más pequeño. Pero quien los haga, y así enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos. He aquí los peces grandes, capturados a la derecha. Quien los haga, y así enseñe: haga bien, enseñe bien; no contradiga con su mala vida a su buena lengua que enseña. «Quien» pues «los haga, y así enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos.» Y sigue: «Porque os digo, que si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo V, 20). ¿Cómo entiendes ahora el reino de los cielos? Aquel al que se dice a los de la derecha, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino (Mateo XXV, 34). Si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos. ¿Qué es, más que la

de los escribas y fariseos? Mira a esos escribas y fariseos, que se sientan en la cátedra de Moisés, de quienes se dijo, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen. Por lo tanto, la justicia de los fariseos es, decir y no hacer. Que vuestra justicia abunde más que la de los escribas y fariseos, para que digáis bien, y viváis bien.

CAPÍTULO VI.

5. ¿Qué significa el número de ciento cincuenta y tres peces? El Espíritu Santo se encomienda en el septenario. Nuestra santificación es plena. Entonces, ¿qué necesidad hay de volver a tejer sobre el número de ciento cincuenta y tres peces? Ya sabéis eso. De diez y siete nace un número creciente. Comienza desde uno, llega a diez y siete, para que sumes todos: es decir, suma uno a dos, y se hacen tres; suma tres, y se hacen seis; suma cuatro, y se hacen diez. Así suma todos hasta diez y siete, y llegarás a ciento cincuenta y tres. Por lo tanto, toda nuestra intención no debe ser otra que saber qué significan diez y siete: porque allí está el fundamento de ciento cincuenta y tres. ¿Qué significan diez y siete? Reconoce la ley en diez. Se dieron los primeros diez mandamientos: se dice Decálogo, escrito en tablas con el dedo de Dios. En diez reconoce la Ley, en siete reconoce el Espíritu Santo. Porque el Espíritu Santo se encomienda en el número septenario. Por eso no se menciona la santificación en la Ley, sino en el séptimo día. Dios hizo la luz: no se dijo, La santificó. Hizo el firmamento: no se dijo, La santificó. Separó el mar de la tierra, ordenó que la tierra germinara: no se dijo, La santificó. Hizo la luna y las estrellas: no se dijo, La santificó. Ordenó que los animales salieran de las aguas, nadando y volando: no se dijo, La santificó. Ordenó que de la tierra salieran los animales cuadrúpedos y todos los reptiles: no se dijo, La santificó. Hizo al mismo hombre: no se dijo, La santificó.

CAPÍTULO VII.

Llegó al séptimo día, donde descansó; y lo santificó (Génesis II, 3). Por su descanso, Dios santificó nuestro descanso. Allí, pues, será nuestra santificación plena, donde con él descansaremos sin fin. Porque, ¿por qué descansaría Dios? No se fatigó trabajando. Si tú haces algo con la palabra, no te fatigas; si ordenas, y se hace de inmediato, permaneces íntegro. Dijo pocas palabras, de las cuales hizo todo, ¿y de repente se cansó?

6. La ley no se cumple sin la ayuda de Dios. La ley no se cumple por temor al castigo, sino por amor a la justicia. Por lo tanto, reconoce la ley en diez; reconoce el Espíritu Santo en siete. Que el Espíritu se una a la Ley. Porque si tomas la Ley, y te falta la ayuda del Espíritu, no cumples lo que lees, no cumples lo que se te ordena: pero el hombre bajo la Ley es además considerado transgresor. Que el Espíritu se acerque, ayude; y se hace lo que se ordena. Si falta el Espíritu, la letra te mata. ¿Por qué la letra te mata? Porque te hará transgresor. Ni puedes excusarte por ignorancia, porque has recibido la ley. Ya aprendiste lo que debías hacer, la ignorancia no te excusa, el Espíritu no te ayuda: por lo tanto, pereciste. Pero, ¿qué dice el apóstol Pablo, La letra mata, pero el Espíritu vivifica (II Corintios III, 6)? ¿De dónde vivifica el Espíritu? Porque hace que se cumpla la letra, para que no mate. Estos son los santos, que hacen la ley de Dios por el don de Dios. La ley puede ordenar, pero no puede ayudar. Se acerca la ayuda del Espíritu; y se hace el mandato de Dios con gozo, con deleite. Porque muchos lo hacen por temor. Pero quienes hacen la ley, temiendo el castigo, preferirían que no hubiera lo que temen. Pero quienes hacen la Ley amando la justicia, se alegran también allí, porque no tienen enemiga.

CAPÍTULO VIII.

7. El sermón de Dios es nuestro adversario. Por eso dice el Señor: "Conciliate con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino" (Mateo 5, 25). ¿Quién es tu adversario? La Palabra de la Ley. ¿Cuál es el camino? Esta vida. ¿Cómo es él tu adversario? Dice: "No cometerás adulterio", y tú quieres adulterar. Dice: "No codiciarás los bienes de tu prójimo", y tú quieres robar lo ajeno. Dice: "Honra a tu padre y a tu madre", y tú eres insolente con tus padres. Dice la Ley: "No darás falso testimonio" (Éxodo 20, 1-17), y tú no te apartas de la mentira. Cuando ves que esa palabra ordena una cosa y tú haces otra, es tu adversario. Tienes un adversario malo, no dejes que entre contigo en el tribunal: reconcílate mientras estás con él en el camino. Dios está presente para reconciliarlos. ¿Cómo os reconcilia Dios? Perdonando los pecados e inspirando justicia, para que se realicen buenas obras. Cuando te hayas reconciliado con el adversario, es decir, con el decálogo de la Ley, por el Espíritu Santo, pertenecerás al número diecisiete. Cuando pertenezcas al diecisiete, entonces el número crecerá hasta ciento cincuenta y tres. Estarás a la derecha para ser coronado: no permanezcas a la izquierda para ser condenado.

SERMO CCLII. En los días de Pascua, XXIII. Sobre la misma lectura y las dos pescas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La pesca realizada por mandato del Señor no está exenta de misterio. Otra pesca antes de la pasión. Cristo también habla con hechos. De muchas y variadas maneras, el Señor nuestro Jesucristo muestra en las Sagradas Escrituras tanto la profundidad de su divinidad como la misericordia de su humanidad, como suele hacerlo, en misterios y sacramentos; para que los que piden reciban, los que buscan encuentren, y a los que llaman se les abra. Pues también lo que se ha leído hoy del santo Evangelio busca un intérprete y produce gozo espiritual cuando se ha entendido. Preste atención vuestra Santidad a lo que significa que la santa Escritura testifique que el Señor se mostró a los discípulos de la manera en que el Evangelista narra. Los discípulos fueron a pescar y no capturaron nada en toda la noche. Pero el Señor se les apareció por la mañana en la orilla y les preguntó si tenían algo para comer; ellos dijeron que no. Él les dijo: "Echad la red a la derecha del barco y encontraréis". Quien había venido como comprador, gratuitamente les dio tanto; y lo dio del mar, como de su creación. Un gran milagro, sin duda. Inmediatamente echaron la red y capturaron tantos peces que no podían sacarla por la multitud de peces. Pero si consideras quién hizo este gran milagro, no es sorprendente: pues ya había hecho cosas mucho mayores. No es gran cosa que quien antes de la resurrección había resucitado a los muertos, después de la resurrección hiciera que se capturaran peces. Por lo tanto, debemos preguntar a este milagro qué nos dice interiormente. No sin razón no dijo simplemente: "Echad la red", sino: "Echadla a la derecha del barco". Luego, el Evangelista consideró importante mencionar el número de peces. También consideró importante decir: "Y aunque eran tantos, es decir, tan grandes, la red no se rompió". En este lugar nos hizo recordar que en algún momento, por mandato del Señor, se echaron las redes cuando eligió a los discípulos, antes de que él mismo sufriera. Allí estaban Pedro, Juan y Santiago. Echaron las redes, capturaron innumerables peces, y cuando un barco se llenó, pidieron ayuda al barco vecino: y se llenaron dos barcos de peces (esto antes de la resurrección), tantos que las redes se rompían (Lucas 5, 1-7). ¿Por qué allí no se menciona ningún número? ¿Por qué allí las redes se rompían y aquí no se rompieron? ¿Por qué allí no se dijo que echaran las redes a la derecha, pero aquí sí se dijo: "Echad la red a la derecha"? No es sin razón. El Señor no hacía estas cosas como si fueran en vano y sin propósito. Cristo es la Palabra de Dios, que no solo habla a los hombres con sonidos, sino también con hechos.

CAPÍTULO II.

2. Diferencia entre las dos pescas. Las redes, la palabra de Dios; el mar, el mundo. Esto, pues, se nos ha propuesto para que lo tratemos con vuestra Caridad, qué significa esta diversidad. Pues aquellas redes que se echaron antes, y capturaron un número innumerable de peces, y llenaron dos barcos, y las redes se rompían, y no se echaron a la derecha; pero tampoco se dijo que se echaran a la izquierda. Ya se está cumpliendo el misterio de aquella captura en este tiempo. Pero el otro misterio, que no sin razón se realizó después de la resurrección, ya no muriendo, sino siempre viviendo; no solo en la divinidad, que nunca murió, sino también en el cuerpo, que se dignó morir por nosotros. No sin razón, pues, aquello antes de la pasión, esto después de la resurrección. Allí ni a la derecha ni a la izquierda, sino simplemente: "Echad la red"; aquí, sin embargo: "Echadla a la derecha". Allí no se menciona ningún número, sino solo una multitud copiosa, que casi hundió dos barcos; pues también se dijo allí: pero aquí hay tanto número como magnitud de peces. Luego, allí las redes se rompían, aquí el Evangelista consideró importante decir: "Y aunque eran tan grandes, las redes no se rompieron". ¿Acaso no vemos, hermanos, que la palabra de Dios son las redes, y este mundo es el mar, y todos los que creen están incluidos dentro de esas redes? Si acaso alguien duda de que esto signifique, que preste atención a que el mismo Señor en una parábola dijo esto que mostró en un milagro. Dijo: "El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge de toda clase de peces. Cuando se llenó, la sacaron a la orilla; y sentados, recogieron los buenos en cestas, pero los malos los echaron fuera. Así será al fin del mundo: saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mateo 13, 47-50). Por lo tanto, es evidente que tiene el signo de la fe, las redes echadas al mar. ¿No es este mundo un mar, donde los hombres se devoran unos a otros como peces? ¿No son pequeñas las tormentas y olas de tentación que perturban este mar? ¿No son pequeños los peligros de los navegantes, es decir, de los que buscan la patria celestial en la madera de la cruz? Por lo tanto, es una similitud muy clara.

CAPÍTULO III.

3. Dos barcos, dos pueblos. Peligro de hundimiento por la multitud. El barco de los judíos está en peligro. Veamos solo esto, hermanos (porque la resurrección del Señor significa la nueva vida que tendremos cuando este mundo haya pasado), cómo primero se envió la palabra de Dios a este mar, es decir, a este mundo. En este mundo turbulento por las olas, peligroso por las tempestades, y molesto por los naufragios, se envió la palabra de Dios, y capturó a muchos, de modo que se llenaron dos barcos. ¿Cuáles son los dos barcos? Dos pueblos. A estos dos pueblos, como a dos paredes, el Señor se hizo piedra angular, para unirlos en sí mismo viniendo de diferentes lugares (Efesios 2, 11-22). Pues el pueblo de los judíos vino de una costumbre muy diferente: pero el pueblo de los gentiles vino de los ídolos. El pueblo de los judíos vino de la circuncisión: el pueblo de los gentiles vino de la incircuncisión. Vinieron de diferentes lugares: pero en la piedra angular se unen. Pues nunca las paredes hacen un ángulo, a menos que vengan de diferentes lugares. En Cristo, pues, concordaron dos pueblos, llamados de los judíos que estaban cerca, y de los gentiles que estaban lejos. Pues porque los judíos estaban cerca (pues ya adoraban a un solo Dios), cuando creyeron en Cristo, observa lo que hicieron. Vendieron todo lo que tenían, y pusieron el precio de sus propiedades a los pies de los apóstoles: y se distribuía a cada uno según su necesidad (Hechos 4, 34-35). Fueron liberados de las cargas de los negocios mundanos, y con hombros ligeros siguieron a Cristo: sometieron su cuello al yugo suave, y abrazando la piedra angular desde cerca, se pacificaron. Pero también vino el pueblo de los gentiles desde lejos, y también llegó a esa piedra, y se encontró en paz. Estos dos pueblos significan aquellos dos barcos. Pero se llenaron de tal multitud de peces, que casi se hundieron. Pues leemos que

incluso entre ellos, que habían creído de los judíos, surgieron carnales, que oprimían a la Iglesia, y prohibían a los apóstoles hablar el Evangelio a los gentiles, diciendo: "Cristo no fue enviado sino a los circuncisos": para que si los gentiles quisieran recibir el Evangelio, se circuncidaran. Por eso el apóstol Pablo, enviado a los gentiles, se hizo odioso a ellos, predicando la verdad, a los que habían creído de Judea (Gálatas 4, 16). Pues el apóstol quería que el pueblo de los gentiles, viniendo de diferentes lugares, tocara el ángulo, donde había una paz firme. Por lo tanto, aquellos carnales que exigían la circuncisión, no pertenecían al número de los espirituales: ni ya veían que, con los sacramentos carnales pasados, había venido aquel cuya luz presente disiparía las sombras. Sin embargo, porque causaban sediciones, casi hundían el barco con su multitud.

CAPÍTULO IV.

4. El barco de los gentiles. Redes rotas, herejías y cismas. Consideremos también el barco de los gentiles. Veamos si no se ha reunido tanta multitud en la Iglesia, que apenas se ven los granos de trigo en tan gran número de pajas. ¡Cuántos rapaces, cuántos borrachos, cuántos maldicientes, cuántos espectadores de teatros! ¿No llenan las iglesias los mismos que llenan los teatros? Y a menudo buscan en las iglesias las mismas sediciones que suelen en los teatros. Y a menudo, si se dice o se ordena algo espiritualmente, resisten, se oponen, siguiendo la carne, resistiendo al Espíritu Santo. Por eso también Esteban acusaba a los judíos (Hechos 7, 51). En esta ciudad, hermanos míos, ¿no hemos experimentado, lo que vuestra Santidad recuerda con nosotros, cuánto peligro nuestro ha expulsado Dios las borracheras de esta basílica? ¿No se hundía casi con nosotros el barco por la sedición de los carnales? ¿De dónde esto, sino de aquel número innumerable de peces? Luego también se dijo allí que las redes se rompían. Con las redes rotas, se hicieron herejías y cismas. Las redes ciertamente encierran a todos: pero los peces impacientes, que no quieren venir al alimento del Señor, donde pueden, se lanzan y rompen, y salen. Y esas redes se extienden por todas partes: pero los que rompen, rompen por lugares. Los donatistas rompieron en África, los arrianos rompieron en Egipto, los fotinianos rompieron en Panonia, los catafriges rompieron en Frigia, los maniqueos rompieron en Persia. ¿Qué lugares rompió esa red? Y sin embargo, a los que encierra, los lleva a la orilla. Los lleva, sí, pero ¿acaso a los que rompieron las redes? Todos los malos salen. No salen, ciertamente, sino los malos: pero permanecen tanto los buenos como los malos. Pues ¿de dónde se lleva la red a la orilla con peces buenos y malos, de la que habló el Señor en la parábola?

CAPÍTULO V.

5. En la era del Señor siempre hay algo de paja con el trigo. Los vientos devuelven las pajas a la era. Pues esta similitud también tiene la era, cuando se trilla. Hay paja, hay trigo: pero sin embargo, los que observan la era, difícilmente ven sino paja. Se necesita diligencia para encontrar el trigo en la paja. Pero los vientos soplan por todas partes en la era. Y cuando se trilla, antes de que se levante para poder ser aventada, ¿acaso no sufre los vientos? El viento sopla de esta parte, por ejemplo, levanta las pajas: de allí vuelve a soplar, las lleva a otra parte. De cualquier parte que levante las pajas, y las arroje a la cerca, y a las espinas, y a cualquier lugar. No puede llevarse el trigo de allí: el viento no lleva sino pajas. Pero sin embargo, cuando los vientos soplan por todas partes y llevan las pajas, ¿acaso quedará solo el trigo en la era? No se va sino la paja: pero permanecen tanto la paja como el trigo. ¿Cuándo se irá toda la paja? Cuando venga el Señor con el aventador en su mano, y limpiará su era, recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible (Mateo 3, 12). Que vuestra Santidad preste mejor atención a lo que digo. Pues a veces los vientos que llevan las pajas de la era, vuelven a soplar desde la cerca donde se había quedado la paja, y la

devuelven a la era. Como, por ejemplo, algún hombre en la Iglesia católica, sufrió alguna tentación de tribulación. Vio que podía recibir ayuda carnalmente en su negocio entre los donatistas: se le dijo: "No se te ayudará, a menos que comulgues aquí". Sopló el viento, lo arrojó a las espinas. Si le ocurre tener un negocio secular de nuevo, que no puede resolverse sino en la Iglesia católica, sin considerar dónde está, sino dónde puede resolver sus negocios más cómodamente, como si soplara el viento desde el otro lado de la cerca, es devuelto a la era del Señor.

CAPÍTULO VI.

6. Los que buscan lo carnal, ya sea dentro o fuera, son paja. La paja puede convertirse en trigo. Estos, pues, hermanos, que buscan lo carnal en la Iglesia, y no se proponen lo que Dios promete: porque aquí hay tentaciones, peligros, dificultades; pero después de los trabajos temporales, promete descanso eterno, y la sociedad de los santos ángeles: por lo tanto, no proponiéndose esto, sino deseando lo carnal en la Iglesia, ya sea que estén en la era, o fuera, son paja. Ni nos alegramos mucho por ellos, ni los halagamos con adulaciones vanas. Es bueno para ellos que se conviertan en trigo. Pues esto es lo que diferencia a esas verdaderas pajas de estos hombres carnales, porque aquellas pajas no tienen libre albedrío, pero Dios dio libre albedrío al hombre. Y si el hombre quiere, ayer fue paja, hoy se convierte en trigo: si se aparta de la palabra de Dios, hoy se convierte en paja. Y no se debe buscar, sino cómo los encontrará la última ventilación.

CAPÍTULO VII.

7. La Iglesia después de la resurrección no tendrá sino buenos. Prestad atención ya, hermanos, también a aquella Iglesia bienaventurada, mística, grande, que significan los ciento cincuenta y tres peces. Pues ya hemos oído, y sabemos, y vemos cómo es esta: pero aquella cómo será, está en profecía para nosotros; pero aún no ha llegado a la experiencia. Pero sin embargo, es lícito alegrarse por lo futuro, aunque aún no veamos lo presente. Entonces se echaron las redes, ni a la derecha ni a la izquierda: pues iban a capturar tanto a buenos como a malos. Pues si se hubiera dicho: "A la derecha", no se entenderían allí los malos: si se hubiera dicho: "A la izquierda", no se entenderían allí los buenos. Cuando, pues, iban a tener tanto a buenos como a malos, se echaron las redes al azar, y capturaron, como hemos tratado, a inicuos y justos. Pero ahora ya la futura Iglesia en aquella Jerusalén santa, donde se revelarán los corazones de todos los mortales, no hay que temer que entre alguien en aquella Iglesia que sea malo. Pues no ocultará bajo la piel de la mortalidad la astucia de un corazón malvado. Pues ya ha venido el Señor: y por eso después de la resurrección manda que se echen estas redes a la derecha, ya no muriendo. Y se cumple lo que dice el Apóstol: "Hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón: y entonces la alabanza será para cada uno de Dios" (1 Corintios 4, 5): cuando se publicarán las conciencias, que ahora se ocultan. Entonces, pues, solo habrá buenos allí, se expulsarán los malos. Pues las redes echadas a la derecha no podrán tener inicuos.

CAPÍTULO VIII.

8. Qué significan los ciento cincuenta y tres peces. ¿Por qué, pues, ciento cincuenta y tres? ¿Acaso serán tantos los santos? Pues si se cuentan, no solo todos los fieles que en buena vida salieron del cuerpo, sino solo los mártires; si se cuenta un solo día de la pasión de los mártires, se encuentran miles de hombres coronados. Entonces, los ciento cincuenta y tres peces, ¿qué significan? Sin duda, hay que investigar. ¿Qué significan cincuenta? Pues en este número, es decir, en cincuenta hay un misterio: porque multiplicados por tres, hacen ciento

cincuenta. Pues parece que se añadió el número tres, para que se nos recuerde de qué multiplicación se hicieron ciento cincuenta y tres: como si se dijera: "Divide ciento cincuenta en tres". Pues si se dijera: "Ciento cincuenta y dos", por el número que se añadió, dividiríamos en setenta y cinco: pues setenta y cinco multiplicados por dos, hacen ciento cincuenta. Pues la división binaria indicaría el número dos añadido. Si se dijera: "Ciento cincuenta y seis", deberíamos dividir en veinticinco, para que se hicieran seis partes de ellos. Pero ahora, porque se dijo: "Ciento cincuenta y tres", debemos dividir todo ese número, es decir, ciento cincuenta, en tres partes. Por lo tanto, nuestra consideración total debe fijarse en el número cincuenta.

CAPÍTULO IX.

9. Cincuenta días, y el Aleluya después de Pascua de antigua tradición. ¿Acaso son estos cincuenta días que ahora celebramos? Pues no sin razón, hermanos míos, la Iglesia mantiene la costumbre de la antigua tradición, de que durante estos cincuenta días se diga Aleluya. Pues Aleluya es alabanza de Dios. Se nos significa, pues, a nosotros que trabajamos, la acción de nuestro descanso. Pues cuando después de este trabajo lleguemos a aquel descanso, nuestra única ocupación será la alabanza de Dios, nuestra acción allí será Aleluya. ¿Qué es Aleluya? Alabad a Dios. ¿Quién alaba a Dios sin cesar, sino los ángeles? No tienen hambre, no tienen sed, no enferman, no mueren. Pues también nosotros hemos dicho Aleluya, y se ha cantado aquí por la mañana, y cuando ya estábamos presentes, poco antes dijimos Aleluya. Un cierto olor de la alabanza divina y de aquel descanso nos toca, pero en su mayor parte la mortalidad nos oprime. Pues nos cansamos al decirlo, y queremos refrescar nuestros miembros: y si se dice Aleluya por mucho tiempo, nos es pesada la alabanza de Dios, por el peso de nuestro cuerpo. Pues la plenitud sin cesar en Aleluya, será después de este mundo y después del trabajo. ¿Qué, pues, hermanos? Digamos cuanto podamos, para que merezcamos decirlo siempre. Allí nuestro alimento será Aleluya, nuestra bebida Aleluya, nuestra acción de descanso Aleluya, toda nuestra alegría será Aleluya, es decir, alabanza de Dios. Pues ¿quién alaba algo sin cesar, sino quien disfruta sin hastío? ¿Cuánto, pues, será la fortaleza en la mente, cuánta inmortalidad y firmeza en el cuerpo, para que ni la intención de la mente desfallezca en la contemplación de Dios, ni los miembros sucumban en la continuación de la alabanza de Dios?

CAPÍTULO X.

10. El misterio de los números cincuenta y cuarenta. El número cuarenta representa este tiempo. ¿Por qué entonces se celebran cincuenta días en este misterio? El Señor estuvo cuarenta días con los discípulos después de la resurrección, como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles: después de cuarenta días ascendió al cielo, y al décimo día después de su ascensión, envió al Espíritu Santo. Llenos de Él, los Apóstoles y todos los que se habían reunido en uno, hablaron en lenguas y realizaron aquellas maravillas que, al leer y creer, abrazamos, hablando con gran confianza la palabra de Dios (Hech. I y II). Estuvo cuarenta días en la tierra con los discípulos, pero antes de la pasión ayunó cuarenta días (Mat. IV, 2): no encuentras a otro que haya ayunado cuarenta días, excepto al Señor, a Moisés (Éxodo XXXIV, 28) y a Elías (III Reyes XIX, 8). El Señor como el Evangelio, Moisés como la Ley, Elías como la Profecía: porque el Evangelio tiene testimonio de la Ley y los Profetas (Rom. III, 21). Por eso, en el monte, cuando nuestro Señor Jesús quiso mostrar su gloria, se puso entre Moisés y Elías (Mat. XVII, 2, 3). En el medio, Él brillaba en honor: la Ley y los Profetas atestiguaban desde los lados. Por lo tanto, el número cuarenta representa este tiempo en el que trabajamos en el mundo: porque aquí se nos dispensa la sabiduría temporalmente.

De otra manera, la visión de la sabiduría inmortal es sin tiempo, pero aquí se dispensa temporalmente. Fueron los Patriarcas, y pasaron de aquí: su dispensación fue temporal. No digo que vivan temporalmente; pues siempre viven, y viven con Dios. Pero la dispensación de la palabra a través de ellos fue temporal. No hablan aquí ahora; pero están escritas las cosas que hablaron, y se leen en el tiempo. Los Profetas vinieron en su propio tiempo, y se fueron. El Señor vino en su propio tiempo: pues nunca se apartó la presencia de su majestad, nunca se aparta de su divinidad establecida en todas partes; pero como se dice en el Evangelio, En este mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció: vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Juan I, 10, 11). ¿Cómo estaba aquí, y cómo vino, sino porque estaba aquí en majestad, vino en humanidad? Porque vino en carne, Él mismo nos ministró la sabiduría temporalmente: temporalmente por la Ley, temporalmente por los Profetas, temporalmente por las Escrituras del Evangelio. Pues cuando los tiempos hayan pasado, veremos la sabiduría misma tal como es, que retribuye el número de diez. El número siete indica la creación: porque en seis días Dios trabajó, y el séptimo descansó de sus obras. El número tres insinúa al creador Padre, Hijo y Espíritu Santo. La sabiduría perfecta es someter piadosamente la creación al creador; discernir al creador de la creación, al artífice de las obras. Quien mezcla las obras con el artífice, ni entiende el arte, ni al artífice: pero quien discierne, se llena de sabiduría. Este es, por tanto, el diez, la plenitud de la sabiduría. Pero cuando se distribuye temporalmente; porque en el número cuatro está la insignia de lo temporal, multiplicado cuatro veces el diez, hace el número cuarenta. Y el año se varía en cuatro partes, primavera, verano, otoño e invierno: y sobre todo aparece en el tiempo una cierta vicisitud cuaternaria. La Escritura también menciona cuatro vientos. Pues por los cuatro puntos cardinales se extendió el Evangelio, que se dispensa en el tiempo: y esta es la Iglesia católica, que ha obtenido las cuatro partes del mundo. Por lo tanto, el diez de esta manera hace el número cuarenta.

CAPÍTULO XI.

11. Al bien llevado número cuarenta se añade el diez. El número cincuenta significa la Iglesia futura. Por eso ayunaron cuarenta días, significando que en este tiempo es necesaria la abstinencia del amor a las cosas temporales. Esto es lo que significan esos ayunos perpetuos durante cuarenta días. De ahí que el pueblo de Israel fue conducido por el desierto durante cuarenta años, antes de entrar a gobernar la tierra prometida. Así también nosotros en esta vida, donde hay gran preocupación, donde hay temor, donde hay peligros de tentaciones, somos conducidos por una dispensación temporal como por un desierto. Pero cuando hayamos llevado bien el número cuarenta, es decir, cuando hayamos vivido bien en esta dispensación temporal, caminando según los preceptos de Dios, recibiremos la recompensa de ese diez de los fieles. Porque también el Señor, cuando contrató a los jornaleros para la viña, les dio como paga un denario. A todos un denario, tanto a los que contrató por la mañana, como a los del mediodía, y a los del final del día, a todos les dio un denario (Mat. XX, 1-10). Porque si alguien ha sido fiel desde su juventud, recibirá el denario; ya no por la distribución de los tiempos, sino en la contemplación eterna de la sabiduría que discierne al Creador de la criatura; para disfrutar del Creador, alabar al Creador por la criatura. Pero si un joven creyó, y en su tiempo anterior no fue fiel; recibirá el denario. Pero si un anciano creyó, ya en el ocaso del día como contratado a la hora undécima para la viña; también él recibirá el denario. Así que al bien llevado número cuarenta, añade la recompensa del denario, y se hará el número cincuenta, que significa la Iglesia futura donde siempre se alabará a Dios. Pero porque en el nombre de la Trinidad todos son llamados, para que vivan bien en el número cuarenta, y reciban el denario, multiplica ese cincuenta por tres, y se hacen ciento cincuenta. Añade el mismo misterio de la Trinidad, y se hacen ciento cincuenta y tres, que es el número

de peces hallados a la derecha: en el cual, sin embargo, hay innumerables miles de santos. De donde no se arrojará a ningún malvado, porque no estarán allí: ni se romperán las redes por ningún cisma, que son los vínculos de la unidad y la paz.

CAPÍTULO XII.

12. Cuarenta días antes, y cincuenta después de Pascua. Celebración carnal de las fiestas. Beatitud perfecta. Creo que se ha expuesto suficientemente el gran misterio. Pero sabéis que nos corresponde obrar bien en el tiempo cuarenta, para que podamos alabar al Señor en el cincuenta. Por eso celebramos esos cuarenta días, antes de que vigilemos, en trabajo, ayuno y abstinencia: pues significan la presencia de este tiempo. Pero después de la resurrección del Señor, porque estos días significan la alegría eterna (aún no lo son, pero lo significan: en el misterio es la cosa, hermanos, aún no en el efecto: pues no es que cuando se celebra la Pascua, el Señor sea crucificado: pero así como con la celebración anual significamos lo pasado, así también lo futuro que aún no es): en este tiempo, por tanto, se relajan los ayunos; pues el número de estos días significa el descanso futuro. Pero mirad, hermanos, no sea que por mucha embriaguez, como permitidos en gran efusión, queriendo celebrar carnalmente estos días, no merezcáis celebrar eternamente lo que significan con los Ángeles. Pues si reprendo a cualquier borracho, dirá: Tú nos enseñaste que estos días significan la alegría eterna; tú nos insinuaste que este tiempo anuncia la alegría angélica y celestial: ¿no debía entonces hacerme bien? Ojalá bien, y no mal. Pues te significa alegría, si eres templo de Dios. Pero si llenas el templo de Dios con la inmundicia de la embriaguez, te suena el Apóstol, Quien corrompa el templo de Dios, Dios lo corromperá (I Cor. III, 17). Que esto esté escrito en los corazones de vuestra Santidad, que es mejor un hombre menos inteligente y que viva mejor, que uno muy inteligente y que no viva bien. La plenitud y la beatitud perfecta es que alguien entienda rápidamente y viva bien: pero si acaso no puede ambas cosas, es mejor vivir bien, que entender rápidamente. Pues quien vive bien, merece entender más: quien vive mal, perderá incluso lo que entiende. Así se ha dicho: A quien tiene, se le dará; pero a quien no tiene, incluso lo que parece tener, se le quitará (Mat. XXV, 29).

SERMON CCLIII. En los días de Pascua XXIV. Sobre la última lectura del Evangelio de Juan, cap. XXI, V. 15-25.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Pedro interrogado tres veces sobre su amor por su triple negación. El Evangelio del santo apóstol Juan, que se dice según Juan, hoy ha sido terminado, de lo que narró cómo el Señor apareció después de la resurrección a sus discípulos. Entonces llamó al apóstol Pedro, aquel presuntuoso y negador, cuando ya le hablaba vivo después de haber vencido a la muerte, y le decía: Simón de Juan (pues así se llamaba Pedro), ¿me amas? Respondía él lo que había en su corazón. Si Pedro respondía lo que tenía en su corazón; ¿por qué preguntaba el Señor, que veía el corazón? De hecho, incluso Pedro se maravillaba, y con cierto fastidio escuchaba al que preguntaba, a quien conocía como sabedor. Se dijo una vez: ¿Me amas? Se respondió: Te amo, Señor, tú lo sabes. Y de nuevo: ¿Me amas? Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Y por tercera vez, ¿Me amas? Pedro se entristeció. ¿Por qué te entristeces, Pedro, porque respondes tres veces amor? ¿Olvidaste el triple temor? Deja que el Señor te pregunte: es el médico quien te pregunta, lo que pregunta es para tu salud. No te aflijas. Espera, que se complete el número del amor, para que borre el número de la negación.

2. Cristo pide que el amor se le demuestre en sus ovejas. Sin embargo, en todo lugar, es decir, en el mismo número ternario de su interrogación, el Señor Jesús encomienda a sus corderos al

que responde amor, y dice, Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas: como si dijera, ¿Qué me das, porque me amas? Muestra tu amor en mis ovejas. ¿Qué me das, porque me amas; cuando yo te di para que me amaras? Pero tienes dónde mostrar tu amor hacia mí, tienes dónde ejercitarlo: apacienta mis corderos.

CAPÍTULO II.

Cómo deben ser apacentados los corderos del Señor, las ovejas compradas a tan alto precio, con cuánta dedicación deben ser apacentadas, lo demostró en lo que siguió. Pues después de que Pedro, completado el número legítimo de la triple respuesta, profesó ser amante del Señor, habiéndole encomendado sus ovejas, escucha sobre su futura pasión. Aquí el Señor demostró que sus ovejas deben ser amadas por aquellos a quienes se las encomienda, de tal manera que estén dispuestos a morir por ellas. Así mismo Juan en su Epístola dice: Así como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan III, 16).

3. Pedro, antes débil, ahora maduro para la pasión por la gracia de Cristo. Pedro había respondido al Señor con una cierta presunción orgullosa, cuando le dijo, Mi vida pondré por ti. Aún no había recibido las fuerzas para cumplir su promesa. Ahora ya para poder hacerlo, se llena de caridad. Por eso se le dice, ¿Me amas? Y responde, Te amo: porque esto no se cumple sino por la caridad. ¿Qué es entonces, Pedro? cuando negaste, ¿qué temiste? Todo lo que temiste fue morir. Habla contigo vivo, a quien viste muerto: ya no temas la muerte; en Él ha sido vencida, la que temías. Colgó en la cruz, fue clavado con clavos, entregó el espíritu, fue herido con una lanza, fue puesto en el sepulcro. Esto temiste, cuando negaste; temiste sufrir esto, y temiendo la muerte, negaste la vida. Ahora entiende: cuando temiste morir, entonces moriste. Pues murió negando: pero resucitó llorando. ¿Qué le dice entonces? Sígueme sabiendo su madurez. Pues si recordáis, o más bien porque recuerdan los que leyeron; recuérdense también los que no recuerdan, o conozcan los que no leyeron. Pedro había dicho: Te seguiré a donde quiera que vayas. Y el Señor a él: No puedes seguirme ahora: me seguirás después (Juan XIII, 37, 36). Ahora, dice, no puedes: prometes, pero yo veo tus fuerzas. Yo miro la vena del corazón, y lo que es verdad le anuncio al enfermo. No puedes seguirme ahora. Pero esta renuncia del médico, no es desesperación: añadió, y dijo, Me seguirás después. Estarás sano, y me seguirás. Ahora porque ve lo que se hace en su corazón, y ve qué don le ha dado de amor a su alma, le dice: Sígueme. Yo ciertamente había dicho, No puedes ahora: yo ahora digo, Sígueme.

CAPÍTULO III.

4. Cuestión sobre las palabras del Señor, cómo quiere que Juan permanezca hasta que venga. Pero ha surgido una cierta cuestión que no debe omitirse. Cuando el Señor dijo a Pedro, Sígueme: Pedro miró al discípulo a quien amaba Jesús, es decir, a Juan mismo, quien escribió este Evangelio; y dijo al Señor, Señor, ¿y éste qué? Sé que lo amas, ¿cómo es que yo te sigo, y él no te sigue? Dijo el Señor: Si quiero que él permanezca, hasta que yo venga: tú sígueme. El mismo Evangelista, el mismo que escribió, de quien se dijo esto, Si quiero que él permanezca, hasta que yo venga; siguió añadiendo sus palabras en el Evangelio, y dijo, que se había originado un rumor entre los hermanos por esta palabra, que ese discípulo no moriría. Y para quitar esta opinión añadió: No dijo, que él no moriría: sino que solo dijo, Si quiero que él permanezca, hasta que yo venga: tú sígueme. Por lo tanto, esta opinión, por la cual se pensaba que Juan no moriría, la quitó el mismo Juan con sus palabras siguientes, y para que no se crea esto, dice: No dijo esto el Señor, sino que dijo esto. Pero por qué dijo eso, Juan no lo expuso, sino que nos lo dejó para que lo busquemos, si acaso se nos abre.

CAPÍTULO IV.

5. Esas palabras del Señor pueden entenderse de dos maneras. Primero sobre la pasión que no sufriría Juan, segundo sobre el Evangelio de Juan que no se entenderá bien sino en la futura felicidad. En cuanto el Señor me concede, en cuanto me parece (pero parece mejor a los mejores), así creo que esta cuestión se resuelve de dos maneras: o sobre la pasión de Pedro dijo el Señor lo que dijo; o sobre el Evangelio de Juan. Lo que es sobre la pasión: que sea, Sígueme, sufre por mí, sufre lo que yo. Pues Cristo fue crucificado, y Pedro fue crucificado. Experimentó los clavos, experimentó los tormentos. Pero Juan no experimentó nada de eso: esto es, Si quiero que él permanezca, sin herida, sin tormento duerma, y me espere. Tú sígueme, sufre lo que yo: derramé mi sangre por ti, derrámala por mí. Por lo tanto, de una manera esto puede exponerse, lo que se dijo, Si quiero que él permanezca, hasta que yo venga: tú sígueme: No quiero que él sufra, tú sufre. En cuanto al Evangelio de Juan, esto me parece entenderse: porque Pedro escribió sobre el Señor, y otros escribieron; pero su escritura está más ocupada en la humanidad del Señor. Pues el Señor Cristo es tanto Dios como hombre. ¿Qué es hombre? Alma y carne. ¿Qué es entonces Cristo? Verbo, alma y carne. Pero ¿qué tipo de alma? porque también los animales tienen almas. Verbo, alma racional y carne; todo esto es Cristo. Pero sobre la divinidad de Cristo en las letras de Pedro algo: pero en el Evangelio de Juan mucho se destaca. En el principio era el Verbo, él dijo. Trascendió las nubes, y trascendió las estrellas, trascendió a los Ángeles, trascendió toda criatura, llegó al Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas» (Juan I, 1-3). ¿Quién ve, quién piensa, quién recibe dignamente, quién pronuncia dignamente? Entonces se tiene bien entendido, cuando venga Cristo. Si quiero que él permanezca, hasta que yo venga. He expuesto como he podido: puede él mejor en vuestros corazones.

SERMON CCLIV. En los días de Pascua, XXV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El tiempo de tristeza antes del tiempo de alegría. Así es, hermanos míos, así es la miseria de nuestra condición y la misericordia de Dios, que el tiempo de tristeza precede al tiempo de alegría: es decir, que primero es el tiempo de tristeza, después el tiempo de alegría; primero es el tiempo de trabajo, después el de descanso; primero es el tiempo de calamidad, después el de felicidad. Así es la miseria de nuestra condición, como hemos dicho, y la misericordia divina. Pues el tiempo de tristeza, de trabajo, de miseria, nuestros pecados nos lo han traído: pero el tiempo de alegría, de descanso, de felicidad, no viene de nuestros méritos, sino de la gracia del Salvador. Merecemos una cosa, esperamos otra: merecemos males, esperamos bienes. Esto lo hace la misericordia de aquel que nos creó.

2. De dónde debe ser la tristeza. Penitencia que no debe ser lamentada. Pero en el tiempo de nuestra miseria, y, como dice la Escritura, en los días de nuestro nacimiento, debemos saber de dónde debe ser esa tristeza. Pues la tristeza es como el estiércol. El estiércol no puesto en su lugar, es inmundicia. El estiércol no puesto en su lugar, hace inmundicia la casa: puesto en su lugar, hace fértil el campo. Ved el lugar del estiércol previsto por el agricultor. Dice el Apóstol: «¿Y quién es el que me alegra, sino el que se entristece por mí?» (II Cor. II, 2). Y en otro lugar: «La tristeza,» dice, «según Dios opera penitencia para salvación que no debe ser lamentada (Id. VII, 10).» Quien está triste según Dios, está triste en penitencia por sus

pecados. La tristeza por la iniquidad engendra justicia propia. Primero te desagrada lo que eres, para que puedas ser lo que no eres.

CAPÍTULO II.

«La que es según Dios,» dice, «la tristeza, opera penitencia para salvación que no debe ser lamentada. Penitencia,» dice, «para salvación.» ¿Qué tipo de salvación? «Que no debe ser lamentada.» ¿Qué es, «Que no debe ser lamentada?» De la cual no puedas lamentarte en absoluto. Pues hemos tenido una vida de la cual debimos lamentarnos: hemos tenido una vida que debe ser lamentada. Pero no podemos llegar a la vida que no debe ser lamentada, sino a través de la penitencia de la mala vida. ¿Acaso, hermanos, como comencé a decir, en la masa de trigo purificada encontrarás estiércol? Sin embargo, a ese brillo, a esa apariencia y belleza se llega a través del estiércol: la fealdad fue el camino de la cosa hermosa.

3. El estiércol aplicado al árbol infructuoso es figura de la penitencia. Con razón también el Señor dice en el Evangelio sobre cierto árbol infructuoso: "Ya hace tres años que vengo a él, y no encuentro fruto en él: córtalo, para que no me impida el campo". Intercede el labrador: intercede ya con el hacha inminente sobre las raíces infructuosas, y casi golpeando; intercede el labrador, como intercedió Moisés ante Dios; intercede el labrador, y dice: "Señor, déjala también este año; la cavaré alrededor, y le pondré un cesto de estiércol: si da fruto, bien; si no, la cortarás" (Luc. XIII, 6, 9). Este árbol es el género humano. Visitó este árbol el Señor en el tiempo de los Patriarcas, como en el primer año. Lo visitó en el tiempo de la Ley y los Profetas, como en el segundo año. He aquí que en el Evangelio ha amanecido el tercer año. Ya casi debía ser cortado: pero intercede el misericordioso por el misericordioso. Pues quien quería mostrarse misericordioso, él mismo se opuso como intercesor. "Déjala también este año", dice; "cávese alrededor de ella; es signo de humildad: aplíquese un cesto de estiércol, si acaso da fruto". Más bien porque da fruto, en parte no da fruto, vendrá su Señor y la dividirá (Luc. XII, 46). ¿Qué significa, la dividirá? Porque hay buenos y hay malos: pero ahora están constituidos en un solo grupo, como en un solo cuerpo.

CAPÍTULO III.

4. La tristeza por las cosas del mundo es perniciosa. Qué se debe lamentar aquí. Por tanto, hermanos míos, como dije, el lugar oportuno del estiércol da fruto, pero el lugar inoportuno lo hace inmundo. No sé quién está triste, encontré a no sé quién triste: veo estiércol, busco el lugar; dime, amigo, ¿por qué estás triste? "Perdí dinero", dice. Lugar inmundo, ningún fruto. Que escuche al Apóstol: "La tristeza del mundo produce muerte" (II Cor. VII, 10). No solo ningún fruto, sino también gran perjuicio. Así también con las demás cosas que pertenecen a las alegrías mundanas, cosas que sería largo enumerar. Veo a otro triste, gimiendo, llorando: veo mucho estiércol, y allí busco el lugar. Y cuando vi al triste, llorando; lo observé también orando. Orando, no sé qué buena señal me dio: pero aún busco el lugar. Pues, ¿qué si este orando, gimiendo, con gran llanto pide la muerte de su enemigo? Aunque ya lllore así, ya pida, ya ore; lugar inmundo, ningún fruto. Más es lo que encontramos en las Escrituras: pide que muera su enemigo, cae en la maldición de Judas: "Que su oración se convierta en pecado" (Sal. CVIII, 7). Observé a otro nuevamente gimiendo, llorando, orando: reconozco el estiércol, busco el lugar. Me concentré en su oración, y escucho diciendo: "Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti" (Sal. XL, 5). Gime el pecado: reconozco el campo, espero el fruto. Gracias a Dios: el estiércol está en buen lugar; no está allí en vano; está dando fruto. Este es verdaderamente el tiempo de la tristeza fructífera, para que lamentemos la condición de nuestra mortalidad, la abundancia de

tentaciones, las insidias de los pecados, las adversidades de las pasiones, las disputas de las concupiscencias contra los buenos pensamientos siempre tumultuantes: de aquí seamos tristes.

CAPÍTULO IV.

5. Dos tiempos, Cuaresma y Pentecostés, qué significan. Qué es el Aleluya. Este tiempo de nuestra miseria y gemido, lo significan aquellos cuarenta días antes de Pascua: pero la alegría, que será posterior, de descanso, felicidad, vida eterna, reino sin fin, que aún no es, lo significan estos cincuenta días, en los cuales se cantan alabanzas a Dios. Se nos significan dos tiempos: uno antes de la resurrección del Señor; otro después de la resurrección del Señor; uno en el que estamos, otro en el que esperamos estar. El tiempo de tristeza, que significan los días de Cuaresma, lo significamos y lo tenemos: pero el tiempo de alegría y descanso y reino, que significan estos días, lo significamos por el Aleluya, pero aún no tenemos las alabanzas. Pero ahora suspiramos por el Aleluya. ¿Qué es el Aleluya? Alabad a Dios. Pero aún no tenemos las alabanzas: en la Iglesia se frecuentan las alabanzas a Dios después de la resurrección, porque para nosotros será perpetua alabanza después de nuestra resurrección. La pasión del Señor significa nuestro tiempo, en el que ahora lloramos. Los azotes, las cadenas, las injurias, los escupitajos, la corona de espinas, el vino mezclado con hiel, el vinagre en la esponja, las burlas, los oprobios, finalmente la misma cruz, los miembros sagrados colgando en el madero, ¿qué nos significan, sino el tiempo que vivimos, tiempo de tristeza, tiempo de mortalidad, tiempo de tentación? Por eso es un tiempo feo: pero que esta fealdad del estiércol esté en el campo, no en la casa. Que la tristeza sea por los pecados, no por las pasiones frustradas. Tiempo feo: pero si lo usamos bien, tiempo fiel. ¿Qué más fétido que un campo estercolado? El campo era más hermoso antes de tener el cesto de estiércol; el campo fue llevado a la fealdad, para que llegara a la fertilidad. Por tanto, la fealdad de este tiempo es un signo: pero para nosotros, que esta fealdad sea tiempo de fertilidad.

CAPÍTULO V.

Veamos entonces con el profeta, qué dice, "Lo vimos", ¿Cómo? "Sin apariencia ni hermosura" (Is. LIII, 2). ¿Por qué? Pregunta a otro profeta: "Contaron todos mis huesos" (Sal. XXI, 18). Fueron contados los huesos del que cuelga. Apariencia fea, apariencia del crucificado: pero esta fealdad engendra belleza. ¿Qué belleza? La de la resurrección. Porque "hermoso en forma sobre los hijos de los hombres" (Sal. XLIV, 3).

6. Dios es deudor porque prometió, no porque recibió. No podemos retribuirle nada a Dios. Alabemos, pues, hermanos, al Señor; porque retenemos sus fieles promesas, aún no las hemos recibido. ¿Creéis que es poco porque tenemos al prometedor, para que ya exijamos al deudor? Dios prometedor se hizo deudor por su bondad, no por nuestra prerrogativa. ¿Qué le hemos dado, para que lo tengamos como deudor? ¿O acaso lo que escuchasteis en el Salmo: "¿Qué retribuiré al Señor?" Primero, cuando dice, "¿Qué retribuiré al Señor?", son palabras del deudor, no del que exige la deuda. Se le ha dado de antemano: "¿Qué retribuiré al Señor?" ¿Qué es, "¿Qué retribuiré?" Devolveré. ¿Por qué cosa? Por todas las que me ha retribuido. ¿Qué me ha retribuido? Primero, no era nada, y me hizo; me perdí, me buscó; buscándome me encontró, cautivo me redimió, comprado me liberó, de siervo me hizo hermano. ¿Qué retribuiré al Señor? No tienes qué retribuir. Cuando de él esperas todo, ¿qué tienes para retribuir? Pero espera: no sé qué quiere decir. ¿Por qué busca, "¿Qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me ha retribuido?" Mirando por todas partes qué retribuir, como que encontró. ¿Qué encontró? Tomaré el cáliz de la salvación. Pensabas retribuir, aún buscas

recibir. Mira, te ruego. Si aún buscas recibir, aún serás deudor; ¿cuándo serás retribuidor? Si, por tanto, siempre serás deudor, ¿cuándo retribuirás? No encuentras qué retribuir: a menos que él te lo dé, no tendrás.

7. El hombre no tiene de suyo sino mentira. Mira, cuando decías, "¿Qué retribuiré?", se refiere a lo que dijiste, "Todo hombre es mentiroso" (Sal. CXV, 11-13). Pues quien quiera decir que retribuirá algo a Dios, es mentiroso (todo debe esperarse de él; de nosotros mismos, aparte de él, nada sino quizás pecado), y habla mentira de lo suyo. Verdaderamente el hombre abunda plenamente de lo suyo; aquí tiene mentira y tesoro de mentiras: que su corazón mienta, cuanto pueda, no falta; que finja cuanto pueda, que mienta cuanto pueda. ¿Por qué? Porque lo que tiene gratis, lo tiene de sí, no lo compró. Cuando se llega a la verdad, si quiere ser veraz, no será de lo suyo.

CAPÍTULO VI.

Pedro mentiroso de lo suyo. ¿Dónde mentiroso? El Señor nos prometió la pasión: y dice, "Lejos de ti, no suceda eso". Todo hombre es mentiroso. ¿De dónde mentiroso? Escucha al mismo Señor: "No entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres". Pero Pedro veraz: ¿cuándo? Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. ¿De dónde esta verdad al hombre mentiroso? He aquí el hombre dice, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". ¿Quién lo dice? Pedro. ¿Qué era Pedro? Hombre, que dijo la verdad. Ciertamente, "Todo hombre es mentiroso". He aquí, he aquí su lengua; he aquí la lengua de su lengua: ¿cómo, "Todo hombre es mentiroso"? Escucha, porque "Todo hombre es mentiroso", porque de lo suyo. Entonces, ¿de dónde Pedro veraz? Escucha a la misma verdad: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona. ¿De dónde bienaventurado? ¿de lo suyo? De ninguna manera. Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. XVI, 22, 23, 16, 17).

8. Dios debe ser alabado ahora y siempre. Alabemos, pues, al Señor, carísimos, alabemos a Dios, digamos Aleluya. Signifiquemos con estos días el día sin fin; signifiquemos el lugar de la inmortalidad, el tiempo de la inmortalidad; apresurémonos a la casa eterna. Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). La ley dice, la Escritura dice, la verdad dice. Vendremos a la casa de Dios, que está en los cielos. Allí no alabaremos a Dios por cincuenta días; sino como está escrito, por los siglos de los siglos. Veremos, amaremos, alabaremos. Ni lo que veremos faltará, ni lo que amaremos perecerá, ni lo que alabaremos callará; todo será eterno, será sin fin. Alabemos, alabemos; pero no solo con voces, alabemos también con costumbres: que alabe la lengua, que alabe la vida; pero que tenga caridad infinita. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCLV. En los días pascuales, XXVI. Sobre el Aleluya.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Aleluya, consuelo de los piadosos aquí, será la única acción de los bienaventurados. Puesto que el Señor quiso que viéramos a vuestra Caridad en el Aleluya, os debemos una palabra sobre el Aleluya. No sea una carga, si recuerdo lo que sabéis: porque también el mismo Aleluya lo decimos todos los días, y todos los días nos deleitamos. Sabéis que Aleluya, en latín se dice Alabad a Dios: y en esta palabra, consonantes de boca y consintiendo de corazón, nos exhortamos mutuamente a alabar a Dios. Solo el hombre seguro lo alaba, quien no tiene de qué desagradar. Y en este tiempo de nuestra peregrinación, para consuelo del viático decimos Aleluya; ahora para nosotros el Aleluya es el canto del viajero: pero nos

dirigimos por el camino laborioso hacia la patria tranquila, donde retiradas todas nuestras acciones, no quedará sino el Aleluya.

CAPÍTULO II.

2. Diversos oficios de María y Marta. Esta parte suavísima se había elegido María, que estaba libre, aprendía, alababa: pero Marta, su hermana, estaba ocupada en muchas cosas. Ciertamente hacía algo necesario, pero no permanente: hacía algo del camino, aún no de la patria: hacía algo de la peregrinación, aún no de la posesión. Pues había recibido al Señor, y a los que estaban con él. Y el Señor tenía carne: y así como por nosotros se dignó tomar carne, así se dignó tener hambre y sed. Y por el hecho de que se dignó tener hambre y sed, se dignó ser alimentado por aquellos a quienes él mismo enriqueció: se dignó ser recibido, no por necesidad, sino por gracia. Hacía, pues, Marta lo que pertenecía a la necesidad de los hambrientos y sedientos: preparaba con solícita atención lo que se comería y bebería por los santos y por el mismo Santo de los santos en su casa (Luc. X, 38-42). Gran obra, pero transitoria. ¿Acaso siempre habrá hambre y sed? Cuando nos unamos a aquella purísima y perfectísima bondad, no habrá por qué servir a la necesidad. Seremos bienaventurados, sin necesitar de nada; teniendo mucho, sin buscar nada. ¿Y qué es lo que tendremos, para que no busquemos nada? Dije: lo que creéis, después lo veréis. Lo que, por tanto, dijimos, teniendo mucho y no buscando nada, es decir, sin necesitar de nada; ¿qué es eso mismo que tendremos? A los que le sirven, Dios, a los que le cultivan, a los que creen en él, a los que esperan en él, a los que le aman, ¿qué les dará?

CAPÍTULO III.

3. Beneficios de Dios para todos, buenos y malos. La salud viene de Dios. Pues vemos cuántas cosas da en este tiempo a los que desconfían de él, a los que desesperan de él, a los que se apartan de él, a los que lo blasfeman; vemos cuántos dones otorga. De él es, en primer lugar, la salud: que es tan dulce, que nunca llega a ser fastidiosa. Cuando la tiene, ¿qué le falta al pobre? Cuando no la tiene, ¿de qué le sirve al rico lo que tiene? De él es, pues, es decir, del Señor nuestro Dios a quien adoramos, del verdadero Dios en quien creemos, y en quien esperamos, y a quien amamos; de él es tan gran cosa, la salud. Sin embargo, ved cómo, siendo gran cosa la salud, la da tanto a buenos como a malos, y a sus blasfemadores y a sus alabadores. ¿Y qué diré? Ambos son hombres. Todo animal es mejor que el mal hombre. Da salud también a los animales y a los dragones, hasta a las moscas y a los gusanos les da salud; y salva a todos los que creó a todos. Para que, pues, omitamos otras cosas; porque no encontramos nada mejor que la salud: no solo la da Dios a los hombres, sino también a los animales, como dice el Salmo: "Hombres y bestias salvarás, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios". Pues así eres, porque eres Dios; para que tu bondad no permanezca en las alturas, y abandone las cosas bajas. Llega desde los ángeles hasta los animales más pequeños y diminutos. Llega desde el fin hasta el fin extendiéndose con fuerza la sabiduría, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VIII, 1): y en esa disposición de su suavidad, la salud es dulce para todos.

CAPÍTULO IV.

4. Dios guarda algo para los buenos. En qué se diferencian los hombres y los hijos de los hombres. Pues, entonces, si da tanto bien a buenos y malos, y a hombres y bestias; ¿qué es, hermanos míos, lo que guarda para los buenos? Pues ya había dicho, "Hombres y bestias salvarás, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios". Y luego añadió: "Pero los hijos de los hombres" (Sal. XXXV, 7, 8). ¿Quiénes son estos? Como si fueran otros los

hombres, de los que había dicho poco antes, "Hombres y bestias salvarás, Señor"; y otros los hijos de los hombres. ¿Es otra cosa los hombres que los hijos de los hombres, y otra cosa los hijos de los hombres que los hombres? ¿Qué significa, pues, esta distinción? A menos que tal vez porque los hombres pertenecen al hombre, los hijos de los hombres al Hijo del hombre: los hombres, al hombre; los hijos de los hombres, al Hijo del hombre. Pues hay un hombre que no fue hijo de hombre. Pues el que primero fue hecho, fue hombre, no fue hijo de hombre. ¿Qué, pues, nos vino por el hombre, y qué nos vino por el Hijo del hombre? Recuerdo lo que vino por el hombre, y digo las palabras del Apóstol: "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte: y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron" (Rom. V, 12). He aquí lo que nos propinó el hombre, he aquí lo que bebimos del padre, y apenas digerimos. Si esto por el hombre, ¿qué por el Hijo del hombre? "A su propio Hijo no perdonó". Si "a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Id. VIII, 32). Asimismo, "Como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores; así también por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos" (Rom. V, 19). Por él, pues, el pecado, por Cristo la justicia. Todos, pues, los pecadores pertenecen al hombre: todos los justos al Hijo del hombre. ¿Qué, pues, os maravilláis, porque los pecadores, porque los impíos, porque los inicuos, porque los despreciadores de Dios, los que se apartan de Dios, los amantes del mundo, los que abrazan la iniquidad, los que odian la verdad, es decir, los hombres que pertenecen al hombre; qué os maravilláis, porque tienen esta salud, cuando escucháis el Salmo, "Hombres y bestias salvarás, Señor"? Para que no se ensalcen a sí mismos los hombres, porque tienen la salud temporal, se les añadieron las bestias. ¿Qué es, pues, de lo que te alegras, hombre? ¿No es acaso común contigo y con tu asno, y con tu gallina, con cualquier animal en tu casa, con estos gorriones? ¿No es acaso común contigo la salud del cuerpo con todos estos?

CAPÍTULO V.

5. A los piadosos se les promete el deleite de la alabanza de Dios, que no se da a los impíos. Busca, pues, lo que se promete a los hijos de los hombres, y escucha lo que sigue: "Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas". Mientras tanto, esperarán, mientras estén en el camino. "Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas". Porque en esperanza fuimos salvados (Id. VIII, 24). Esto no pertenece a los hombres y bestias, esperar bajo la sombra de las alas de Dios. Y he aquí la esperanza nos alimenta, nos nutre, nos confirma, y en esta vida laboriosa nos consuela; en esa esperanza cantamos Aleluya. He aquí cuánto gozo tiene la esperanza. ¿Qué será la cosa misma? ¿Qué será, preguntas? Escucha lo que sigue: "Se embriagarán de la abundancia de tu casa" (Sal. XXXV, 7-9). De esto es la esperanza. Tenemos sed, tenemos hambre, es necesario que nos saciemos: pero en el camino hay hambre, en la patria hay saciedad. ¿Cuándo nos saciaremos? Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Sal. XVI, 15). Pero ahora la gloria de nuestro Dios, la gloria de nuestro Cristo está oculta: y con él está oculta también la nuestra. Pero cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria (Col. III, 4). Entonces será el Aleluya en la realidad: pero ahora en la esperanza. La esperanza lo canta, el amor lo canta ahora, el amor lo cantará también entonces: pero ahora canta el amor hambriento, entonces cantará el amor disfrutando. ¿Qué es, pues, Aleluya, hermanos míos? Os dije, es Alabanza de Dios. He aquí ahora escucháis la palabra, y al escucharla os deleitáis, y en el deleite alabáis. Si amáis tanto el rocío, ¿cómo amaréis la fuente misma? Pues lo que es para el estómago eructante la eructación, eso es para el corazón saciado la alabanza. Pues si alabamos lo que creemos, ¿cómo alabaremos cuando veamos? He aquí lo que María había elegido: pero significaba aquella vida, aún no la tenía.

CAPÍTULO VI.

6. Dos vidas esbozadas en Marta y María. Una cosa necesaria. El disfrute de Dios será para los bienaventurados en lugar de todos los bienes. Hay dos vidas: una que se refiere al deleite, otra que se refiere a la necesidad. La que se refiere a la necesidad es laboriosa; la que se refiere al deleite es placentera. Pero entra dentro, no busques el deleite afuera: no sea que te enorgullezcas de él y no puedas entrar por el camino angosto. Mira cómo María veía al Señor en la carne y escuchaba al Señor a través de la carne, como escuchasteis cuando se leía la Epístola a los Hebreos, como a través de un velo (Hebr. X, 20). No habrá velo cuando veamos cara a cara. María, por tanto, estaba sentada, es decir, estaba desocupada, y escuchaba y alababa; mientras que Marta estaba ocupada con mucho servicio. Y el Señor le dice: Marta, Marta, estás preocupada por muchas cosas; pero una sola es necesaria (Luc. X, 38, 42). Una sola cosa verdadera: no serán necesarias muchas. Antes de llegar a la única, necesitamos muchas. Que la única nos extienda, para que las muchas no nos dispersen y nos aparten de la única. Esa única cosa dijo el apóstol Pablo, porque aún no la había alcanzado. Yo, dice, no me considero haberlo alcanzado. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante. No dispersado, sino extendido. Porque una cosa extiende, no dispersa. Muchas cosas dispersan, una extiende. ¿Y hasta cuándo extiende? Mientras estemos aquí. Cuando lleguemos, recoge, no extiende. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, según la intención. He aquí la extensión: nunca la dispersión. Según la intención sigo, hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Philipp. III, 13, 14). El orden de las palabras es: Pero una cosa sigo. Entonces llegaremos y disfrutaremos de una sola cosa; pero esa única cosa será todo para nosotros. ¿Qué dijimos, hermanos, cuando comencé a hablar? ¿Qué es esa abundancia que tendremos cuando no necesitemos? ¿Qué es esa abundancia que tendremos? Esto había propuesto decir: ¿qué nos dará Dios que no dará a ellos? Que el impío sea apartado, para que no vea la claridad de Dios (Isai. XXVI, 10). Por tanto, Dios nos dará su claridad, de la cual disfrutaremos: de la que el impío será apartado, para que no vea la claridad de Dios. Todo nuestro gran bien que tendremos, será Dios mismo. Avaro, ¿qué buscabas recibir? ¿Qué busca de Dios aquel a quien no le basta Dios?

CAPÍTULO VII.

7. Pensamiento carnal sobre la futura felicidad. El gozo carnal proviene de la enfermedad de la mente. Nuestra verdadera salud, la inmortalidad. Las riquezas terrenales, no son signos de capacidad, sino de debilidad. Pero cuando se dice que tendremos a Dios y que con Él solo estaremos contentos, o más bien, que con Él solo nos deleitaremos de tal manera que no buscaremos nada más; porque en Él solo disfrutaremos, y en nosotros mismos mutuamente disfrutaremos de Él: (¿qué somos, si no tenemos a Dios? o ¿qué otra cosa en nosotros debemos amar más que a Dios, ya sea porque lo tenemos o para tenerlo?) cuando se dice, por tanto, que las demás cosas se sustraen, y solo Dios será con quien nos deleitemos; el alma, acostumbrada a deleitarse en muchas cosas, se siente casi angustiada; y el alma carnal, apegada a la carne, implicada en deseos carnales, con las alas envueltas en el pegamento de malos deseos, para que no vuele hacia Dios, se dice a sí misma: ¿Qué tendré, donde no comeré, donde no beberé, donde no dormiré con mi esposa? ¿qué tipo de gozo tendré? Este gozo tuyo proviene de la enfermedad, no de la salud. Ciertamente, tu misma carne en este tiempo a veces enferma, a veces está sana. Prestad atención, para que diga algo de lo que podáis captar, un ejemplo de lo que no puedo decir. Hay ciertos deseos de los enfermos: arden en deseo de alguna fuente o de alguna fruta; y arden tanto, que piensan que si estuvieran sanos, deberían disfrutar de esos deseos. Llega la salud, y el deseo desaparece. Lo

que deseaba, ahora le repugna: porque eso lo buscaba en él la fiebre. ¿Y qué tipo de salud es esta, en la que el enfermo se recupera?

CAPÍTULO VIII.

¿Qué es esta salud por la que decimos que estamos sanos? Pero sin embargo, tomad de aquí un ejemplo. Porque así como hay muchos deseos de los enfermos que esta salud elimina; así como esta salud elimina esos deseos, así la inmortalidad elimina todo: porque nuestra salud es la inmortalidad. Recordad al Apóstol, y ved qué será: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Y seremos iguales a los ángeles de Dios (Matth. XXII, 30). ¿Acaso son miserables ellos, que no banquetean? ¿No son más bienaventurados porque no necesitan de estas cosas? ¿O acaso cualquier rico se igualará a los ángeles? Los ángeles son verdaderamente ricos. ¿Qué se llaman riquezas? Facultades. Los ángeles tienen grandes facultades, quienes tienen grandes facilidades. Oyes cuando se alaba a un rico: Cuán grande es, es señor, es rico, es poderoso. Cuán grande es que va donde quiere, tiene animales, tiene gastos, tiene siervos, tiene servicios. Todo esto tiene el rico: va donde quiere, no sufre trabajo. El ángel estará donde quiera: ni dice, Unce; ni dice, Extiende; lo que con soberbia dicen los ricos, y quieren enorgullecerse de ello, porque tienen a quienes decir, Unce y Extiende. Infeliz, esas palabras son de debilidad, no de facultad. Por tanto, no necesitaremos: y por eso seremos bienaventurados. Porque estaremos llenos, pero de nuestro Dios: y todo lo que aquí deseamos en gran medida, Él mismo será para nosotros. Aquí buscas comida en gran medida: Dios será tu comida. Aquí buscas el abrazo de la carne: Pero para mí, el bien es adherirme a Dios (Psal. LXXII, 28). Aquí buscas riquezas: ¿cómo te faltarán todas las cosas, cuando tengas a Aquel que hizo todas las cosas? Y para asegurarte con las palabras del Apóstol, sobre esa vida dijo esto: Para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28).

SERMO CCLVI. En los días de Pascua, XXVII. Sobre el Aleluya.

1. Es necesario alabar a Dios con la vida y la lengua. La concordia y seguridad perfecta de los que alaban a Dios solo en el cielo. Porque agradó al Señor nuestro Dios, que estando aquí presentes corporalmente, también con vuestra Caridad le cantáramos Aleluya, que en latín se interpreta, Alabad al Señor; alabemos al Señor, hermanos, con vida y lengua, con corazón y boca, con voces y costumbres. Así quiere Dios que se le diga Aleluya, para que no haya discordia en el que alaba. Concuermen, por tanto, primero en nosotros mismos la lengua con la vida, la boca con la conciencia. Concuermen, digo, las voces con las costumbres, no sea que las buenas voces den testimonio contra las malas costumbres. ¡Oh feliz Aleluya en el cielo, donde el templo de Dios son los ángeles! Allí, en efecto, la suma concordia de los que alaban, donde hay exultación segura de los que cantan: donde ninguna ley en los miembros se opone a la ley de la mente; donde no hay disputa de la codicia, en la que peligre la victoria de la caridad. Aquí, por tanto, cantemos Aleluya aún preocupados, para que allí podamos alguna vez cantar seguros. ¿Por qué aquí preocupados? ¿No quieres que esté preocupado, cuando leo, ¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra? (Job VII, 1)? ¿No quieres que esté preocupado, cuando aún se me dice, Velad y orad, para que no entréis en tentación (Marc. XIV, 38)? ¿No quieres que esté preocupado, donde abunda tanto la tentación, que la misma oración nos prescribe, cuando decimos, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores? Diariamente peticionarios, diariamente deudores. ¿Quieres que esté seguro, donde diariamente pido indulgencia por los pecados, ayuda por los peligros? Pues cuando digo por los pecados pasados, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores: inmediatamente por los peligros futuros añado y uno, No nos dejes caer en la tentación (Matth. VI, 12, 13). ¿Cómo está el pueblo en bien,

cuando clama conmigo, Líbranos del mal? Y sin embargo, hermanos, en este mal aún cantemos Aleluya al buen Dios, que nos libra del mal. ¿Por qué miras alrededor de dónde te libraré, cuando te libra del mal? No vayas lejos, no extiendas la mirada de la mente por todas partes. Vuelve a ti, mírate a ti mismo. Tú aún eres malo. Cuando, por tanto, Dios te libere a ti mismo de ti mismo, entonces te libraré del mal. Escucha al Apóstol; y allí entiende de qué mal debes ser liberado. «Me deleito,» dice, «en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está.» ¿Dónde? «Me lleva cautivo,» dice, «en la ley del pecado, que está en mis miembros.» Pensé que te había llevado cautivo bajo no sé qué bárbaros desconocidos: pensé que te había llevado cautivo bajo no sé qué naciones extranjeras, o bajo no sé qué amos humanos. Que está, dice, en mis miembros. Exclama, por tanto, con él: ¡Miserable de mí, quién me libraré? ¿De dónde quién libraré? Di de dónde. Otro dice de la opción, otro de la cárcel, otro de la cautividad de los bárbaros, otro de la fiebre y la debilidad: di tú, Apóstol, no a dónde seremos enviados, o a dónde seremos llevados; sino qué llevamos con nosotros, qué somos nosotros mismos, di: Del cuerpo de esta muerte. ¿Del cuerpo de esta muerte? Del cuerpo, dice, de esta muerte.

2. Error de algunos, la carne no pertenece al hombre. Otro dice: El cuerpo de esta muerte no me pertenece: mi cárcel es temporal, mi cadena es temporal: estoy en el cuerpo de la muerte; no soy el cuerpo de la muerte. Argumentas, por eso no eres liberado. Pues yo, dice, soy espíritu; no soy carne, sino que estoy en la carne: cuando sea liberado de la carne, ¿qué será de mí entonces con la carne? ¿Queréis, hermanos, que yo responda a este argumento, o el Apóstol? Si yo respondo, tal vez se desprecie la grandeza de la palabra por la vileza del ministro. Prefiero callar. Escucha conmigo al Doctor de los Gentiles: escucha conmigo al Vaso de elección, para que se te quite la controversia de la disensión. Escucha, pero di primero lo que decías. ¿No decías esto: No soy carne, sino que soy espíritu. En mi cárcel gimo: cuando este vínculo y esta prisión sean disueltos, yo me iré libre. La tierra se devuelve a la tierra, el espíritu es recibido en el cielo: me voy yo, dejo lo que no soy. ¿Decías esto? Esto, dice. No te respondo yo: responde, Apóstol; responde, te lo ruego. Predicaste, para que se te escuchara; escribiste, para que se te leyera; todo se hizo, para que se te creyera. Di: ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. ¿De dónde te libra? Del cuerpo de esta muerte. Pero ¿no eres tú mismo el cuerpo de esta muerte? Responde: Así que yo mismo sirvo con la mente a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 22-25). Pero yo mismo: ¿cómo tú mismo por diferentes cosas? Con la mente, dice, porque amo; con la carne, porque deseo: victorioso, si no consiento; aún luchador, con el adversario apremiante. ¿Y cómo cuando seas, oh Apóstol, liberado de esta carne, ya no serás tú sino espíritu? Responde el Apóstol, con la muerte ya inminente, con la deuda que nadie evade: No pongo la carne para siempre, sino que la deposito por un tiempo. ¿Entonces volverás al cuerpo de esta muerte? ¿Y qué? Escuchemos más bien sus palabras. ¿Cómo vuelves al cuerpo, del que clamaste con tan piadosa voz que debías ser liberado? Responde: Vuelvo al cuerpo, pero ya no de esta muerte. Escucha, ignorante, sordo a las voces cotidianas de las lecturas: escucha cómo vuelve al cuerpo, pero ya no de esta muerte. No porque será otro cuerpo, sino porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Hermanos míos, cuando el Apóstol decía esto corruptible, esto mortal, de algún modo tocaba la carne con su voz. No, por tanto, otro. No, dice, dejo el cuerpo terrenal, y tomo un cuerpo aéreo, o tomo un cuerpo etéreo. Tomo el mismo, pero ya no de esta muerte. Porque es necesario que esto corruptible, no otro, sino esto, se vista de incorrupción; y esto mortal, no otro, sino esto, se vista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria. Cantemos Aleluya. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: esa palabra, no ya de los

que luchan, sino de los que triunfan: Absorbida es la muerte en victoria. Cantemos Aleluya. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Cantemos Aleluya. El aguijón de la muerte es el pecado (I Cor. XV, 53-56). Pero buscarás su lugar, y no lo encontrarás (Psal. XXXVI, 10).

3. Cómo cantar Aleluya aquí entre los peligros de las tentaciones. Pero también aquí entre los peligros, entre las tentaciones, tanto de otros como de nosotros, cantemos Aleluya. Porque fiel es Dios, que no permitirá, dice, que seáis tentados más allá de lo que podéis. Por tanto, también aquí cantemos Aleluya. Aún es el hombre culpable, pero fiel es Dios. No dijo, No permitirá que seáis tentados: sino, No permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis; sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar (I Cor. X, 13). Entraste en la tentación: pero Dios también hará la salida, para que no perezcas en la tentación: para que como el vaso del alfarero, seas formado por la predicación, cocido por la tribulación. Pero cuando entres, piensa en la salida: porque fiel es Dios, el Señor guardará tu entrada y tu salida (Psal. CXX, 8). Además, cuando este cuerpo se haga inmortal e incorruptible, cuando toda tentación haya desaparecido; porque el cuerpo está muerto: ¿por qué está muerto? por el pecado. Pero el espíritu es vida, son palabras del Apóstol: ¿por qué? por la justicia. ¿Dejamos, por tanto, el cuerpo muerto? No, sino escucha: Pero si el espíritu de aquel que resucitó a Cristo de los muertos, habita en vosotros; el que resucitó a Cristo de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales (Rom. VIII, 10, 11). Porque ahora el cuerpo es animal, entonces será espiritual. Porque el primer hombre fue hecho alma viviente, el último hombre espíritu vivificante (I Cor. XV, 44, 45). Por eso vivificará también vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en vosotros. ¡Oh feliz Aleluya allí! ¡oh seguro! ¡oh sin adversario! donde no habrá enemigo, nadie perderá un amigo. Allí alabanzas a Dios, y aquí alabanzas a Dios: pero aquí de los preocupados, allí de los seguros; aquí de los que mueren, allí de los que siempre vivirán; aquí en esperanza, allí en realidad; aquí en el camino, allí en la patria. Ahora, por tanto, hermanos míos, cantemos, no para el deleite del descanso, sino para el consuelo del trabajo. Como suelen cantar los viajeros; canta, pero camina: consuella el trabajo cantando, no ames la pereza: canta, y camina. ¿Qué es, camina? Avanza, avanza en el bien. Porque hay, según el Apóstol, algunos que avanzan en lo peor (II Tim. III, 13). Tú si avanzas, caminas: pero avanza en el bien, avanza en la fe recta, avanza en las buenas costumbres: canta, y camina. No te equivoques, no retrocedas, no te detengas. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCLVII. En los días de Pascua, XXVIII. Sobre el versículo del Salmo CXV, 11, Todo hombre es mentiroso.

1. Dios debe ser alabado con el corazón. Lo que en lengua hebrea se dice Aleluya, en latín es Alabad al Señor. Alabemos, por tanto, al Señor nuestro Dios, no solo con la voz, sino también con el corazón. Porque quien alaba con el corazón, alaba con la voz del hombre interior. La voz hacia los hombres, es sonido; la voz hacia Dios, es afecto.

2. El hombre de suyo es mentiroso, debe refugiarse en Dios para ser veraz. Dijo alguien en su éxtasis, como habéis leído, como habéis escuchado: Todo hombre es mentiroso. De ahí fue quien no creía, a menos que tocara el cuerpo del Señor. Le parecía mentira lo que sus condiscípulos decían como verdad: y no le bastaba escuchar la verdad, quería también tocar. Pero el Señor le concedió esto en lo que sigue en el Evangelio que después se leerá (Joan. XX, 25-27). Pero cualquiera que escuche, Todo hombre es mentiroso, no debe fijarse en la mentira, y no querer levantarse de ella, como si razonara consigo mismo vanamente, como hombre mentiroso, y se dijera a sí mismo: ¿Cuándo no seré hombre? Pero si mientras esté aquí soy hombre, seré mentiroso; mejor seré yo mentiroso, que mentir la Escritura que dice, Todo hombre es mentiroso. Porque si yo soy veraz, la Escritura será mentirosa. Pero como la

Escritura no puede ser mentirosa, yo seré mentiroso. Esto murmurando allí parece descansar seguro, como en el puerto de la mentira, donde hace naufragio. Bien querías descansar en este puerto, escucha el escollo en el que chocarás: Destruirás a todos los que hablan mentira (Psal. V, 7). Y esta es la Escritura de Dios, que dice, Destruirás a todos los que hablan mentira. ¿Entonces destruirá a todos, porque Todo hombre es mentiroso? Pero ¿qué se nos ha dicho? ¿qué se nos ha advertido? Que de lo nuestro somos mentirosos. Pero si queremos ser veraces, debemos refugiarnos en el Señor. De Él somos veraces, de lo nuestro mentirosos.

3. Pedro mentiroso por sí mismo, veraz por el beneficio de Dios. Escuchen esto con un solo ejemplo, breve y grande: breve, porque se dice rápidamente; grande, porque se pondera sabiamente. Pedro es el único que muestra lo que quiero decir. Cuando le dijo al Señor Cristo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, ¿qué respondió? Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Dijiste la verdad, pero no de lo tuyo. ¿De dónde entonces? Mi Padre que está en los cielos te lo reveló. Bienaventurado por eso, porque es de Dios; no sino miserable por lo tuyo. Después de esto, cuando el Señor le dijo: Bienaventurado eres, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos; después de estas palabras, comenzó el Señor Cristo a anunciar su pasión y muerte. Allí inmediatamente Pedro: Lejos de ti, Señor. Todo hombre es mentiroso. He aquí que poco antes Pedro era veraz, he aquí que ahora Pedro es mentiroso. Pero, ¿de dónde Pedro veraz? No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¿De dónde Pedro mentiroso? Apártate de mí, Satanás; porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (Mateo XVI, 16, 17, 22, 23). Todo hombre es mentiroso. Se nos ha dicho, por tanto, Todo hombre es mentiroso, para que huyamos de nosotros mismos y corramos hacia Dios, que solo es veraz.

SERMON CCLVIII. En los días de Pascua, XXIX. Pronunciado en la basílica Mayor. Sobre el versículo del Salmo CXVII, 24, Este es el día que hizo el Señor.

1. Día hecho por el Señor, la Iglesia de Cristo de judíos y gentiles. Lo que hemos cantado a Dios, Este es el día que hizo el Señor, de aquí hablemos lo que nos ha dado. Aquí la Escritura ciertamente profética quiso que entiendiéramos algo, un día no vulgar, no visible a los ojos de la carne, no ese día que nace y muere, sino el día que pudo conocer el nacimiento, no conocer el ocaso. Veamos lo que antes decía el mismo Salmo: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte del Señor ha sido hecho esto, es maravilloso a nuestros ojos. Y sigue, Este es el día que hizo el Señor. Tomemos el inicio de este día de la piedra angular. ¿Quién es la piedra angular que desecharon los doctores de los judíos? Pues los doctores expertos en la ley de los judíos lo desecharon, diciendo: No es este de Dios, que rompe el sábado (Juan IX, 16). Ya dijisteis, No es este de Dios, que rompe el sábado. La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser la cabeza del ángulo. ¿Cómo en la cabeza del ángulo? ¿Por qué se llama a Cristo piedra angular? Porque todo ángulo pacífica dos paredes de diferente origen. Vinieron los apóstoles de la circuncisión, vinieron del pueblo de los judíos; vinieron de allí también aquellas multitudes que precedían y seguían a su bestia, diciendo lo que está en este mismo Salmo, Bendito el que viene en el nombre del Señor (Mateo XXI, 9, y Salmo CXVII, 26). Vinieron de allí tantas Iglesias, de las cuales dice el apóstol Pablo, «Era desconocido de rostro para las Iglesias de Judea, que están en Cristo: solo oían que aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora evangeliza la fe que en otro tiempo devastaba; y en mí glorificaban a Dios» (Gálatas I, 22-24); judíos, pero adheridos a Cristo, como los apóstoles, viniendo y creyendo en Cristo, y haciendo una pared. Quedaba otra pared, la Iglesia venida de los gentiles: se encontraron. Paz en Cristo, unidad en Cristo, que hizo de ambos uno (Efesios II, 11-22). Este es el día que hizo

el Señor. Entiende todo el día, la cabeza y el cuerpo: la cabeza Cristo, el cuerpo la Iglesia. Este es el día que hizo el Señor.

2. Bautizados hechos día desde las tinieblas. Recordad la primera condición del mundo. «Las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Y dijo Dios, Sea la luz: y fue la luz. Y Dios separó la luz de las tinieblas; y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche» (Génesis I, 2-5). Considerad las tinieblas de estos, antes de que vinieran al perdón de los pecados. Eran, pues, tinieblas sobre el abismo, antes de que estos pecados fueran perdonados. Pero el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas: descendieron estos al agua, sobre las aguas se movía el Espíritu de Dios, fueron expulsadas las tinieblas de los pecados. Este es el día que hizo el Señor. A este día el Apóstol dice: Porque en otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Efesios V, 8). ¿Acaso dijo, Eráis tinieblas en el Señor? Tinieblas en vosotros; luz en el Señor. Llamó Dios a la luz día: porque por su gracia se hace lo que se hace. Ellos por sí mismos pudieron ser tinieblas: luz ser, si el Señor no lo hubiera hecho, no pudieron. Porque este es el día que hizo el Señor: no el día mismo, sino el Señor.

3. Tomás hecho día. ¿Acaso no era hombre Tomás, uno de los discípulos, como un hombre de la multitud? Le decían sus condiscípulos: Hemos visto al Señor. Y él decía: Si no toco, si no pongo mi dedo en su costado, no creeré. Los evangelistas te anuncian, y no crees. A ellos les creyó el mundo, y no cree el discípulo. De ellos se dijo: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 5). Salen, sus palabras, llegan hasta los confines de la tierra; cree todo el mundo: anuncian todos a uno, y no cree. Aún no era el día que había hecho el Señor. Todavía había tinieblas en el abismo, en la profundidad del corazón humano: allí había tinieblas. Venga aquel, la cabeza de este día venga, y diga paciente, manso, no enojado, porque es médico: Ven, dice; ven toca esto, y cree. Dijiste, Si no toco, si no pongo mi dedo, no creeré. Ven, toca; pon tu dedo, y no seas incrédulo, sino fiel. Ven, pon tu dedo. Sabía tus heridas, guardé para ti mi cicatriz. Pero claramente poniendo su mano completó la fe. ¿Cuál es la plenitud de la fe? Que no se crea que Cristo es solo hombre, ni se crea que Cristo es solo Dios, sino hombre y Dios. Esa es la plenitud de la fe: porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Así que este discípulo, al ofrecérsele las cicatrices y los miembros de su Salvador para tocar, cuando tocó, exclamó: ¡Señor mío y Dios mío! (Juan XX, 25-28). Tocó al hombre, reconoció a Dios: y tocó la carne, miró al Verbo; porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Este Verbo sufrió que su carne fuera colgada en el madero: este Verbo sufrió que en su carne se clavarán clavos: este Verbo sufrió que su carne fuera traspasada con una lanza: este Verbo sufrió que su carne fuera puesta en el sepulcro: este Verbo resucitó su carne, la ofreció a la vista de los discípulos para ser vista, la presentó a las manos para ser tocada. Tocaban, exclaman, ¡Señor mío y Dios mío! Este es el día que hizo el Señor.

SERMON CCLIX. En el domingo de la octava de Pascua.

1. La intención de los cristianos debe estar en la vida futura. El día de hoy es para nosotros un gran sacramento de felicidad perpetua. Pues no como este día que pasará, así pasará también la vida que este día significa. Por tanto, hermanos, os exhortamos y os rogamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, por quien nos han sido perdonados los pecados, quien quiso que nuestro precio fuera su sangre, quien nos hizo dignos de ser llamados hermanos, aunque indignos de ser llamados sus siervos, que toda vuestra intención, por la cual sois cristianos, y lleváis su nombre en la frente y en el corazón, no se dirija sino a aquella vida, que nos será con los ángeles: donde hay descanso perpetuo, alegría eterna, felicidad inagotable, ninguna perturbación, ninguna tristeza, ninguna muerte. Esa vida no pueden conocerla sino quienes la

experimentan: pero no podrán experimentarla sino quienes creen. Si exigís que lo que Dios os promete, os lo demostremos, no podemos. Pero habéis oído cómo concluyó el Evangelio de Juan: Bienaventurados los que no ven, y creen (Juan XX, 29). Y queréis ver, y yo también. Creámoslo juntos, y juntos lo veremos. No seamos duros contra la palabra de Dios. ¿Acaso, hermanos, es digno que Cristo descienda ahora del cielo, y nos muestre sus cicatrices? Por eso se dignó mostrárselas al incrédulo, para reprender a los dudosos, e instruir a los creyentes.

2. Misterio del octavo y séptimo día. El reino de Cristo y de los santos en la tierra tras la separación de los malos. El sabbatismo de los santos en la tierra. Este octavo día, por tanto, al final del siglo, significa la nueva vida: el séptimo, el futuro descanso de los santos en esta tierra. Pues el Señor reinará en la tierra con sus santos, como dicen las Escrituras, y tendrá aquí una Iglesia, donde no entrará ningún malvado, separada y purgada de toda contaminación de maldad; que significan aquellos ciento cincuenta y tres peces (Juan XXI, 11), de los cuales ya, según recuerdo, hemos tratado alguna vez. Pues la Iglesia aquí aparecerá primero en gran claridad y dignidad y justicia. Allí no se podrá engañar, no mentir, no ocultarse bajo la piel de oveja el lobo. Pues vendrá el Señor, como está escrito, y alumbrará lo oculto de las tinieblas y manifestará los pensamientos de los corazones: y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Corintios IV, 5). Los inicuos, por tanto, no estarán allí: pues ya serán separados. Entonces como masa purgada aparecerá, como en la era, la multitud de los santos, y así será llevada al granero celestial de la inmortalidad. Pues como el trigo primero donde se trilla, allí se purga; y el lugar donde los trigos soportaron la trilla, para ser limpiados de la paja, se adorna con la dignidad de la masa purgada. Vemos, pues, en la era después de la ventilación, un montón de paja de un lado, y un montón de trigo del otro. Pero sabemos a dónde está destinada la paja; y cómo hacen los trigos la alegría a los agricultores. Así pues, aparece en la era primero el trigo separado de la paja, y cuando ha hecho alegría después de tantos trabajos al ver aquella multitud, que estaba oculta en la paja, que no se veía, cuando se trillaba; luego se lleva al granero, y se guarda en secreto: así en este siglo, veis cómo se trilla esta era, pero la paja está tan mezclada con el trigo, que es difícil discernirla: porque aún no ha sido ventilada. Así pues, después de la ventilación del día del juicio aparecerá la masa de los santos, resplandeciente en dignidad, poderosa en méritos, y llevando ante sí la misericordia de su libertador. Y ese será el séptimo día. Como si el primer día en todo el siglo fuera el tiempo que va de Adán hasta Noé; el segundo, de Noé hasta Abraham, y como ya divide el Evangelio de Mateo, el tercero de Abraham hasta David; el cuarto, de David hasta la deportación a Babilonia; el quinto, de la deportación hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo (Mateo II, 17). Desde la venida del Señor se lleva a cabo el sexto, estamos en el sexto día. Y por eso como el hombre fue formado en el Génesis el sexto día a imagen de Dios (Génesis I, 26, 27), así también en este tiempo, como sexto día de todo el siglo, somos renovados en el Bautismo, para recibir la imagen de nuestro Creador. Pero este sexto día cuando pase, vendrá el descanso después de aquella ventilación, y los santos y justos de Dios guardarán el sábado. Pero después del séptimo, cuando aparezca en la era la dignidad de la cosecha, el resplandor, y el mérito de los santos, iremos a aquella vida y a aquel descanso, de la cual se ha dicho, Porque ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Corintios II, 9). Entonces como si se volviera a la cabeza. Pues como cuando se han completado estos siete días, el octavo es el mismo que el primero: así después de terminadas y completadas las edades de los siete siglos que pasan, volveremos a aquella inmortalidad y bienaventuranza, de la cual cayó el hombre. Y por eso los sacramentos de los niños se completan en el octavo. De aquí también el mismo número septenario multiplicado por siete hace cuarenta y nueve; y añadiendo uno como si se volviera a la cabeza, y se hacen cincuenta: que número celebramos en misterio desde nosotros hasta Pentecostés. Que también según aquella división del número cuarenta, al que

se añade como recompensa el denario, de diversa manera aparece de nuevo el mismo número cincuenta. Ambas razones vuelven al mismo número cincuenta. Que multiplicado por tres por el misterio de la Trinidad, hace ciento cincuenta. Añadiendo el mismo ternario, como testigo e indicador de la triplicación y la Trinidad, entendemos la Iglesia en aquellos peces ciento cincuenta y tres.

3. Recomienda las obras de misericordia. Pero mientras tanto ahora, hasta que lleguemos a aquel descanso, en este tiempo en que trabajamos, y estamos en la noche, mientras no vemos lo que esperamos, y en el desierto hacemos el camino, hasta que lleguemos a la Jerusalén celestial, como a la tierra prometida que fluye leche y miel: ahora pues, cuando las tentaciones no cesan, obremos bien. La medicina siempre esté presente, como si fuera necesaria para las heridas casi cotidianas. Pero hay medicina en las buenas obras de misericordia. Pues si quieres obtener la misericordia de Dios, sé misericordioso. Si tú niegas al hombre, siendo tú hombre, la humanidad; te negará también Dios la divinidad, esto es la incorruptibilidad de la inmortalidad, con la que nos hace dioses. Pues Dios no necesita nada de ti: tú, sin embargo, necesitas de Dios. Nada te pide él, para ser feliz: tú, sin embargo, si no recibes de él, no podrás ser feliz. ¿Qué recibes de él? No sé si te atreverías a quejarte si recibieras de él, que todo lo creó, algo que creó excelentísimo. Pero él no te da algo de lo que creó; sino que se da a sí mismo para que disfrutes, él mismo creador de todo. Pues ¿qué de lo que fue hecho por él, puede ser más hermoso y mejor que aquel que lo hizo? ¿Y cómo te lo dará? ¿acaso según tus méritos? Si buscas qué mereciste, atiende a tus pecados; escucha la sentencia de Dios pronunciada sobre el hombre transgresor: Tierra eres, y a la tierra volverás (Génesis III, 19). Pues la amenaza precedió, cuando se dio el precepto: El día que toquéis, moriréis (Génesis II, 17). Si buscas el mérito de los pecados, ¿qué se presenta sino el castigo? Olvida, pues, tus méritos, para que no te causen terror en el corazón: o más bien no los olvides, para que por soberbia no rechaces la misericordia. Recomendémonos, hermanos, a Dios con obras de misericordia. Confesad al Señor, porque es bueno, porque para siempre es su misericordia (Salmo CXVII, 29). Confiesa, porque Dios tiene misericordia, y quiere perdonar los pecados a los confesos. Pero ofrécele sacrificio. Ten misericordia del hombre, hombre, y Dios tendrá misericordia de ti. Tú hombre, y otro hombre, dos miserables. Dios, sin embargo, no es miserable, sino misericordioso. Pues si el miserable no tiene misericordia del miserable, ¿cómo exige misericordia de aquel que nunca será miserable? Ved lo que digo, hermanos. Cualquiera que es cruel contra el náufrago, por ejemplo, es cruel mientras no le ocurra el naufragio. Pero si le ocurre, recordando su vida anterior, cuando ve al náufrago, le conmueve una miseria similar alguna vez; y a quien no podía mover a misericordia la sociedad de la humanidad, le mueve la comunidad de la calamidad. Al siervo cuán pronto le tiene misericordia, quien alguna vez sirvió. Al jornalero defraudado de su salario cuán pronto le duele, quien fue jornalero. Al hombre que llora amargamente a su hijo, le compadece quien alguna vez lloró algo así. Por tanto, cualquier dureza del corazón humano la disuelve la similitud de la miseria. Pues si tú, que o fuiste miserable, o temes serlo (pues mientras vivas aquí, debes temer lo que no fuiste, y recordar lo que fuiste, y considerar lo que eres): puesto, pues, en la memoria de las miserias pasadas, y en el temor de las futuras, y en la aflicción de las presentes, no tienes misericordia del hombre calamitoso y necesitado de tu ayuda, y esperas que tenga misericordia de ti aquel, a quien nunca toca la miseria? ¿Y tú no das de lo que recibiste de Dios, y quieres que te dé Dios de lo que no recibió de ti?

4. Las obras de misericordia deben superar nuestras ofensas. Misericordia doble. Misericordia, hermanos míos, todos los que vais a regresar a vuestras casas, y a partir de ahora apenas nos veremos, salvo en alguna solemnidad, practicad la misericordia, porque abundan los pecados. No hay otro descanso, otro camino para llegar a Dios, para ser

restaurados, para reconciliarnos con aquel a quien peligrosamente hemos ofendido. Vamos a presentarnos ante Él: que nuestras obras hablen por nosotros allí; y que hablen de tal manera que superen nuestras ofensas. Porque lo que sea mayor, eso prevalecerá, ya sea para el castigo, si los pecados lo merecen; o para el descanso, si las obras son buenas. Sin embargo, la misericordia es doble en la Iglesia: una en ese título en el que nadie gasta dinero, ni siquiera esfuerzo; otra que exige de nosotros ya sea el deber de la obra, ya sea el gasto de dinero. Aquella que no exige de nosotros ningún desembolso ni esfuerzo, está establecida en el alma, para que perdones a quien pecó contra ti. Para dar esta limosna, tu tesoro está en tu corazón: allí te presentas ante Dios. No se te dice, Saca la bolsa, abre el cofre, desocupa el granero: tampoco se te dice, Ven, camina, corre, apresúrate, intercede, habla, visita, trabaja. Estando en un solo lugar, arrojaste de tu pecho lo que tenías contra tu hermano, hiciste misericordia, sin gasto, sin esfuerzo, solo con bondad, solo con el pensamiento de misericordia. Porque si decimos, Distribuid vuestros bienes a los pobres; pareceremos duros. Ciertamente ahora somos suaves y fáciles, cuando decimos: Dad de lo que no os disminuirá, perdonad para que se os perdone. Sin embargo, digamos también esto, Dad y se os dará. El Señor unió estos en el mandamiento, y expresó estos dos tipos de misericordia. Perdonad, y se os perdonará: es la misericordia del que perdona. Dad y se os dará (Luc. VI, 37, 38): es la misericordia del que da. Mira si Dios no nos da más. Tú perdonas al hombre, en lo que el hombre te ofendió: Dios te perdona, en lo que ofendiste al hombre Dios. ¿Acaso es lo mismo ofender al hombre que ofender a Dios? Por lo tanto, te dio más: porque tú perdonaste en lo que el hombre fue ofendido; Él perdona en lo que Dios fue ofendido. Considera otra misericordia de la dispensación. Tú das pan, Él da salud; tú das al sediento un vaso de alguna bebida, Él te da el vaso de su sabiduría. ¿Acaso se pueden comparar lo que das y lo que recibes? He aquí cómo se debe prestar. Si alguien quiere ser prestamista, en absoluto lo prohibimos: pero que preste a aquel que no es pobre devolviendo más y mayores cosas, y de quien es incluso eso mismo que le das, para que recibas más y mejor.

5. Limosna debe darse con humildad y alegría. También aconsejo a vuestra Santidad, que sepáis que hace doble misericordia quien da algo a los pobres, de manera que él mismo lo distribuye. No debe ser solo la bondad del que da, sino también la humildad del que sirve. No sé cómo, hermanos míos, el ánimo de quien extiende la mano al pobre, como que se compadece de la humanidad común y la debilidad, cuando la mano del que tiene se pone en la mano del necesitado. Aunque uno da y el otro recibe, se unen el servidor y el servido. No nos une la calamidad, sino la humildad. Vuestra abundancia será para vosotros, si al Señor le place, y para vuestros hijos. Pero de esta abundancia terrenal no hay mención, que veis sujeta a tantos peligros. El tesoro yace tranquilo en casa, no deja tranquilo al dueño. Se teme al ladrón, se teme al asaltante, se teme al siervo infiel, se teme al vecino malo y poderoso. Cuanto más se tiene, más se teme. Pero si das a Dios en los pobres, no pierdes, y te haces seguro, porque el mismo Dios te lo guarda en el cielo, quien también te da lo necesario sobre la tierra. ¿Acaso temes que Cristo pierda lo que le confiaste? ¿No elige cada uno de su familia un administrador fiel, a quien confía su dinero? Aunque tiene el poder de no quitarlo, no tiene el poder de no perderlo. ¿Qué hay más extenso que la fidelidad de Cristo? ¿Qué más divino que la omnipotencia? No puede quitarte nada, porque Él mismo te dio la esperanza de que le dieras: ni puede perder nada, porque el omnipotente lo sostiene todo. Reanimáis las entrañas, cuando hacéis ágapes. Porque parece que nosotros ministramos, y se dan nuestras cosas, y se dan por nosotros; y sin embargo, se dan las cosas que Dios nos dio. Es bueno, hermanos, que también distribuyáis con vuestra mano: es muy grato a Dios. Él mismo recibe, y te dará, quien antes te dio lo que debías dar. Al deber de la distribución debe unirse el deber del servicio. Si puedes tener dos recompensas, ¿por qué pierdes una? Pero quien no es capaz de dar a todos, dé a los pobres según sus posibilidades, con alegría. Dios ama al dador alegre (II

Cor. IX, 7). El reino de los cielos se propone a todo precio. No es para que alguien que tiene dos denarios diga que no es capaz de comprarlo. Tanto compró aquella viuda evangélica (Luc. XXI, 2).

6. Días festivos. Han pasado los días festivos, ya sucederán aquellos de reuniones, de exigencias, de litigios: ved cómo vivís en ellos, hermanos míos. De la vacación de estos días debéis concebir mansedumbre, no meditar consejos de disputas. Hay hombres que por eso descansaron estos días, para pensar en las maldades que ejercerán después de estos días. Os pedimos que viváis de tal manera, como quienes sabéis que daréis cuenta a Dios de toda vuestra vida, no solo de estos quince días. Luego, las cuestiones de las Escrituras que propuse ayer, y que la falta de tiempo impidió resolver, confieso que las debo. Pero ciertamente, porque los días que siguen ya permiten las exigencias de dinero por derecho forense y público, esto me lo exijáis más bien por derecho cristiano. Ahora todos vienen por la gracia de la solemnidad: después de estos días, que el amor de la ley os lleve a exigir de mí lo que prometí. Porque quien da, da por mí a vosotros: Él ciertamente da a todos nosotros. Conozco al Apóstol diciendo, Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que honor, honor; al que temor, temor: no debáis nada a nadie, sino que os améis unos a otros (Rom. XIII, 7 y 8). Solo el amor debe ser siempre pagado; nadie está exento de tal deuda. Lo que debo, hermanos, lo devolveré en el nombre del Señor. Pero os confieso, no lo devuelvo a los perezosos en el deber, sino a los exigentes.

SERMO CCLX. Pronunciado el mismo día en la iglesia de Leontiana, sobre las advertencias a los bautizados.

Octavas de los infantes. Falsos fieles. La continencia debe guardarse según el grado de cada uno. Quien no cumple el voto de continencia, es condenado. No nos demoremos, habiendo de hacer muchas cosas, a los regenerados en el Bautismo, que hoy han de ser mezclados con el pueblo, se les debe dar un sermón breve, pero grave. Vosotros que habéis sido bautizados, y hoy completáis el sacramento de vuestras octavas, brevemente recibid e entended que la figura de la circuncisión de la carne ha sido trasladada a la circuncisión del corazón. Al octavo día se circuncidan en la carne según la antigua Ley (Gen. XVII, 12): y esto por el Señor Cristo, quien después del séptimo día de los sábados resucitó el octavo día del Señor. Se ordenó circuncidar con cuchillos de piedra (Josué V, 2): la Roca era Cristo (I Cor. X, 4). Se os llama infantes, porque habéis sido regenerados, y habéis entrado en una nueva vida, y habéis renacido para la vida eterna, si lo que ha renacido en vosotros no lo sofocáis viviendo mal. Seréis devueltos a los pueblos, seréis mezclados con el pueblo de los fieles: cuidaos de no imitar a los malos fieles, más bien a los falsos fieles; como confesando ser fieles, pero viviendo mal infieles. Ved, porque os testifico ante Dios y sus ángeles: guardad la castidad, ya sea conyugal, ya sea de toda clase de continencia. Cada uno pague lo que ha prometido. Los que no tenéis esposas, os es lícito tomar esposas, pero de aquellas cuyos maridos no viven. Las mujeres que no tienen maridos, les es lícito casarse, pero con aquellos hombres cuyas esposas no viven. Los que tenéis esposas, no hagáis nada malo fuera de vuestras esposas. Pagad lo que exigís. Se os debe fidelidad, debéis fidelidad. El marido debe fidelidad a la esposa, la esposa al marido; ambos a Dios. Quienes habéis prometido continencia, pagad lo que prometisteis: porque no se exigiría si no lo hubierais prometido. Lo que pudo ser lícito, ya no lo es: no porque se condenen las nupcias, sino porque quien mira atrás es condenado. Cuidaos de los fraudes en vuestros negocios. Cuidaos de las mentiras y perjurios. Cuidaos de la verbosidad y la lujuria. Todo lo que no queréis que os hagan a vosotros, no lo hagáis a los demás, tanto a los hombres como a Dios. ¿Por qué os he de cargar? Haced estas cosas, y el Dios de paz estará con vosotros (Filip. IV, 9).

SERMO CCLXI. En el día cuadragésimo de la Ascensión del Señor, I. Pronunciado en Cartago en la basílica de Fausto.

CAPÍTULO I.

1. La Ascensión del Señor debe celebrarse de tal manera que ascendamos con Él. Sursum cor, a veces de piedad, a veces de soberbia. La Resurrección del Señor, nuestra esperanza; la Ascensión del Señor, nuestra glorificación. Hoy celebramos la solemnidad de la Ascensión. Si, por tanto, rectamente, fielmente, devotamente, santamente, piadosamente celebramos la Ascensión del Señor, ascendamos con Él, y tengamos el corazón en alto. Pero al ascender no nos ensoberbecemos, ni presumamos de nuestros méritos como propios. Debemos tener el corazón en alto, pero hacia el Señor. Tener el corazón en alto no hacia el Señor, se llama soberbia: tener el corazón en alto hacia el Señor, se llama refugio. A Él le decimos, que ascendió, Señor, te has hecho nuestro refugio (Sal. LXXXIX, 1). Resucitó para darnos esperanza, porque resucita lo que muere: para que no desesperáramos al morir, y pensáramos que toda nuestra vida termina con la muerte. Estábamos preocupados por el alma misma; y Él al resucitar nos dio seguridad también sobre la carne. Por tanto, ascendió, ¿quién? El que descendió. Descendió para sanarte: ascendió para elevarte. Caerás si te elevas a ti mismo: permanecerás si Él te eleva. Por tanto, el corazón en alto, pero hacia el Señor, es refugio: el corazón en alto, pero no hacia el Señor, es soberbia. Digámosle, por tanto, al resucitado, Porque tú eres, Señor, mi esperanza: al ascendido, Has puesto al Altísimo como tu refugio (Sal. XC, 9). ¿Cómo, pues, teniendo el corazón en alto hacia Él, seremos soberbios, quien por nosotros se hizo humilde, para que no permaneciéramos soberbios?

CAPÍTULO II.

2. Cristo siempre Dios. La vanidad busca el conocimiento de Dios litigando, la piedad creyendo. Dios Cristo, esto siempre: nunca dejará de ser, porque nunca comenzó. Si por su gracia algo comienza, que nunca terminará; ¿cómo dejará de ser Él, que nunca comenzó? ¿Qué es lo que comienza, y nunca terminará? Nuestra inmortalidad tendrá inicio, no tendrá fin. Porque aún no tenemos lo que cuando comencemos a tener, no perderemos. Por tanto, siempre Dios Cristo. ¿Y qué clase de Dios? ¿Preguntas qué clase? Igual al Padre. No busques, por tanto, en la eternidad la cualidad, sino la felicidad. ¿Qué clase de Dios es Cristo, entiende, si puedes? He aquí que digo, no te defraudaré. ¿Preguntas qué clase de Dios es Cristo? Escúchame, más bien escucha conmigo: escuchemos juntos, aprendamos juntos. No porque hablo y vosotros escucháis, por eso no escucho con vosotros. ¿Preguntas, pues, al escuchar, Dios es Cristo, Qué clase de Dios es Cristo? Escucha conmigo: no, digo, me escuches, sino conmigo. En esta escuela todos somos condiscípulos. El cielo es la cátedra de nuestro maestro. Escucha, pues, qué clase de Dios es Cristo. En el principio era el Verbo. ¿Dónde? Y el Verbo estaba con Dios. Pero solemos escuchar palabras todos los días. No pienses así, como sueles escuchar, Dios era el Verbo (Juan I, 1). Busco qué clase. Pues ya creo en Dios: pero busco qué clase de Dios es. Buscad su rostro siempre (Sal. CIV, 4). Nadie se canse buscando, sino que progrese. Progresa el que busca, si busca con piedad. ¿Cómo busca la piedad, cómo la vanidad? La piedad busca creyendo, la vanidad litigando. Si quieres litigar conmigo, y decirme, ¿Qué Dios adoras? ¿Qué clase de Dios adoras? muéstrame lo que adoras: responderé, Aunque hay algo que mostrar, no hay a quién.

CAPÍTULO III.

3. Modestia de Pablo en el conocimiento de Dios. Ni yo me atrevo a decir que ya he captado lo que preguntas. Pues sigo, en cuanto puedo, las huellas de aquel gran atleta de Cristo, el

apóstol Pablo diciendo, Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. Yo mismo: Yo, ¿qué es, y, yo mismo? Yo que trabajé más que todos ellos. Sé, Apóstol, cómo dices, Yo. Es expresión, no elevación. Pues quieres escuchar cómo dice, Yo? Cuando dijo, Más que todos ellos trabajé; y como si nosotros a él, ¿Quién? y él a nosotros, No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). Él, pues, con quien tanta gracia de Dios estaba, que llamado después trabajó más que los precedentes; sin embargo, dice, Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. Allí yo, donde no alcanzó. Es de la debilidad humana no alcanzar. Pero donde fue elevado al tercer cielo, y oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar, no dijo, Yo. Pero ¿qué dijo? Conozco a un hombre hace catorce años (II Cor. XII, 2-4). Conozco a un hombre: y él mismo era el hombre que hablaba, y lo que en él se hizo, como si fuera otro lo hizo, por eso no desfalleció. No contendas, por tanto, no litigues, exigiendo de mí qué clase de Dios adoro. No es un ídolo, y extendiendo el dedo, y te digo, He aquí el Dios que adoro: o alguna estrella, o algún astro, o el sol, o la luna; y extendiendo el dedo al cielo, y te digo, He aquí lo que adoro. No hay a dónde extender el dedo: pero hay a dónde extender la mente. Mira a él que no comprende, y sin embargo busca; sigue, anhela, suspira, desea: mira a él, qué intenta ver, al Dios suyo, si el dedo, o más bien el ánimo. ¿Qué dice? No me considero haberlo alcanzado. Pero una cosa, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo. Sigo, dice: camino, dice, estoy en el camino. Sigue, si puedes: lleguemos juntos a la patria, donde no preguntes de mí, ni yo de ti. Juntos, por tanto, ahora buscando creyendo, para que juntos después gozando viendo.

CAPÍTULO IV.

4. Limpiar el corazón, para que se vea a Dios. Pues ¿quién te muestra qué clase de Dios es Cristo? He aquí lo que se dignó decir por su siervo, que lo diga también por este su siervo, a mis consiervos, sus siervos. Se te ha dicho, En el principio era el Verbo. Buscabas dónde estaba, se te respondió, El Verbo estaba con Dios. Y para que no despreciaras las palabras por la costumbre de la locución humana, escuchaste, Dios era el Verbo. Aún buscas qué clase de Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas. Ámalo: todo lo que amas, de Él es. No amemos la criatura, descuidando al Creador: sino atendamos a la criatura, y alabemos al Creador. No puedo mostrarte a mi Dios: muestro lo que hizo, recuerdo lo que hizo. Todas las cosas por Él fueron hechas. Hizo nuevas no nuevo; hizo temporales el eterno; hizo mudables, quien no sabe cambiar. Mira lo hecho, alaba al hacedor: cree, para que seas limpiado. Pues quieres ver? Buena cosa, gran cosa quieres: te exhorto a que quieras. ¿Quieres ver? Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Primero, por tanto, piensa en limpiar el corazón: ten este negocio, a esto te dediques, insiste en esta obra. Lo que quieres ver es limpio, es inmundo desde donde quieres ver. Piensas en Dios como alguna de estas luces inmensas o múltiples de estos ojos, aumentas los espacios cuanto quieres: no pones fin donde no quieres, pones donde quieres. Son fantasmas de tu corazón, es inmundicia de tu corazón. Quitá, desecha. Si tierra cayera en tu ojo, y quisieras que te mostrara la luz; primero tus ojos buscarían al limpiador. Tanta inmundicia hay en tu corazón: allí la avaricia no es poca inmundicia. Acumulas lo que no llevarás contigo. No sabes que al acumular, atraes lodo a tu corazón? ¿Desde dónde verás, pues, lo que buscas?

CAPÍTULO V.

5. Dios quiere habitar en un corazón puro. El hombre sirve a la avaricia, no a Dios. Tú me dices: Muéstrame a tu Dios. Yo te digo: Atiende un poco a tu corazón. Muéstrame, dices, a tu Dios. Atiende, digo yo, un poco a tu corazón. Todo lo que veas allí que desagrade a Dios,

quítalo de allí. Dios quiere venir a ti; escucha al mismo Señor Cristo: "Mi Padre y yo vendremos a él, y haremos morada en él" (Juan XIV, 23). He aquí lo que promete Dios. Si yo prometiera ir a tu casa, la limpiarías: Dios quiere venir a tu corazón, ¿y eres perezoso para limpiarle la casa? No le gusta habitar con la avaricia, con la mujer impura e insaciable, a quien tú servías obedeciendo, y buscabas ver a Dios. ¿Qué has hecho de lo que Dios mandó? ¿Qué no has hecho de lo que la avaricia mandó? ¿Qué has hecho de lo que Dios mandó? Yo te muestro qué habita en tu corazón, tú que quieres ver a Dios. Pues yo había dicho: Hay algo que mostrar, pero a quien no lo tiene. ¿Qué has hecho de lo que Dios mandó? ¿Qué has postergado de lo que la avaricia mandó? Dios mandó que vistieras al desnudo, temblaste: la avaricia mandó que despojaras al vestido, enloqueciste. Si hubieras hecho lo que Dios mandó, ¿qué te diría, tendrías esto y aquello? Tendrías al mismo Dios. Si hubieras hecho lo que Dios mandó, tendrías a Dios. Hiciste lo que la avaricia mandó, ¿qué tienes? Sé que me dirás: Tengo lo que quité. Entonces, ¿tienes quitando? ¿Tienes algo contigo, tú que te perdiste a ti mismo? Tengo, dices. ¿Dónde, dónde, te pregunto? Ciertamente o en el cuarto, o en el saquillo, o en el arca: no quiero decir más. Donde sea que lo tengas, ahora ciertamente no lo tienes contigo. Ciertamente ahora piensas que lo tienes en el arca: tal vez se perdió, y no lo sabes; tal vez cuando regreses, no encuentres lo que dejaste. Busco tu corazón: allí pregunto qué tienes. He aquí que llenaste tu arca, y rompiste tu conciencia. Mira lo lleno: aprende a estar lleno. El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I, 21). Sin duda lo había perdido todo. ¿De dónde, entonces, sacaba esas joyas de alabanza al Señor?

CAPÍTULO VI.

6. Tinieblas de deseos y obras malas. Limpia, pues, el corazón, cuanto puedas: haz eso, obra eso. Y para que Él limpie donde ha de morar, ruega, suplica, humíllate. No comprendes, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada. Lo que se hizo, en Él era vida; y la vida era la luz de los hombres: y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron." He aquí por qué no comprendes. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. ¿Qué son las tinieblas, sino obras malas? ¿Qué son las tinieblas, sino deseos malos, soberbia, avaricia, ambición, envidia? Todas estas son tinieblas: por eso no comprendes. Pues la luz brilla en las tinieblas: pero da a quien comprenda.

7. Dios hecho hombre permanece siempre Dios. Una persona Dios y hombre en Cristo. Mira, pues, no sea que de alguna manera puedas aceptar esto: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 1-14). A través del hombre Cristo te diriges al Dios Cristo. Es mucho para ti Dios: pero Dios se hizo hombre. Lo que estaba lejos de ti, por el hombre se hizo cercano a ti. Donde permaneces, es Dios: por donde vas, es hombre. El mismo Cristo, y por donde vas, y a donde vas. Él mismo, pues, "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros." Asumió lo que no era, no perdió lo que era. Aparecía hombre, y se ocultaba Dios. Fue muerto hombre, y ofendido Dios: pero resucitó hombre, y fue hallado Dios. Considera, pues, cuánto hizo como Dios, cuánto sufrió como hombre. Fue muerto, pero no en la divinidad: el mismo Cristo fue muerto. No son dos, Dios y hombre; para que ya no hagamos ni conozcamos Trinidad, sino cuaternidad. Hombre ciertamente hombre, y Dios Dios; pero todo Cristo hombre y Dios: Él mismo, pues, Cristo hombre y Dios. Como tú hombre cuerpo y alma: así todo Cristo hombre y Dios. Así que todo Cristo, carne, alma, y Dios.

CAPÍTULO VII.

Él mismo dice algo, que pertenece a Dios; algo dice, que pertenece al alma; algo dice, que pertenece a la carne: todo pertenece a Cristo. ¿Qué dice como Dios? "Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo. Todo lo que el Padre hace, lo mismo hace el Hijo igualmente" (Juan V, 26, 19). "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). ¿Qué dice Cristo según su alma? "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mateo XXVI, 38). ¿Qué dice Cristo según la carne? "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19). "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo" (Lucas XXIV, 39). Estos son los tesoros de sabiduría y ciencia.

CAPÍTULO VIII.

8. Se cumple el doble mandamiento del amor hacia Cristo. Ciertamente toda la Ley pende de dos mandamientos. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40). En Cristo tienes todo. ¿Quieres amar a tu Dios? Lo tienes en Cristo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios." ¿Quieres amar al prójimo? Lo tienes en Cristo: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros."

CAPÍTULO IX.

9. Buenas obras a menudo. Los pecados, aparte de los crímenes, son otros menores. Que nos limpie con su gracia: que nos limpie con sus ayudas y consuelos. Hermanos míos, por Él y en Él os ruego, abundad en buenas obras, en misericordia, benignidad, bondad. Perdonad rápidamente lo que se peca contra vosotros. Que nadie guarde ira contra otro, para no cerrar su oración a Dios. Porque todas estas cosas, porque estamos en este mundo, porque aunque progresamos, aunque vivimos justamente, sin pecado aquí no vivimos. Pues no son pecados solo aquellos que se llaman crímenes, adulterios, fornicaciones, sacrilegios, robos, rapiñas, falsos testimonios: no solo ellos son pecados. Atender a algo que no debías, es pecado: escuchar algo con gusto, que no debió ser escuchado, es pecado: pensar algo, que no debió ser pensado, es pecado.

CAPÍTULO X.

10. Remedios diarios. Los pecados menores abrumen por su multitud. Pero nuestro Señor dio después de aquel baño de regeneración otros remedios diarios. Nuestra limpieza diaria, la oración dominical. Digamos, y digamos la verdad, porque también es limosna: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo VI, 12). Dad limosnas, y todo será limpio para vosotros (Lucas XI, 41). Recordad, hermanos, qué dirá a los que están a la derecha. No dirá, Hicisteis esto y aquello grande: sino, "Tuve hambre, y me disteis de comer." A los que están a la izquierda no les dirá, Hicisteis esto y aquello malo: sino, "Tuve hambre, y no me disteis de comer" (Mateo XXV, 35, 42). Aquellos por la limosna, a la vida eterna: estos por la esterilidad, al fuego eterno. Ahora elegid o la derecha o la izquierda. Pues os ruego, ¿qué esperanza de salvación podrá tener el perezoso en los remedios, frecuente en las enfermedades?

CAPÍTULO XI.

¿Pero son enfermedades pequeñas? Aplastan por acumulación. Son pecados menores los que tengo. ¿No son muchos? Pues, ¿cómo son menores, los que aplastan, abrumen: qué más pequeño que las gotas de lluvia? Llenan los ríos. ¿Qué más pequeño que los granos de trigo?

Llenan los graneros. Tú atiendes porque son menores, y no atiendes porque son muchos. Sabes atender: cuenta, si puedes. Pero claramente Dios dio un remedio diario.

CAPÍTULO XII.

11. Conclusión. Gran misericordia de aquel que ascendió a lo alto, y llevó cautiva la cautividad. ¿Qué es, llevó cautiva la cautividad? Mató a la muerte. La cautividad está cautiva: la muerte está muerta. ¿Qué, entonces? ¿Solo hizo esto quien ascendió a lo alto, y llevó cautiva la cautividad? ¿Entonces nos dejó? He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Entonces atiende a eso, "Dio dones a los hombres" (Salmo LXVII, 19). Abre el seno de la piedad, recibe el don de la felicidad.

SERMO CCLXII. En el día de la Ascensión del Señor, II. Celebrado en la basílica Leontiana.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Solemnidad de San Leontio. El Señor Jesús, unigénito del Padre y coeterno con el que lo engendra, igualmente invisible, igualmente inmutable, igualmente omnipotente, igualmente Dios; por nosotros, como sabéis, y habéis recibido, y mantenéis, se hizo hombre, asumiendo forma humana, no perdiendo la divina: poderoso oculto, débil manifiesto; como sabéis, nació, para que renaciéramos; murió, para que no muriéramos eternamente. Él resucitó inmediatamente, es decir, al tercer día: nos prometió la resurrección de la carne al final. Se mostró a los ojos de los discípulos para ser visto, y para ser tocado por las manos; persuadiendo lo que se había hecho, no quitando lo que siempre era. Estuvo con ellos cuarenta días, como habéis oído, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo; no ya por necesidad, sino todo por poder: y manifestándoles la verdad de la carne, en la cruz la debilidad, del sepulcro la inmortalidad.

CAPÍTULO II.

2. Se trata el mismo argumento. Celebramos, pues, el día de su ascensión. Se presenta a esta Iglesia otra solemnidad vernácula. Hoy es la deposición del santo Leontio, fundador de esta basílica. Pero que se digne la estrella oscurecerse ante el sol. Hablemos, pues, del Señor, lo que habíamos comenzado. Se alegra el buen siervo, cuando se alaba al Señor.

CAPÍTULO III.

3. Fe y celebración de la Ascensión por todo el mundo. Hoy, pues, es decir, el cuadragésimo día después de su resurrección, el Señor ascendió al cielo. No lo vimos: pero creamos. Los que lo vieron lo predicaron, y llenaron el mundo. Sabéis quiénes lo vieron, y quiénes nos lo indicaron: de quienes se predijo, "No hay lenguas ni palabras, de las cuales no se oigan sus voces. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo XVIII, 4 y 5). Así que también llegaron a nosotros, y nos despertaron del sueño. He aquí que se celebra el día de hoy en todo el mundo.

CAPÍTULO IV.

4. Profecía de la Ascensión de Cristo. Recordad el Salmo. ¿A quién se le dijo, "Exáltate sobre los cielos, Dios"? ¿A quién se le dijo? ¿Acaso se diría a Dios Padre, "Exáltate", quien nunca fue humillado? Exáltate tú: tú que estuviste encerrado en el vientre de la madre; tú que fuiste hecho en aquella que hiciste; tú que yaciste en el pesebre; tú que como niño succionaste los pechos en la vena de la carne; tú que llevando el mundo, eras llevado por la madre: tú a quien

el anciano Simeón reconoció como niño, y alabó como grande: tú a quien la viuda Ana vio succionando, y reconoció como omnipotente: tú que tuviste hambre por nosotros, sed por nosotros, te fatigaste en el camino por nosotros: (¿acaso tiene hambre el pan, o sed la fuente, o se fatiga el camino?) tú que sufriste todas estas cosas por nosotros: tú que dormiste, y sin embargo no duermes, guardando a Israel: finalmente, tú a quien Judas vendió, a quien los judíos compraron, y no poseyeron: tú apresado, atado, flagelado, coronado de espinas, colgado en el madero, herido con la lanza, tú muerto, tú sepultado, "Exáltate sobre los cielos, Dios."

CAPÍTULO V.

Exáltate, dice, exáltate sobre los cielos, porque eres Dios. Siéntate en el cielo, tú que colgaste en el madero. Se te espera como juez venidero, tú que fuiste esperado como juzgado. ¿Quién creará esto, sino aquel que lo hace, quien levanta al pobre de la tierra, y exalta al necesitado del estéril? Él mismo levanta su carne pobre, y la coloca con los príncipes de su pueblo (Salmo CXII, 7, 8), con quienes juzgará a vivos y muertos. Con ellos colocó esta carne pobre, a quienes dice: "Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo XIX, 28).

CAPÍTULO VI.

5. La Iglesia, gloria de Cristo. Exáltate, pues, sobre los cielos, Dios. Ya se ha hecho, ya se ha cumplido. Pero decimos, ¿Cómo se predijo que sucedería, "Exáltate sobre los cielos, Dios"; no lo vimos, pero lo creemos: he aquí que está ante nuestros ojos lo que sigue, "Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria" (Salmo LVI, 12). No crea aquello, quien no ve esto. ¿Qué es, "Y sobre toda la tierra tu gloria"? sino, sobre toda la tierra tu Iglesia, sobre toda la tierra tu matrona, sobre toda la tierra tu esposa, tu amada, tu paloma, tu esposa. Ella es tu gloria, "El varón, dice el Apóstol, no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios: pero la mujer es gloria del varón" (I Cor. XI, 7). Si la mujer es gloria del varón, la Iglesia es gloria de Cristo.

SERMO CCLXIII. De la Ascensión del Señor, III.

1. La glorificación y victoria de Cristo se completó con la resurrección y ascensión. Cristo, león, y cordero. El diablo, león. Trampa del diablo. La glorificación de nuestro Señor Jesucristo resucitando y ascendiendo se completó. Celebramos la resurrección de Él en la Pascua del Señor: celebramos hoy la ascensión. Ambos días son festivos para nosotros. Pues resucitó para mostrarnos el ejemplo de la resurrección: y ascendió para protegernos desde lo alto. Tenemos, pues, a nuestro Señor y Salvador Jesucristo primero colgando en el madero, ahora sentado en el cielo. Dio nuestro precio, cuando colgaba en el madero: recoge lo que compró: cuando se sienta en el cielo. Pues cuando haya recogido a todos, a quienes ciertamente recogerá a través de los tiempos, al final de los tiempos vendrá, y como está escrito, "Dios vendrá manifiesto" (Salmo XLIX, 3): no como vino primero oculto, sino como se dijo, manifiesto. Pues era necesario que viniera oculto, para ser juzgado: vendrá manifiesto, para juzgar. Pues si hubiera venido primero manifiesto, ¿quién se atrevería a juzgar al manifiesto? Cuando dice el apóstol Pablo, "Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria" (I Cor. II, 8). Pero si Él no hubiera sido muerto, la muerte no habría muerto. Con su trofeo el diablo fue vencido. Pues el diablo se regocijó cuando seduciendo al primer hombre lo arrojó a la muerte. Seduciendo al primer hombre, lo mató: matando al último, perdió al primero de las trampas. Así se hizo la victoria de nuestro Señor Jesucristo, cuando resucitó y ascendió al cielo; y se cumplió lo que escuchasteis, cuando se

leyó el Apocalipsis, "Venció el León de la tribu de Judá" (Apoc. V, 5). Él mismo fue llamado león, que fue cordero muerto: león por la fortaleza, cordero por la inocencia: león porque invicto, cordero porque manso. Y Él mismo Cordero muerto con su muerte venció al león que ronda buscando a quien devorar. Pues el diablo fue llamado león, por su ferocidad, no por su virtud. Pues el apóstol Pedro dice: "Os conviene vigilar contra las tentaciones, porque vuestro adversario el diablo ronda, buscando a quien devorar. Pero dijo cómo ronda: "Como león rugiente ronda, buscando a quien devorar" (I Pedro V, 8). ¿Quién no caería en los dientes de este león, si no hubiera vencido el León de la tribu de Judá? Contra el león león, contra el lobo cordero. Se regocijó el diablo cuando Cristo murió, y con esa misma muerte de Cristo fue vencido el diablo: como si hubiera tomado el cebo en la trampa. Se regocijaba ante la muerte, como si fuera el encargado de la muerte. Lo que le regocijaba, de allí se le tendió. La trampa del diablo, la cruz del Señor: el cebo con el que fue capturado, la muerte del Señor. Y he aquí que resucitó nuestro Señor Jesucristo. ¿Dónde está la muerte que colgó en el madero? ¿Dónde está la burla de los judíos? ¿Dónde está la arrogancia y soberbia de los que agitaban la cabeza ante la cruz y decían, "Si es hijo de Dios, descienda de la cruz" (Mateo XXVII, 40)? Y Él hizo más de lo que ellos exigían insultando. Pues es más resucitar del sepulcro, que descender del madero.

2. La ascensión de Cristo prenda de nuestra ascensión. Ahora bien, cuánta gloria es que ascendió al cielo, que se sienta a la derecha del Padre. Pero esto no lo vemos con los ojos, porque tampoco lo vimos colgando en el madero. Todo esto lo mantenemos con fe, lo contemplamos con los ojos del corazón. Pues hoy, como habéis oído, hermanos, nuestro Señor Jesucristo ascendió al cielo: ascienda con Él también nuestro corazón. Escuchemos al Apóstol diciendo, "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios: saboread las cosas de arriba, no las de la tierra" (Colosenses III, 1 y 2). Pues así como Él ascendió, y no se apartó de nosotros: así también nosotros con Él ya estamos allí, aunque aún no se ha hecho en nuestro cuerpo lo que se nos promete. Él ya ha sido exaltado sobre los cielos. Pues no por eso debemos desesperar de la perfecta y angélica habitación celestial, porque dijo, "Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo" (Juan III, 13). Pero esto se dijo por la unidad, de la cual Él es nuestra cabeza, y nosotros su cuerpo. Cuando ascendió al cielo, no nos separamos de Él. El que descendió del cielo, no nos envidia el cielo: sino que de algún modo clama, Sed mis miembros, si queréis ascender al cielo. En esto, pues, seamos fortalecidos por ahora, en esto ardamos con todos los deseos. Meditemos esto en la tierra, que somos contados en los cielos. Entonces despojaremos la carne de mortalidad, ahora despojemos la vejez del alma. Fácilmente el cuerpo será elevado a las alturas de los cielos, si no oprime al espíritu la carga de los pecados.

3. Cristo ascendió con su cuerpo. Pues también esto inquieta a algunos herejes que calumnian, preguntándose cómo el Señor descendió sin cuerpo y ascendió con cuerpo, como si fuera contrario a aquellas palabras en las que dice: "Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo". Dicen: "¿Cómo pudo ascender al cielo un cuerpo que no descendió del cielo?" Como si Él hubiera dicho: "Nada sube al cielo, sino lo que descendió del cielo"; pero dijo: "Nadie sube, sino el que descendió". Esto lo refirió a la persona, no al hábito de la persona. Descendió sin vestidura corporal, ascendió con vestidura corporal. Sin embargo, nadie, sino el que descendió, ascendió. Pues si nos ha unido a sí mismo como sus miembros, de tal manera que incluso unidos a nosotros es el mismo; cuánto más aquel cuerpo, que asumió de la virgen, no puede tener otra persona en él. ¿Quién dice que no sube al monte, o al muro, o a algún lugar elevado, aquel que descendió, si al descender estaba despojado y al ascender está vestido; o si al descender estaba desarmado y al ascender está armado? Así

como se dice de esto: "Nadie sube sino el que descendió", aunque ascendió con aquello con lo que no descendió: así nadie sube al cielo sino Cristo; porque del cielo, sino Cristo, nadie descendió; aunque descendió sin cuerpo, ascendió con cuerpo, y nosotros también ascenderemos, no por nuestra virtud, sino por nuestra unidad con Él. Porque son dos en una sola carne; es un gran sacramento en Cristo y en la Iglesia (Efesios V, 31 y 32). Por eso Él mismo dice: "Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne" (Mateo XIX, 6).

4. Por qué Cristo ayunó cuarenta días, y pasó el mismo número de días con los discípulos después de la resurrección. Y por eso ayunó, cuando fue tentado antes de la muerte aún necesitando alimento: pero comió y bebió, cuando fue glorificado después de la resurrección ya no necesitando alimento. Allí mostraba en sí nuestro trabajo, aquí en nosotros su consuelo, definiendo ambos en cuarenta días. Pues ayunó cuarenta días, cuando fue tentado en el desierto, como está escrito en el Evangelio, antes de la muerte de su carne (Mateo IV, 1, 2); y nuevamente estuvo cuarenta días con los discípulos, como Pedro habla en los Hechos de los Apóstoles, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, después de la resurrección de su carne (Hechos I, 3, 4). Con este número cuarenta parece significar el recorrido de este siglo en aquellos que son llamados a la gracia, por aquel que no vino a abolir la ley, sino a cumplirla. Porque son diez los mandamientos de la ley. Ya la gracia de Cristo difundida por el mundo y el mundo dividido en cuatro partes, y diez multiplicado por cuatro hacen cuarenta: porque "los redimidos del Señor, los ha reunido de las regiones, del Oriente y Occidente y del Norte y del Mar" (Salmo CVI, 2 y 3). Ayunando pues cuarenta días antes de la muerte de la carne, clamaba: "Absteneos de los deseos de este siglo". Pero comiendo y bebiendo cuarenta días después de la resurrección de la carne, clamaba: "He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo" (Mateo XXVIII, 20). El ayuno es en la tribulación del combate; porque quien lucha en la arena, se abstiene de todo (I Corintios IX, 25): pero el alimento es en la esperanza de la paz, que no será perfecta, sino cuando nuestro cuerpo, cuya redención esperamos, se revista de inmortalidad. Lo que aún no alcanzamos, nos gloriamos, pero ya nos alimentamos con esperanza. El Apóstol nos muestra que hacemos ambas cosas diciendo: "Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Romanos XII, 12): como si aquello fuera en el alimento, esto en el ayuno. Pues mientras recorremos el camino del Señor, ayunemos de la vanidad de este siglo presente, y seamos alimentados con la promesa del futuro; aquí no poniendo el corazón, allí alimentando el corazón hacia arriba.

SERMO CCLXIV. De la Ascensión del Señor, IV.

1. Debemos hablar del misterio de la ascensión de Cristo. Hay muchos sacramentos ocultos en las Escrituras divinas, ya sea que aún tengamos que buscarlos nosotros mismos, o que el Señor se haya dignado revelar a nuestra humildad: pero el tiempo no es suficiente para abrir estos a vuestra Santidad. Sé que especialmente en estos días la iglesia se llena de tales personas, que preferirían irse más rápido que venir; y nos consideran onerosos si alguna vez hablamos por más tiempo: sin embargo, para no defraudar a aquellos que vienen hambrientos, aunque brevemente, no callaremos el sacramento de esta cosa, que nuestro Señor Jesucristo ascendió con el cuerpo con el que resucitó.

2. Cristo después de la resurrección convive con los discípulos, para que se fortalezcan en la fe. Asciende al cielo, para que no permanezcan en la carne. Ciertamente por la debilidad de sus discípulos: pues no faltaban en ese número aquellos a quienes el diablo tentaba con la incredulidad, de tal manera que un discípulo suyo, en la misma apariencia en la que lo conocía, no tenía más fe en los miembros vivos que en las cicatrices recientes (Juan XX, 25): por lo tanto, para su confirmación, se dignó vivir con ellos durante cuarenta días completos después de la resurrección, desde el mismo día de su pasión hasta el día de hoy, entrando y

saliendo, comiendo y bebiendo, como dice la Escritura (Hechos I, 3, 4); confirmando que esto fue devuelto a sus ojos después de la resurrección, lo que había sido quitado por la cruz. Sin embargo, no quiso que permanecieran en la carne, ni retenerlos más tiempo con amor carnal. Pues querían que él estuviera siempre carnalmente con ellos, con el mismo ánimo con el que Pedro temía que él sufriera. Veían a su maestro con ellos, confortador y consolador y protector hombre, como se veían a sí mismos. Si no veían algo así, creían que estaba ausente; cuando en todas partes él está presente con majestad. Sin embargo, los protegía verdaderamente, como él mismo se dignó decir, como la gallina a sus polluelos (Mateo XXIII, 37). Pues como la gallina por la debilidad de los polluelos también ella se debilita. Si recordáis, ante nuestros ojos hay tantas aves que hacen polluelos; no vemos a ningún ave debilitarse con los polluelos, excepto a la gallina: y por eso el Señor tomó la semejanza de ella; porque por nuestra debilidad también él se dignó debilitarse al asumir la carne. Pero era necesario que se elevaran un poco, y ya comenzaron a pensar en él espiritualmente, como el Verbo del Padre, Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas: y no los dejaba la carne, que veían. Por lo tanto, les convenía más ser confirmados en la fe por su convivencia con ellos durante cuarenta días: pero les convenía más que se apartara de sus ojos; y que quien había convivido en la tierra como hermano, desde el cielo como Señor les socorriera; y aprendieran a pensar en él según Dios. Esto es lo que el evangelista Juan expresó: si alguien presta atención, si alguien entiende. Pues el Señor dice: "No se turbe vuestro corazón. Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 1, 28). Y en otro lugar, dice: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). Y reclama para sí tal igualdad, no por robo, sino por naturaleza, que dijo esto a un discípulo que le decía: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta": y él, "Felipe, tanto tiempo estoy con vosotros, ¿y no conocéis al Padre? El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV, 8, 9). ¿Qué significa "El que me ha visto"? Si según los ojos de la carne, también lo vieron quienes lo crucificaron. ¿Qué significa entonces "El que me ha visto"; sino, el que ha entendido, el que ha visto con el ojo del corazón. Pues así como hay oídos interiores, que el Señor buscaba cuando decía: "El que tiene oídos, que oiga" (Mateo XI, 15), cuando ante él no había ningún sordo: así también hay una visión interior del corazón, por la cual si alguien ha visto al Señor, ha visto al Padre; porque es igual al Padre.

3. El Hijo de Dios igual al Padre por naturaleza, debilitado hasta la muerte por misericordia. Escucha al Apóstol queriendo recomendarnos su misericordia, porque por nosotros se debilitó, para reunir bajo sus alas a los polluelos, enseñando también a otros discípulos, para que también ellos compadezcan la debilidad de los débiles, que han ascendido a alguna firmeza desde la debilidad común; cuando él descendió de la firmeza celestial a nuestra debilidad: les dice: "Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús. Dignaos", dice, "imitar al Hijo de Dios por compasión con los pequeños. Quien siendo en forma de Dios". Ya al decir "en forma de Dios", mostró que es igual a Dios. Pues la forma no es menor que aquel cuya forma es. Si es menor, no es forma. Sin embargo, para que nadie dudara, añadió, y puso la misma Palabra, para cerrar la boca a los sacrílegos: "Quien siendo en forma de Dios", dice, "no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse". ¿Qué es, hermanos amadísimos, lo que dice el Apóstol, "no consideró como algo a qué aferrarse"? Porque naturalmente es igual. ¿Para quién era un robo la igualdad con Dios? Para el primer hombre, a quien se le dijo: "Gustad, y seréis como dioses" (Génesis III, 5). Quiso por robo tender hacia la igualdad, y por pena perdió la inmortalidad. Pues aquel para quien no era robo, "no consideró como algo a qué aferrarse el ser igual a Dios". Si entonces no es robo; es naturaleza, sociedad íntegra y la misma comparación suprema. Pero ¿qué hizo? "Se despojó a sí mismo", dice, "tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de

cruz" (Filipenses II, 5-8). Era poco decir muerte, y mostró el género de muerte. ¿Por qué también el género de muerte? Porque muchos están preparados para la muerte: muchos dicen, "No temo morir, pero quisiera morir en mi lecho, rodeado de hijos, nietos, lágrimas de mi esposa". Parecen no rechazar la muerte, pero eligiendo el género de muerte, son castigados por el miedo. Pero él eligió el género de muerte, pero el que es peor que todos. Así como los hombres eligen para sí un mejor género de muerte, así él eligió el peor, el que era execrable para todos los judíos. Pues no temió morir por falsos testigos, por la sentencia de un juez, que vendrá a juzgar a vivos y muertos: no temió morir por la ignominia de la cruz, para liberar a todos los creyentes de toda ignominia. Por lo tanto, "hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz": sin embargo, naturalmente igual a Dios; fuerte en la virtud de la majestad, débil por la compasión de la humanidad: fuerte, para hacer todas las cosas; débil, para restaurar todas las cosas.

4. Cristo quiere irse, para que en ausencia de la carne se piense en su divinidad. El Hijo de Dios no es menor en sí mismo por la encarnación. Lo que dice Juan, prestad atención: "Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo". ¿Cómo igual, como dice el Apóstol? Como el mismo Señor, "Yo y el Padre somos uno". Y en otro lugar, "El que me ha visto, ha visto al Padre". ¿Cómo aquí, "Porque el Padre es mayor que yo"? Esta voz, hermanos, tanto como el Señor nos permite advertir, fue de algún modo de reproche y consuelo. Pues estaban fijos en el hombre, y no podían pensar en Dios. Entonces pensarían en Dios, si el hombre se apartara de ellos y de sus ojos, para que, cortada la familiaridad que se había hecho con la carne, aprendieran a pensar en la divinidad con la carne ausente. Por eso les dijo: "Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre". ¿Por qué? Para que al ir al Padre, podáis pensar en mí igual al Padre. Por eso "mayor que yo es el Padre": aún cuando me veis en la carne, el Padre es mayor que yo. Ved si lo habéis comprendido: pues no sabían sino pensar en el hombre. Esto lo digo un poco más claramente, por nuestros hermanos más lentos: pero quienes han entendido, soporten la lentitud de los demás e imiten al mismo Señor, "quien siendo en forma de Dios, se humilló, hecho obediente hasta la muerte". "Si me amarais", ¿qué es esto? "Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre". "Si me amarais", ¿qué otra cosa es, sino, no me amáis? ¿Qué amáis entonces? La carne que veis. Pues no queréis que se aparte de vuestros ojos. Pero "si me amarais": ¿qué es "me"? "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1): lo que dice el mismo Juan. Si pues me amarais así, como por mí fueron hechas todas las cosas, os alegraríais, porque voy al Padre. ¿Por qué? Porque el Padre es mayor que yo. Aún cuando me veis en la tierra, el Padre es mayor que yo. Me apartaré de vuestros ojos; sea quitada de vuestros ojos la carne mortal, que fue asumida por vuestra mortalidad; esta vestidura, que asumí por humildad, comenzad a no verla: pero sea elevada al cielo, para que aprendáis qué esperar. Pues no dejó aquí esa túnica, que aquí quiso vestir. Pues si aquí la hubiera dejado, todos desearían de la resurrección de la carne. Ahora la ha elevado al cielo, y hay quienes dudan de la resurrección de la carne. Si Dios la mostró en sí mismo, ¿se la negará al hombre? Pues Dios la asumió por misericordia, pero el hombre por condición. Y sin embargo, la mostró, los confirmó, y la elevó. Pero al ser apartado de los ojos el aspecto carnal, ya no vieron al hombre. Si algo había en sus corazones extraído del deseo carnal, como que se entristeció en ellos. Sin embargo, se reunieron en uno, y comenzaron a orar. Pero él iba a enviar después de esto, interponiendo diez días, al Espíritu Santo, para que el Espíritu Santo los llenara de amor espiritual, quitándoles los deseos carnales. Les hacía ya entender a Cristo como era el Verbo de Dios, Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas. Pero no podrían ser llenos de tal entendimiento, si el amor carnal no se apartara de sus ojos. Y por eso dijo: "Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo". Según el hombre, el Padre es mayor que yo, igual según Dios: igual según la naturaleza,

mayor según la misericordia del Hijo. Pues lo humilló, no solo por debajo de sí mismo, sino también por debajo de los ángeles, como dice la Escritura (Salmo VIII, 6). No es menor; y si veis que el Hijo ha retrocedido un poco de la igualdad del Padre por la asunción de la carne, de donde nunca se aparta: pero al tomar la carne (pues tomó al hombre), no fue cambiado. Así como quien toma una vestidura, no se convierte en vestidura, sino que permanece él mismo íntegro por dentro: y si un senador toma una vestidura servil, si tal vez no puede entrar a consolar a alguien encadenado en la cárcel con esa vestidura senatorial, toma el hábito de la cárcel, parece un hábito sucio por humanidad; pero por dentro permanece la dignidad senatorial tanto más íntegra, cuanto mayor misericordia quiso vestir lo que era de humildad. Así también el Señor permaneciendo Dios, permaneciendo Verbo, permaneciendo sabiduría, permaneciendo virtud divina, permaneciendo en el gobierno de los cielos, permaneciendo en la administración de las tierras, llenando a los ángeles, todo en todas partes, todo en el mundo, todo en los Patriarcas, todo en los Profetas, todo en todos los santos, todo en el vientre de la Virgen, para vestir la carne, para unirse a sí mismo como esposa, para que el esposo saliera de su tálamo, para desposar a la Iglesia virgen casta. Por esto entonces menor que el Padre, porque hombre: igual al Padre, porque Dios. Quitad pues de en medio los deseos carnales. Como si esto dijera a sus Apóstoles: No queréis dejarme (como cada uno no quiere dejar a su amigo, como diciendo: Quédate con nosotros un poco, nuestra alma se refresca cuando te vemos); pero es mejor que no veáis esta carne, y penséis en la divinidad. Me aparto de vosotros exteriormente, y con mi mismo ser os lleno interiormente. ¿Acaso según la carne y con la carne entra Cristo en el corazón? Según la divinidad posee el corazón: según la carne habla a través de los ojos al corazón, y amonesta desde fuera; habitando dentro, para que nos convirtamos interiormente, y vivamos de él, y seamos formados por él; porque es la forma de todos sin ser fabricada.

5. Cristo, después de la resurrección, pasa cuarenta días con los discípulos, para significar la fe necesaria en la Encarnación. Por tanto, si pasó cuarenta días con sus discípulos, no fue sin razón. Quizás habrían bastado veinte, o treinta: los cuarenta días representan la dispensación de todo este siglo. En ocasiones hemos tratado esto debido al número diez multiplicado por cuatro. Recuerdo a aquellos que han escuchado que el número diez significa toda la sabiduría. Esta sabiduría se dispensa a través de las cuatro partes del mundo, por todo el orbe: y los tiempos se dividen en una disposición cuádruple. Pues el año tiene cuatro estaciones: y el mundo tiene cuatro puntos cardinales. Por lo tanto, diez multiplicado por cuatro da el número cuarenta. Por eso el Señor ayunó cuarenta días (Mat. IV, 2), mostrando que la abstinencia de toda corrupción debe ser para los fieles mientras estén en este mundo. Elías ayunó cuarenta días (III Reyes XIX, 8), representando la profecía, mostrando que también en la profecía se enseña esto. Moisés ayunó cuarenta días (Éxodo XXXIV, 28), quien representaba la Ley, mostrando que también en la Ley se enseña esto. El pueblo de Israel fue conducido por cuarenta años en el desierto (Números XXXII, 13). El arca flotó durante cuarenta días en el diluvio, que es la Iglesia - hecha de maderas incorruptibles; las maderas incorruptibles son las almas de los santos y justos: teniendo sin embargo animales puros e impuros; porque mientras se vive en este siglo y la Iglesia se purifica por el Bautismo como por el diluvio, no puede sino tener buenos y malos: por eso el arca tenía tanto puros como impuros. Pero después de que Noé salió de allí, no ofreció sacrificio a Dios sino de animales puros (Gén. VI-VIII). De donde debemos entender que en esta arca hay animales puros e impuros, pero después de este diluvio Dios no acepta sino a aquellos que se han purificado. Por tanto, todo este tiempo que parece, hermanos, considérenlo como los cuarenta días. Todo este tiempo, mientras estamos aquí, el arca está en el diluvio: mientras los cristianos se bautizan y se purifican por el agua, parece que el arca nada en las olas, que durante cuarenta días estuvo en

el agua. Pero el Señor, permaneciendo con los discípulos durante cuarenta días, se dignó significar que durante este tiempo es necesaria para todos la fe en la Encarnación de Cristo: que es necesaria para los débiles. Si ya existiera el ojo que viera En el principio era el Verbo (Juan I, 1), que viera, que sostuviera, que abrazara, que disfrutara, no habría sido necesario que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros: pero porque para sostener y disfrutar de aquello el ojo interior estaba cegado por el polvo de los pecados, ya no había de dónde entender el Verbo; que se dignó hacerse carne, para que se pudiera ver después lo que ahora no se puede. Porque la dispensación de la carne de Cristo es necesaria para los fieles en esta vida, para que se dirijan al Señor: pero cuando se llegue a aquella visión del Verbo, toda dispensación carnal no será necesaria: por eso su conversación en la carne después de la resurrección durante cuarenta días era necesaria, para demostrar que la fe en la Encarnación de Cristo es necesaria mientras en esta vida se enseña que el arca flota en el diluvio. He aquí lo que digo, hermanos - crean en Jesucristo nacido de la Virgen María, crucificado y resucitado. No es necesario que preguntemos después de este siglo, porque ya lo hemos recibido en la fe: lo sostenemos; es necesario para nuestra debilidad. Consideren, por tanto, la caridad de aquella gallina, que protege nuestra debilidad (Mat. XXIII, 37): consideren ser el jumento de aquel misericordioso que pasaba, en el que levantó al enfermo que estaba herido (Luc. X, 30-34). Pues lo levantó, ¿en qué? En su jumento. El jumento del Señor es la carne. Por tanto, cuando este siglo haya pasado, ¿qué se te dirá? Porque creíste correctamente en la carne de Cristo, ahora disfruta de la majestad y divinidad de Cristo. Fue necesario el débil para el débil, será necesario el fuerte para el fuerte.

6. La futura resurrección de la carne. Porque también tú debes dejar esa debilidad, según lo que escuchaste en el Apóstol: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Porque carne y sangre, dice, no heredarán el reino de Dios (I Cor. XV, 53, 50). ¿Por qué no heredarán? ¿Porque la carne no resucitará? ¿De ninguna manera! La carne resucitará, pero ¿qué sucede? Se transforma, y se convierte en cuerpo celestial y angélico. ¿Acaso los ángeles tienen carne? Pero hay una diferencia, porque esta carne resucitará, esta misma que se entierra, que muere; esta que se ve, que se palpa, que necesita comer y beber para poder durar; que enferma, que sufre dolores, esta debe resucitar, para los malos a penas eternas, pero para los buenos para ser transformados. Cuando haya sido transformada, ¿qué sucederá? Ya se llamará cuerpo celestial, no carne mortal: porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Se maravillan si Dios hace de la carne un cuerpo celestial, quien de la nada hizo todo. En la carne constituido el Señor hizo del agua vino, ¿y es sorprendente si pudo hacer de la carne un cuerpo celestial? No duden, por tanto, de Dios porque es capaz de hacerlo. Los ángeles para ser, no eran nada; pero por su majestad son lo que son. ¿Quién pudo hacerte cuando no eras, no puede reparar lo que fuiste, y no puede dar el honor de la gloria de tu fe por su propia encarnación? Por tanto, cuando estas cosas hayan pasado, vendrá a nosotros aquello que dice Juan: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Prepárense para esta visión, mientras tanto, mientras estén en la carne crean en Cristo encarnado; y crean así, para que no piensen que han sido engañados por alguna falsedad. Nunca miente la verdad: pues si miente, ¿a qué consejo vamos? ¿qué hacemos? ¿a quién creemos? Por tanto, la verdad, el Verbo verdadero, la sabiduría verdadera, la virtud de Dios verdadera: El Verbo se hizo carne (Id., 14), verdadera carne. Palpen, y vean, dice, porque un espíritu no tiene huesos y nervios, como me ven tener (Luc. XXIV, 39). Pues verdaderos eran los huesos, verdaderos los nervios, verdaderas las cicatrices: verdadero todo lo que se tocaba, verdadero todo lo que se entendía. Se tocaba al hombre, se entendía a Dios: se tocaba la carne, se entendía la sabiduría: se tocaba la debilidad, se entendía la potencia.

Todo verdadero. Sin embargo, después la carne precedió al cielo, es decir, la cabeza. Seguirán los demás miembros. ¿Por qué? Porque es necesario que estos miembros duerman un poco, y resuciten a su tiempo todos. Si también el Señor quisiera resucitar entonces, no habría en quién creer. Por eso quiso liberar las primicias de los que duermen a Dios en sí mismo, para que cuando veas en él lo que se ha devuelto, esperes en ti lo que se ha de dar. Todo el pueblo de Dios será igualado y asociado a los ángeles. Nadie, por tanto, les diga, hermanos: Creen los tontos cristianos que la carne resucitará: ¿quién resucita? ¿o quién ha resucitado? ¿o quién ha venido de allí y les ha dicho? Cristo vino de allí. ¡Oh miserable! ¡oh corazón humano perverso y torcido! Si su abuelo resucitara, le creería: el Señor del mundo resucitó, y no quiere creer.

7. El misterio de la Trinidad. Mantengan, por tanto, hermanos míos, la fe verdadera, genuina, católica. El Hijo es igual al Padre, el don de Dios el Espíritu Santo es igual al Padre, y por eso el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, no tres dioses: no añadidos por grados, sino unidos por majestad, y un solo Dios. Pero el Hijo, sin embargo, por nosotros, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. No consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y hallado en condición de hombre (Filip. II, 6-7). Y para que sepan, hermanos, que esta Trinidad es verdaderamente igual, y no se dijo que el Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28), sino por la carne que el Señor asumió; ¿por qué nunca se dijo del Espíritu Santo que es menor, sino porque él no asumió carne? Vean lo que dije: examinen todas las Escrituras, levanten todas las páginas, lean todos los versos; nunca encontrarán que el Espíritu Santo sea menor que Dios. Por tanto, se dijo menor aquel que por nosotros se hizo menor, para que por él nos hiciéramos mayores.

SERMO CCLXV. De la Ascensión del Señor, V.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La verdad de la resurrección confirmada por Cristo al estar cuarenta días con los discípulos. Con la solemnidad de este día advertimos a los que saben, instruimos a los negligentes. Hoy celebramos solemnemente la ascensión del Señor al cielo. Pues nuestro Salvador, habiendo dejado el cuerpo, y habiéndolo recuperado, después de resucitar de entre los muertos, se mostró vivo a los discípulos, a quienes habían desesperado al verlo morir. Después de haberse mostrado a sus ojos para ser contemplado, para ser tocado con las manos, edificando la fe, mostrando la verdad; pues fue poco para la fragilidad humana y la débil vacilación exhibir un milagro tan grande en un solo día, y luego retirarlo; convivió con ellos en la tierra, como hemos escuchado, cuando se leyó el libro de los Hechos de los Apóstoles, convivió con ellos en la tierra durante cuarenta días, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo: para mostrar la verdad, no porque tuviera necesidad. Por tanto, en el cuadragésimo día, que hoy celebramos, viéndolo ellos, y conduciéndolo con la vista, ascendió al cielo.

2. El advenimiento de Cristo para el juicio anunciado. Entonces, después de que se maravillaron de lo que veían ascender, sin embargo, se alegraban de verlo ir hacia arriba; pues la precedencia de la cabeza es la esperanza de los miembros; y escucharon también la voz angélica, Varones galileos, ¿por qué están mirando al cielo? Este Jesús vendrá así como lo han visto ir al cielo (Hechos I, 2-11). ¿Qué significa, vendrá así? Vendrá en esa forma: para que se cumpla lo que está escrito, Verán a quien traspasaron (Zacarías XII, 10; Juan XIX, 37). Vendrá así. Vendrá a los hombres, vendrá el hombre; pero vendrá Dios hombre. Vendrá el verdadero hombre y Dios, para hacer a los hombres dioses. Ascendió el juez del cielo, sonó el heraldo del cielo. Tengamos una buena causa, para que no temamos el juicio futuro. Ascendió: lo vieron quienes nos lo anunciaron. Quienes no lo vieron, creyeron: otros

no creyendo se burlaron. Pues no todos tienen fe (II Tes. III, 2). Y porque no todos tienen fe, y el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19), ¿por qué discutimos que Dios ascendió al cielo? Maravillémonos más bien de que Dios descendió al infierno. Maravillémonos de la muerte de Cristo, alabemos más bien que nos maravillemos de la resurrección. Nuestra perdición, nuestro pecado: la sangre de Cristo, nuestro precio. La resurrección de Cristo, nuestra esperanza: el advenimiento de Cristo, nuestra realidad. Por tanto, aquel que está a la derecha del Padre, debe ser esperado hasta que venga. Diga nuestra alma sedienta a él: ¿Cuándo vendrá? y, Mi alma tiene sed de Dios vivo (Salmo XLI, 3). ¿Cuándo vendrá? Vendrá: pero ¿cuándo vendrá? Deseas que venga: ojalá te encuentre preparado.

CAPÍTULO II.

3. La inquisición de los discípulos sobre el tiempo del futuro advenimiento de Cristo. Sin embargo, no pensemos que solo nosotros tenemos este deseo de nuestro Señor, para decirle, ¿Cuándo vendrá? También sus discípulos tuvieron este deseo. Si pudiera decirles a ustedes, ansiosos, expectantes, suspensos, deseosos de saber, cuándo vendrá nuestro Señor Dios, si pudiera decírselo, ¿cómo me verían? Pero si no esperan escuchar esto de mí; si lo esperan, están equivocados: ciertamente al mismo Señor Jesucristo en cuerpo presente, vivo, hablando, si lo tuvieran ante sus ojos y manos, sé que por este deseo le preguntarían, y le dirían: Señor, ¿cuándo vendrás? Los mismos discípulos preguntaron al Señor Jesucristo presente. No pueden preguntar lo que ellos preguntaron, escuchen lo que escucharon. Pues ellos estaban entonces, nosotros aún no estábamos: pero si creemos en ellos, también por nosotros preguntaron, y por nosotros escucharon. Por tanto, los discípulos de Cristo, que iban a ver ascender a Cristo con sus propios ojos, le preguntaron, y le dijeron: Señor, ¿te manifestarás en este tiempo? ¿A quién le decían? A quien veían presente. ¿Te manifestarás en este tiempo? ¿Y qué es eso? ¿Acaso no lo veían presente? ¿Acaso no lo escuchaban presente? ¿Acaso no lo tocaban presente? ¿Qué significa esto, ¿Te manifestarás en este tiempo? sino que sabían que la presencia de Cristo sería el juicio futuro, para ser visto por los suyos y por los ajenos? Pues cuando resucitó, no fue visto sino por los suyos. Esto, por tanto, sabían, y retenían con fe, que habría un tiempo futuro cuando el juzgado juzgaría, cuando el reprobado probaría y reprobaría; cuando visible para ambos géneros de hombres pondría a unos a la derecha, a otros a la izquierda, diciendo lo que ambos escucharían, ofreciendo lo que no todos recibirían, amenazando lo que no todos temerían. Sabían que vendría; pero cuándo, lo preguntaban. ¿Te manifestarás en este tiempo? No a nosotros; pues también ahora te vemos: pero te manifestarás también a aquellos que no creyeron en ti. ¿Te manifestarás en este tiempo, y cuándo el reino de Israel? Esto preguntaron, ¿Te manifestarás en este tiempo, y cuándo el reino de Israel? ¿Qué reino? Del que decimos: Venga tu reino (Mat. VI, 10). ¿Qué reino? Del que escucharán los que estén a la derecha: Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde el origen del mundo. Cuando dirá también a los de la izquierda: Vayan al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Id. XXV, 34, 41). Voz terrible, voz temible: pero, En memoria eterna será el justo: no temerá el mal rumor (Salmo CXI, 7). A estos esto, a aquellos aquello: en ambos veraz, porque en ambos justo.

CAPÍTULO III.

4. La respuesta de Cristo. Pero lo que preguntaron, si lo escucharon, escuchemos: si no lo escucharon, retengamos lo que escucharon; y lo que vendrá, no temamos. Señor, ¿te manifestarás en este tiempo? Y nosotros estimando ver al Señor presente en cuerpo, digámosle, Señor, ¿te manifestarás en este tiempo, y cuándo el reino de Israel? ¿Cuándo el reino de los tuyos, cuándo el reino de los humildes, hasta cuándo la soberbia de los orgullosos? Ciertamente esto es lo que preguntaban, esto es lo que deseaban escuchar.

Veamos qué respondió. No se dignen escuchar los corderos, lo que escucharon los carneros. Escuchemos qué dijo el mismo Señor. ¿A quiénes? A Pedro, a Juan, a Andrés, a Jacobo, a otros tantos y tales, tan dignos: pero a quienes encontró indignos, y los hizo dignos. ¿Qué les respondió diciendo, ¿Te manifestarás en este tiempo, y cuándo el reino de Israel? No les corresponde a ustedes saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad. ¿Qué es esto? Se dice a Pedro, No les corresponde: y dices tú, ¿Me corresponde? No les corresponde a ustedes saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad. Lo que creen, bien lo creen: porque vendrá. ¿Cuándo vendrá, qué te importa? Cuando venga, prepárate. No les corresponde a ustedes saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad. Que la curiosidad se aleje, que la piedad suceda. ¿Qué te importa cuándo vendrá? Vive de tal manera, como si fuera a venir hoy; y no temerás, cuando venga.

CAPÍTULO IV.

5. Cristo, buen maestro, enseñando lo que conviene saber. Vean, sin embargo, el orden y la disciplina del buen maestro, del maestro singular, del único maestro. No dijo lo que preguntaron, y dijo lo que no preguntaron. Pues sabía que lo que preguntaron no les convenía saber: pero lo que sabía que les convenía, incluso sin que lo preguntaran, lo dijo. No les corresponde a ustedes saber, dice, los tiempos. ¿Qué te importan los tiempos? Se trata de que escapes de los tiempos, y preguntas por los tiempos. No les corresponde a ustedes saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad. Y como si se le dijera, ¿Y qué es lo nuestro? Ahora escuchemos qué nos concierne principalmente, ahora escuchemos. Se preguntó lo que no debía decirse: pero se dijo lo que debía escucharse. No les corresponde a ustedes saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad. Pero, ¿qué es lo que les corresponde saber?

CAPÍTULO V.

6. La Iglesia, una y difundida por todas partes, se proclama contra los cismáticos. — Pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos. ¿Dónde? En Jerusalén. Era consecuente que escucháramos esto: pues con estas palabras se proclama la Iglesia, se encomienda la Iglesia, se anuncia la unidad, se acusa la división. A los apóstoles se les dijo: Y seréis mis testigos. Se dice a los fieles, se dice a los vasos de Dios, se dice a los vasos de misericordia: Seréis mis testigos. ¿Dónde? En Jerusalén, donde fui asesinado: y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra. He aquí lo que escucháis, he aquí lo que retenéis. Sed esposas, y esperad al esposo con seguridad. La esposa es la Iglesia. ¿Dónde fue predicada que estaría, a la que aquellos testigos anunciarían; dónde fue predicada que estaría? Pues muchos dirán: He aquí que está aquí. Lo escucharía, si no fuera porque otro también dice: He aquí que está aquí. ¿Qué dices tú? He aquí que está aquí. Ya iba, pero otro me llama con voz similar: He aquí que está aquí. Tú de una parte: He aquí que está aquí; otro de otra parte: He aquí que está aquí. Preguntemos al Señor, interpelemos al Señor. Callen las partes, escuchemos el todo. Uno dice desde un ángulo: He aquí que está aquí; otro desde otro ángulo: No, sino que he aquí que está aquí. Tú, Señor, di: tú afirma a la que redimiste, muestra a la que amaste. A tus bodas hemos sido invitados, muestra a tu esposa, para que no perturbemos tus votos con disputas. Dice claramente, muestra claramente: no abandona a los que buscan, no ama a los que disputan. Dice a sus discípulos, y lo dice a los que no buscan; porque contradice a los que contienden. Y tal vez por eso aún no se preguntaba esto a los Apóstoles, porque el rebaño de Cristo aún no era dividido por los ladrones. Nosotros, que hemos experimentado los dolores de la división, busquemos con diligencia el vínculo de la unidad. Los Apóstoles preguntan por el tiempo del juicio, y el Señor responde sobre el lugar de la Iglesia. No respondió lo que preguntaron, sino que

preveía nuestros dolores. Seréis, dice, mis testigos en Jerusalén. Es poco. No diste tanto precio solo para esto, para comprar solo esto. En Jerusalén. Di aún: Y hasta los confines de la tierra. Has llegado a los confines: ¿por qué no terminas las contiendas? Que nadie me diga ya: He aquí que está aquí; No, sino que he aquí que está aquí. Que calle la presunción humana, que se escuche la predicación divina, que se mantenga la verdadera promesa: En Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra. Dicho esto, una nube lo recibió (Hechos I, 6-9). Ya no era necesario añadir algo más, para que no se pensara en otra cosa.

CAPÍTULO VI.

7. Las últimas palabras de Cristo despreciadas por los cismáticos. La túnica de Cristo sin costura. Hermanos, las últimas palabras de un padre que va al sepulcro suelen ser escuchadas con gran atención, ¿y se desprecian las últimas palabras del Señor que asciende al cielo? Pensemos que nuestro Señor escribió un testamento, y en su testamento puso sus últimas palabras. Pues previó las futuras disputas de los hijos malos, previó a los hombres intentando hacerse partes de una posesión ajena. ¿Por qué no dividen lo que no compraron? ¿Por qué no cortan por lo que no dieron precio? Pero él no quiso que se dividiera la túnica tejida de arriba, sin costura: cayó en suerte (Juan XIX, 23, 24). En esa vestidura se recomendó la unidad, en esa vestidura se predicó la caridad, es la misma, tejida de arriba. De la tierra es la codicia, de arriba la caridad. Actuad, hermanos: el Señor escribió un testamento, puso sus últimas palabras. Ved, os lo ruego, y que os conmueva como a nosotros, que os conmueva, si es posible.

CAPÍTULO VII.

8. Las dos glorificaciones de Cristo. El Espíritu Santo dado dos veces. Hay dos glorificaciones según la forma del hombre asumido: una, por la cual resucitó de entre los muertos al tercer día; otra, por la cual ascendió al cielo ante los ojos de sus discípulos. Estas dos glorificaciones ya realizadas son las que se encomiendan. Queda una, y también en presencia de los hombres, cuando se presentará en el juicio. Sobre el Espíritu Santo, esto fue dicho por el evangelista Juan: El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39). El Espíritu aún no había sido dado: ¿por qué aún no había sido dado? Porque Jesús aún no había sido glorificado. Se esperaba, pues, que al ser glorificado Jesús, se diera el Espíritu. Y con razón, glorificado dos veces, resucitando y ascendiendo, dio el Espíritu dos veces. Uno dio, y uno dio, a la unidad dio, y sin embargo dio dos veces. Primero, después de haber resucitado, dijo a sus discípulos: Recibid el Espíritu Santo. Y sopló en sus rostros (Juan XX, 22). Lo tienes una vez. Luego promete que aún enviará el Espíritu Santo, y dice: Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros (Hechos I, 8): y en otro lugar: Permaneced en la ciudad: porque yo cumpliré la promesa del Padre, que oísteis, dice, de mi boca (Lucas XXIV, 49). Después de que ascendió, pasados diez días, envió el Espíritu Santo: él es el solemne futuro Pentecostés.

CAPÍTULO VIII.

9. El Espíritu Santo dado dos veces para recomendar los dos preceptos de la caridad. Ved, hermanos míos. Alguien podría preguntarme, ¿Por qué dio el Espíritu Santo dos veces? Muchos han dicho muchas cosas, y como hombres han buscado: y han dicho algo que no está en contra de la fe; uno esto, otro aquello, ambos sin exceder la regla de la verdad. Si digo que sé por qué lo dio dos veces, os mentiría. No lo sé. Quien dice saber lo que no sabe, es temerario: quien niega saber lo que sabe, es ingrato. Por tanto, os confieso, aún busco por qué

el Señor dio el Espíritu Santo dos veces: deseo llegar a algo más cierto. Que el Señor me ayude con vuestras oraciones, para que lo que se digne dar, no se os calle. Por tanto, no lo sé. Sin embargo, lo que pienso sin saber aún, sin tenerlo aún por cierto, como tengo por certísimo que lo dio; lo que pienso, no lo callaré. Si es esto, que el Señor lo confirme: si es otra cosa que aparezca más verdadera, que el Señor lo conceda. Por tanto, pienso, pero pienso, que el Espíritu Santo fue dado dos veces para recomendar los dos preceptos de la caridad. Pues hay dos preceptos, y una sola caridad: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma: y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40). Una caridad, y dos preceptos: un Espíritu, y dos dones. Pues no fue dado uno primero, y otro después: porque no es otra caridad la que ama al prójimo, que la que ama a Dios. No es, por tanto, otra caridad. Con la caridad con que amamos al prójimo, con esa misma caridad amamos a Dios. Pero porque Dios es una cosa, y el prójimo otra; con una caridad se aman, no son, sin embargo, uno los que se aman: porque, por tanto, primero se debe recomendar el gran amor a Dios, y segundo el amor al prójimo; pero se comienza por el segundo, para llegar al primero: Si no amas al hermano que ves, ¿cómo podrás amar a Dios, a quien no ves? (1 Juan IV, 20). Por eso, tal vez, instruyéndonos en el amor al prójimo, dio en la tierra, visible y cercano a los cercanos, el Espíritu Santo, soplando en sus rostros; y desde este amor principalmente que está en los cielos, desde el cielo envió el Espíritu Santo. Recibe el Espíritu Santo en la tierra, y amas al hermano: recibe del cielo, y amas a Dios. Porque también en la tierra lo que recibiste, es del cielo. En la tierra Cristo lo dio, pero lo que dio es del cielo. Pues él lo dio, quien descendió del cielo. Aquí encontró a quien dar, pero de allí trajo lo que dio.

CAPÍTULO IX

10. La caridad don del Espíritu Santo. ¿Qué es, pues, hermanos? ¿Acaso recuerdo también esto, cómo la caridad pertenece al Espíritu Santo? Escuchad a Pablo: «No solo eso, dice, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones: sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no defrauda: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones.» ¿De dónde ha sido derramado el amor de Dios en nuestros corazones? ¿De dónde? ¿Qué te dabas a ti mismo? ¿Qué presumías como si fuera tuyo? Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? (1 Cor. IV, 7). Por tanto, ¿de dónde, sino de lo que sigue, Por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 3-5)?

11. La caridad no se tiene fuera de la Iglesia. Esta caridad no se mantiene, sino en la unidad de la Iglesia. No la tienen los que dividen: como dice el apóstol Judas, Estos son los que se separan a sí mismos, sensuales, no teniendo el Espíritu (Judas I, 19). Los que se separan a sí mismos: ¿por qué se separan? Porque son sensuales, no teniendo el Espíritu. Por eso se desvanecen, porque no tienen el vínculo de la caridad. Llena de esa caridad está la gallina debilitada por sus polluelos, humillando su voz con los polluelos, extendiendo sus alas: Cuántas veces, dice, quise reunir a tus hijos (Mateo XXIII, 37). Reunir, no dividir. Porque tengo, dice, otras ovejas que no son de este redil: es necesario que también a ellas las traiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16). Con razón no escuchó al hermano que interpelaba contra el hermano, y decía: Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Señor, dice, di a mi hermano. ¿Qué? Que divida conmigo la herencia. Y el Señor: Di, hombre. ¿Por qué quieres dividir, sino porque eres hombre? Pues cuando uno dice: Yo soy de Pablo; y otro: Yo de Apolo: ¿no sois hombres? (1 Cor. III, 4). Di, hombre, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros? Vine a reunir, no a dividir. Por eso, dice, os digo, guardaos de toda avaricia (Lucas XII, 13-15). Pues la avaricia desea dividir, como la caridad reunir. ¿Qué es, pues, Guardaos de toda avaricia, sino, Llenaos de caridad? Nosotros, teniendo caridad según nuestra capacidad, interpelamos al Señor contra el hermano, como

también aquel contra el hermano: pero no con esta voz, no con esta petición. Pues aquel dice: Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Nosotros decimos: Señor, di a mi hermano que mantenga conmigo la herencia.

CAPÍTULO X.

12. La unidad de la Iglesia encomendada cuantas veces Cristo fue glorificado. Ved, pues, hermanos, qué amáis principalmente, qué mantenéis firmemente. El Señor glorificado resucitando, encomienda la Iglesia: glorificado ascendiendo, encomienda la Iglesia: enviando el Espíritu Santo desde los cielos, encomienda la Iglesia. Pues resucitando, ¿qué dice a sus discípulos? «Estas cosas os decía, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Y entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día. «¿Dónde está la encomienda de la Iglesia? Y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados. ¿Y esto dónde? Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 44-47). Esto glorificado en la resurrección. ¿Qué glorificado en la ascensión? Lo que habéis oído: Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hechos I, 8). ¿Qué en el mismo advenimiento del Espíritu Santo? Vino el Espíritu Santo: a quienes primero llenó, hablaban en las lenguas de todas las naciones. Cada hombre hablando en todas las lenguas, ¿qué otra cosa significó, sino la unidad en todas las lenguas? Manteniendo esto, firmados en esto, fortalecidos en esto, fijos en esto con caridad incommovible, alabemos al Señor, niños, y digamos aleluya. ¿Pero en una parte? ¿Y de dónde? ¿Y hasta dónde? Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabad el nombre del Señor (Salmo CXII, 3).

SERMON CCLXVI. En las vigiliass de Pentecostés. Sobre el verso del Salmo CXL, 5, Me corregirá el justo, etc. Contra los Donatistas.

1. Verso del Salmo mal interpretado por los Donatistas. Entre otras palabras divinas, que, cuando se cantó el Salmo, escuchamos, nos complace, con la ayuda del Señor, discutir y tratar principalmente esta sentencia, en la que se dijo: Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza. Pues algunos han creído que el aceite del pecador es el aceite del hombre; porque todo hombre es mentiroso (Salmo CXV, 11). Pero el aceite de Cristo, porque no tuvo pecado alguno, aunque se ministre por un pecador, no es el aceite del pecador. Cuando tres deben ser considerados en el ánimo; de quien se da, a quien se da, por quien se da: no temamos el aceite del pecador, porque el beneficio del dador no lo intercepta el ministro intermedio.

2. Advenimiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Unidad de la Iglesia católica signficada por el don de lenguas. Ciertamente celebramos ahora la solemnidad del advenimiento del Espíritu Santo: pues en el día de Pentecostés, que ya ha comenzado, estaban en un lugar ciento veinte almas, entre las cuales los Apóstoles y la madre del Señor y otros de ambos sexos orando y esperando la promesa de Cristo, es decir, el advenimiento del Espíritu Santo. No era vana la esperanza del que esperaba, porque no era engañosa la promesa del que prometía: lo que se esperaba, llegó y encontró vasos limpios en los que ser recibido. Se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos; y comenzaron a hablar en lenguas según el Espíritu les daba que pronunciaran. Cada hombre hablando en todas las lenguas, porque se preanunciaba la futura Iglesia en todas las lenguas. Un hombre era signo de unidad: todas las lenguas en un hombre, todas las naciones en unidad. Los que estaban llenos, hablaban: y los que estaban vacíos, se maravillaban; y lo que

es más reprehensible, se maravillaban y calumniaban. Pues decían: Estos están ebrios y llenos de mosto. ¡Qué reprensión tan necia y calumniosa! Un hombre ebrio no aprende una lengua ajena, sino que pierde la suya. Sin embargo, por los ignorantes y calumniadores hablaba la verdad. Pues ya estaban llenos de vino nuevo, porque se habían hecho odres nuevos (Mateo IX, 17). Pero los odres nuevos eran admirados por los odres viejos, y calumniando ni se renovaban, ni se llenaban. Pero reprimida finalmente la calumnia, tan pronto como prestaron oídos a los Apóstoles que razonaban y daban cuenta y predicaban la gracia de Cristo, al escuchar se compungieron, con la compunción se transformaron, transformados creyeron; creyendo, merecieron recibir lo que en otros admiraban (Hechos II).

3. El Espíritu Santo don, no del ministro humano, sino de Dios. Error de los Donatistas, que no se da el Espíritu Santo sino por ministros santos. Luego comenzó a darse el Espíritu Santo por el ministerio de los Apóstoles. Ellos imponían las manos, y él venía. Pero esto no era de los hombres: no se atribuya el ministro más de lo que es como ministro. Otro es el donador, otro el ministro. Esto mismo testificó el Espíritu, para que los hombres no se atribuyeran lo que era de Dios. De aquí quiso Simón inflarse, quien pensando que esto debía atribuirse a los hombres, ofreció dinero a los Apóstoles, para que también a la imposición de sus manos viniera el Espíritu Santo. No conocía la gracia. Pues si conociera la gracia, la tendría gratis. Por eso, porque quiso comprar el Espíritu, no mereció ser redimido por el Espíritu. ¿Qué eres, hombre, que quieres inflarte? Te basta con llenarte, no con inflarte. Quien se llena, es rico: quien se infla, es vacío. Pero, dicen, se daba por los hombres. ¿Acaso por eso era de los hombres lo que se daba? Pero, dicen, no podía darse sino por hombres santos. ¿Acaso a ellos vino por hombres? Los Apóstoles imponían las manos, y el Espíritu Santo venía: cuando vino a ellos, ¿quién les impuso las manos?

4. El Espíritu Santo a veces se da sin el ministerio humano. Reciban y mantengan los ejemplos divinos: son las palabras de Dios, la autoridad de las Escrituras, la fe en las palabras, la verdad de los ejemplos. Leemos todo, creamos todo. El Espíritu Santo fue dado a muchos por la imposición de manos de los Apóstoles: pero quienes lo daban, lo habían recibido. ¿Cuándo lo recibieron? Cuando en un solo aposento había ciento veinte personas: cada uno de ellos oraba, nadie imponía manos; vino sobre los que oraban, llenó a los que oraban, hizo ministros a los llenos, y a través de ellos dio lo suyo. Escuchen aún. Felipe el evangelista, que predicó el Evangelio en Samaria, era uno de los siete diáconos: pues en la necesidad del ministerio se añadieron siete diáconos a los doce Apóstoles; de los cuales uno era, como dije, Felipe, quien por su elocuencia en la predicación, mereció ser llamado propiamente evangelista. Aunque todos hacían esto; él, como dije, predicó el Evangelio en Samaria: muchos creyeron en Samaria, los creyentes fueron bautizados. Pero cuando los Apóstoles oyeron, enviaron a Pedro y Juan para que impusieran manos a los bautizados, y al imponerles las manos, invocaran el Espíritu Santo. Simón, admirado de tanta gracia de los Apóstoles, quiso dar dinero, como si aquello que se invocaba se ofreciera en venta: pero fue rechazado, y se encontró indigno de tanta gracia. Así que ellos recibieron el Espíritu Santo por las manos de los Apóstoles. Entonces, porque Simón había pensado que el don de Dios era de los hombres, para que esta sospecha no se afirmara entre los débiles; después un eunuco de la reina Candace venía de Jerusalén, adonde había ido a orar, y sentado en su carro leía al profeta Isaías. Entonces el Espíritu Santo dijo a Felipe que se acercara al carro. Aquel que había bautizado en Samaria, y no había impuesto manos a nadie, y había anunciado a los Apóstoles, para que por su llegada e imposición de manos los bautizados por él merecieran recibir el Espíritu Santo, se acerca al carro, pregunta al eunuco si entendía lo que leía. Él responde que podría entender si tuviera un expositor: pide a Felipe que suba al carro; sube, se sienta con él, lo encuentra leyendo en el profeta Isaías lo que había sido anunciado sobre

Cristo, "Como oveja fue llevado al matadero", y lo demás que es circunstancia de la misma lectura. Entonces, preguntando si el profeta hablaba de sí mismo o de otro; abierta la puerta de la ocasión, evangelizó a Cristo, la puerta de la salvación. Mientras esto se hacía en el camino, llegaron al agua, y el eunuco dijo a Felipe: "Aquí hay agua, ¿quién me impide ser bautizado?" Felipe dijo: "Si crees, es posible". Y él: "Creo que Jesús es el Hijo de Dios". Descendieron al agua, Felipe lo bautizó. Después de que subieron del agua, vino sobre el eunuco el Espíritu Santo (Hechos VIII). Allí estaba Felipe, quien había bautizado en Samaria, y había llevado a los Apóstoles a los bautizados, bautizó, pero no impuso manos: pero para mostrar que Simón no había sospechado correctamente que el Espíritu de Dios era un don de los hombres, vino libremente sobre el hombre, y lo hizo libre. Vino como Dios, y llenó: vino como Señor, y redimió.

5. Felipe diácono distinto del apóstol. Tal vez alguien de los contenciosos diga que Felipe no era diácono quien había bautizado en Samaria, sino que era apóstol; porque entre los Apóstoles se nombra a Felipe, y quien fue propiamente llamado evangelista era uno de los siete diáconos. Pero sospechen lo que quieran, pronto resuelvo la cuestión. Sea apóstol o diácono, lo que la lectura calló, sea esto incierto. Sin embargo, está escrito que tan pronto como subió del agua, vino el Espíritu Santo sobre el eunuco. Nadie allí menciona la imposición de manos. Tal vez esto también sea poco: pues alguien podría decir que ciertamente alguien le impuso la mano, pero esto lo calló la Escritura.

6. El Espíritu Santo dado a Cornelio sin imposición de manos y antes del Bautismo. Entonces, ¿qué dices? Esto, dice, digo, que en aquellos primeros ciento veinte en verdad, porque entonces por primera vez venía el Espíritu Santo, vino sin imposición de manos; pero desde entonces ya no vino sobre nadie, a menos que se hubiera impuesto la mano. Olvidaste a Cornelio el centurión: lee diligentemente, y entiende prudentemente. Cornelio el centurión, como se lee en el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles, donde también se predica la venida del Espíritu Santo. Un ángel fue enviado al centurión Cornelio, le anunció que sus limosnas habían sido aceptadas, sus oraciones escuchadas: por lo tanto, debía enviar a Pedro, que habitaba en Jope en la casa de Simón el curtidor, y debía ser llamado. Entonces había una gran cuestión entre los judíos y los gentiles, es decir, entre aquellos que de los judíos, y aquellos que de los gentiles habían creído, si el Evangelio debía ser ministrado a los incircuncisos. Había gran duda sobre esto, cuando Cornelio envía. Mientras tanto, Pedro es advertido, se trata el asunto del reino de los cielos, aquí y allí, por aquel que está en todas partes. Pues mientras estas cosas se hacen en Cornelio, mientras tanto Pedro en Jope tuvo hambre, subió a orar mientras se preparaba su comida, su mente orante fue alienada; pero de lo bajo a lo alto; no para desviarse, sino para ver. Le vino un lienzo bajado del cielo, como un manjar celestial para el hambriento. Pero este lienzo estaba atado con cuatro cuerdas, teniendo toda clase de animales, limpios e inmundos, y fue golpeado por una voz celestial: "Pedro, levántate; mata y come". Él miró, vio en el lienzo animales inmundos, que no solía tocar, y respondió a la voz: "Lejos de mí, Señor: nunca ha entrado en mi boca cosa común e inmunda". Y la voz a él: "Lo que Dios ha limpiado, no lo llames tú inmundo". No se le ofrecía a Pedro comida carnal, sino que se le anunciaba a Cornelio purificado. Esto se hizo tres veces, y el lienzo fue recogido al cielo. Un misterio evidente. El lienzo es el orbe de la tierra. Las cuatro cuerdas que sostienen el lienzo, los cuatro puntos cardinales del orbe, que la Escritura menciona, diciendo: "Del Oriente y del Occidente, y del Norte y del Sur" (Lucas XIII, 29). Los animales, todas las naciones. Tres veces bajado el lienzo, la recomendación de la Trinidad. Pedro, la Iglesia; Pedro hambriento, la Iglesia deseando la fe de los gentiles. La voz celestial, el santo Evangelio. Mata y come: mata lo que son, haz lo que eres. Mientras Pedro discrepaba del mandato, de repente se le anunció que algunos soldados enviados por

Cornelio querían verlo. Y el Espíritu Santo a Pedro: "Ve con ellos; yo los envié". Pedro va ya no dudando por la visión, sino seguro: y como se lee, se le anuncia a Cornelio, se encuentra humildemente, se postra humildemente: se levanta más humildemente. Se llega a la casa, se encuentran muchos otros reunidos. Se le narra a Pedro cuál fue la causa de enviar por él, y se le agradece que haya venido Pedro. Entonces, abriendo su boca, comenzó a evangelizar a los gentiles incircuncisos, sobre lo cual había aquella gran cuestión, la gracia del Señor Jesucristo. Había algunos con Pedro, que de los judíos habían creído, que podrían ser movidos, si los incircuncisos fueran bautizados: allí claramente Pedro dijo, "Vosotros sabéis, hermanos, cuán abominable es para un judío acercarse o unirse a un gentil; pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo". Aquel hambriento miró al lienzo.

7. Refuta a los Donatistas con esto. ¿Dónde están los que decían: por esto he narrado todo, por lo que quiero decir: dónde están los que decían que el Espíritu Santo se da por el poder del hombre? Mientras Pedro evangelizaba, Cornelio y todos los que estaban con él, gente, es decir, gentiles, creyeron; y de repente, antes de ser bautizados, fueron llenos del Espíritu Santo (Hechos X). ¿Qué responde aquí la presunción humana? No solo antes de imponer las manos, sino antes del mismo Bautismo vino el Espíritu Santo; por poder, no por necesidad. Vino antes de la ablución del bautismo, para quitar la controversia de la circuncisión. Pues podría decirse por los calumniadores o los que no entienden a Pedro: Hiciste mal en dar el Espíritu Santo. He aquí que se ha cumplido, he aquí que se ha demostrado lo que el Señor dijo, "El Espíritu sopla donde quiere" (Juan III, 8). He aquí que se ha cumplido, he aquí que se muestra cuán verdadero dijo el Señor, "El Espíritu sopla donde quiere". Y sin embargo, el espíritu de arrogancia aún no exhala el hereje orgulloso. Aún dice: Es mío; no lo recibas de él, sino de mí. Respondes: Busco lo que es de Dios. Él: ¿No has leído, "El aceite del pecador no ungirá mi cabeza"? Entonces, ¿es tuyo el aceite? Si es tuyo, no lo quiero: si es tuyo, es malo. Pero si es de Dios, y por ti es malo, es bueno. El lodo no mancha el rayo del sol, ¿y tú manchas el aceite de Dios? Por eso lo tienes para tu mal, porque lo que es bueno lo tienes siendo malo; lo que es de Dios, lo recibiste siendo malo: porque separado no recogiste, sino que dispersaste. Los que comen indignamente, juicio comen y beben para sí (I Cor. XI, 29): porque comen indignamente, ¿no comen? Cristo dio el bocado indigno a Judas (Juan XIII, 26), y él lo recibió para juicio. ¿Acaso lo recibió de un malo? ¿Acaso recibió algo malo? Pero por eso es culpable, porque de un bueno recibió algo bueno siendo malo. No es, por tanto, el aceite del pecador, el aceite de salvación. Sea bien recibido, y es bueno: y si es mal recibido, es bueno. ¡Ay de los hombres que reciben mal lo bueno!

8. Amado el que reprende, temido el adulador. Sin embargo, ve el sentido de la Escritura, no sea que advierta algo que se abra a una mejor comprensión. Me corregirá, dice, el justo en misericordia: aunque golpee, ama, ama el que reprende; engaña el adulador: aquel se compadece, aquel engaña. Dura es la vara del que golpea, suave es el aceite del que adula. Pues todos los aduladores ungen la cabeza, no sanan las entrañas. Ama al que reprende, teme al adulador. Pues si amas al veraz que reprende, y temes al falso adulador, puedes decir lo que se ha cantado, Me corregirá el justo en misericordia, y me reprenderá, pero el aceite del pecador, es decir, el halago del adulador, no ungirá mi cabeza. Cabeza ungida, cabeza grande es: cabeza grande, cabeza soberbia es. Mejor es un corazón sano, que una cabeza grande: pero un corazón sano lo hace la vara del que reprende; una cabeza grande lo hace el aceite del pecador, es decir, la adulación del adulador. Si hiciste una cabeza grande, teme el peso de la cabeza, no sea que seas llevado al precipicio. Esto, según creo, hemos hablado suficientemente por el momento sobre esta única sentencia del Salmo, con la ayuda del Señor, y edificando en secreto vuestros corazones.

SERMON CCLXVII. En el día de Pentecostés, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Solemnidad de la venida del Espíritu Santo. La solemnidad de hoy, del Señor Dios grande y de la gran gracia que se ha derramado sobre nosotros, hace memoria. Pues la solemnidad se celebra para que lo que se hizo una vez, no se borre de la memoria. La solemnidad tomó su nombre de lo que suele hacerse en el año: como se dice la perennidad del río, porque no se seca en verano, sino que fluye durante todo el año: por eso perenne, es decir, por el año; así también solemne, lo que suele celebrarse en el año. Celebramos hoy la venida del Espíritu Santo. Pues el Señor envió el Espíritu Santo del cielo, que prometió en la tierra. Y porque así había prometido que lo enviaría del cielo, "No puede venir él", dice, "si no me voy; pero cuando me haya ido, lo enviaré a vosotros" (Juan XVI, 7); sufrió, murió, resucitó, ascendió: quedaba cumplir lo que prometió. Esperando esto sus discípulos, como está escrito, ciento veinte almas (Hechos I, 15), número decuplicado de los Apóstoles; pues eligió a doce, y en ciento veinte envió el Espíritu: esperando, pues, esta promesa estaban en una casa, oraban: porque ya deseaban con esa fe, con esa oración, con ese deseo espiritual; eran odres nuevos, se esperaba el vino nuevo del cielo, y vino. Pues ya había sido pisado y glorificado aquel gran racimo. Leemos en el Evangelio, "Pues el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan VII, 39).

CAPÍTULO II.

2. Don de lenguas. Ya han escuchado lo que respondió, un gran milagro. Todos los que estaban presentes, aprendieron un solo idioma. Vino el Espíritu Santo; fueron llenos, comenzaron a hablar en varias lenguas de todas las naciones, que no conocían, ni habían aprendido: pero enseñaba aquel que había venido; entró, fueron llenos, derramó. Y entonces esto era una señal, cualquiera que recibía el Espíritu Santo, de repente lleno del Espíritu hablaba en lenguas de todas las naciones (Hechos X, 46); no solo aquellos ciento veinte. Nos enseñan las mismas Escrituras, después creyeron los hombres, fueron bautizados, recibieron el Espíritu Santo, hablaron en lenguas de todas las naciones. Se asombraron los que estaban presentes, algunos admirando, otros burlándose: de tal manera que decían. Estos están ebrios, están llenos de mosto (Hechos II, 1-13). Se reían, y decían algo verdadero. Pues estaban llenos como odres de vino nuevo. Han escuchado cuando se leía el Evangelio, "Nadie pone vino nuevo en odres viejos" (Mateo IX, 17): lo espiritual no lo capta el carnal. La carnalidad es vejez, la gracia es novedad. Cuanto más se renueva el hombre para mejor, tanto más capta lo que es verdadero. El mosto bullía, y con el mosto bullente fluían las lenguas de las naciones.

CAPÍTULO III.

3. Por qué el don de lenguas no se concede ahora. ¿Acaso ahora, hermanos, no se da el Espíritu Santo? Quien piense esto, no es digno de recibirlo. Se da también ahora. ¿Por qué entonces nadie habla en lenguas de todas las naciones, como hablaba quien entonces era lleno del Espíritu Santo? ¿Por qué? Porque lo que eso significaba, se ha cumplido. ¿Qué es eso? Cuando celebramos la Cuaresma, recuerden, porque les recomendamos que el Señor Jesucristo encomendó su Iglesia y ascendió. Los discípulos preguntaban, ¿Cuándo será el fin del mundo? Y él: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos o momentos, que el Padre ha puesto en su potestad". Aún prometía lo que hoy cumplió: "Recibiréis poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hechos I, 7, 8). La Iglesia entonces estaba en una casa, recibió el Espíritu Santo: estaba en pocas personas, estaba en las lenguas de todo el

mundo. He aquí lo que ahora se prefiguraba. Pues lo que aquella pequeña Iglesia hablaba en lenguas de todas las naciones, ¿qué es, sino que esta gran Iglesia desde el oriente hasta el occidente habla en lenguas de todas las naciones? Ahora se cumple lo que entonces se prometía. Hemos oído, vemos. Oye, hija, y ve (Salmo XLIV, 11): a la misma reina se le dijo, Oye, hija, y ve; oye lo prometido, ve lo cumplido. No te ha engañado tu Dios, no te ha engañado tu esposo, no te ha engañado quien te dotó con su sangre: no te ha engañado quien de fea te hizo hermosa, de inmunda te hizo virgen. Tú te prometiste: pero prometida en pocos, cumplida en muchos.

CAPÍTULO IV.

4. El Espíritu Santo, como el alma del cuerpo de la Iglesia, no se tiene fuera de ella. Nadie diga, pues: He recibido el Espíritu Santo; ¿por qué no hablo en lenguas de todas las naciones? Si quieren tener el Espíritu Santo, presten atención, hermanos míos: nuestro espíritu por el cual vive cada hombre, se llama alma; nuestro espíritu por el cual vive cada uno, se llama alma: y ven lo que hace el alma en el cuerpo. Vivifica todos los miembros; ve por los ojos, oye por los oídos, huele por las narices, habla por la lengua, trabaja por las manos, camina por los pies: está presente en todos los miembros a la vez, para que vivan; da vida a todos, funciones a cada uno. No oye el ojo, no ve el oído, no ve la lengua, ni habla el oído y el ojo; pero sin embargo vive: vive el oído, vive la lengua; las funciones son diversas, la vida es común. Así es la Iglesia de Dios: en algunos santos hace milagros, en otros santos habla la verdad, en otros santos guarda la virginidad, en otros santos guarda la castidad conyugal, en unos esto, en otros aquello: cada uno obra lo propio, pero viven juntos. Lo que es el alma para el cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo para el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia: eso hace el Espíritu Santo en toda la Iglesia, lo que hace el alma en todos los miembros de un cuerpo. Pero vean lo que deben evitar, vean lo que deben observar, vean lo que deben temer. Sucede que en el cuerpo humano, o más bien del cuerpo, se corta algún miembro, mano, dedo, pie; ¿acaso el alma sigue al miembro cortado? Cuando estaba en el cuerpo, vivía; cortado pierde la vida. Así también el hombre cristiano es católico, mientras vive en el cuerpo; cortado se ha hecho hereje, miembro amputado no sigue el espíritu. Si, pues, quieren vivir del Espíritu Santo, mantengan la caridad, amen la verdad, deseen la unidad, para que lleguen a la eternidad. Amén.

SERMON CCLXVIII. En el día de Pentecostés, II.

1. El Espíritu Santo con el don de lenguas recomienda la unidad de la Iglesia católica. Por la venida del Espíritu Santo el día de hoy es solemne para nosotros, el quincuagésimo desde la resurrección del Señor, multiplicado por siete semanas. Pero al contar siete semanas, encontrarán cuarenta y nueve: se añade uno, para que se nos recomiende la unidad. ¿Qué hizo la venida del Espíritu Santo, qué logró? ¿Cómo mostró su presencia? ¿Cómo la manifestó? Hablaron en lenguas de todas las naciones todos. Pero estaban en un lugar ciento veinte: por diez se multiplicó el número sagrado de los Apóstoles. ¿Qué, entonces, cada uno en quien vino el Espíritu Santo, hablaba en lenguas de todas las naciones, aquel en una lengua, y aquel en otra, y como si dividieran entre ellos las lenguas de todas las naciones? No así: sino que cada hombre, un hombre hablaba en lenguas de todas las naciones. Hablaba un hombre en lenguas de todas las naciones: la unidad de la Iglesia en lenguas de todas las naciones. He aquí que aquí se recomienda la unidad de la Iglesia católica difundida por todo el orbe.

2. El Espíritu Santo no se encuentra fuera de la Iglesia. Por lo tanto, quien tiene el Espíritu Santo está en la Iglesia, que habla en todas las lenguas. Cualquiera que esté fuera de esta

Iglesia no tiene el Espíritu Santo. Por eso el Espíritu Santo se dignó manifestarse en todas las lenguas de las naciones, para que aquel que se encuentra en la unidad de la Iglesia, que habla en todas las lenguas, entienda que tiene el Espíritu Santo. Un solo cuerpo, dice el Apóstol Pablo: un solo cuerpo y un solo espíritu (Efesios IV, 4). Consideren nuestros miembros. El cuerpo está constituido por muchos miembros, y un solo espíritu vivifica todos los miembros. He aquí que con el espíritu humano, con el cual soy yo mismo hombre, reúno todos los miembros: ordeno a los miembros que se muevan, dirijo los ojos para ver, los oídos para oír, la lengua para hablar, las manos para trabajar, los pies para caminar. Las funciones de los miembros están divididas, pero un solo espíritu contiene todo. Se ordenan muchas cosas, se hacen muchas cosas: uno ordena, a uno se sirve. Lo que es nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, para nuestros miembros; eso es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, para el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por eso el Apóstol, cuando nombró un solo cuerpo, para que no entendiéramos un cuerpo muerto, dijo: Un solo cuerpo. Pero te pregunto, ¿vive este cuerpo? Vive. ¿De dónde? De un solo espíritu. Y un solo espíritu. Presten atención, hermanos, en nuestro cuerpo, y lamenten a aquellos que son cortados de la Iglesia. En nuestros miembros, mientras vivimos, cuando estamos sanos, todos los miembros cumplen sus funciones. Si un miembro duele en algún lugar, todos los miembros comparten el dolor. Sin embargo, porque está en el cuerpo, puede doler, pero no puede exhalar. ¿Qué es exhalar, sino perder el espíritu? Ahora bien, si un miembro es cortado del cuerpo, ¿acaso el espíritu lo sigue? Y sin embargo, el miembro se reconoce por lo que es; es un dedo, es una mano, es un brazo, es una oreja: fuera del cuerpo tiene forma, pero no tiene vida. Así también el hombre separado de la Iglesia. Le preguntas por el sacramento, lo encuentras: le preguntas por el Bautismo, lo encuentras: le preguntas por el símbolo, lo encuentras. Es forma: a menos que seas vivificado por el espíritu interiormente, en vano te glorías exteriormente de la forma.

3. La unidad recomendada en la creación de las cosas y en el nacimiento de Cristo.

Queridísimos, Dios recomienda mucho la unidad. Que esto mismo los conmueva, que en el principio de las criaturas, cuando Dios estableció todas las cosas, hizo las estrellas en el cielo, en la tierra las hierbas y los árboles, dijo: Produzca la tierra, y fueron producidos los árboles, y todo lo verde: dijo: Produzcan las aguas seres nadadores y volátiles, y así fue hecho: Produzca la tierra alma viviente de todo ganado y bestias, y así fue hecho. ¿Acaso Dios hizo de un ave todas las demás aves? ¿Acaso de un pez todos los peces? ¿De un caballo todos los caballos? ¿De una bestia todas las bestias? ¿Acaso no produjo la tierra muchas cosas a la vez, y las llenó con múltiples crías? Se llegó a la creación del hombre, y fue hecho uno, de uno el género humano. Ni siquiera quiso hacer dos separadamente, macho y hembra: sino uno, y de uno una (Génesis I y II). ¿Por qué así? ¿Por qué se inicia el género humano de uno, sino porque se recomienda la unidad al género humano? Y el Señor Cristo de una, la unidad es virgen; mantiene la virginidad, conserva la incorruptibilidad.

4. Cristo recomienda la unidad de la Iglesia a los Apóstoles. El mismo Señor recomienda la unidad de la Iglesia a los Apóstoles: se muestra a sí mismo, ellos piensan que ven un espíritu: se espantan, se reafirman, se les dice: «¿Por qué están turbados, y suben pensamientos a su corazón? Miren mis manos: palpén y vean, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo.» He aquí que aún turbados por la alegría, toma alimento, no por necesidad, sino por poder; lo toma ante ellos: recomienda contra los impíos la verdad del cuerpo, recomienda la unidad de la Iglesia. ¿Qué dice? «¿No son estas las cosas que les hablé, cuando aún estaba con ustedes, que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí? Entonces les abrió el entendimiento,» dice el Evangelio, «para que comprendieran las Escrituras. Y les dijo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al

tercer día.» He aquí nuestra cabeza; he aquí la cabeza, ¿dónde están los miembros? He aquí el esposo, ¿dónde está la esposa? Lee las tablas matrimoniales: escucha al esposo. ¿Buscas a la esposa? Escucha de él mismo: nadie le quita la suya, nadie le pone otra: escucha de él mismo. ¿Dónde buscas a Cristo? ¿En las fábulas de los hombres, o en la verdad de los Evangelios? Padeció, resucitó al tercer día, se mostró a sus discípulos. Ya lo tenemos a él: ¿dónde la buscamos a ella? Preguntemos a él mismo: Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día. He aquí que ya se ha hecho, ya se ve. Di, oh Señor; tú di, Señor, para que no erremos: Y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 36-47). Comenzó desde Jerusalén, y llegó hasta nosotros. Y está allí, y aquí. Pues no para venir a nosotros, se fue de allí: creció, no emigró. Esto recomendó inmediatamente después de su resurrección. Estuvo con ellos cuarenta días: a punto de ascender al cielo, nuevamente recomendó la Iglesia. El esposo, a punto de partir, recomendó a su esposa a sus amigos: no para que ame a alguno de ellos; sino a él como esposo, a ellos como amigos del esposo, a ninguno de ellos como esposo. Esto celan los amigos del esposo, y no permiten que sea corrompida por amor lascivo. Odian cuando son amados así. Presten atención al amigo celoso del esposo: cuando vio que la esposa, por los amigos del esposo, de algún modo fornicaba, dijo, «Oigo que hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo» (I Cor. XI, 18). «Me ha sido informado de ustedes, hermanos, por los de Cloe, que hay contiendas entre ustedes, y cada uno de ustedes dice, Yo soy de Pablo; yo de Apolo; yo de Cefas; yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por ustedes, o fueron bautizados en el nombre de Pablo?» (Id. I, 11-13). ¡Oh amigo! Rechaza de sí el amor de la esposa ajena. No quiere ser amado en lugar de la esposa, para poder reinar con el esposo. Por lo tanto, la Iglesia ha sido recomendada: y cuando ascendió al cielo, así les dijo a aquellos que preguntaban sobre el fin del mundo, Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas, y cuándo será el tiempo de tu venida? (Mateo XXIV, 3). Y él, No les corresponde a ustedes saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad. Escucha lo que debes saber del maestro, discípulo: Pero recibirán poder del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes (Hechos I, 6, 8). Y así fue: al cuadragésimo día ascendió al cielo, y he aquí que en el día de hoy, con la venida del Espíritu Santo, todos los que estaban presentes fueron llenos, y hablaron en las lenguas de todas las naciones. Nuevamente, esa misma unidad es recomendada por las lenguas de todas las naciones. Es recomendada por el Señor resucitado, es recomendada por Cristo ascendente; es confirmada por el Espíritu Santo que viene hoy.

SERMO CCLXIX. En el día de Pentecostés, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La venida del Espíritu Santo con el don de lenguas anuncia la unidad de la Iglesia en todas las naciones. Contra los Donatistas. Celebramos la venida del Espíritu Santo con una festividad anual. A esta se le debe una congregación solemne, una lectura solemne, un sermón solemne. Esas dos cosas ya se han cumplido, porque han acudido en gran número, y han escuchado cuando se leía. Cumplamos también la tercera: no falte el servicio de nuestra lengua a aquel que dio todas las lenguas a los indoctos, y sometió las lenguas de los doctos en todas las naciones, y reunió las diversas lenguas de las naciones en la unidad de la fe. «Se produjo» de repente «un sonido del cielo, como de un viento impetuoso: y se les aparecieron lenguas divididas, como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos; y comenzaron a hablar en lenguas, según el Espíritu les daba que pronunciaran» (Hechos II, 2-4). Pues aquel viento no infló, sino que vivificó: aquel fuego no quemó, sino que excitó. Se cumplió en ellos lo que había sido profetizado mucho antes, No hay lenguas, ni palabras, cuyas voces no se oigan: para que luego, distribuidos para predicar el Evangelio, hicieran lo que sigue, En toda

la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 4, 5). ¿Qué otra cosa anunciaba el Espíritu Santo en las lenguas de todas las naciones, que les daba a ellos, que solo habían aprendido la lengua de su propia nación (lo cual quiso que fuera el indicio de su presencia en ese momento), sino que todas las naciones creerían en el Evangelio; para que primero cada uno de los fieles, y luego la misma unidad de la Iglesia, hablara en todas las lenguas? ¿Qué dicen a esto aquellos que no quieren incorporarse y unirse a la sociedad cristiana, que fructifica y crece en todas las naciones? ¿Acaso pueden negar que incluso ahora el Espíritu Santo viene sobre los cristianos? ¿Por qué entonces ahora ni entre nosotros, ni entre ellos, nadie habla en las lenguas de todas las naciones (lo que entonces era el indicio de su venida), sino porque ahora se cumple lo que entonces se significaba? Pues entonces incluso un solo fiel hablaba en todas las lenguas: y ahora la unidad de los fieles habla en todas las lenguas. Por lo tanto, incluso ahora todas nuestras lenguas son, porque somos miembros del cuerpo en el que están.

2. Los cismáticos, aunque tengan el Bautismo, no tienen el Espíritu Santo. El Espíritu Santo dado por los Sacramentos y sin los Sacramentos. No sin razón se entiende correctamente, aunque admitamos que ellos tienen el Bautismo de Cristo, que los herejes no reciben el Espíritu Santo ni los cismáticos, a menos que se adhieran a la cohesión de la unidad por la comunión de la caridad. Entonces las lenguas de las naciones también serán de ellos: porque donde están aquellas, allí estarán ellos, en el mismo cuerpo de Cristo que crece en todas partes, guardando la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efesios IV, 3). Aquel a quien no ata este vínculo, es un siervo. Pues no hemos recibido, como dice el Apóstol, el espíritu de servidumbre para volver al temor; sino que hemos recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre (Romanos VIII, 15). Por lo tanto, pensamos verdaderamente, que el Espíritu Santo mostró su presencia en aquel tiempo en las lenguas de todas las naciones, para que incluso en este tiempo, en el que no se muestra así, no se entienda que lo tiene, aunque esté imbuido del sacramento del Bautismo, quienquiera que esté separado de la unidad de todas las naciones. Y para que no se pensara que era consecuente que quienquiera que tuviera el Bautismo de la Trinidad, también tuviera el Espíritu Santo; por eso incluso en la misma unidad se hizo tal distinción, que encontramos a algunos bautizados que merecieron el Espíritu Santo después, cuando los Apóstoles vinieron a ellos en Samaria, habiendo sido bautizados en su ausencia (Hechos VIII, 14-17): pero a otros, lo que es un ejemplo único, lo recibieron antes del Bautismo; como cuando Pedro hablaba, Cornelio y los que estaban con él lo recibieron por concesión del poder supremo, al cual el hombre no puede contradecir (Id. X, 44-48). Sobre otros vino inmediatamente después de ser bautizados; como sobre aquel eunuco, a quien Felipe había evangelizado a Cristo desde el profeta Isaías (Id. VIII, 26-39). Sobre otros, por la imposición de manos de los Apóstoles, como sobre la mayoría. Sobre otros, sin que nadie impusiera las manos, sino con todos orando; como en el mismo día que celebramos solemnemente hoy, cuando había en un solo lugar ciento veinte almas con los Apóstoles. Sobre algunos, ni con nadie imponiendo las manos, ni con nadie orando, sino con la palabra de Dios escuchada por todos; como sobre aquellos, que mencioné poco antes, Cornelio y sus domésticos. ¿Por qué entonces a veces así, y otras veces así, sino para que nada de esto se atribuya a la soberbia humana, sino todo al poder y la gracia divina? Por lo tanto, esta distinción entre la recepción del Bautismo y la recepción del Espíritu Santo, nos instruye suficientemente para que no pensemos que tienen inmediatamente el Espíritu Santo aquellos a quienes no negamos tener el Bautismo. Cuánto más aquellos, a quienes no ha armado ninguna caridad de unidad cristiana. Pues la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones; no por nosotros mismos, sino como sigue, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5). Por lo tanto, así como entonces las

lenguas de todas las naciones indicaban la presencia del Espíritu Santo en un solo hombre; así ahora la caridad indica la unidad de todas las naciones.

3. Los cismáticos son animales, y no tienen el Espíritu Santo. Los Donatistas carecen de caridad.---El hombre animal, son palabras del Apóstol, no percibe las cosas del Espíritu de Dios (I Cor. II, 14). Y ciertamente increpa a los animales, a quienes dice: Cada uno de ustedes dice, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por ustedes? ¿O fueron bautizados en el nombre de Pablo? (Id. I, 12, 13). Pues así como los espirituales se alegran en la unidad, así los animales se dedican a las disensiones. De estos también escribe claramente Judas apóstol: Estos son, dice, los que se segregan a sí mismos, animales, no teniendo el espíritu (Judas 19). ¿Qué más evidente? ¿Qué más expresivo? Dejen, por lo tanto, de engañarse a sí mismos, y de decirnos: ¿Qué recibiremos cuando nos unamos a ustedes, si ya admiten que tenemos el Bautismo de Cristo? Les respondemos: Tienen el Bautismo de Cristo; vengan para que también tengan el Espíritu de Cristo. Teman lo que está escrito: Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Romanos VIII, 9). Han revestido a Cristo con la forma del sacramento; revístanse con la imitación del ejemplo. Porque Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pasos (I Pedro II, 21). No sean teniendo la forma de piedad, pero negando su poder (II Tim. III, 5). ¿Y cuál es el mayor poder de la piedad, que la caridad de la unidad? Se dice en los Salmos, He visto el fin de toda perfección: tu mandamiento es amplio en gran manera (Salmo CXVIII, 96). ¿Qué mandamiento, sino del que se dice, Un mandamiento nuevo les doy, que se amen unos a otros (Juan XIII, 34). ¿Por qué amplio, sino porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones (Romanos V, 5)? ¿Por qué es el fin de toda perfección, sino porque la plenitud de la ley es la caridad; y toda la ley se resume en esta palabra, en lo que está escrito, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Romanos XIII, 10, 9, y Gálatas V, 14)? Así como aman a sus prójimos como a ustedes mismos, que cuando algo malo, que ni siquiera ha sido visto ni probado en ustedes, no quieren que se crea de ustedes, eso que ni han visto ni probado, lo creen de todo el orbe de la tierra.

4. No pueden decir con hechos, Señor Jesús. Parecen decir, Señor Jesús. Y tal vez, no entendiendo, prestan atención a lo que dice el Apóstol: Nadie puede decir, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). Pero esto que dice, decir, está puesto de manera significativa, y de un modo propio. Pues nadie dice, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo: pero si dice con hechos, no solo con palabras. Pues pueden decir, Señor Jesús, incluso aquellos de quienes dice, Lo que dicen, háganlo; pero lo que hacen, no lo hagan (Mateo XXIII, 3). Todas las herejías, que ciertamente también ustedes desaprueban, dicen, Señor Jesús. Y ciertamente no separará del reino celestial a aquellos que encuentre en el Espíritu Santo; y sin embargo dice: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos. Pero Nadie dice, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo: nadie ciertamente, pero de la manera en que se dijo, es decir, con hechos. Por eso añadió: Sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, él entrará en el reino de los cielos (Id. VII, 21). Pues también dice de algunos el mismo apóstol, Confiesan conocer a Dios, pero con hechos lo niegan (Tito I, 16). Así como se niega con hechos, así se dice con hechos. De esta manera de decir, nadie dice, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo. Por lo tanto, si no se acercan a la unidad, segregándose a sí mismos, serán animales, no teniendo el Espíritu. Pero si se acercan con falsedad, el Espíritu Santo de disciplina huirá del falso (Sabiduría I, 5). Entonces reconozcan que tienen el Espíritu Santo, cuando su mente, por la caridad sincera, consienta en adherirse a la unidad. Respondamos esto a aquellos que dicen, ¿Qué recibiremos? y nosotros mismos, hermanos, ofrezcamos a ellos el ejemplo de buenas obras, ni enorgulleciéndonos porque estamos de pie, ni desesperando de los que yacen.

SERMO CCLXX. En el día de Pentecostés, V.

1. Por qué se debe hablar del Espíritu Santo, por qué fue enviado el día cincuenta después de la Pascua. Dado que celebramos la santa solemnidad de un día tan santo, que hoy vino el mismo Espíritu Santo, nos recuerda esta festividad tan festiva y grata, hablar algo sobre el mismo don de Dios, la gracia de Dios, y la abundancia de su misericordia en nosotros, es decir, sobre el mismo Espíritu Santo. Hablamos a los condiscípulos en la escuela del Señor. Pues tenemos un maestro, en quien todos somos uno: quien, para que no nos atrevamos a enorgullecernos de la enseñanza, nos advirtió, y dijo, No se dejen llamar por los hombres Rabbi; porque uno es su maestro, Cristo (Mateo XXIII, 8). Bajo este maestro, cuya cátedra es el cielo, porque debemos ser instruidos por sus Escrituras, presten atención a las pocas cosas que diré, dado por él mismo que ordena que diga. Los que saben, recuerden; los que no sabían, reciban. A menudo mueve el ánimo piadosamente curioso, si se permite a la fragilidad e infirmitad humana investigar tales cosas. Más bien se permite. Pues lo que está cubierto en las Escrituras santas, no está cerrado para ser negado, sino más bien para que al que llama se le abra, diciendo el mismo Señor, Pidán, y recibirán; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá (Mateo VII, 7). Por lo tanto, a menudo mueve el ánimo de los estudiosos, por qué el Espíritu Santo fue enviado el día cincuenta después de la pasión y resurrección del Señor.

2. ¿Por qué el Espíritu Santo no podía venir sin que Cristo se fuera? La humanidad de Cristo, a la que los discípulos se aferraban con afecto humano, debía ser retirada de sus ojos. La roca sobre la cual está edificada la Iglesia es Cristo mismo. Primero, les advierto a ustedes, queridos, que no les moleste considerar por un momento por qué el mismo Señor dijo: "No puede venir Él, si no me voy yo". Como si, hablando en un sentido carnal, el Señor Cristo guardara algo en lo alto, y al descender, lo que guardaba se lo hubiera encomendado al Espíritu Santo, y por eso no pudiera venir a nosotros hasta que Él regresara para recibir lo encomendado; o como si no pudiéramos soportar a ambos, ni tolerar la presencia de ambos. Como si uno estuviera separado del otro; o cuando vienen a nosotros, ellos sufrieran estrechez, y no más bien nosotros nos expandiéramos. ¿Qué significa entonces "No puede venir Él, si no me voy yo"? Porque conviene, dice, que yo me vaya. Pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes (Juan 16, 7). Esto, entonces, lo que sea que comprendamos, estimemos, o percibamos por su don, o lo que creemos, que lo reciba brevemente su caridad. Me parece que los discípulos estaban ocupados con la forma humana del Señor Cristo, y como hombres, estaban atados a un hombre con afecto humano. Pero Él quería que tuvieran un afecto más bien divino, y así hacerlos espirituales a partir de lo carnal: lo cual no sucede en el hombre sino por el don del Espíritu Santo. Por eso dice: Les envío el don por el cual se harán espirituales; el don del Espíritu Santo. No podrán hacerse espirituales a menos que dejen de ser carnales. Dejarán de ser carnales si la forma de la carne es retirada de sus ojos, para que la forma de Dios sea implantada en sus corazones. De esta forma humana, el Señor, es decir, la forma de siervo, "se despojó a sí mismo tomando forma de siervo" (Filipenses 2, 7): de esta forma de siervo también estaba atado el afecto de Pedro, cuando temía que aquel a quien amaba mucho muriera. Amaba al Señor Jesucristo como un hombre ama a otro hombre; como un carnal ama a un carnal, no como un espiritual ama a la majestad. ¿Cómo probamos esto? Porque cuando el mismo Señor preguntó a sus discípulos quién decían los hombres que era Él, y ellos, recordando las opiniones de otros, dijeron que algunos lo llamaban Juan, otros Elías, otros Jeremías, o uno de los profetas; Él les dijo: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?" Y Pedro, uno por los demás, uno por todos, dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". Esto, muy bien, muy verdaderamente: mereció recibir tal respuesta, "Bendito eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi

Padre que está en los cielos. Y yo te digo, porque tú me dijiste; dijiste, escucha; diste confesión, recibe bendición: por tanto, yo también te digo, tú eres Pedro: porque yo soy la roca, tú Pedro; pues no de Pedro la roca, sino de la roca Pedro, porque no de cristiano Cristo, sino de Cristo cristiano. Y sobre esta roca edificaré mi Iglesia: no sobre Pedro que tú eres; sino sobre la roca que confesaste. Edificaré mi Iglesia: te edificaré a ti, que en esta respuesta llevas la figura de la Iglesia. Esto y lo demás, por lo que Pedro dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo": y escuchó, como recuerdan, "No te lo reveló carne ni sangre", es decir, mente humana, debilidad humana, ignorancia humana, "sino mi Padre que está en los cielos". Luego el Señor Jesús comenzó a predecir su pasión, y a mostrar cuánto sufriría de los impíos. Aquí Pedro se asustó, y temió que Cristo, el Hijo del Dios vivo, pereciera por la muerte. Ciertamente, Cristo, el Hijo del Dios vivo, bueno de bueno, Dios de Dios, vivo de vivo, fuente de vida y verdadera vida, vino a destruir la muerte, no a perecer por la muerte. Sin embargo, como hombre, Pedro estaba aterrorizado, cuyo afecto humano, como dije, estaba alrededor de la carne de Cristo: "Ten piedad de ti, Señor; que no suceda esto". Y el Señor refuta tales palabras con una respuesta digna y congruente. Así como dio digna alabanza a aquella confesión, también dio digna corrección a este temor: "Apártate de mí, Satanás". ¿Dónde está aquello de "Bendito eres, Simón Bar-Jona"? Distingue las palabras del que alaba y del que corrige: distingue las causas de la confesión y del temor. Causa de la confesión: "No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos". Causa del temor: "Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres" (Mateo 16, 13-23). ¿No querríamos que a tales se les dijera: "Conviene que yo me vaya"? Si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes. Si la forma humana no se retira de sus ojos carnales, no podrán captar, sentir, pensar en algo divino. Esto es suficiente. Por eso era necesario que después de la resurrección y ascensión del Señor Jesucristo, se cumpliera su promesa sobre el Espíritu Santo. Así también el mismo evangelista Juan dijo en su persona, cuando Jesús, significando al mismo Espíritu Santo, clamó diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; y de su interior correrán ríos de agua viva". El evangelista continuó diciendo: "Esto decía del Espíritu, que habrían de recibir los que creyeran en Él. Pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7, 37-39). Por tanto, nuestro Señor Jesucristo fue glorificado por la resurrección y ascensión, y envió al Espíritu Santo.

3. ¿Por qué el Espíritu Santo vino el décimo día después del cuadragésimo día de la Ascensión? El sacramento del número cuarenta. El misterio del número diez. El Espíritu Santo vino el décimo día para significar que la ley se cumple por la gracia. Cómo la ley sin gracia es letra que mata. El Espíritu Santo fue enviado para que se cumpliera la ley. Como hemos aprendido de los Libros Sagrados, completó cuarenta días con sus discípulos después de la resurrección, manifestándoles, para que no pensaran que era una ficción, la verdad del cuerpo resucitado, entrando y saliendo con ellos, comiendo y bebiendo. Pero el cuadragésimo día, que celebramos hace diez días, ascendió al cielo ante sus ojos, prometido que así como se iba, así vendría (Hechos 1, 3-11); es decir, en la forma humana en la que fue juzgado, en esa juzgará. Quiso enviar al Espíritu Santo en un día diferente al que ascendió; no al menos después de dos días, o tres días, sino después de diez días. Esta cuestión nos ha llevado a investigar e interrogar algunos misterios de los números. Cuarenta días tienen cuatro veces diez. Este número, según me parece, tiene un sacramento. Hablamos como hombres a hombres; y correctamente se nos llama intérpretes de las Escrituras, no afirmadores de nuestras opiniones. Este número cuarenta, que tiene cuatro veces diez, significa, según me parece, este siglo que ahora vivimos y llevamos a cabo; somos llevados y llevamos a cabo, en el curso de los tiempos, la inestabilidad de las cosas, la desaparición y sucesión, la voracidad volátil, y una especie de río de cosas que no permanecen. Este siglo, por tanto, se significa con este número, debido a los tiempos cuatripartitos del mundo, que llenan el año; también

los cuatro puntos cardinales del mismo mundo, conocidos por todos, y a menudo mencionados por la Sagrada Escritura: "Desde el Oriente y el Occidente, desde el Norte y el Sur" (Lucas 13, 29). A través de estos tiempos cuatripartitos, y a través del mundo cuatripartito, se predica la ley de Dios, como el número diez. De ahí que el Decálogo se encomiende primero. Pues la ley se estableció en diez mandamientos: porque parece que hay una cierta perfección en este número diez. Hasta ese número progresa el que cuenta, y de ahí regresa del uno al diez, nuevamente al uno. Así cientos, así miles; así más allá, con ciertos múltiplos de diez, crece infinitamente el bosque de los números. Por tanto, la ley perfecta en el diez, y la ley predicada por el mundo cuatripartito, cuatro veces diez hacen cuarenta. Se nos enseña, además, que en esta conversación de este siglo en el que estamos, debemos abstenernos de las codicias seculares: lo que significa el ayuno de cuarenta días conocido por todos con el nombre de Cuaresma. Esto te lo ordenó la Ley, esto la Profecía, esto el Evangelio. Por eso, porque esto es la Ley, Moisés ayunó cuarenta días; porque esto es la Profecía, Elías ayunó cuarenta días; porque esto es el Evangelio, el Señor Cristo ayunó cuarenta días. Completados, por tanto, después de cuarenta días, otros diez días, el número diez una vez, el número diez simplemente, no cuatro veces, vino el Espíritu Santo, para que la ley se cumpliera por la gracia. Porque la ley sin gracia es letra que mata. Pues si se hubiera dado una ley, dice, que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la ley. Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo se diera a los creyentes (Gálatas 3, 21-22). Por eso, "la letra mata, pero el Espíritu vivifica" (2 Corintios 3, 6). No para que cumplas otra cosa que lo que se te ordena por la letra: sino que la sola letra te hace culpable, la gracia te libera del pecado, y te da cumplir la letra. De ahí que por la gracia se haga la remisión de todos los pecados, y la fe que obra por el amor. No piensen, por tanto, que la letra está condenada porque se dijo, "la letra mata". Esto es, la letra hace culpables. Se da el mandamiento, no se te ayuda con la gracia: inmediatamente te encuentras no solo no como operador de la ley, sino también como culpable de transgresión. Pues donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Romanos 4, 15). No se reprende, por tanto, la ley, cuando se dice, "la letra mata, pero el Espíritu vivifica", como si condenara aquella y alabarla a este: sino "la letra mata", la sola letra sin gracia. Tomen un ejemplo. Con esta locución se dijo, "el conocimiento envanece". ¿Qué significa "el conocimiento envanece"? ¿Se condenó el conocimiento? Si envanece, mejor permaneceremos ignorantes. Pero como añadió, "el amor edifica" (1 Corintios 8, 1); así como donde añadió, "el Espíritu vivifica", dio a entender que la letra sin el Espíritu mata, con el Espíritu vivifica, y hace cumplir la letra; así el conocimiento sin amor envanece, el amor con conocimiento edifica. Por tanto, el Espíritu Santo fue enviado para que se cumpliera la ley, y se hiciera lo que el mismo Señor dijo, "No vine a abolir la ley, sino a cumplirla" (Mateo 5, 17). Esto da a los creyentes, esto da a los fieles, esto da a aquellos a quienes da el Espíritu Santo. Cuanto más se hace uno capaz de ello, tanto más fácil se hace para cumplir la ley.

4. La ley se cumple con amor, no con temor al castigo. Un temor es casto, otro servil. El amor del Espíritu Santo. Digo a su amor, lo que también ustedes pueden considerar y ver fácilmente: el amor cumple la ley. El temor a los castigos hace que el hombre obre, pero aún servilmente. Pues si haces el bien porque temes sufrir el mal, o si no haces el mal porque temes sufrir el mal; si alguien te prometiera impunidad, inmediatamente cometerías iniquidad. Se te diría, "No temas, no sufrirás mal, hazlo"; lo harías. Pues eras retenido por el temor al castigo, no por el amor a la justicia. Pues aún no obraba en ti el amor. Ve, por tanto, cómo obra el amor. Amemos a quien tememos, de modo que lo temamos con amor casto. Pues también la esposa casta teme al esposo. Pero distingue estos temores. La esposa casta teme ser abandonada por el esposo ausente: la esposa adúltera teme ser sorprendida por el esposo que llega. Por tanto, el amor cumple la ley: porque "el amor perfecto echa fuera el

temor" (1 Juan 4, 18); el temor servil, que viene del pecado. Pues "el temor del Señor es casto, permanece para siempre" (Salmo 18, 10). Si, por tanto, el amor cumple la ley, ¿de dónde viene este amor? Recuerden, adviertan, y vean, porque el amor es un don del Espíritu Santo. Porque "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Romanos 5, 5). Por tanto, con razón, después de completar diez días, en los que también se encomienda la perfección de la ley, el Señor Jesucristo envió al Espíritu Santo: porque la gracia nos da cumplir la ley, que no vino a abolir, sino a cumplir.

5. El Espíritu Santo se encomienda en el número siete. La santificación y descanso del séptimo día. Pero el Espíritu Santo en las Escrituras santas suele encomendarse en el número siete, no en el diez: la ley en el diez, el Espíritu Santo en el siete. Porque la ley en el diez, es conocido: porque el Espíritu Santo en el siete, lo recordamos. Primero en el mismo libro, en el principio del libro que se titula Génesis, se enumeran las obras de Dios. Se hace la luz, se hace el cielo, que se llama firmamento entre las aguas; se desnuda la tierra, se separa el mar de la tierra, se da a la tierra la fecunda concepción de todas las plantas; se hacen las luminarias mayor y menor, el sol y la luna, y las demás estrellas; las aguas producen sus frutos, la tierra los suyos; se hace el hombre a imagen de Dios: Dios completa todas sus obras el sexto día; en ninguna de las obras de Dios enumeradas y completadas se menciona la santificación. Dijo Dios, "Hágase la luz"; y se hizo la luz: y vio Dios que la luz era buena: no dijo, "santificó Dios la luz": "Hágase el firmamento": y se hizo: vio Dios que era bueno: ni se dijo que el firmamento fue santificado. Así también las demás, para no detenernos en cosas muy evidentes, hasta aquellas que se hicieron el sexto día, con el hombre creado a imagen de Dios, se enumeran todas, nada se dice santificado. Se llegó al séptimo día, donde no se hizo ninguna obra, sino que se insinúa el descanso de Dios, y santificó Dios el séptimo día. En el número siete de los días sonó por primera vez la santificación, buscada en todos los lugares de las Escrituras y encontrada aquí por primera vez. Donde se menciona el descanso de Dios, también se insinúa nuestro descanso. Pues Dios no trabajó, para necesitar descanso; y como si después del trabajo se alegrara en un día festivo, santificó ese día, en el que se permitió descansar. Esta es una concepción carnal. Se nos insinúa el descanso después de todas nuestras buenas obras, como se insinúa el descanso de Dios después de todas sus buenas obras. Pues Dios hizo todo, y he aquí todo era muy bueno. Y descansó Dios en el séptimo día de todas sus obras que había hecho (Génesis 1-2, 3). ¿Quieres descansar tú también? Haz primero obras muy buenas. Así se dio a los judíos la observancia del sábado carnalmente, como los demás, con sacramentos significativos. Se ordenó una cierta vacación: lo que significa esa vacación, tú hazlo. Pues la vacación espiritual es la tranquilidad del corazón: pero la tranquilidad del corazón proviene de la serenidad de una buena conciencia. Por tanto, aquel que verdaderamente observa el sábado, no peca. Así se les ordena a aquellos a quienes se les ordena observar el sábado: "No harán ningún trabajo servil" (Levítico 23, 7). Todo el que comete pecado es esclavo del pecado (Juan 8, 34). Por tanto, el número siete está dedicado al Espíritu Santo, como el diez a la ley. Esto también lo insinúa el profeta Isaías en este lugar, donde dice: "Lo llenará el Espíritu de sabiduría e inteligencia" (cuenta), "de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, el Espíritu de temor de Dios" (Isaías 11, 2). Como si la gracia espiritual descendiera a nosotros, comienza con la sabiduría, termina con el temor. Pero nosotros, ascendiendo, tendiendo de lo bajo a lo alto, debemos comenzar con el temor, y terminar con la sabiduría. Porque "el principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Salmo 110, 10). Es largo, y supera nuestras fuerzas, aunque no su avidez, recordar todos los testimonios del número siete, en lo que respecta al Espíritu Santo. Por tanto, estos sean suficientes.

6. La ley por el diez y el Espíritu Santo por el siete en el cincuenta se encomiendan. Ahora presten atención a cómo, ya que por la gracia del Espíritu Santo se cumple la ley, y el número diez debía ser recordado y encomendado, como ya hemos mostrado, y el número siete por la misma gracia del Espíritu Santo. Cristo encomendaba el número diez, enviando al Espíritu Santo después de diez días, la misma ley, que ordenaba cumplir. ¿Dónde, entonces, encontraremos aquí la encomienda del número siete principalmente por el mismo Espíritu Santo? Tienes en el libro de Tobías la misma festividad, es decir, Pentecostés, que consta de semanas (Tobías 2, 1, según los LXX). ¿Cómo? Multiplica el siete por sí mismo, es decir, siete por siete, lo que se aprende en las escuelas: siete veces siete son cuarenta y nueve. A esta forma del siete, por la razón de siete por siete: (pues el mismo Espíritu Santo nos reúne y nos congrega: de donde también dio su primer signo de su venida, para que aquellos que lo recibieran, incluso individualmente, hablaran en todas las lenguas. Pues la unidad del cuerpo de Cristo se congrega de todas las lenguas, por todas las naciones, esparcidas por todo el orbe de la tierra. Y que uno entonces hablara en todas las lenguas, testificaba que esa unidad en todas las lenguas sería futura. Pero el Apóstol dice, "Soportándose unos a otros en amor", que es caridad: "procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz" (Efesios 4, 2 y 3). Porque el Espíritu Santo nos reúne de muchos en uno: pero se capta por la humildad, se rechaza por la soberbia. Pues el agua es como un corazón humilde buscando un lugar cóncavo donde asentarse: pero por la elevación de la soberbia, como por el hinchazón de una colina, se rechaza y fluye: de donde se dice, "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Santiago 4, 6). ¿Qué significa, "da gracia"? Da el Espíritu Santo. Llena a los humildes, porque los encuentra capaces). Por tanto, porque estas cosas son así, a los cuarenta y nueve, que se hacen de siete por siete, para que sea Pentecostés, se añade uno, y se encomienda la unidad.

7. De las dos pescas y de los ciento cincuenta y tres peces capturados después de la resurrección. Porque la caridad de ustedes ayuda a nuestra debilidad ante el Señor nuestro Dios, reciban algo que, según me parece, será tanto más dulce cuando se explique, cuanto más oculto quedaría si no se expone. Antes de la resurrección, el Señor ordenó a sus discípulos que echaran las redes al mar cuando los eligió. Las echaron y capturaron una multitud innumerable de peces, de tal manera que las redes se rompían y las embarcaciones cargadas se hundían. Sin embargo, no les indicó en qué dirección debían echar las redes, sino que simplemente dijo: "Echen las redes" (Luc. V, 1-7). Si hubiera ordenado que las echaran a la derecha, habría significado capturar solo a los buenos; si a la izquierda, solo a los malos. Pero como fueron echadas al azar, ni a la derecha ni a la izquierda, capturaron tanto a buenos como a malos. Esta es la representación de la Iglesia en el tiempo presente, en este siglo. Pues también aquellos siervos enviados a los invitados salieron; y trajeron a todos los que encontraron, buenos y malos, y se llenaron las bodas de comensales (Mat. XXII, 10). Así que ahora se congregan tanto buenos como malos. ¿Por qué, entonces, se producen cismas, si no es porque las redes se rompen? ¿Por qué a menudo la Iglesia se ve presionada por los escándalos de las turbas carnales que tumultúan malamente, si no es porque las embarcaciones se ven oprimidas? Esto, entonces, fue lo que el Señor hizo antes de la resurrección. Después de la resurrección, encontró a sus discípulos pescando de manera similar: ordenó que se echaran las redes, no de cualquier manera y al azar, porque ya era después de la resurrección. Después de la resurrección, su cuerpo, que es la Iglesia, ya no tendrá malos. "Echen", dijo, "las redes a la derecha". Las redes fueron echadas, por su mandato, a la derecha, y se capturaron peces de un número exacto. Pues aquellos sin número, aquellos con los que se significaba la Iglesia que ahora se lleva a cabo, como de aquella captura: "Anuncié y hablé, se multiplicaron más allá del número" (Sal. XXXIX, 6). Se

entienden, por tanto, algunos supernumerarios, de alguna manera superfluos: sin embargo, se reconocen. Allí, en la derecha, se capturan peces, y numerados, y grandes. Porque quien haga, dice, y así enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos (Mat. V, 19). Así que se capturaron peces grandes en número de ciento cincuenta y tres. ¿A quién no le conmueve que este número se mencione no en vano? Pues el Señor, que no dice nada sin significado, no habría dicho esto mismo, "Echen las redes", ni habría importado que se echaran a la derecha. Este número de ciento cincuenta y tres también significa algo: y fue pertinente que el Evangelista lo dijera, como si hubiera mirado aquella primera captura, donde las redes rotas significaron cismas; porque en aquella Iglesia de la vida eterna no habrá cismas, porque no habrá disensión; todos serán grandes, porque estarán llenos de caridad: como si, por tanto, lo que primero se hizo para significar cismas hubiera sido mirado, fue pertinente que dijera en esta segunda captura, "Y aunque eran tan grandes, las redes no se rompieron" (Juan XXI, 1-11). Así que, ¿qué significó la parte derecha? Se ha dicho, porque todos son buenos. ¿Qué significó la grandeza? Se ha dicho, porque quien haga y así enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos. ¿Qué significó también que las redes no se rompieron? Se ha dicho, porque entonces no habrá cismas. ¿Qué, entonces, son los ciento cincuenta y tres? Este número no será, ciertamente, el número de los santos. Pues no serán ciento cincuenta y tres los santos; ya que solo aquellos que no se contaminaron con mujeres se mencionan como doce veces doce mil (Apoc. XIV, 1-4). Pero este número, como un árbol, parece crecer de una semilla. La semilla de este gran número es un número menor, que es diecisiete. Diecisiete hacen ciento cincuenta y tres. Si cuentas desde uno hasta diecisiete, y sumas todos los números: pues si no sumas los números desde uno hasta diecisiete, que mencionas todos, no serán más que diecisiete: pero si cuentas así: uno, dos, tres; como uno y dos y tres hacen seis, seis y cuatro y cinco hacen quince; así llegas hasta diecisiete, llevando en los dedos ciento cincuenta y tres. Así que recuerda lo que mencioné y recomendé hace poco, y ve a quiénes y qué significan los diez y siete. Diez, la ley; siete, el Espíritu Santo. ¿Qué entendemos, entonces, sino que aquellos que estarán en la Iglesia de la resurrección eterna, donde no habrá cismas, donde no se temerá la muerte, porque será después de la resurrección; estarán allí, y vivirán con el Señor para siempre, quienes hayan cumplido la ley por la gracia del Espíritu Santo y el don de Dios, cuyas fiestas celebramos?

SERMO CCLXXI. En el día de Pentecostés, V.

Un día grato ha amanecido para nosotros, hermanos, en el que la santa Iglesia resplandece ante los ojos de los fieles, arde en los corazones. Celebramos este día en el que el Señor Jesucristo, glorificado por la ascensión después de la resurrección, envió el Espíritu Santo. Pues así está escrito en el Evangelio, cuando decía: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; el que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva": el evangelista sigue explicando y dice: "Esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan VII, 37-39). Quedaba, por tanto, que una vez glorificado Jesús, cuando resucitó de entre los muertos y ascendió a los cielos, se diera el Espíritu Santo, enviado por él, quien lo había prometido: como así sucedió. Pues el Señor, después de haber convivido con sus discípulos durante cuarenta días tras la resurrección, ascendió al cielo, y en el día cincuenta, que hoy celebramos, envió el Espíritu Santo, como está escrito: "porque de repente vino un sonido del cielo, como de un viento impetuoso; y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos: y comenzaron a hablar en todas las lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen" (Hech. II, 1-4). Aquel viento limpiaba los corazones de la paja carnal; aquel fuego consumía la hierba de la vieja concupiscencia; aquellas lenguas con las que hablaban llenos del Espíritu Santo, prefiguraban la futura Iglesia en las lenguas de

todas las naciones. Pues así como después del diluvio la soberbia impiedad de los hombres construyó una torre alta contra el Señor, cuando por diversas lenguas mereció dividirse el género humano, para que cada nación hablara en su propia lengua, sin ser entendida por las demás (Gén. XI, 1-9): así la humilde piedad de los fieles confirió la diversidad de esas lenguas a la unidad de la Iglesia; para que lo que la discordia había dispersado, lo reuniera la caridad, y los miembros dispersos del género humano, como de un solo cuerpo, se unieran a una sola cabeza, Cristo, y se fundieran en la unidad del cuerpo santo por el fuego del amor. Por tanto, están completamente alejados de este don del Espíritu Santo aquellos que odian la gracia de la paz, que no mantienen la sociedad de la unidad. Aunque también ellos se reúnan solemnemente hoy, aunque escuchen estas lecturas en las que el Espíritu Santo es prometido y enviado: escuchan para juicio, no para premio. Pues, ¿de qué les sirve percibir con los oídos lo que rechazan con el corazón; y celebrar su día, cuya luz odian? Pero ustedes, hermanos míos, miembros del cuerpo de Cristo, brotes de unidad, hijos de la paz, celebren este día con alegría, celebren con seguridad. Pues en ustedes se cumple lo que en aquellos días cuando vino el Espíritu Santo, se prefiguraba. Porque así como entonces quien recibía el Espíritu Santo, incluso un solo hombre hablaba en todas las lenguas: así también ahora por todas las naciones en todas las lenguas habla esa misma unidad, en la que, constituidos, tienen el Espíritu Santo; que no se separan de la Iglesia de Cristo que habla en todas las lenguas, por ningún cisma.

SERMO CCLXXII. En el día de Pentecostés último. A los Infantes, sobre el Sacramento.

Esto que ven en el altar de Dios, también lo vieron la noche pasada: pero qué es, qué significa, qué gran misterio contiene, aún no lo han escuchado. Lo que ven, es pan y cáliz; lo que sus ojos también les anuncian: pero lo que su fe requiere ser instruida, el pan es el cuerpo de Cristo, el cáliz es la sangre de Cristo. Brevemente se ha dicho esto, lo que tal vez sea suficiente para la fe: pero la fe desea instrucción. Pues el profeta dice: "Si no creéis, no entenderéis" (Is. VII, 9, según LXX). Pues pueden ahora decirme: Has ordenado que creamos, explica para que entendamos. Puede surgir en la mente de alguien tal pensamiento: Nuestro Señor Jesucristo, sabemos de dónde tomó carne; de la Virgen María. Fue amamantado como un niño, fue criado, creció, fue llevado a la edad juvenil, sufrió persecución de los judíos, fue colgado en un madero, fue muerto en el madero, fue bajado del madero, fue sepultado, al tercer día resucitó, el día que quiso, ascendió al cielo; allí llevó su cuerpo; de allí vendrá para juzgar a vivos y muertos; allí está ahora sentado a la derecha del Padre: ¿cómo es el pan su cuerpo? y el cáliz, o lo que contiene el cáliz, ¿cómo es su sangre? Estas cosas, hermanos, se llaman Sacramentos, porque en ellas se ve una cosa, pero se entiende otra. Lo que se ve, tiene apariencia corporal, lo que se entiende, tiene fruto espiritual. Por tanto, si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol diciendo a los fieles: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros" (I Cor. XII, 27). Si, por tanto, ustedes son el cuerpo de Cristo y miembros, su misterio está puesto en la mesa del Señor: reciben su misterio. A lo que son, responden Amén, y al responder, suscriben. Escuchas, Cuerpo de Cristo; y respondes, Amén. Sé miembro del cuerpo de Cristo, para que sea verdadero el Amén. ¿Por qué, entonces, en el pan? No traigamos aquí nada de lo nuestro, escuchemos una vez más al Apóstol, quien al hablar de este Sacramento, dijo: "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (Id. X, 17): entiendan y alégrense; unidad, verdad, piedad, caridad. Un solo pan: ¿quién es este único pan? Un solo cuerpo muchos. Recuerden que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. Cuando eran exorcizados, eran como molidos. Cuando fueron bautizados, fueron como amasados. Cuando recibieron el fuego del Espíritu Santo, fueron como cocidos. Sean lo que ven, y reciban lo que son. Esto dijo el Apóstol sobre el pan. Ahora, sobre el cáliz, ¿qué entenderíamos, incluso no dicho, lo muestra suficientemente?

Pues así como para que haya la apariencia visible del pan, muchos granos se mezclan en uno, como aquello que la Escritura santa dice de los fieles: "Tenían un solo corazón y una sola alma en Dios" (Hech. IV, 32): así también del vino. Hermanos, recuerden de dónde viene el vino. Muchos granos cuelgan en el racimo, pero el licor de los granos se confunde en unidad. Así también el Señor Cristo nos significó que pertenecemos a él, quiso que el misterio de nuestra paz y unidad se consagrara en su mesa. Quien recibe el misterio de la unidad, y no mantiene el vínculo de la paz, no recibe el misterio para sí, sino un testimonio contra sí. Convertidos al Señor Dios Padre todopoderoso, con corazón puro, en la medida que nuestra pequeñez lo permite, démosle las máximas y verdaderas gracias; rogando con todo el ánimo su singular mansedumbre, para que se digne escuchar nuestras oraciones en su beneplácito; que también expulse al enemigo de nuestros actos y pensamientos con su poder, que nos multiplique la fe, que guíe nuestra mente, que nos conceda pensamientos espirituales, y que nos conduzca a su bienaventuranza: por Jesucristo su Hijo. Amén.